

DON CARPENTER



[TERMINADA POR JONATHAN LETHEM]

Los viernes en Enrico's

TRADUCCIÓN DE JAVIER GUERRERO



Lectulandia

Cuando Don Carpenter murió en 1995, dejó tras de sí obras como *Dura la lluvia que cae* o *A Couple of Comedians*, considerada por Norman Mailer como la mejor novela jamás escrita sobre Hollywood. De manera inesperada, casi diez años después de su muerte, apareció entre sus archivos el manuscrito de *Los viernes en Enrico's*, una magnífica novela que abarca aproximadamente veinte años en la vida de cuatro escritores en el San Francisco y el Portland de los cincuenta y los sesenta, en plena efervescencia del delirio de los poetas beat. Los herederos de Carpenter le pidieron al escritor Jonathan Lethem que ordenara y editara el manuscrito y, para su beneplácito, Lethem se topó con una obra maestra.

Los viernes en Enrico's disecciona con rotunda sobriedad las ambiciones literarias y las aspiraciones a la fama y al dinero de un heterogéneo grupo de amigos. Carpenter presenta una maravillosa e inolvidable galería de personajes, varado cada cual en su particular atolladero de traumas y esperanzas: Dick Dubonet y Charlie Monel, empeñados en materializar el potencial que muestran desde muy jóvenes; Jaime Froward y Stan Winger, que se abren paso de manera más lenta, pero también más determinada, como si su tesón tuviera que forjar y conquistar un destino que pareciera que nunca terminarían de hacer suyo; y Linda, la presencia eléctrica que galvaniza al resto, musa de los beat y femme fatale en la que convergen el deseo y las frustraciones de los protagonistas. La losa de ser una eterna promesa, la tentación de venderse a Hollywood, los celos profesionales, los éxitos fulgurantes y pasajeros, las drogas, el alcohol, el sexo, la interminable carrera de fondo que supone la escritura y el desgaste emocional y vital que ello conlleva: Carpenter construye con absoluta maestría y pulso narrativo unas historias agrisadas, que resuenan hondamente en el silencio admirado que sigue a la lectura de esta novela.

Lectulandia

Don Carpenter & Jonathan Lethem

Los viernes en Enrico's

ePub r1.0

Titivillus 08.04.2019

Título original: *Fridays at Enrico's*
Don Carpenter & Jonathan Lethem, 2014
Traducción: Javier Guerrero

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1



más libros en lectulandia.com

PRIMERA PARTE
JAIME Y CHARLIE

Jaime y Charlie se casaron en una capilla de madera de South Lake Tahoe la noche antes de sus últimos exámenes finales. De vuelta a San Francisco al día siguiente, bebiendo Miller en botella para aplacar la resaca, Charlie llegó a la conclusión de que la facultad era un fraude, y aunque sólo le faltaba un final para obtener su licenciatura, un final fácil, por nada del mundo iba a presentarse al maldito examen. Charlie no conducía. No tenía fuerzas. Jaime iba muy tiesa y con la nariz levantada, pero, con su poco más de metro y medio, apenas veía por encima del volante. Ocultaba los ojos azules inyectados en sangre tras unas gafas oscuras, y el viento caliente levantaba su cabello rubio, casi blanco. Tenía diecinueve años.

—No voy a hacer ese maldito final —dijo Charlie.

Ya tenía bien calada la facultad. Se dio cuenta con desilusión resacosa de que habría aprovechado mejor el tiempo quedándose tirado leyendo. Le explicó esto a su nueva esposa mientras recorrían la llanura recalentada del valle de Sacramento.

—O simplemente podría dar un volantazo y meterme en el carril contrario —dijo ella cuando él terminó.

Charlie hurgó en la guantera, buscando algo que le calmara el dolor. Con la cerveza no bastaba. Encontró un Alka-Seltzer en un envoltorio de papel de aluminio medio roto. Eso lo ayudaría, si es que encontraba una forma de tragárselo. Pensó en desmenuzarlo y echar los fragmentos en su botella de cerveza. Pensó en ponerse la pastilla en la lengua y dar un trago largo. Pensó en «Grace» de James Joyce y sonrió.

—¿Hablas en serio? —le preguntó Jaime.

—¿De qué?

Jaime lo amaba, pero en muchos sentidos Charlie era un niño grande. Tenía la sonrisa más bonita que ella había visto nunca, amplia, anodina, fácil, la sonrisa de un hombre que había visto mucho en la vida y disfrutaba de lo que veía. Charlie era uno de los veteranos de la guerra de Corea que asistían a la facultad. Estaba escribiendo una novela larga sobre sus experiencias en la guerra. Era autodidacta pero brillante, y todos pensaban que, del grupo,

Charlie era el que tenía más probabilidades de hacerse famoso. Aunque nada de eso le importaba a Jaime. Ella sabía que era mejor escritora que Charlie, pero no había vivido tanto como él. Habían encajado de manera natural. Charlie se sentó detrás de ella en la clase de literatura de Walter Van Tilburg Clark. Para Jaime era el primer día de clase en la Universidad Estatal de San Francisco y estaba nerviosa. Walter Clark, un hombretón que llevaba una camiseta gruesa, vieja y descolorida en lugar del habitual traje y corbata, estaba explicando a los treinta estudiantes que tenía delante qué libros iban a leer. Jaime estaba tratando de tomar apuntes, pero percibió un aliento a alcohol a su espalda, y por alguna razón eso la irritó. Se volvió para fulminar a Charlie con la mirada.

—¿Podrías no suspirar tan alto? —se oyó decirle a ese hombre sonriente de unos treinta años.

—Lo siento —dijo él.

Su voz era profunda y transmitía emoción. Jaime no pudo evitar fijarse en el cuaderno de papel amarillo de formato grande en el cual él estaba dibujando caricaturas de mujeres desnudas. Alzó una ceja para hacerle saber lo que pensaba de sus cualidades artísticas y continuó tomando apuntes. Después de clase, cuando estaba saliendo del edificio de Humanidades y Ciencias Sociales al pequeño patio que daba a la Decimonovena Avenida, Charlie la alcanzó. Iba vestido con una chaqueta militar vieja, tejanos y botas de motociclista sucias. La Estatal de San Francisco era muy informal en 1959. La mayoría de los estudiantes trabajaban a tiempo parcial o incluso a jornada completa y muchos de ellos eran veteranos, pero Charlie parecía un auténtico vagabundo. Llevaba el pelo castaño oscuro demasiado largo y casi sin peinar, pero cuando se dirigió a ella con su voz profunda y amistosa, Jaime sintió algo.

—¿Has leído alguno de éstos?

Justo en ese momento salieron a la luz del sol y, sin razón aparente, Jaime olvidó su soledad y se sintió maravillosamente.

—¿Te refieres a *Moby Dick*? ¿A si he leído *Moby Dick*?

—Sí, y los otros. ¿*Pasajero a la India*? ¿Lo has leído?

Jaime dejó de caminar y se volvió hacia él, sujetando los libros pegados al pecho. Charlie le sonrió desde arriba como si fuera un perro viejo y amistoso. Ella estaba a punto de corregirlo cuando comprendió que le estaba tomando el pelo. No sabía por qué eso la excitaba. Rio, se sentaron en uno de los bancos de cemento del patio y compartieron el último cigarrillo que le quedaba a Jaime. Su clase con Clark era la última del día para ambos los martes y los

jueves por la tarde. Empezaron a verse antes de clase, en el patio. Al cabo de unas semanas de sentarse juntos a hablar, Jaime se dio cuenta de que Charlie no sabía su nombre. La llamaba «nena», pero probablemente llamaba así a la mayoría de las mujeres.

—Me llamo Jaime Froward —dijo ella un día, justo al entrar en clase. Se lo deletreó.

—Estupendo —dijo él—. Yo soy Charlie Monel. —Tendió la mano y estrechó la de Jaime con afecto.

Jaime no sabía si le estaba tomando el pelo o no. Charlie nunca participaba en clase, nunca hablaba, se limitaba a quedarse sentado con la cabeza inclinada, dibujando en su cuaderno. A medio trimestre, Jaime no tenía ni idea de si él estaba prestando atención o no. El parcial consistió en una sola pregunta de ensayo, el tipo de examen más difícil de todos. Jaime eligió escribir sobre *La muerte llama al arzobispo*, y llenó tres libretas de examen con su caligrafía precisa. Había sudado en abundancia mientras escribía, lo cual era buena señal. Cuando terminó, se volvió para ver a Charlie doblado sobre su libreta azul, garabateando, con la cara a un dedo del papel y agarrando el lápiz con torpeza. Parecía estar escribiendo con furia. Sonó el timbre. Jaime entregó su examen y salió del aula. Charlie y un par más continuaban escribiendo. Ella salió al patio y se sentó. Encendió un Pell Mell, como a ella le gustaba llamarlos, y esperó. Charlie salió al cabo de treinta minutos, con rostro inexpresivo y el pelo desordenado. Sonrió a Jaime y se sentó.

—¿Tienes un cigarrillo?

Jaime le pasó el paquete.

—¿Sobre qué has escrito? —preguntó ella.

—*Moldy Dick* —dijo él—. Es mi libro favorito.

Cuando les devolvieron los exámenes parciales, Jaime se enfureció al descubrir que sólo había sacado un notable alto. Charlie había sacado un sobresaliente y se había ganado una columna llena de comentarios de Clark con su letra minúscula en lápiz azul. Lo único que Clark había escrito en la libreta de Jaime era: «Una buena crítica de Cather».

—¿Puedo leer tu trabajo? —le preguntó a Charlie.

Sabía que estaba colorada de rabia. En Drew, ella había sido la mejor estudiante de literatura que habían tenido nunca, o eso le habían dicho.

Se sentaron en el banco y cada uno cogió el examen parcial del otro. El de Charlie costaba leerlo. Tenía una caligrafía torpe, como si hubiera aprendido a escribir por su cuenta. Sin embargo, una vez que entendió la letra, Jaime leyó

el trabajo con fascinación y cierta envidia. Concluyó que el estilo de Charlie era exuberante y sus ideas, agudas. Aunque también era muy burdo. Cuando terminó, Charlie todavía seguía concentrado en el trabajo de ella. Movía los labios al leer, algo de lo que Jaime siempre se había burlado, pero en ese momento se dio cuenta de que no era gracioso, sino conmovedor; incluso encantador.

Charlie se detuvo.

—El tuyo es mejor —dijo con una dolorosa sonrisa.

Jaime sintió una puñalada de placer.

—Entonces, ¿cómo es que tú hayas sacado un sobresaliente y yo un notable? —preguntó, deseando no haberlo hecho.

—Ni zorra idea —dijo él, encogiéndose de hombros.

—Bueno, al menos no hemos suspendido —dijo Jaime.

—¿Quieres venir a mi casa? —preguntó él, mirándola a la cara y por una vez sin sonreír.

Era el momento que ella había estado esperando todo el semestre. El paso, por fin. Ella lo rechazaría con amabilidad. Al fin y al cabo, a él le había gustado su examen.

—Bueno, claro —se oyó decir—. ¿Dónde vives?

Charlie vivía en North Beach, en Genoa Place, entre Union y Green, hacia la mitad de la subida a Telegraph Hill. El apartamento era pequeño: dos cuartos separados por un tabique bajo con dos ventanas grandes que daban al callejón. Aun así, la vista era bonita. Cada uno de los apartamentos del otro lado de la calle estaba pintado de un tono pastel diferente y se veía un buen pedazo de cielo azul brillante si no había niebla. A finales de 1958, cuando Charlie se había mudado allí, el apartamento estaba hecho un desastre. El antiguo inquilino era un camello de anfetaminas. La casa olía a col china rancia y a cañerías que gotean. El aseo estaba inmundo y nadie había limpiado las paredes ni debajo del lavabo en años. El apartamento estaba cubierto de capas de viejo papel pintado hecho trizas, salpicaduras de pintura, comida reseca y otras cosas que Charlie no logró identificar. Contaban que el camello de anfetaminas se había suicidado con barbitúricos. Se tumbó boca abajo en su colchón viejo y apestoso esperando morir, pero un par de conocidos del Hot Dog Palace de Columbus llamaron a la puerta y, cuando nadie respondió, forzaron la cerradura con un destornillador. Esperaban encontrar anfetaminas, pero en lugar de eso se encontraron con el camello, que apenas respiraba. Según decían, saquearon la casa de todos modos y encontraron el alijo, material y todo lo demás. Se chutaron allí mismo y, como gesto humanitario, le inyectaron *speed* en el brazo al camello. El tipo se despertó después y vio que su alijo había desaparecido y una larga nota explicativa escrita en una bolsa de papel.

Después de deshacerse de la basura del camello, Charlie fregó el suelo y las paredes, rascó y repintó las planchas de madera, eliminó la pintura de los muebles y arrancó el papel pintado. Pasó tres días limpiando el horno y la pequeña nevera. Barnizó la madera y blanqueó el yeso. La casa empezó a adquirir un aspecto y un olor maravillosos. Compró un catre y un colchón del almacén de excedentes del ejército en Stockton y enseres de cocina en el Figone Hardware, en Grant Avenue. Vació su maleta de cartón, desenrolló su saco de dormir sobre el colchón, desempaquetó sus libros y los puso en cajas de naranjas. Se sintió en casa. El camello de anfetaminas al final había conseguido

suicidarse yendo a Land's End después de hincharse a barbitúricos y sentándose a contemplar el océano hasta que se desmayó. Cuando encontraron el cuerpo, tenía el número de teléfono del depósito de cadáveres de la ciudad en el bolsillo.

El coche de Charlie era un De Soto de 1940 de color gris pálido. Aunque medio oxidado, no dejaba de ser un coche antiguo bueno y fiable. Él y Jaime pasaron el trayecto de veinte minutos desde la Universidad Estatal a North Beach hablando de la facultad. Todo muy inocente. Charlie aparcó en Union, nada más cruzar Grant. Se preguntó si debía rodear el coche y abrirle la puerta a Jaime, que había permanecido espantosamente callada durante el trayecto. Charlie había intentado apremiarla con un montón de frases ingeniosas, y ahora que estaban en North Beach se preguntó por qué la había invitado. Porque era guapísima, por eso. Charlie sonrió de la manera más inocente que pudo.

—Bueno, ya hemos llegado —dijo.

—Creo que es mejor que me vaya a casa —dijo ella en voz baja.

Charlie se sintió aliviado. No quería seducir a una pobre niña de diecinueve años si ella no deseaba ser seducida.

—¿Dónde vives? —preguntó Charlie.

—En Washington, cerca de Fillmore —dijo ella—. Puedo coger el autobús.

—No —dijo él—. Ahora estamos aquí, tomamos una taza de té y luego te llevaré a casa.

Ella no dijo nada, así que Charlie bajó del De Soto y lo rodeó para abrirle la puerta. Sus ojos se encontraron cuando ella bajó del coche. Los de Jaime eran grandes y azules, del color del cielo. Lo miraron sin alterarse, con inteligencia, de una forma casi especulativa.

—Hola —le dijo a esos ojos.

—Hola —respondió ella.

Charlie la besó con delicadeza.

—Vamos, es al final del callejón.

—Dejaré mis cosas en tu coche.

Caminaron uno junto al otro por el callejón estrecho y empinado.

A Jaime le gustó el apartamento de Charlie. Había esperado —temido— un piso pequeño y desordenado, pero se encontró con la celda de un monje. No había fotos en la paredes ni pósteres magníficos o fotografías, sólo una pared de libros. Había un catre, con una manta marrón del ejército debajo del saco de dormir con la cremallera bien cerrada, y también una mesa sencilla y

una silla vieja de madera, obviamente el rincón donde Charlie escribía, con una caja de cartón debajo llena de hojas manuscritas. En el tabique bajo que separaba las habitaciones había un viejo despertador de plomo ruidoso y un vaso de agua con algunas hojas y capuchinas frescas.

—Vaya, me encanta —dijo Jaime—. ¿Cuánto pagas?

—Cuarenta y cinco al mes —respondió él. Pasó por la puerta de arco que daba a la cocina—. ¿Quieres té? Tengo Lipton o té verde japonés.

—Lipton está bien.

No había sitio donde sentarse salvo en esa mesita. O podía simplemente desnudarse y tumbarse en la cama. Él saldría y la encontraría desnuda. ¡Sorpresa! En realidad, no tenía ninguna intención de acostarse con él, al menos ese día. Charlie no parecía la clase de hombre que la agarraría por la fuerza. Se sentía a salvo. Se acercó a los libros.

—Tienes buenos libros —le dijo en voz alta.

—Casi todos son de McDonald's —dijo él—. ¿Conoces el sitio? ¿En Turk Street?

—¿En el Tenderloin?

Charlie salió con lo necesario para servir el té, una tetera de latón y dos tacitas japonesas de terracota.

—Es la mejor librería de viejo de la ciudad. Tienen miles de libros, y allí nadie conoce el valor de nada. Hemingway, cincuenta centavos; Melville, cincuenta centavos; Norman Vincent Peale, cincuenta centavos. Todo vale cincuenta centavos para esos tíos.

Se tomaron el té y hablaron de libros. Charlie tenía una radio pequeña en la cocina y la encendió. Un jazz tranquilo impregnó el aire, y Jaime se relajó. Mientras hablaban, ella esperaba que él diera el paso. Se preguntó si sería bueno seduciendo a chicas. Eso esperaba, porque ella era tímida. Al menos pensaba que lo era. Se sentía un poco cohibida en ese momento. Esperando. Su novio, que se llamaba Bill Savor, ya no la atraía. Era un novio por omisión. No había similitudes entre Bill Savor y Charlie Monel. Bill era estudiante, pero no estaba en el programa de Lenguaje Artístico, aunque quería ser escritor. Había preferido especializarse en Educación, porque de esa manera tendría un certificado para dar clases en los primeros cursos de la facultad que lo ayudaría a mantenerse. Y cuando uno tenía cómo mantenerse, sin duda era cuando se caía. Al cuerno con eso. O todo o nada. Más como Charlie. ¿O estaba revistiendo a Charlie de romanticismo?

—¿Eres romántico o realista? —le preguntó abruptamente.

—¿Respecto a qué?

—Mi novio es realista.

—Si tienes novio, quizá sería mejor que te fueras —dijo Charlie.

Pero no tenía cara de que quisiera que ella se marchara. Sólo se estaba marcando un farol, nada más.

—No, bueno, es escritor, pero, en fin, no cree que pueda ganar dinero con eso, así que está estudiando para ser maestro.

Bla, bla, bla. Se estaba poniendo colorada, estaba segura. ¿Cuándo iba a seducirla Charlie? ¿Nunca?

—¿Por qué te preocupa tanto eso? —le preguntó él. Era como si se hubiera metido en sus pensamientos.

—¿Qué quieres decir?

—No voy a seducirte —dijo—. Si te gusto, podemos desnudarnos e ir a la cama. Nadie tiene que seducir a nadie. —Sonrió y dio un sorbo a su té.

Ella también sonrió, apretando los dedos en el regazo.

—Yo también me siento así —dijo—. Bueno, supongo que será mejor que me vaya a casa. Cogeré el autobús, ahora estás muy cómodo en casa.

—No, te llevaré.

—Es mejor que no pierdas el sitio. Sé lo difícil que es aparcar en North Beach. Es que venimos aquí los fines de semana. Pasamos la mitad de la noche dando vueltas para encontrar un sitio para aparcar...

Charlie la escuchó divagar y se preguntó por qué no la agarraba. Pero no lo hizo. Se levantó, tomó las manos de ella en las suyas, miró aquellos enormes ojos azules y le dijo que la llevaría a casa. ¿Vio decepción? No estaba seguro.

3

Después de North Beach, la casa familiar de Jaime en la parte baja de Pacific Heights parecía sosa y de clase media, acartonada. La casa en sí era preciosa. A ella le encantaba. Era una de esas construcciones de carpintería victoriana con una falsa fachada ornamentada, ventanas en saliente que exhibían un montón de cortinas blancas de encaje, falsas columnas dóricas a ambos lados del pequeño porche delantero en lo alto de un tramo de falsos escalones de madera. La casa estaba pintada de amarillo pálido y todas las molduras, columnas y espaldares a ambos lados de los escalones estaban pintados de blanco. Crecían rosas rojas en los espaldares y lirios de agua llenaban los arriates junto a la casa, detrás de un pequeño trozo de césped descuidado. La construcción se hallaba en una manzana de medio respetables viviendas de dos plantas, algunas de ellas divididas en pequeños apartamentos pero todas bien conservadas, detrás de una franja de plazas de aparcamiento bajo grandes eucaliptos de hojas grandes y flores rojas. Jaime había vivido allí toda la vida salvo el primer año, cuando residía en Sunset, lo cual no recordaba. Y durante la mayor parte de su vida había deseado con deslealtad que la fortuna de la familia aumentara lo suficiente para que se mudaran al norte, a lo alto de la colina, a Pacific Heights propiamente dicho, donde vivían los ricos de verdad.

Sin embargo, su padre, su pobre, viejo y borracho padre, trabajaba de periodista en el *San Francisco Chronicle*, y cuando Jaime creció y empezó a comprender la vida, también empezó a entender que su familia nunca se mudaría donde los ricos por más que su madre y ella lo desearan. Resultó que su padre no era la clase de escritor que se hace rico.

Jaime subió los escalones casi arrastrándose después de que Charlie la dejara con una sonrisa y un «Nos vemos». Ella no iba a North Beach con tanta frecuencia. Sabía que era el barrio donde hacían vida la mayoría de escritores y por eso trataba de evitarlo. Sin embargo, tenía que reconocer que ejercía cierta fascinación. Además, Charlie era atractivo, aunque demasiado mayor para ella, ya tenía arrugas en torno a los ojos. Ojos pálidos. De un tono castaño claro, casi verde. Ojos bonitos. Y escribía bien, aunque de forma desordenada y con una de las peores ortografías que había visto. De alguna

manera, la pésima ortografía de Charlie la hacía sentirse bien. Jaime era una de esas personas que escribía sin faltas.

A ella le encantaba la puerta de su casa. Era una puerta gruesa y pesada, pintada de blanco, con un enorme pomo viejo de latón y una aldaba del mismo material justo por debajo de las ventanas en bisel. Era sólida, una puerta respetable. Jaime la abrió con su respetable llave Schlage. Dentro, como de costumbre, la casa estaba fría y tranquila, con olor a flores frescas y cera de suelo.

—¿Mamá?

Ninguna respuesta. Su madre habría ido a jugar al *bridge*. Eso estaba bien. A Jaime le gustaba tener la casa para ella sola. Su hermano, de veinticinco años, estaba viviendo en Taipan, donde trabaja de funcionario, y Jaime había ocupado su habitación del piso de arriba con vistas al patio. Subió por la escalera sosteniendo sus libros junto al pecho. El papel pintado mostraba escenas rurales, escenas de caza, de la Inglaterra victoriana, suponía. Los escalones estaban enmoquetados, con una alfombrilla persa en el centro, y la barandilla era de madera oscura pulida. Todo muy respetable. Había incluso una lámpara de cristal auténtico en el salón. ¿Por qué el pequeño apartamento monástico de Charlie la hacía sentirse celosa?

Su habitación era más grande que todo el apartamento de Charlie, con bonitas camas gemelas una al lado de otra, un pequeño escritorio apático con su máquina de escribir portátil Hermes, el sillón estampado de flores con una lámpara de pie detrás donde se sentaba a leer. Tenía su propia estantería, que por supuesto no podía competir con la espléndida librería de sus padres en el piso de abajo, con las primeras ediciones de Hemingway, Faulkner, Steinbeck y Fitzgerald en su vitrina y el gran grabado de Picasso firmado sobre la curiosa chimenea de ladrillos violetas. Riquezas que Jaime se descubrió rechazando en favor de la libertad de Charlie.

¿Qué sería ella capaz de escribir? Sacó sus libretas de examen de mitad de trimestre. Notable. Tal vez no tenía tanto talento como esperaba. Walter Van Tilburg Clark debería saberlo. Era el más respetado de los escritores-profesores de la universidad estatal. Había publicado *Incidente en Ox-Bow*, una historia de *western* clásico que a Jaime no le había gustado mucho, a pesar de que estaba bien escrita. En cambio, le gustaba la historia de Clark sobre Hook el halcón. Había oído en la facultad que Clark había tirado a la papelera el cuento terminado y que su mujer lo había recuperado y lo había enviado al *Atlantic Monthly*, al igual que había tirado el borrador final de *Incidente*, que su mujer rescató debidamente de la papelera y envió a Random

House. Clark al parecer sufría esos ataques de depresión en los que pensaba que su trabajo era tan malo que tenía que tirarlo. Jaime conocía la sensación. De hecho, la estaba sintiendo en ese momento. Oyó el golpe de la puerta de la calle al cerrarse y supuso que su madre estaba en casa. Se quitó la ropa y estaba caminando desnuda por el pasillo para darse una ducha cuando vio a su padre subiendo la escalera. Jaime dio un grito y corrió otra vez a su dormitorio.

—¡Papá! —gritó.

Con la puerta bien cerrada, ordenó sus ideas y rio. «Soy tan fría», pensó. Adecuadamente vestida con su vieja bata rosa de felpilla se aventuró a salir otra vez de su habitación. Su padre estaba en el dormitorio principal, tumbado en la cama, completamente vestido. Sólo se había quitado la chaqueta y se había tumbado boca arriba, mirando al techo. Era un hombre bajo y rechoncho con gafas de montura redonda y plateada, camisa a rayas azules y blancas, una corbata de punto de color rojo brillante, tirantes amarillos y verdes, pantalones Oxford grises y zapatos de cordobán bien lustrados. Jaime quería a su padre, pero sabía que estaba borracho. De lo contrario, ¿por qué iba a estar en casa?

—Siento haberte gritado —le dijo.

Él no la miró, sólo frunció la boca y respiró pesadamente por la nariz. Un fuerte olor a alcohol flotó en el dormitorio.

—¿Día libre? —preguntó Jaime con voz alegre.

—Me han despedido —dijo su padre con gravedad.

Jaime rio y se fue al cuarto de baño para ducharse. Había abierto el grifo y justo estaba entrando en la ducha cuando se dio cuenta de que su padre no estaba siendo sarcástico. Realmente lo habían despedido. En un instante, vio cómo todo se esfumaba: la casa, la familia, la facultad, su carrera. Habían despedido a su padre. Probablemente por ser un borracho, aunque hasta ese momento Jaime había dado por hecho que la mayoría de los periodistas se pasaban todo el día borrachos. Claro que puede que su padre fuera un periodista especialmente borracho. Ella nunca se había acercado para verlo por sí misma, pero había oído hablar de las largas tardes y noches en Hanno's, el bar del callejón de detrás del periódico. Periodistas borrachos hablando de deportes y de Hemingway. Y su padre justo en medio. Hasta ese momento.

El miedo le atenazó el estómago. Dejó que el agua caliente le cayera en el cuello. Tenía diecinueve años. ¿Podía encontrar un trabajo? ¿Tendría que hacerlo para ayudar a sus padres? Tal vez su madre podría encontrar un trabajo. Ya había trabajado. Podía trabajar otra vez. Jaime se enjabonó los

pechos y pensó si podría trabajar de *call girl*. Se imaginó caminando por el pasillo de un hotel, vestida con ropa de puta, llamando a una puerta, con un número. Y cuando se abría la puerta aparecía un sonriente Charlie Monel. No. Sabía que no podría trabajar de prostituta, ni siquiera por vivir la experiencia. Ni siquiera por el dinero.

Durante la cena, su padre se explicó. Había echado una siesta, se había levantado, se había tomado un par de tazas de café y luego un martini y ya estaba encantador y relajado. Aparentemente, lo habían despedido por algún tipo de confusión.

—No os preocupéis —dijo—. Voy a presentar una demanda ante el gremio. Tengo mi indemnización, no nos quedaremos en la calle y, además, siempre puedo conseguir un trabajo para el *Examiner*. El *Examiner* me persigue desde hace años. No hay de qué preocuparse. De todos modos, estoy harto de Abe y sus disparates. Es hora de cambiar de aires.

Al final de la cena, estaba hablando de acabar su novela. Esto le resultó muy inquietante a Jaime, que recordaba todas las historias de su padre sobre la gran novela que escribiría y gracias a la cual se mudarían al otro lado de la colina, al auténtico Pacific Heights. De niña, Jaime había puesto patas arriba el escritorio de su padre y todo el resto de la casa y nunca vio el manuscrito de ninguna novela. Quizá lo guardaba en su escritorio del *Chronicle*. Quizá lo escondía en el tronco de un árbol en el patio de atrás. Quizá no existía.

—Me disculpáis, por favor —dijo Jaime, y subió al dormitorio para tirarse en la cama.

Podía oír a su madre y su padre gritándose. Se preguntó si tendrían un colchón. ¿Tenían lo suficiente para sobrevivir o su padre estaba mintiendo otra vez? Oyó que subían por la escalera, todavía discutiendo, y luego entraban en su dormitorio, cambiándose y discutiendo. Sus padres discutían un montón, normalmente por cosas sin importancia, cosas ajenas a sus vidas, política sobre todo. Eran de izquierdas, marxistas, trotskistas, creían en la revolución mundial. No obstante, como Jaime había notado y comentado, estaban perfectamente dispuestos a vivir de la sangre de los campesinos un poco más, tal vez hasta que la revolución se completara, cuando presumiblemente todos se marcharían y vivirían en una comuna en alguna parte.

Su madre, con su abrigo de lana azul marino, asomó la cabeza por la puerta de la habitación.

—Vamos a jugar al *bridge* a casa de los Knickerbocker —dijo—. Buenas noches, cielo...

Al cabo de unos minutos la casa estaba en silencio.

No podía dormir. Los pensamientos se arremolinaban en su mente. No eran pensamientos sobre el futuro, sino sobre Charlie Monel. No ser capaz de recordar del todo sus facciones era una mala señal. Aunque era capaz de recordar el tono susurrante de su voz y ese apartamento sobrio y limpio donde vivía y trabajaba. Era extraño que no hubiera visto una máquina de escribir. Tal vez escribía a mano. Aún más literario. Charlie probablemente escribiría su novela sobre la guerra de Corea y sería un escritor famoso, admirado, otro Norman Mailer o James Jones. Ella no tenía ninguna guerra sobre la que escribir. Pensó en Stephen Crane, que había escrito su gran novela bélica sin haber tenido que ir a la guerra. Simplemente se lo inventó. Jaime se preguntó si podría inventarse una novela de guerra. Seguro que sí. Podría ser una de esas a las que no se les escapa nada, como aquel personaje de Henry James que caminaba junto a los barracones y escribía sobre la vida militar. O puede que se lo hubiera inventado. Pensó en presentar su novela de guerra a Random House, su editor favorito. Imaginaba que el manuscrito tenía casi un metro de grosor e iba en varias cajas de resmas. Lo abrirían y se lo pasarían por la oficina para leerlo con excitación, citándose pasajes entre ellos. Jaime vislumbró a Bennett Cerf con la pipa cayéndosele de la boca ante la asombrosa y desgarradora revelación final. Las lágrimas resbalaban por su rostro mientras murmuraba con esa atronadora voz de Harvard: «¡Queremos este libro!».

Imagina su sorpresa cuando descubran que está escrito por una jovencita que apenas ha salido de la facultad, que nunca ha oído un tiro disparado con rabia. National Book Award. Premio Pulitzer. Eh, Premio Nobel. Pearl S. Buck lo había ganado, ¿no?

Sin embargo, hasta en sus ensoñaciones más febriles, sabía que no publicarían una novela de guerra de una chica inexperta, por muy buena que fuera. No lo harían y punto. Se desanimó al volver a la realidad. Habían despedido a su padre. Tal vez ni siquiera podría terminar la carrera. Tal vez tuviera que ponerse a trabajar, aunque no como prostituta.

Jaime se levantó y fue al cuarto de baño. Echaba de menos a su gato. Eliot había saltado por la ventana una noche y no había vuelto. Siempre andaba de acá para allá, porque Jaime nunca conseguía encerrarlo, y por eso estaba todo cubierto de cicatrices. Un gato atigrado, grande, de cara ancha y rayas naranjas, el rey del barrio. Cuando Jaime se sentó en el inodoro se dio cuenta de que estaba completamente despierta, demasiado despierta para volver a la cama. Tenía dos opciones. Podía ponerse el pijama, meterse entre las sábanas y quedarse allí toda la noche preocupándose o podía vestirse e ir a North Beach. Se metió en su habitación y miró su cartera. Doce dólares. Un montón de dinero.

Cogió el autobús 55 a Sacramento. No eran ni las once y media. Sólo había otras dos personas en el autobús, sentadas solas. Jaime, vestida con tejanos, una blusa de franela amarilla vieja y su suéter marrón favorito, se sentó detrás del conductor. El autobús se dirigió a Van Ness y luego subió por Russian Hill. Había poca gente en la calle, más que nada chinos, en esa parte de la ciudad. Los observó saliendo de un *delicatessen* chino profusamente iluminado con sus bolsas blancas de comida para llevar, gente feliz y sonriente que hablaba entre sí, vaya, qué bien va a saberme esta comida cuando llegue a casa... Ella misma tenía hambre y se preguntó qué habría en las misteriosas bolsas blancas. Probablemente todos esos platos chinos que tienen tan buen aspecto en la bandeja y que luego, cuando llegas a casa, tienen un gusto espantoso, amargo o incluso rancio. Jaime se imaginaba Charlie con un casco del ejército, asomando la cabeza desde una trinchera individual. Comía un bol de algo con palillos chinos, sonriendo y relamiéndose los labios mientras el cielo se iluminaba con explosiones. Jaime suspiró. ¿Iban a morir de hambre ahora que su padre se había quedado sin trabajo? «Soy tan de clase media», pensó. ¿Qué diría Charlie? Se burlaría. De hecho, para eso se dirigía a North Beach, para que Charlie la tranquilizara. Y notaba un pequeño cosquilleo de excitación más abajo que le decía que si era especialmente amable y tranquilizador podría dejar que se acostara con ella.

Se bajó en Grant Avenue, que todavía estaba llena de chinos, turistas y borrachos; las aceras estaban repletas, el tráfico detenido en la calzada; todo estaba iluminado por las luces brillantes y estridentes de tiendas para turistas, bares y restaurantes. Jaime no había estado en Chinatown de noche desde hacía mucho tiempo. Había olvidado cómo olía, los olores de la vida y la muerte, decidió ella, tomando nota mentalmente de inventar un personaje perdido en la vida que recorre esas calles sin ver el ajetreo vital que lo rodea. Ironía. En Grant y Broadway Jaime giró a la derecha, pasando junto a la

puerta abierta de un club nocturno del que salía un ruidoso jazz Dixieland. A Jaime le gustaba el Dixieland. Su padre tenía una buena colección de discos de jazz. Quizá podría venderlos. Jaime se quedó escuchando un rato. Había mucha gente en la calle, hombres y mujeres bien vestidos que salían de noche, montones de chinos que se ocupaban de sus negocios, unos pocos jóvenes vestidos de manera despreocupada, muchos de ellos con barba. Jaime concluyó que ésa era sin duda una gran parte de la ciudad. «He sido una esnob».

Charlie no estaba en casa. Al menos no respondió cuando ella llamó a la puerta. En Telegraph Hill había poco tráfico a esa hora de la noche y, después de salir de Grant, casi nadie en las aceras. Jaime se sentía perfectamente a salvo. Sólo decepcionada. ¿Dónde podía estar Charlie? Lo imaginó rodeado de gente, levantando una jarra de cerveza a modo de saludo. Probablemente estaba en un bar, pero ¿en cuál? North Beach estaba lleno de bares y muchos de ellos atraían a poetas y escritores. El problema era que no estaba segura de cuáles. Había oído hablar del Co-Existence Bagel Shop, el Place, el Coffee Gallery, todos en la parte de arriba de Grant Avenue. A un par de manzanas de allí. Estaba segura de que no la dejarían entrar sin carné, y no lo llevaba encima. Y no quería ir a todos esos sitios, encontrar a Charlie y que todo el mundo supiera que ella lo estaba buscando. Habría sido diferente si hubiera estado en casa, solo, en la cama, leyendo o durmiendo. Pero qué estupidez por su parte. Charlie no parecía la clase de hombre que se iba a la cama temprano con un buen libro. Por supuesto, estaba en la calle. Pero en lugar de dirigirse hacia Grant, Jaime se encaminó a Kearny y bajó a Broadway por los escalones empinados de Kearny. Estaba pensando en tomar un autobús a casa, pero, al cruzar Broadway —todo iluminado, con los bares y restaurantes a tope, las aceras llenas—, vio a Charlie, vestido con un abrigo blanco largo, de pie en la acera delante del restaurante-club El Miranda. Cuando estaba en mitad de la calle, un coche se detuvo. Charlie abrió la puerta, salió una pareja de buen aspecto, y él entró y se alejó en el coche. Así que aparcaba coches en un club nocturno. Ése era su trabajo. Por alguna razón, esto hizo que Jaime se sintiera maravillosamente, protegida, en el buen camino. Esperó sólo unos minutos y Charlie volvió, caminando hacia ella a través de la multitud de juerguistas, sonriendo como si la hubiera esperado y ella llegara justo a tiempo.

—Hola, Jaime —dijo él.

—Hola, Charlie —dijo ella.

—Bueno, me pillas en el trabajo.

—¿Te pagan bien? —se oyó decir. Qué estúpida. Se envolvió el cuerpo con los brazos.

—¿Tienes frío? Sólo llevas un jersey. Hace mucho frío aquí. Es el condenado viento. Todos esos camiones. Espera un segundo.

Se fue con un billete en la mano. Los clientes eran una pareja bien vestida que miró a Jaime con lo que pareció desprecio. Ella era la novia del tipo que aparcaba su coche. Basura. Ni siquiera llevaba falda. Menuda zorra.

Charlie se llevó el coche del cliente, un bonito Cadillac, y volvió con ella. Jaime ahora tenía un poco de frío.

—El cabrón casi no me ha dado propina —dijo—. Perdón por el taco.

—Bah, no importa.

Charlie no le había preguntado qué hacía en la calle tan tarde. No le había preguntado dónde estaba su novio, simplemente actuaba con naturalidad.

—Yo también hablo fatal —dijo. Le sonrió—. Joder, mierda, puta. —Y rio con una risa hermosa.

—Eh, termino en un rato. ¿Qué tal si me esperas? Podemos tomar una copa.

Jaime empezó a decir que sí, pero él la interrumpió con una repentina expresión de inquietud.

—Eh, tienes mucho frío. Será mejor que esperes dentro.

—¿Aquí?

—No, esto es un sitio muy caro, ni siquiera te dejarían pasar. A la vuelta de la esquina está el Tosca Café. Es un sitio genial. Entra, siéntate en la barra y dile a Mario que me estás esperando.

Entonces llegaron clientes y Charlie desapareció. Jaime esperó, completamente helada ya, a que él volviera.

—¿Cuándo sales de trabajar? —preguntó—. Tengo que volver pronto a casa.

—Te llevaré a casa —dijo él—. Eh, podemos parar en Hippo y comer unas hamburguesas. Sólo quedan tres coches. No debería tardar más de una hora.

—Vale —dijo ella.

No mencionó que era menor de edad y durante el camino por Broadway le preocupó que se lo preguntaran. Tosca estaba un poco más abajo, al doblar por Columbus. Jaime abrió las grandes puertas de cristal y fue recibida por un olor cálido y maravilloso a anís y el aria más sensacional del mundo, la de Cho-Cho-San en *Madama Butterfly*. El local estaba repleto de gente bien vestida y bien parecida. La larga barra era muy ancha y no había sitio en los

reservados y mesas de la parte de atrás. También había gente de pie al final de la barra, riendo y hablando por encima de la música. Jaime se sentía como si hubiera encontrado un hogar. Había un pequeño banco de piel roja junto a la puerta de entrada, así que se sentó, sin tratar siquiera de acercarse a la barra y esperó. Por desgracia, tenía que ir al lavabo. Se preguntó dónde estaría. Se levantó y caminó a lo largo de la barra, con la máxima naturalidad que pudo aparentar, para que nadie notara que una chica de diecinueve años mal vestida estaba pasando. Nadie la detuvo. El viejo camarero le sonrió y le señaló el lavabo de mujeres.

—Gracias —dijo ella, y vio a su madre y su padre, sentados en un reservado de piel roja, mirándola a través del humo.

5

Caminando hacia ellos, de repente con un nudo en el estómago, se fijó otra vez en lo mucho que se parecían sus padres. Los dos tenían caras redondas y coloradas, la de su padre decorada con unas gafas y un bigotito. Jaime temía volverse como ellos algún día, regordeta y maniática. Se suponía que estaban jugando al *bridge*.

—Hola, familia —dijo ella—. Qué sorpresa.

—¿Cómo nos has encontrado? —preguntó su padre.

El cenicero que tenía delante estaba lleno de colillas de Kool, fumados unos cinco centímetros y luego aplastados y rotos en el cenicero. Sin saber qué otra cosa hacer, Jaime se sentó junto a su madre, que le hizo sitio y le sonrió al tiempo que decía:

—No nos estaba buscando, ¿verdad, cariño?

—No, mamá —dijo Jaime—, pero ya que ha salido el tema...

El viejo camarero se acercó a ellos y miró inquisitivamente al padre de Jaime, que pidió otros dos capuchinos.

—¿Y para la jovencita? —preguntó el camarero.

—Tomaré lo mismo —dijo Jaime, y el camarero se alejó.

Los tres se quedaron incómodamente sentados mirando a su alrededor, al resto de los ocupantes del bar. Jaime se fijó en las lámparas de velas falsas y pequeñas pantallas rojas. Encantador, como todo lo demás de ese local salvo sus padres. El camarero les dejó los cafés y una copa que contenía lo que parecían cucuruchos de helado, aunque redondos y no en forma de cucurucho. Su madre cogió uno y cuando lo mordió Jaime escuchó un crujido y detectó el aroma a anís que la había hecho sentirse como en casa al entrar. Ya conocía la razón. Había estado notando ese olor en la ropa de sus padres durante años. Años y años. Nunca había sabido qué era.

—Mira —dijo su padre al fin—, nos sentíamos muy mal por mi trabajo, hemos venido aquí a tomar algo...

—Oh, Farley —dijo su esposa, un poco enfadada—. Tenemos que explicárselo.

La madre de Jaime dio un sorbo a su capuchino y Jaime dio un sorbo al suyo. Sabía a chocolate caliente con brandy.

—Está bueno —dijo, y dio otro sorbo.

—Todos estos años —empezó su madre—, hemos estado diciéndote que íbamos a jugar al *bridge*.

—Entiendo —dijo Jaime.

—No lo creo —dijo su padre.

—No queríais que supiera que sólo salíais a emborracharos —dijo Jaime—. Lo entiendo perfectamente.

—No es nada de eso —soltó su padre.

—Sí lo es —dijo su madre.

—Os perdono —dijo Jaime.

Seguía teniendo un nudo en el estómago. Dio otro sorbo a la reconfortante bebida. Las estructuras de su vida se estaban derrumbando. Las ilusiones sobre sus padres se resquebrajaban a diestro y siniestro. Al fin y al cabo, no eran gente de clase media, gente respetable. Eran farsantes, farsantes borrachos y desempleados. Y ella estaba sentada bebiendo con ellos.

—Por cierto... —empezó su madre.

—Estoy aquí porque he quedado con alguien. —Puede que fuera el brandy.

—Bueno, puedes presentarnos —dijo su padre.

—No queríamos que adquirieras ningún mal hábito —dijo su madre. Ella y Jaime dieron un sorbo a sus capuchinos y se miraron la una a la otra—. Como beber...

—O mentir —dijo Jaime.

Eso pareció destruir cualquier puente de amistad que ella y sus padres pudieran haber estado tendiendo. Los tres se quedaron en silencio mientras la música de ópera, la charla en voz alta y las risas llenaban el local. Finalmente, entró Charlie. Jaime lo localizó de pie junto a la máquina de café, al final de la barra, hablando y riendo, ahora vestido con tejanos y una americana marrón. Jaime quería levantarse de un salto, correr hacia él, agarrarlo del brazo y salir. Pero no lo hizo. Parecía clavada en el reservado. Lo único que podía hacer era simular que no lo había visto, encender su último Pell Mell, apurar el resto de su capuchino y esperar que Charlie la encontrara.

—¿Dónde está ese novio tuyo? —preguntó su madre justo entonces.

—No es mi novio —soltó Jaime.

Y Charlie se acercó a ellos con una expresión especulativa en el rostro.

—Farley, Edna —dijo a los padres de Jaime.

Por supuesto, los conocía. Era el bar favorito de Charlie y también el de sus padres.

—Soy su hija, hola —dijo Jaime.

—Hazme sitio —le dijo Charlie, y se sentó a su lado; los cuatro llenaban el reservado—. ¡Eh, Speedy! —gritó al viejo camarero—. Tres capuchinos y un Monica Bianca. —Sonrió a Farley—. ¿Así que eres el padre de Jaime? ¡Genial!

—Eh, ¿cómo es que conoces a mi hija? —preguntó Farley.

—¿Es éste el hombre al que ibas a ver? —preguntó Edna a Jaime con cierto tono de alarma.

—Sí, mamá —dijo Jaime como una hija obediente.

«Sí, voy a salir con este enorme aparcacoches». Sin embargo, resultó asombroso lo bien que se llevaron una vez superada la incomodidad inicial. Quizá fuera por la atmósfera, todos adultos pasando un buen rato, o quizá fuera sólo por el brandy. La bebida de Charlie resultó ser leche caliente, Kahlua y brandy, y Jaime se pasó a eso para su segunda copa. Para entonces, su padre y Charlie estaban hablando de la guerra. «Farley y Charlie toman las armas», pensó con sarcasmo, pero luego se sintió avergonzada y los escuchó. Su padre había servido en el Ejército durante la Segunda Guerra Mundial. Había una foto de él en su estudio, de uniforme con otros dos hombres jóvenes. Estaban cogidos por los hombros y sonreían a la cámara como borrachos, con los sombreros torcidos. De pequeña, Jaime se había sentido orgullosa de que su padre tuviera más galones en el hombro que los otros dos. Eso era básicamente todo lo que sabía de la carrera militar de su padre. Él nunca hablaba de ello. Se preguntó con un sobresalto si su llamado manuscrito trataría sobre la guerra, igual que el de Charlie.

—Bueno ¿qué uniforme llevabas? —le preguntó Farley a Charlie.

—Infantería —dijo Charlie, y le hizo un guiño a Jaime.

—Infantería —dijo su padre de manera pensativa, aplastando otro medio cigarrillo en el cenicero—. ¿Fuiste a la guerra?

—Joder que si fui —dijo Charlie—. Perdón. Me alisté para salir de un pequeño pueblo de Montana, lo típico, alistarse antes de que te sortearan. ¿Recuerdas eso? Bueno, me pillaron bien. Me alisté el 10 de mayo de 1950.

Sonrió a Edna, que le devolvió la sonrisa, una sonrisa bonita, pensó Jaime. «Dios mío, mi madre está flirteando con él».

—Ya conoces el resto —continuó Charlie—. Nos enseñaron lo básico en Fort Lewis y nos mandaron a Corea de una patada en el culo. Perdón —dijo otra vez dirigiéndose a Edna, que le sonrió.

—Antes trabajaba en el *Chronicle* —dijo ella—. He oído de todo.

—Bueno, bien —dijo Charlie—, entonces podemos hablar abiertamente.

—¿Estuviste en combate? —preguntó Farley con obstinación.

—Sí, claro —dijo Charlie—. Bastante.

No continuó, así que Farley le preguntó si lo habían herido alguna vez.

—En realidad —dijo Jaime, sólo para interrumpir el interrogatorio—, lo mataron en la guerra.

—Nunca me dispararon ni me hirieron —dijo Charlie a Farley, sin hacer caso de la interrupción—. Pero fui prisionero de guerra un tiempo y estuve a punto de perder el pie derecho. Por congelación. Perdí un par de dedos. Corazón Púrpura, ja, ja.

—¿Tienes el Corazón Púrpura? —dijo su padre, con una envidia desesperante transparentándose en su voz.

Charlie asintió y su padre continuó, porque necesitaba conocer toda la terrible verdad.

—¿Alguna medalla más?

—Bueno, sí —dijo Charlie—, Medalla a la Buena Conducta. Cinta del Teatro del Pacífico. Medalla del Servicio en Corea. Estrella de Bronce.

Farley se terminó su capuchino y buscó a Speedy. Parecía afligido. La Estrella de Bronce. Jaime no sabía muy bien qué era, pero sabía que era algo que su padre envidiaba muchísimo. Tenía el rostro más colorado y más severo que nunca. Quizá pensara que Charlie estaba mintiendo. Quizá Charlie *estuviera* mintiendo.

—¿Tienes una Estrella de Bronce? —preguntó por fin su padre, después de que Speedy tomara nota y se alejara.

Charlie suspiró.

—Bueno, sí. Pero no por gran cosa. Nos la dieron a dos o tres. —Parecía tener ganas de cambiar de tema—. Y tú, ¿qué? —le preguntó a Farley—. ¿En qué cuerpo estabas?

—Oh, yo también estuve en infantería, pero no tengo ninguna medalla —dijo Farley, controlándose.

—¿Luchaste?

Así que Charlie no iba a dejarlo. Jaime esperó la respuesta de su padre.

Farley sopesó sus palabras con cuidado.

—Sólo con mis superiores —dijo.

Y Charlie soltó una carcajada.

—Bueno, eso nos toca a todos —dijo, y la tensión se evaporó.

—Vale, basta de historias de guerra —dijo Edna, y puso su mano sobre la de Farley.

Jaime reconoció para sus adentros que, más allá de toda la animadversión típica de la adolescencia, su madre le gustaba.

—Mamá, eres una buena mujer —dijo.

Puso un brazo en torno a su madre, que la besó ruidosamente en la mejilla.

—Qué bonita familia —dijo Charlie—. Bueno, vamos a tomar unas hamburguesas. ¿Queréis acompañarnos? —Se acabó su copa y se levantó.

Jaime besó a su madre en la mejilla y salió del reservado.

—No, gracias —dijo Farley. A Jaime le dijo—: ¿Cómo volverás a casa?

—Yo la llevaré, sana y salva —dijo Charlie con alegría—. Vamos, Jaime. Tengo tanta hambre que me comería el culo de... Bueno, tengo mucha hambre.

—Ibas a decir que te comerías el culo de una mula muerta, ¿verdad? —dijo Farley con una sonrisa suelta—. Decíamos lo mismo en mi época.

Jaime y Charlie caminaron por la barra hasta la puerta de la calle, Charlie dando palmaditas en la espalda a la gente, saludando a éste y al otro; obviamente iba mucho por allí. Y a ella nadie le había pedido el carné. Por supuesto, había estado con sus padres, pero Jaime tomó nota del Tosca Café.

6

El viento soplaba frío cuando caminaban por Columbus hacia Broadway. Con toda naturalidad, Charlie puso el brazo en torno al hombro de Jaime para darle calor y ella se pegó a él con la misma naturalidad.

—Oye —dijo—, podemos seguir hasta donde tengo aparcado el coche y llegarnos a Van Ness, o podemos girar a la derecha y comernos las hamburguesas en los billares. ¿Has probado las hamburguesas de Mike?

—¿Quién es Mike?

Eran casi las dos y la calle estaba casi vacía. Doblaron la esquina y caminaron media manzana hasta una sala de billar atestada con una barra de restaurante con mucha actividad.

—La gente viene aquí después de que cierren los bares —explicó Charlie.

Se veían llamas y se escuchaban chisporroteos procedentes de la gran cocina de detrás de la barra, donde tres cocineros de blanco freían hamburguesas y daban vuelta a lo que parecían huevos revueltos en pequeñas sartenes. Charlie condujo a Jaime hasta la barra, y al cabo de unos minutos estaban sentados, observando a los cocineros. Charlie pidió para los dos.

—Sin mayonesa, sin mostaza, sin lechuga ni tomate, sólo carne frita y cebolla frita en esos panecillos huecos —dijo Charlie con los ojos llenos de apetito.

Jaime ya no tenía frío y se sentía completamente a salvo. También estaba un poquito borracha. Esperaba no vomitar de repente cuando comiera. Cuando llegaron las hamburguesas en una hoja de papel encerado, había pequeños pimientos verdes arrugados como guarnición y Jaime cogió uno y se lo metió en la boca. Se le saltaron las lágrimas.

—¡Delicioso! —dijo.

—A comer —dijo Charlie con alegría, y dio un bocado tan enorme que el jugo de la carne le resbaló por la barbilla y las manos mientras masticaba.

Jaime mordió su enorme hamburguesa sin acompañamientos. Era lo mejor que había probado nunca. La devoró, manchándose entera de jugo, luego comió el pimiento que le quedaba y los dos de Charlie. Charlie pidió un par de copitas de vino tinto de la casa, fuerte y casi amargo, y se volvieron para

ver a los que jugaban al billar. El local estaba repleto de camareros, bármanes, *strippers*, encargados del aparcamiento, italianos con trajes azules y sombreros grises. Jaime era la única turista entre los clientes, pero no se sentía así. La gente no paraba de acercarse y saludar. Jaime no era una desconocida allí; no con Charlie.

La mesa de delante de ellos no era una mesa de billar americano, sino de *snooker*. Mientras observaban, un tipo joven y delgado llamado Tommy jugaba contra un hombre grueso más mayor llamado Whitey. Charlie explicó el juego.

—Él es mejor que Whitey, ¿no? —preguntó Jaime después observar un rato.

Charlie rio.

—Tommy es una chica —dijo—. Mira cómo Whitey cojea un poco más ahora que va perdiendo. Tommy aparca coches al otro lado la calle, junto a Enrico's. Es buena jugadora de *snooker*.

«Y lesbiana», pensó Jaime con un estremecimiento de asombro. La chica Tommy había estado flirteando con ella. Sonriéndole después de los buenos tiros, encogiéndose de hombros después de un fallo... Era inequívoco. Tommy llevaba una camisa de hombre de Hickory, pantalones caqui y zapatos de cordones de hombre. Era obviamente uno de los mejores jugadores, porque una multitud estaba mirando el partido, produciendo un montón de humo de cigarro de olor amargo. Todos eran muy cosmopolitas. Jaime había llevado una vida muy protegida. Recordó horrorizada que su padre había perdido su empleo. Ya no era clase media. La habían arrojado a la calle, pero Charlie estaba allí para protegerla.

—¿No te gusta este antro? —le gritó.

Jaime sonrió.

—Vamos a tomar otra copa de vino —dijo.

Quizá nadie en North Beach pedía la documentación. Quizá por eso el lugar era una atracción turística popular.

—Basta de vino —dijo Charlie—. Son casi las tres.

—¡Oh! —dijo Jaime—. ¡He de ir a casa!

—Quería jugar un poco al *snooker*, pero bueno, te dije que te llevaría a casa, así que nos vamos.

Bajó de su taburete y extendió los brazos para ayudarla a bajar. Las manos de Charlie estaban calientes y secas. A Jaime le encantaron esas manos.

Fuera hacía frío; la calle estaba vacía.

—Podemos subir por Grant o por la escalera —dijo Charlie.

Fueron por la escalera de Kearny; Charlie sudando tinta y Jaime subiendo los peldaños de tres en tres. Llegó arriba por delante de él y se sentó en el muro bajo para observar a Charlie jadeando al subir.

—Será mejor que dejes de fumar —le dijo ella cuando Charlie la alcanzó, jadeando y con una mano en el pecho.

Se apoyó en la pared al lado de ella, casi sollozando en busca de aire. Entonces rio.

—Eres muy joven —dijo—. Vamos.

Tiró de ella con suavidad para bajarla del muro y la estrechó entre sus brazos. Se besaron. Jaime había aceptado que se acostaría con él en lugar de ir a casa. Parecía perfectamente natural. Tal vez ella estuviera más relajada que Charlie al respecto. Caminaron por Kearny hacia su apartamento. Cuando llegaron a su coche, él la empujó contra el vehículo y la besó otra vez. Éste fue un beso largo, pero cariñoso. Cuando se separaron, ella puso su mejilla contra la de él y susurró:

—Llévame a tu apartamento.

—¿No quieres ir a casa?

—Quiero estar contigo —dijo Jaime.

Había venido a North Beach con la esperanza de encontrarlo, pero no para acostarse con él; sólo para hablar, para contarle que su vida se estaba derrumbando, para pedirle consejo. Todo eso parecía poco importante en ese momento.

Jaime se quedó en medio de la habitación-salón de Charlie mientras él entraba en la cocina y encendía una luz. La casa parecía siniestra bajo esa luz. No iba a ser la celda de un monje esa noche. Jaime ya no tenía ganas de acostarse con él, por supuesto, pero allí estaba; ella lo había pedido, así que el pobre Charlie iba a tener que seguir adelante y seducirla.

—¿No usas máquina de escribir? —le preguntó cuando él volvió en la penumbra.

—Claro —dijo, y la atrajo hacia él.

Ella se dejó atraer.

—Ajá —dijo Charlie, y la soltó.

Charlie era demasiado sensible. Ella se movió hacia él y puso sus manos y la mejilla contra su pecho.

—Tendrás que hacerlo todo tú —dijo ella—. Estoy muy asustada.

—¿Estás segura de que quieres hacerlo? —preguntó él.

—Sí —dijo ella—. Pero parece que tú no. No pasa nada.

—¿Quieres que te lleve a casa?

—No, maldita sea. Quiero que me lleves a la cama.

—¿Entonces por qué estás tan fría de repente?

—Porque me parece que no te gusto —dijo Jaime.

Estaba enfadada. Todo el calor del licor había desaparecido. Se sentía vacía y estúpida.

—Bueno, si piensas así, será mejor que te lleve a casa —dijo Charlie con amargura.

—Antes me gustaría tomar un vaso de agua —dijo Jaime en voz muy baja.

Se sentó ante el escritorio de Charlie mientras éste entraba en la cocina y volvía con un vasito de agua. Él se sentó en la cama y la observó mientras bebía.

—¿Estás bien? —le preguntó.

—Estoy bien —dijo ella—. Hoy he tenido un mal día. Estaré bien en un momento.

—Me gustas de verdad —dijo él—. ¿Eres virgen?

—No sé qué tiene que ver eso con nada.

—Gracias —dijo él—. Eso lo explica todo... nuestra *reticencia*...

Jaime se levantó, con el corazón latiendo.

—Yo no soy reticente —dijo.

Se acercó, tomó la cabeza de él en sus manos y la inclinó para besarle, empujando con la lengua en su boca. Al cabo de un momento estaban los dos en la cama, abrazándose con fuerza, besándose y gimiendo.

—¡Házmelo! —gritó Jaime.

El padre de Jaime había tenido una amante y murió en el apartamento de ella; de hecho, en la cama de ella. Sin embargo, Jaime no descubrió nada de eso hasta la noche anterior al funeral de su padre. Todo lo que sabía era que había muerto fuera de casa, de una apoplejía.

Habría sido exagerado decir que Jaime y su padre estaban distanciados en el momento de su muerte, pero ciertamente habían discutido. A causa de Charlie, por supuesto. Después de su primera noche juntos, Charlie la había llevado a su casa alrededor de las ocho de la mañana, una mañana clara y brillante cargada de promesas. Ella ya estaba perdidamente enamorada de él, pero todavía no se había dado cuenta. De hecho, pensaba que todo el mundo se sentiría de ese modo después de hacer el amor toda la noche. Esperaba sentirse así muchas mañanas de su vida. No podía entender por qué había esperado tanto.

—Es aquí, ¿eh? —dijo Charlie, entrecerrando los ojos para mirar la casa—. Parece una mansión auténtica.

Jaime lo besó y salió del coche.

—Te veo en clase. —Le sonrió.

—Claro. —Le devolvió la sonrisa.

A Jaime le sorprendió encontrarse a su padre en bata en el comedor. Había olvidado que lo habían despedido o no se había dado cuenta de que por supuesto eso significaba que a partir de entonces estaría en casa a todas horas. A menos que encontrara otro trabajo. Tenía un aspecto espantoso, sentado allí con esa bata de satén azul con solapas rosadas. No llevaba las gafas y sus ojos rojos parecían los de un mono, como los de los primates del zoo. Ojos viejos, tristes y locos, pensó Jaime, e intentó sortear la situación.

—Buenos días, papá —dijo, y se sentó en su lugar habitual a la mesa.

—¿Qué coño te crees presentándote a las ocho de la mañana?

—Tengo hambre —dijo ella, justo cuando su madre llegó desde la cocina, resacosa, con su salto de cama rosa y su vieja cofia que la hacía parecer Martha Washington.

Su madre llevaba la cafetera, y mientras su padre empezaba su discurso, Jaime tendió su taza para que la llenara. Charlie era demasiado mayor para ella, por supuesto. Y aparcaba coches, por más que tuviera ambiciones de ser escritor. Todo el mundo quería ser escritor. Entretanto, él era sólo un aparcacoches y un violador, o casi, porque tenía que haber seducido o forzado de alguna manera a Jaime. Se preguntó qué habría dicho su padre si hubiera sabido que la de Charlie había sido su primera vez. No se lo explicó. Aceptó el sermón con la cabeza alta, tomando el café. No tenía ninguna intención de mostrarse arrepentida. No se sentía arrepentida en lo más mínimo. Su padre insistió en que no saldría con Charlie nunca más, pero su madre la salvó.

—Cariño —le dijo—, no podemos pedirle que no tenga citas.

—¡Podemos pedirle que se aleje de hombres que le doblan la edad! —dijo Farley enfadado, con su cara roja poniéndose todavía más roja.

—No, no podemos —dijo su madre con calma.

Y ahí terminó la discusión. Pero su padre sin duda había muerto sintiéndose mal respecto a su hija.

El hermano de Jaime, Bill, llegó en avión desde Taipan, bronceado y afligido. Había una especie de velatorio en la casa esa tarde antes del funeral, con un puñado de periodistas vestidos con sus mejores trajes azules, de pie en la sala de estar, emborrachándose y hablando de los buenos tiempos. Después de que echaran por la escalera de entrada al último periodista borracho, Jaime y su hermano se sentaron con las piernas cruzadas en sus camas gemelas en el que había sido el dormitorio de Bill y hablaron. Jaime no sabía muy bien cómo se sentía respecto a Bill. Él siempre había odiado a su padre, y ahora era difícil soportar su culpa y su tristeza. Era su hermano, por supuesto, y eso tenía que haber significado algo, pero Jaime se sentía notablemente distante, incluso después de una ausencia tan larga. Bill había pasado dos años en el extranjero y era seis años mayor que ella, un hombre joven pero maduro que había elegido una vida en la administración pública. Tenía un rostro enjuto, el cuerpo delgado y era el más alto de la familia con un metro setenta y tres. Su único rasgo atractivo eran unos ojos azules aún más duros y más oscuros que los suyos.

—Sabes dónde murió papá, ¿verdad? —le dijo a Jaime finalmente.

Le habló a Jaime de la amante y le explicó que toda su vida había sido una farsa, y la familia feliz, una mentira. Su padre había sido promiscuo durante años. A esa querida en concreto le pagaba el alquiler.

—¿De dónde sacaba el dinero? —se oyó preguntar Jaime desde las profundidades de su aturdimiento.

Bill no sabía nada de dinero. Pero sí sabía que su padre había muerto durante el acto sexual, que enseguida se había instaurado el rígor mortis y que había sido difícil sacar el cadáver del apartamento de Pine Street, con los policías y el personal de la ambulancia riendo y haciendo chistes porque conocían al viejo Farley Froward; todo el mundo lo conocía y todo el mundo sabía que el viejo *Fairly* Farley habría sido igual de cruel y habría hecho los mismos chistes.

—¿Cuándo te enteraste de todo esto? —le preguntó Jaime a Bill.

Su hermano esbozó su pequeña sonrisa y dijo:

—¿No estabas escuchando abajo?

—No estaba espiando —dijo Jaime con mezquindad.

Todo eso la hacía sentirse como si fuera otra persona, rondando en un rincón de la habitación, mirando a humanos estúpidos. Incluida ella, que no había pensado que fuera posible que su propio padre fuera infiel. O que alguna mujer lo quisiera. ¿Su madre también era una farsante?

—¿Y mamá? —preguntó.

—Mamá lo ha estado aguantando desde hace años. ¿Por qué crees que bebe tanto?

—Nunca pensé en eso.

Su padre estaba muerto, habían esparcido sus cenizas en el Pacífico dos días antes. Aparentemente, Jaime no lo había conocido en absoluto.

—¿Tienes algún secreto familiar más que contarme antes de subirte al avión?

Bill la miró de forma extraña.

—¿Qué quieres decir?

—¿Mamá sale con otros hombres? ¿La casa está alquilada de verdad? ¿Nuestro apellido es realmente Froward? ¿Alguna cosa más que tenga que saber de mí misma?

Su hermano se levantó, poniéndose colorado.

—No es necesario que te cabrees por esto —dijo misteriosamente, y salió de la habitación.

Ella había visto a Charlie varias veces en la facultad desde su noche de pasión e incluso habían vuelto a hacer el amor, en la parte de atrás del De Soto, aparcado junto al lago Merced. Este segundo episodio había clarificado un poco las cosas, porque ella no estaba segura de si significaba algo para Charlie o si no era más que un bonito cuerpo de jovencita. Después de algunas maniobras cómicas copularon de forma extremadamente apasionada y al final Charlie le dijo que estaba enamorado de ella.

—Oh, no, Charlie —dijo ella, incapaz de creerlo—. No hace falta que digas eso.

—Lo sé —dijo—, pero lo digo.

—Me gustas, Charlie —se oyó decir a sí misma—, pero no estoy preparada para el amor.

Era como el diálogo de una película mala.

Charlie rio.

—No hace falta que estés preparada para nada —dijo, y la llevó otra vez a la facultad.

Entonces su padre murió. Jaime se negó a dejar la escuela. Cuando vio a Charlie antes de la clase de Clark, él ya se había enterado de lo de su padre y le extendió los brazos sin decirle nada. Jaime apoyó la cabeza en el pecho de él. Uno de los otros chicos de la clase les sonrió y dijo:

—Estaba cantado.

—Me da igual —le dijo Charlie al chico, y puso los brazos en torno a ella—. Quizá no deberías estar aquí.

—Necesito esto —dijo Jaime, sin saber si se refería a la clase o a sus brazos.

Sin embargo, no vio a Charlie durante las vacaciones. Consiguió superar el parón sumergiéndose en sus deberes y escribiendo, y se encontró pasando mucho tiempo con su madre. No fue a North Beach, y se planteó sinceramente alejarse de San Francisco y no ver a nadie de toda esa gente nunca más. Podía hacer algunos trabajillos, observar la vida, escribir relatos cortos para ir aprendiendo y luego pasar a la novela.

Tendrían que vender la casa. Contaban con la indemnización de Farley, pero tenían muchas deudas. También tendrían que desprenderse del mobiliario bueno y del coche de la familia, un Buick del 57. Acabarían completamente arruinados. Edna había trabajado en el *Chronicle* hacía mucho tiempo, pero ahora odiaba el periódico y culpaba a sus directores de la muerte de Farley.

—Tenía la tensión alta por su culpa, y luego lo despidieron —le dijo muy seria a su hija cuando estaban sentadas en lo que por el momento seguía siendo su sala de estar.

Las dos tenían copas de vino. A Edna no parecía importarle el nuevo hábito de Jaime de beber. Las acercaba.

—¿Cómo vamos a ganar dinero? —preguntó Jaime.

—No lo sé —dijo Edna—. Tengo cuarenta y cuatro años. No creo que pueda adelgazar y conseguir a alguien que me mantenga a estas alturas de mi

vida. —Se rio entre dientes y se mostró pícaro—. Supongo que tendrás que hacerlo tú.

—¿Casarme con alguien que me mantenga?

—Los que ganan pasta son geniales —dijo su madre—. Oh. ¡Pasta!

Jaime no dejaba de reír. Pero su problema era real. Su madre había dicho que si vendían la casa y se trasladaban a un barrio menos caro, habría suficiente dinero para que Jaime terminara la facultad. Ninguna habló del deseo de toda una vida de Edna de trasladarse en otra dirección, a Pacific Heights. Su madre nunca conseguiría lo que quería. La vida no iba a regalarle nada más. Para Edna, había acabado.

—Oh, mamá —dijo Jaime con tristeza.

Kenny Goss dormía muy poco. Su cuerpo pequeño y nervudo no parecía necesitarlo y su cerebro siempre estaba desbordante de ideas. Había tratado de vivir con una chica en una ocasión, pero sólo habían durado unos días.

—Eres demasiado intenso —le dijo ella, y se marchó.

Ahora Kenny vivía en un apartamento pequeño de Jackson Street, cerca de Larkin. Se encontraba encima de una lavandería china, y siempre que estaba en casa oía el estruendo de las máquinas y las voces de la familia que dirigía la lavandería, voces tranquilizadoras para Kenny. Lo habían educado para pensar que los chinos eran gente pobre y espantosa y cada vez que un chino demostraba que su madre no tenía razón se sentía feliz. Amaba a su madre, pero ya sabía que no podía creerla. No era sólo con los chinos: odiaba a los judíos, a los alemanes, a los japoneses, etcétera, etcétera, y sólo profesaba amor por países mayoritariamente católicos. Kenny había sido educado en el catolicismo. Incluso había pasado unos días en un orfanato católico de Berkeley mientras su madre buscaba un lugar para vivir. Sin embargo, en cuanto fue lo bastante mayor para pensar, liberó su mente de la locura abrumadora y asfixiante que para él era el catolicismo. Cuando veía a su madre, ella le recordaba que iría derecho al infierno, y él le recordaba a ella que lo único que tenía que hacer era arrepentirse, confesar, comulgar y nada más. Todo dicho en su tono más sarcástico.

Esa mañana en concreto, Kenny estaba sentado en su coche a las seis de la mañana a las puertas de una casa de Washington Street, esperando que fuera la hora adecuada para correr a la puerta de la calle y ver si los residentes ya estaban despiertos. Como era su costumbre, la noche anterior había cogido un ejemplar de la primera edición del *Chronicle* y había leído los anuncios, buscando algo que pudiera resultar fructífero. El anuncio que lo había llevado hasta allí decía: «Muebles de una casa en venta. Muchas cosas buenas», y la dirección estaba lo bastante cerca del distrito de renta alta para interesar a Kenny. No es que le preocuparan los muebles. Kenny buscaba libros. Pasaba la mayor parte de su tiempo libre recorriendo la zona de la bahía en busca de libros usados baratos. Uno de sus trucos consistía en responder a anuncios

como el de esa mañana y ponerse a mirar los muebles, pero en realidad atento a los libros. La gente que vendía muebles a menudo no se encontraba bien y no sabía lo que estaba haciendo. En ocasiones, la persona que coleccionaba los libros había muerto y la viuda desconocía su valor. Él había encontrado unas cuantas gangas así, incluido un ejemplar de *Hike and the Aeroplane*, un libro infantil que había sido el primero publicado por Sinclair Lewis. Kenny vendió el ejemplar que encontró, no impecable, ni siquiera en estado excelente, pero sí muy bueno, por ciento cincuenta dólares. Había pagado cincuenta centavos por él.

Se sentó en su viejo Ford granate del 49 tomando café de su termo con taza y leyendo el *Examiner* de la mañana a la luz de una linterna. Dada la época del año, el sol aún tardaría otra hora en salir. Hacía frío, pero Kenny estaba cómodo. La noche anterior había sido buena. Se había quedado escribiendo durante varias horas, con la lavandería de abajo cerrada y el edificio de apartamentos casi en silencio salvo por los habituales sonidos domésticos bajos, y había logrado producir tres páginas enteras. Estaba escribiendo una historia delirante sobre un viejo chino que trabajaba cada día en una lavandería y luego se iba a casa a ocuparse de su invento, que estaba hecho de pequeñas partes móviles, engranajes, ruedas, clavijas y ejes. Nadie sabía a ciencia cierta qué estaba creando el hombre, pero todo el mundo lo respetaba. Kenny tampoco estaba seguro de lo que estaba haciendo el viejo, pero esperaba que su imaginación acudiera al rescate. Tenía la impresión de estar llegando al final de la historia y todavía no tenía idea de qué trataba. Sabía que tenía que confiar en sí mismo. Escribir a ciegas, sólo siguiendo un impulso, era el secreto para descubrir lo que se ocultaba en las partes más profundas de la mente. Lo que su madre llamaba el alma, pero que él prefería llamar su esencia.

Miró el reloj. Las siete menos cinco. Sabía por experiencia que un montón de gente respondería a ese anuncio y era mejor llegar pronto. Curiosamente, ninguno de los otros buscadores de libros que conocía había captado su truco de responder a anuncios de muebles. Por lo general, él era el único levemente interesado en los libros. Salió del coche y vio su aliento. Era una mañana fría y hermosa. Subió los escalones y llamó al timbre. Esperaba que no se enfadaran con él, aunque normalmente no se enfadaban. Querían que empezara la venta.

Al cabo de un rato, una mujer bajita y regordeta con sudadera gris y pantalones verdes abrió la puerta y lo miró sin decir palabra.

—He venido por la venta —dijo Kenny.

—Oh —dijo ella.

Parecía un poco extraña, pero abrió más la puerta y lo dejó pasar. Kenny enseguida se dio cuenta de que los muebles eran buenos. Alfombras persas por todas partes, lámparas de Tiffany, al menos tres de ellas en el salón, muebles antiguos bien cuidados y con muy buen aspecto. Se paseó por la sala de estar simulando mirar los muebles.

—Soy la señora Froward —dijo la mujer y le tendió una mano húmeda.

Kenny se dio cuenta de que estaba borracha. Al menos el aliento le olía a alcohol.

—Es todo muy bonito —dijo él, caminando.

Miró los muebles del comedor. Seguía sin haber libros. En realidad, era una buena señal. Si una casa como ésa tenía sólo unos pocos libros los exhibiría en el salón. Por supuesto, era posible que no hubiera ningún libro.

—¿Tiene estanterías en venta? —le preguntó—. Es sobre todo eso lo que busco.

—Por aquí.

Lo condujo por el pasillo hasta la biblioteca. Para Kenny fue como entrar en las minas del rey Salomón. Allí donde miraba había libros preciosos con sus sobrecubiertas originales. Saltaban los nombres: Joyce, Faulkner, Fitzgerald, Steinbeck, Hemingway... Alcanzó un ejemplar de *Fiesta* en su sobrecubierta original. El libro se hallaba en excelente estado. Lo abrió por la página de créditos y vio la letra A donde esperaba encontrarla. Primera edición. Comprobó un Fitzgerald. Primera edición. Confiaba en que no le temblara la mano al volver a guardar el Fitzgerald en su lugar. Se volvió y sonrió a la señora Froward.

—Bonitos libros —dijo—. ¿Es coleccionista?

—Mi marido coleccionaba libros —dijo—. Ha fallecido.

Justo lo que Kenny esperaba oír. Pero algo lo estaba inquietando.

—Podría comprar todos estos libros —se oyó decir—. Si el precio es lo bastante barato.

—¿Qué tiene en mente? —preguntó ella.

La mujer se sentó en una bonita butaca de cuero, muy gastada, probablemente la butaca donde se sentaba a leer su colección el difunto marido. Kenny miró alrededor. Aproximadamente doscientos libros.

—Podría darle cincuenta centavos por cada uno —dijo—. Cien dólares por todo el conjunto. Podría sacarlos de aquí esta mañana.

La mujer lo miró, y esta vez él vio dolor en sus ojos; sólo durante un segundo, pero allí estaba.

—No lo sé —dijo ella—. Se llevaría un montón de libros valiosos. No pensaba en vender los libros, pero necesitamos el dinero.

—Mire —se oyó decir a sí mismo—, pronto tendrá aquí a un montón de vendedores de muebles. Van a tratar de joderla, perdone, pero van a intentar llevarse todo este material realmente valioso por muy poco. Tiene que estar preparada para regatear... —Se desanimó al oírse decir eso, pero no podía robarle a una vieja borracha. No era propio de él—. ¿No conoce el valor de nada de esto? —le preguntó.

Se sentó en un pequeño confidente, y se sorprendió al fijarse por primera vez en que la pequeña pintura que tenía delante de él en la pared era un Matisse. O parecía un Matisse.

—¿Matisse? —preguntó, y la mujer asintió distraídamente.

Debía de haberse pasado la noche despierta y bebiendo. Su marido muere y ella está desvalida. Y entonces llegan los carroñeros. Kenny suspiró. Si hubiera sido un verdadero hombre de negocios le habría hecho una oferta por todo el contenido de la casa, habría jodido a aquella mujer sin pensárselo y habría ganado una fortuna. En cambio, como era escritor, como necesitaba ser un hombre de honor más de lo que necesitaba el dinero, Kenny le explicó a la señora Froward el abecé.

—Señora, no está usted en condiciones para vender esto, disculpe.

—Eso es verdad —dijo ella—. Pero tengo que venderlo.

Kenny suspiró otra vez. Última oportunidad para ser un buitro.

—Deje que llame a un mediador reputado —dijo—, alguien que pueda hacer una subasta de sus cosas por los precios adecuados. Tardará un poco más, pero de lo contrario la dejarán en la ruina.

Telefoneó a Butterfield's y les contó lo que estaba ocurriendo. Enviarían a una persona y, entretanto, Kenny pararía a la gente en la puerta y les diría que la venta había terminado.

—¿Por qué está haciendo esto? —le preguntó ella.

—No lo sé, señora —dijo él. No podía decirle que era un hombre de honor, ¿no?

Jaime pensó que la regla se le había interrumpido por la muerte de su padre. Pero no, estaba embarazada, y obviamente se había quedado embarazada en su primera noche de amor. Y encima, cuando se lo había contado a su madre, Edna le había soltado:

—Muy bien. Entonces eres responsabilidad suya. Vete a vivir con él.

—Oh, claro —respondió Jaime, pensando en el lujoso apartamento de Charlie.

En esa primera noche, Charlie había abierto la cremallera de su saco de dormir, lo había extendido en el suelo al lado del camastro y habían hecho el amor allí. Después, cuando ella sintió sueño, sólo se puso algo de ropa encima y se durmió. Pero no podía imaginarse viviendo de ese modo. Era una chica de clase media. No estaba acostumbrada a la pobreza. Y de todos modos, no creía que a Charlie fuera a hacerle gracia ser padre. En realidad, no había alternativa. Los abortos costaban dinero.

Ella y su madre vivían en la casa mientras los promotores inmobiliarios trataban de venderla, y había desconocidos en su hogar todo el tiempo. La mayor parte de las cosas buenas ya se habían vendido en subasta y la casa se le hacía extraña, llena de insólitos ecos. Daba la impresión de que su padre sólo estuviera de vacaciones y se hubiera marchado sin ellas. Jaime lo echaba de menos, pero también se sentía resentida por su ausencia. ¿Por qué no nos ha llevado con él? Esperaba verlo entrar por la puerta de la calle, con el cuello negro del abrigo subido, el sombrero de fieltro gris calado hasta las cejas, manchas de lluvia en las gafas y el bigote. Su madre estaba ocupada vendiendo sus pertenencias y buscando un apartamento que pudieran permitirse y que no estuviera en un barrio bajo, y ella trataba de hacer los trabajos de la facultad, prestar atención en las clases y escribir. Había estado trabajando en un relato corto sobre una chica muy parecida a ella misma. No iba muy bien y ya no parecía tener sentido. Le habían ocurrido demasiadas cosas desde que había empezado la historia. Tiró las páginas a la papelera. No habían vendido ninguno de sus muebles personales. Su habitación seguía intacta, la única habitación intacta de la casa. La única con una alfombra,

aunque no fuera persa. Todavía no le había dicho a Charlie que estaba embarazada. Él se había retirado después de la muerte de su padre, por una cuestión elemental de educación, o porque la consideraba demasiado fácil. Cuando se encontraban siempre parecía amable y preocupado, pero ella se mostraba distante, como si la muerte de su padre la hubiera afectado profundamente, tan profundamente como podría haberle afectado a un personaje de una novela rusa, aunque Jaime sólo había leído una, *Anna Karenina*.

Por fin, un día en clase, cuando el profesor Clark estaba buscando algo en un libro, Charlie le dio un golpecito en el hombro y Jaime se volvió. Los ojos de él parecían dorados ese día.

—Hola —le dijo él.

—Estoy embarazada —dijo ella, y se volvió.

Aturdida, escuchó al profesor Clark leyendo los *Upanishads* (estaban trabajando *Pasaje a la India*) y esperó la reacción de Charlie, aunque él no podía interrumpir la clase. Entonces él la tocó en el hombro y Jaime supo, sólo por ese sencillo golpecito, que todo iría bien. Se echó a llorar. En ese momento, Clark la miró y tuvo que ver el brillo de las lágrimas. Sus ojos azules se ensancharon y volvió a la lectura. «No es la clase, Walt», quería decirle Jaime. Sacó un pañuelo de papel del bolso y se sonó ruidosamente.

—*Gesundheit!* —susurró Charlie, y Jaime sintió la mano de él en su nuca.

Clark sonrió y siguió leyendo. Cuando sonó el timbre, Jaime se levantó y se volvió hacia Charlie. Sabía que tenía los ojos fatal, pero Charlie sólo la atrajo hacia su seno y ella lloró contra su cazadora.

Por supuesto, la casa de Charlie no sería un buen sitio para ellos. La casa familiar se había vendido, probablemente a precio de saldo, y Jaime y su madre tenían que mudarse en un mes. Edna parecía trastornada y estaba bebiendo demasiado. Jaime no podía hablar con ella. No sabía si era el momento más feliz de su vida o el peor. Sólo cuando estaba con Charlie se sentía bien. Sólo con Charlie se sentía a salvo. Y era una locura. ¿Qué sabía de él? Era de un pueblecito de Montana. Wain, Montana. Su madre estaba muerta y su padre trabajaba en un almacén de maderas. Había sido soldado y había ganado una medalla que su padre envidiaba. Sabía que era un escritor entusiasta con poco talento literario y por último sabía que en la universidad estatal todos pensaban que era el estudiante más prometedor. Probablemente porque era grande y fuerte y tenía una bonita sonrisa.

Salieron a fumar un cigarrillo bajo los árboles del patio entre el edificio de Humanidades y Ciencias Sociales y el de Administración. Llovía un poco.

—Pensaba que podrías estarlo —dijo él.

—¿Estar qué?

—Embarazada.

—¿Qué te hacía pensarlo?

Charlie sonrió.

—Porque quería que lo estuvieras —dijo. Puso su mano en la mejilla de ella, con el cigarrillo colgando románticamente de sus labios—. Ya sabes lo que siento por ti.

—¿El qué? —Jaime había traspasado la línea. Nunca debería haberle preguntado eso.

—Te quiero —dijo él.

—¡Ajá! —dijo otro estudiante al pasar.

Charlie le lanzó una sonrisa irónica, y se volvió hacia Jaime.

—Estoy loco por ti. Quiero casarme contigo. Quiero que tengamos hijos. Etcétera.

—Yo no quiero eso —se oyó decir Jaime—. Tengo que terminar la facultad.

—Puedo esperar —dijo Charlie. De repente, su rostro se retorció en una mueca de duda.

Jaime tuvo ganas de reírse de su expresión cómica al darse cuenta de que ella podría rechazarlo.

—Espera un segundo.

—Yo también te quiero —dijo ella.

—No estarás pensando en un aborto ni nada por el estilo ¿eh? —Había ansiedad en su voz. Tenía las manos en los brazos de ella, y el cigarrillo en la boca.

—No lo sé —dijo Jaime, sintiendo el poder—. No sé qué voy a hacer.

—Por favor, no lo hagas. —Charlie escupió el cigarrillo y la besó con urgencia—. ¿No lo entiendes? Somos perfectos el uno para el otro.

Ahora ella tenía el control.

—Vamos a dar un paseo y nos tomamos una buena taza de café malo —dijo.

Hablando en voz baja, caminaron del brazo por la cuesta cubierta de hierba hasta la cafetería, donde encontraron un grupo de escritores jóvenes sentados tomando un café. Jaime y Charlie se unieron a sus colegas, con el secreto ardiendo entre ellos. Vivirían juntos y tendrían el niño. Charlie, después de licenciarse, buscaría trabajo de maestro. Jaime tendría el bebé y se reincorporaría a la facultad. Lo compartirían todo. Si todavía se amaban al

cabo de unos años, se casarían. Entonces ella tendría veintiuno y podría decidir.

Jaime miró a sus compañeros estudiantes. Sólo había hombres en torno a la mesa. Del puñado de mujeres del programa, ninguna se consideraba potencialmente buena escritora. En realidad, la mayoría de los estudiantes de escritura creativa terminarían en la docencia. Pocos se convertirían en escritores. En ese momento estaban hablando de dinero. Algunos se habían presentado al premio Eugene F. Saxon, diez mil dólares de la editorial MacMillan para el manuscrito parcial más prometedor. Jaime se habría presentado, pero no tenía ninguna novela.

Cuando a Charlie le concedieron el Saxon fue el primer sorprendido. Ni siquiera había querido presentarse. Su director de tesis le había dicho alegremente que esa primera parte no sólo podía valerle un Saxon, sino que, si lo presentaba con las debidas recomendaciones, podría valerle una beca en el programa de escritura de Iowa, el más prestigioso del país.

—A Paul Engel le encantará —dijo el doctor Wilner.

Charlie sabía que la primera parte no estaba lista. Tenía todos los personajes y todo el material, pero era terriblemente tosca y le irritaba cada vez que la leía. Había tardado años en poner en papel la primera parte, incluso en su forma más rudimentaria, y ahora, después de todo lo que sus profesores y amigos habían trabajado en ella, seguía irritándolo. *No era buena.*

Pero mucho tiempo atrás, cuando había decidido ser escritor, se sentó y pensó en lo que podía hacer. Podía simplemente empezar a escribir. Anotar sus experiencias y lo que pensaba de ellas. Eso era lo que lo había llevado a la escritura en primer lugar: las cosas que había visto. La forma en que lo habían hecho sentirse. O también podía sentarse y leer obstinadamente todas las novelas de guerra y ver lo que ya se había hecho. El inconveniente sería que podría terminar imitando a otros escritores del género y eso no era lo que quería hacer. Demonios, quería escribir el *Moby Dick* de la guerra. O al menos intentarlo. La tercera opción era conseguir licenciarse en la facultad, aunque no había terminado el instituto. Limitarse a aprender lo que podían enseñarle. Tenía un certificado de educación general que le había concedido el Ejército cuando pensaban que iban a hacer de él un oficial, de manera que podía entrar en alguna facultad que no tuviera estándares demasiado elevados. Terminó haciendo las tres cosas.

Pero era curioso cómo ocurrían las cosas. Ahí estaba ese regalo de diez mil dólares, la misma cantidad que el Ejército le hubiera pagado a su padre si lo hubieran matado. Lo único que tenía que hacer para conseguirlos era terminar su novela, algo que ya pensaba hacer de todos modos. Y sin embargo, ahí estaba, inesperadamente enamorado de una chica que estaba inesperadamente embarazada. Justo en el preciso momento de la historia en el

que podía permitirse casarse. Podía incluso permitirse dejar de aparcar coches en El Miranda y ponerse a escribir y a leer a tiempo completo.

Había leído, sólo para ver lo que quedaba por decir, todas las novelas de guerra que pudo soportar, desde *La galería* de John Horne Burns y *Guard of Honor* de James Gould Cozzens, hasta *Guerra y paz* de Adivina Quién. Leyó a Hemingway y a Dos Passos, a Mailer y a Jones. Leyó *La insignia roja del valor*. Todas las obras tenían dos cosas en común. Eran grandes libros y de grandes escritores, mucho más allá de lo que Charlie Monel podría conseguir aunque se pasara el resto de su vida escribiendo. Dos vidas. Sobre todo ese puto Tolstói, que casi hacía que Charlie deseara suicidarse. «Y tú quieres hablar de tu *Moby Dick* de la guerra, joder...».

La única cosa que le quedaba a Charlie, si decidía continuar su absurda carrera, era explicar lo que ocurrió en Corea y Japón mientras estuvo allí. Lo que ocurrió en Kim Song. Cómo habían sido sus compañeros prisioneros de guerra. Cómo había sido él. Eso se lo habían dejado. De lo contrario, lo habría dejado mucho antes.

Ahora, el único problema al que se enfrentaba era pedirle a Jaime que se casaran. Llegó a la conclusión de que se había enamorado una fracción de segundo después de verla. No era del todo amor a primera vista. Pero ella actuaba de manera veleidosa: un momento quería pasar su vida con Charlie, al momento siguiente deseaba irse sola a alguna parte. Era perfecta para él. Era mucho más guapa de lo que Charlie tenía derecho a esperar y también más lista, más divertida y mucho mejor escritora que él. Podrían vivir juntos y educar a sus hijos, y Jaime podría enseñarle a escribir igual que ella, mientras que él la enseñaría a lanzarse un poco más en su escritura. Y podría protegerla de formas más duras de la realidad. Ella no debería trabajar. El trabajo, de camarera o algo similar, la rompería. Jaime había estado hablando de irse a una ciudad pequeña y conseguir un trabajo no cualificado, de manera que su escritura se adaptara más a la realidad. Charlie lo dudaba. No había nada maravilloso en un trabajo no cualificado. La parte maravillosa de su jornada laboral, como con cualquier trabajo, era terminarla. Jaime envolvía el trabajo de romanticismo, del mismo modo que envolvía de romanticismo la escritura. Por supuesto, él también lo hacía, pero de una manera diferente.

Cuando Charlie le contó a Jaime lo del premio Saxon, ella pareció tomárselo bien. Sin entusiasmarse demasiado, le dio un bonito beso y le dijo que él lo merecía más que nadie.

—¿En serio? —preguntó él—. ¿Por qué? —Quería saberlo.

—Porque eres muy prometedor.

Estaban uno al lado de otro en The Coffee Gallery, tomando cerveza. Era un sábado por la tarde y el local estaba lleno de turistas, no de turistas comunes sino de los bajos fondos, moteros y malos tipos. A él no le gustaba esa nueva gente que estaba llenando North Beach. Hacían que subieran los alquileres y llenaban los bares buenos.

—¿Cuánto tiempo podríamos vivir con diez mil dólares? —preguntó Jaime.

—Oh, dos, tres años —dijo Charlie.

—Eres un monje —dijo ella—. Pero vas a ir a Iowa, ¿no?

Ésa era la cuestión. ¿Debería seguir adelante y solicitar esa suculenta beca? ¿Quería llegar a Iowa con una mujer embarazada? ¿Quería Jaime trasladarse a Iowa? ¿Podía entrar ella en su programa para estudiantes? ¿Estaba dispuesto a irse solo? Se imaginó sentado en una residencia aislada por la nieve en medio de ninguna parte, recibiendo una carta de Jaime en la que le hablaba de ir a Tijuana para abortar. Eso lo hizo estremecerse. Si ella era capaz de hacer algo así, es que no lo amaba realmente. No sabía por qué se sentía así, pero así se sentía.

—¿No se te ocurrirá abortar? —le preguntó.

Había una mesa de chicos a su lado. Un gran personaje negro con camiseta sin mangas y una larga cadena cromada al cuello estaba sonriendo por su comentario. Cada vez que él y Jaime tenían un momento privado había algún capullo que interfería. Fulminó al tipo con la mirada, y éste le sonrió con insolencia. Podrían haber estado en la calle en unos doce segundos, pero en cambio Charlie sonrió y dijo:

—¡Tómame una cerveza! —Hizo una señal para que el camarero sirviera rondas en las dos mesas.

—No —dijo Jaime.

—¿No qué?

—No voy a abortar.

Charlie acercó su cabeza a la de Jaime.

—Pues vamos a casarnos, joder.

—Pues vamos a casarnos, joder —se burló ella.

A él no le gustaba que soltara tacos, pero como le había enseñado él, ¿qué podía decir?

—Si nos casamos, no iré a Iowa —dijo él—. Podemos encontrar un apartamento aquí en North Beach, vivir de mi beca y escribir.

—Suena a música celestial —dijo ella. Algo iba mal. Ella lo amaba. Él lo sabía. O esperaba que lo supiera. Pero ella se estaba conteniendo. Lo tenía por

las pelotas, por supuesto. Sabía que él haría lo que le pidiera. Así que... al cuerno.

—¿Qué te preocupa? —preguntó Charlie.

Por dentro se encogió, esperando algo espantoso. Pero después de vaciar su vaso de cerveza, Jaime eructó suavemente, se disculpó y dijo:

—Mi madre. Si me mudo contigo, se quedará sola. —Le apretó la mano—. Podría vivir con mi madre y tener el bebé mientras tú estás en Iowa.

—Ni de coña —dijo él—. Tu madre puede vivir con nosotros.

—No, no puede —dijo Jaime con tristeza—. Mi madre es una borracha.

El último gran acontecimiento antes de los finales era el oral de Charlie. Tenía que sentarse en una pequeña sala con tres hombres educados y contarles, en sus propias palabras, alguna gran verdad de la literatura que ellos presumiblemente no conocieran ya. Tenía que exhibirse en un acto de erudición delante de ellos. Charlie ya sabía de antemano que ese momento iba a llegar, pero no había querido preocuparse. Hasta la noche anterior.

—Joder ¿qué voy a decirle a esa gente?

Estaban en su apartamento, que había cambiado drásticamente en las últimas semanas. En lugar del camastro de excedentes del ejército, ahora dormían en una de las camas gemelas de Jaime que ella y Charlie habían traído de Washington Street. Y había montones de cosas de Jaime en el apartamento: ropa, libros, una ruidosa licuadora con la que Jaime preparaba su «cóctel de leche de tigre». Charlie lo había probado una vez. De hecho, prefería lo que le daban en el campo de prisioneros. En ese momento, Jaime estaba en la cocina, vestida sólo con unas bragas y una camiseta de Charlie. Llevaba el pelo rubio despeinado y lavaba los platos mientras Charlie hacía la cama. Después de comer habían saltado a la cama, por supuesto. Siempre estaban saltando a la cama en aquella época. Ella se iría pronto a su casa, al nuevo apartamento de su madre, y Charlie sentía pánico.

—Sólo diles que eres grande y fuerte y que prometes escribir con brillantez si te conceden esta licenciatura. Ruégales —dijo por encima del ruido de lavar los platos—. Pídeles que tengan en cuenta que luchaste valientemente por tu país y que ahora quieres una licenciatura. Seguro que se apiadan de ti.

—Su puta madre —dijo, y se sentó en la cama recién hecha.

La cama de Jaime. Y había una gran caja con sábanas y cosas en el rincón, ocupando un espacio precioso. Primero ella lo llenó de amor, luego llenó su apartamento de cosas.

—Si sueltas tacos, probablemente se asustarán —dijo Jaime entrando en la habitación. Lo miró con cariño—. Te está entrando el pánico escénico, ¿no?

—¿Es eso?

Se había sentido así en Corea, pero en Corea era de esperar. Aquí y ahora resultaba raro que tuviera que temer reunirse con tres hombres a los que, lo sabía perfectamente, les caía bien y que tenían toda la intención de aprobarle. Eran los mismos tipos que lo estaban animando a ir a Iowa para que pudiera ser como ellos, autores respetables que también enseñaban en la facultad: Ray West, un hombre de Utah, autor de un libro sobre los mormones y un gran relato titulado «El último de los *grizzlies*», que era exactamente como Charlie se sentía esa noche; Herb Wilner, autor de cuentos brillantes publicados en sitios como *Esquire*; y el viejo Walter Clark. Charlie se frotó el abdomen, esperando calmar el malestar.

—Tengo que ir a casa y estudiar —dijo Jaime—. Tú vas a conseguir tu título, pero yo probablemente suspenderé.

Ella y Edna se habían trasladado a un gran apartamento en Sacramento Street, entre Leavenworth y Jones. Charlie las había ayudado con la mudanza. Era patético. Ya no tenían sus muebles buenos y lo que les quedaba no llenaba el apartamento ni a medias. Tenían un bonito suelo de madera —que Charlie limpió, enceró y pulió para ellas con una pulidora auténtica de alquiler—, pero nada para poner sobre él salvo unas cuantas alfombras pequeñas. Edna obviamente se había equivocado al alquilar ese apartamento. Debería haber alquilado un apartamento pequeño y amueblado y ahorrado algo de dinero, en lugar de ese apartamento fantasma lleno de ecos. Charlie sabía que Jaime odiaba ir a esa casa. Pero ella era la única compañía que tenía su madre. A Edna ya no le gustaban sus viejos amigos. La mayoría de ellos estaban relacionados con el *Chronicle*, asesino de Farley, y el resto eran socialistas, marxistas, comunistas, etcétera, y, en su modesta opinión, un montón de idiotas. Ni siquiera iba más a Tosca, no porque fuera un antro marxista, sino por los recuerdos que la asaltaban. Charlie no había conocido muy bien a Farley, para él sólo era uno de los periodistas que bebían en North Beach, pero parecía un buen tipo, quizá un poco tenso en relación con la política internacional. Podía imaginar que Edna lo echara de menos. Pero ella se limitaba a quedarse en su apartamento caro, mal decorado y fantasmal, bebiendo vino tinto.

—Deberíamos mudarnos todos juntos —dijo Charlie otra vez.

Aunque no lo deseaba particularmente, era mejor que aquella situación. Sin embargo, Jaime no cedía.

—No quiero convertirme en un cliché —le dijo ella misteriosamente.

Mucho después de que terminara, Charlie llegó a la conclusión de que el último oral había sido cómico. Se había sentido bien por la mañana: fue a clase, devolvió algunos libros a la biblioteca, se comió un pimiento relleno en la cafetería, pero cuando se presentó en el despacho de Wilner el pimiento relleno estalló o algo ocurrió; la cuestión es que sintió una terrible necesidad de cagar. En lugar de hacerlo, llamó con valentía a la puerta de Wilner y apretó el culo.

Wilner abrió la puerta y salió. Era un judío bajito y de aspecto amable que había sido un jugador de fútbol americano reconocido a escala nacional en 1944. Sonrió nerviosamente a Charlie y dijo:

—Vamos a tomar un café.

—Yo vomité un par de veces antes del último oral —dijo Wilner cuando estaban cruzando el campus.

Se sentaron en la cafetería y, mientras Charlie tomaba con nerviosismo su café amargo, Wilner le contó historias de cómo los tipos más valientes en ocasiones se derrumbaban de terror al pensar en los orales.

—Es realmente misterioso —dijo— cómo esos grandes muchachotes se ponen blancos al pensar en exponer sus ideas.

—Sí —dijo Charlie. Era demasiado tarde para matarlo.

Wilner se levantó de manera abrupta.

—Bueno, hora de irnos —dijo.

El último oral duró cuarenta minutos, desde el momento en que Charlie entró en la pequeña oficina donde Clark y West se levantaron sonriendo y le estrecharon la mano hasta el momento en que salió con las rodillas temblando, el estómago tenso y el culo todavía apretado. No tenía ni idea de cómo le había ido. Se apoyó en la pared y esperó a que saliera Wilner. Había elegido hablar de *Moby Dick*, pese a que le habían advertido que *Moby Dick* era un tema muy recurrente, y quizá más extenso de lo necesario. Sin embargo, a Charlie le encantaba el libro y lo conocía mejor que ningún otro, y así pues, abrió la boca, empezó a farfullar y las frases fueron saliendo a trompicones, sin ningún sentido, hasta que ya no le quedaron más palabras y se calló.

Wilner salió y caminaron en silencio por el largo pasillo vacío hacia su despacho. En la puerta, Wilner se volvió y estrechó la mano de Charlie.

—Llámame Herb —dijo.

Su apretón de manos fue agradable y fuerte. Charlie era licenciado en letras. Sólo faltaba la formalidad de su último final, al cabo de cuatro días. Y luego la solicitud de ingreso en Iowa.

—Cariño —le dijo a Jaime por teléfono—, tengo que salir de la ciudad. Vámonos a las montañas, aunque sólo sea por esta noche, para airearnos, apostar un poco, emborracharnos, pasarlo bien y luego volvemos para nuestros finales.

—Tú mandas —dijo ella.

Charlie no pudo evitar reírse.

SEGUNDA PARTE
EL GRUPO DE PORTLAND

El grupo de Portland se formó en torno a Dick Dubonet, después de que él vendiera un relato a *Playboy* por tres mil dólares. *Playboy* normalmente pagaba mil quinientos por un cuento, pero Dick descubrió que si anunciaban el tuyo en la cubierta de la revista pagaban doble. El alquiler de Dick era de treinta dólares al mes y gastaba casi lo mismo en comida. Los servicios básicos costaban cuatro dólares; el teléfono, otros cuatro. De lejos sus mayores desembolsos mensuales eran en concepto de coche, cerveza y cigarrillos, con algún gasto ocasional extra en el Caffè Espresso. Dick estaba soltero y necesitaba estos gastos aparentemente innecesarios para conseguir chicas. Porque no estaba dispuesto a gastar dinero en ellas directamente.

De hecho, estaba en la cama con una chica cuando su agente lo llamó para comunicarle la noticia. Una criatura hermosa que había conocido en un taberna, cerca de la facultad. Ella se había ido a la casa de Dick, porque él ya gozaba de reputación como uno de los pocos autores de éxito en Portland o, que él supiera, en todo el estado de Oregón. Llevaba un par de años publicando relatos en revistas como *Nugget*, *Caper* y *Fantasy & Science Fiction*. A los veinticinco años había vendido su primer original por ochenta dólares a *Ellery Queen's Mystery Magazine*, una historia de un escritor que se venga de los editores envenenando el pegamento de sus sobres de respuesta. Que por supuesto le eran devueltos sin dejar ninguna prueba. Era un cuento simpático y el director de la revista le mandó una bonita carta junto con un cheque de ochenta dólares. Al cabo de unos meses, el director, Robert P. Mills, escribió a Dick para contarle que dejaba el puesto para convertirse en agente independiente. ¿Querría ser Dick su primer cliente? Conseguir un agente era la mitad de la batalla. Desde entonces, Bob Mills había estado vendiendo una historia de Dick al mes y la carrera de éste había despegado.

—¿Quién era? —preguntó la chica, mirándolo con malicia desde debajo de las sábanas.

A él no le importó que lo mirara cuando iba en calzoncillos. Tenía un buen cuerpo, aunque pequeño y nervudo, y un bonito bronceado. Su piel ya

era oscura de por sí, los ojos, casi negros, el cabello, rizado y oscuro. Sabía que era atractivo, pero eso no lo hacía presuntuoso.

—Sólo trabajo —dijo con frialdad.

Trató de recordar el nombre de la chica. Pensó en regresar al calor de la cama y volver a hacer el amor con ella. Lo habían hecho dos veces durante la noche. Con eso serían tres veces, lo mínimo si quería que ella lo considerase un amante. ¿Quería? La chica era guapa, pero Dick no podía recordar nada de ella. Y había otro problema. Se preguntó si esa buena noticia repentina, si esa noticia increíblemente buena, podría dejarlo impotente durante un tiempo. Estaría pensando febrilmente en *Playboy* y las posibilidades de futuro, en lugar de concentrarse en hacer el amor. Era un riesgo demasiado grande.

—Muy bien, cielo, en marcha —dijo en cambio, poniendo su sonrisa de Smilin' Jack.

Tardó casi una hora en sacarla de casa. La chica quería ducharse, quería un café y un cigarrillo, quería hablar, pero en lo único en lo que Dick podía pensar era en su creciente relación con Hugh Hefner. No podía olvidar el hecho de que esa primera historia que había vendido a la revista que mejor pagaba del país se había pagado doble. Era como Herbert Gold o como Nelson Algren. De escritorzuelo de poca monta que apenas se ganaba la vida se había convertido, con una llamada telefónica, en figura literaria. Después de que la chica se marchara de una vez y de escribir en su diario lo ocurrido durante la noche, Dick sacó su copia de *El Cuento*. Necesitaba saber lo que lo hacía distinto de los otros relatos. En su opinión, todos eran muy parecidos.

El apartamento de Dick era un gran estudio en el piso segundo de un viejo edificio de madera situado cerca del centro, en la calle 4 Suroeste. Había ventanas en dos lados y mucha luz, algo importante en Portland por el clima. Su cama consistía en un colchón en el suelo con una bonita colcha de retazos que le había regalado su madre. Había un par de sillones viejos y una zona con una pequeña nevera y una cocina. Su escritorio estaba en la esquina que daba al jardín trasero, y en ese momento estaba sentado allí, vestido con tejanos y una camiseta blanca, intentando descubrir cómo le había tocado el premio gordo. La historia trataba de un hombre que engaña a una mujer para llevarla a la cama simulando que no quiere, seguramente nada original, sólo una excusa para el humor, o eso creía cuando le envió el manuscrito a Bob. Tenía la esperanza de que tal vez *Caper* compraría el relato por doscientos cincuenta. En cambio, *Playboy*, la reina de las revistas masculinas, había pagado ¡tres mil dólares!

Al final de la semana, todo el mundo estaba al corriente en Portland. Dick apenas tuvo que pagar cervezas o cafés; así de ansiosa estaba la gente por enterarse de los detalles de la venta. Sólo había un puñado de escritores o artistas de cualquier clase en Portland, y todos se conocían más o menos. Ya sabían todos que a Dick Dubonet —que no era el más prometedor del grupo, que de hecho era despreciado a menudo porque estaba dispuesto a empezar desde abajo— le había tocado el gordo. Hasta el más egregio esteta del Reed College tendría que reconocer que tres mil dólares era un montón de dinero por un par de horas de trabajo. Bueno, cinco o seis horas.

La mejor parte había sido contárselo a su amigo y competidor, Martin Greenberg. Marty era un tipo maravilloso, alto y delgado, con ojos hambrientos hundidos y una boca pequeña y delicada casi femenina. Despreciaba las ventas de Dick a las revistas masculinas, porque él tenía ambiciones más elevadas. Entretanto, Marty vivía de su novia, y si estaba escribiendo algo, Dick no había visto ninguna prueba. Eso sí, tenía el don de la oratoria y era divertido discutir con él. Y no podía negarse que Marty sabía tratar con las chicas, sobre todo con las intelectuales. Salir con Marty con frecuencia le había servido a Dick para echar un polvo.

Se encontraron en medio del parque Blocks, cuando Dick iba de camino a Meier & Frank para comprarse unos tejanos nuevos y Marty se dirigía a la Universidad Estatal de Portland para pasar la tarde en la biblioteca.

—Hola —dijo Dick con su voz más profunda.

Marty llevaba su abrigo y el viento le había alborotado el pelo castaño, que empezaba a escasear. Llovía ligeramente, pero ninguno de los dos prestó atención. Se estrecharon las manos con formalidad, y Dick se preguntó si Marty ya se habría enterado.

—Deja que te invite a un café —se oyó decir.

Las cejas de Marty se levantaron. Sabía que Dick no tiraba el dinero.

—¿Qué ha pasado, una buena venta?

Listillo cabrón.

—¿Qué te hace pensar eso?

Marty se limitó a sonreír, con las manos en los bolsillos, y Dick le contó la noticia.

—¿Tres mil? —dijo Marty.

—Menos la comisión —explicó Dick; Marty no tenía agente.

De repente, Marty se puso serio.

—¿De verdad? —preguntó.

—Sí —dijo Dick.

Era un poco exasperante que Marty no le preguntara por el relato en sí. Como la mayoría de la gente, sólo parecía interesado en el dinero.

—Escucha —dijo Marty—. Necesito que me prestes un poco de pasta.

—¿Sí? —Dick había caído en la trampa.

—Cincuenta pavos —dijo Martin, con un dejo de esa voz gutural de Nueva York.

Dick suspiró. Le prestaría a su amigo los cincuenta dólares. El precio del éxito. O para ser más precisos, el precio de la jactancia.

Demasiado tarde. Había alardeado demasiado. Cuando entró en la Jerry's Tavern todas las cabezas se volvieron hacia él, o eso le pareció. Enseñó los dientes en una sonrisa. Incluso se acercó a la barra y pidió una cerveza, algo que no pensaba hacer a menos que hubiera alguien, preferiblemente de sexo femenino, con quien quisiera sentarse.

—La casa invita —dijo Nick el camarero, deslizado hacia Dick un vaso pequeño de Blitz-Weinhard.

De entrada era deliciosa, como siempre. Cuando bajó el vaso y se lamió la cerveza del labio superior se encontró mirando un par de ojos casi tan oscuros como los suyos.

—Soy Linda McNeill —dijo ella. Su piel era increíblemente blanca, el cabello negro, cortado estilo paje—. Soy amiga de Marty Greenberg —añadió, y sonrió mostrando unos hoyuelos profundos y divertidos.

Dick quiso preguntarle cómo lo había reconocido, pero no lo hizo. Marty había estado saliendo con una chica que tocaba en la Sinfónica de Portland.

Dick hizo una seña para pedir dos cervezas y acompañó a Linda McNeill a un reservado. Parecía tener una bonita figura bajo la ropa de invierno.

—Me alegro de haberte encontrado —dijo—. Voy a irme a San Francisco dentro de un par de días, a ver a unos amigos y eso. Y de repente aquí estás.

—¿Cómo me has reconocido? —preguntó Dick.

—Te he visto por ahí. Aquí, en el viejo Lompoc House, en el Caffè Espresso, bueno, en los sitios típicos.

Continuó explicando que, aunque ella no era una gran escritora, conocía a muchos escritores e iba a ir a visitarlos, a muchos de ellos, cuando fuera a San Francisco. En veinte minutos más o menos había mencionado a Jack Kerouac, Lawrence Ferlinghetti, Allen Ginsberg, Gary Snyder, William Burroughs y Gregory Corso. Aparentemente, los conocía a todos. Era una de las figuras secundarias del movimiento *beat*, del que habló de manera ansiosa e incesante mientras Dick fue pagando ronda tras ronda de cerveza. Ella se había quitado las bufandas, el sombrero y el abrigo azul oscuro, revelando una figura prometedora. Hablando con gran entusiasmo, también se levantaba de vez en

cuando la melena, mostrando un precioso cuello delgado y de paso levantando los pechos hacia él de manera incitante. Iba a llevar una muestra de su poesía a Don Allen, el director de *Evergreen Review* en San Francisco, y la razón por la que quería ver para Dick era preguntarle si tenía relatos que quisiera que ella le llevara a Don Allen. En apariencia, ella y Allen eran amigos íntimos y él escuchaba sus consejos sobre qué publicar.

Dick no se lo terminaba de creer. Sin embargo, como Linda conversaba con asombrosa vivacidad y era muy guapa y parecía estar flirteando con él, aunque no de manera obvia, le siguió la corriente. No es que quisiera publicar en *Evergreen Review*. No pagaban casi nada, lo sabía porque lo había leído en el *Writer's Digest*. Y aunque los escritores *beat* estaban recibiendo mucha atención, él no formaba parte de esa clase de gente.

—Fui a la facultad con la hermana de Gary Snyder —dijo Dick en un momento.

—Lo saludaré de tu parte —dijo Linda.

—Tengo un relato que podría encajar —dijo Dick después, cuando los dos estaban bastante borrachos y él se había gastado tres dólares—. ¿Te gustaría leerlo?

—Claro —dijo ella—. Soy buena juzgando el material.

—Me encantaría leer algo de tu poesía —se acordó de decir Dick—. Te llevaré a casa si quieres, y de camino podemos parar en la mía y recoger el cuento.

Linda accedió, vaciaron sus vasos y salieron del bar a una noche fría y húmeda. Recorrieron las varias manzanas que los separaban del apartamento en el pequeño MG amarillo de Dick, su orgullo y dicha, y Linda fue adecuadamente apreciativa.

—¡Qué cochecito más mono! ¡No me puedo creer lo mono que es!

—¿Quieres subir un rato a entrar en calor? —preguntó Dick mientras aparcaba delante del edificio.

—Puedo esperar aquí. ¿Tardarás mucho?

—Bueno, no sé exactamente dónde tengo el cuento.

Dick la ayudó a bajar del coche. La mano de ella era caliente y seca. Lo cual significaba que no estaba nerviosa en absoluto. Buena señal, porque Dick tenía toda la intención de seducirla. Se estaba excitando. Le encantaba la caza. La siguió por la escalera oscura sin tocarla. No quería cometer errores ni hacer movimientos estúpidos. Había que llevarlas con precaución al redil, sin asustarlas, y luego dejar que las consecuencias naturales de la proximidad hicieran su trabajo.

—Me encanta tu apartamento —dijo Linda cuando él encendió la luz—. Es una casa de escritor auténtica.

—¿Quieres ir al cuarto de baño? —preguntó Dick educadamente—. Empezaré a buscar ese cuento.

Linda entró en el cuarto de baño, que él conservaba limpio para esas ocasiones, y Dick miró en su nevera. Un litro de cerveza. Esperaba que fuera suficiente.

—¿Te apetece un vaso de cerveza? —preguntó a través de la puerta cerrada.

—¿Tienes café? —respondió Linda desde el otro lado de la puerta del baño.

—Bien, yo también tomaré un café —dijo él para que los dos estuvieran del mismo lado.

Empezó a hervir agua, sacó dos tazas y platitos y echó un montoncito de Folger's Instant en cada taza. Dick se preguntó por todos esos poetas famosos que ella aseguraba conocer. Y por Kerouac. Linda hablaba de Kerouac como si hubiera vivido con él. Dick se preguntó qué estaba haciendo ella en Portland. Por supuesto, gran parte del movimiento *beat* surgió del Reed College, pero eso había terminado.

Linda salió del cuarto de baño y se quedó en medio del apartamento, con las manos en la nuca, levantando su pelo negro y sedoso.

—He estado pensando en recogerme el pelo —dijo—. ¿Qué te parece?

—Me parece que eres la mujer más hermosa de Portland.

Linda rio.

—No, en serio. ¿Recogido o suelto?

—Me gusta de las dos maneras.

Se acercó a ella, y Linda, lejos de tensarse, sonrió de manera tímida y bajó la mirada, levantando otra vez la cabeza cuando sus labios se tocaron. Dick no insistió, sólo un beso amable, pero cuando estaba a punto de retirarse sintió la mano de ella en su mejilla. Era la señal que había estado esperando. Introdujo la lengua en la boca de Linda y ella puso los brazos en torno a él y apretó la pelvis en la suya, provocando que su pene se abultara de inmediato.

—Oh, me gusta —dijo ella.

Cuando de manera fácil y tan contentos se fueron a la cama, Dick pensó que era fantástico ser adulto. Pero si se había metido en la cama con Linda McNeill sintiéndose adulto, por la mañana, después de horas de hacer el amor, se sentía como un niño. Un niño feliz. El sexo superó todo lo que Dick había experimentado, y eso que Dick había sido instructor de esquí en Aspen,

Colorado, y se consideraba un gran experto. Pero esa chica era diferente. No se trataba de los movimientos. Dick conocía todos los movimientos. Era la pasión, el espíritu. En lo único en lo que podía pensar era en el Kama Sutra, el hilo de pasión. Linda, perezosa, sensual, divertida, afectuosa y alegremente lo envolvió en los hilos de seda de su pasión y lo convirtió en un pimpollo.

El padre de Dick Dubonet era abogado y poseía un pequeño bufete. Falleció de un ataque al corazón cuando Dick tenía diecisiete años y dejó fondos fiduciarios para Dick y su madre. Dick pudo acceder al suyo al cumplir veinticinco. Justo a tiempo para salvarse de la facultad de Derecho. Se licenció en Lewis & Clark y pasó un par de años esquiando, primero en Timberline, y luego con la patrulla de esquí de Aspen, donde también era miembro del Equipo de la Antorcha y sostenía una antorcha encendida cuando él y los otros patrulleros llevaban a cabo su ceremonia nocturna, el descenso de fuego. Tomó un montón de notas para una novela sobre la patrulla de esquí. Sabía desde hacía muchos años que quería ser escritor y no olvidaba escribir un poco cada mañana. Su fondo fiduciario le proporcionaba algo más de 100 dólares al mes. No era fantástico, pero era un punto de partida. Lo libraba de las preocupaciones principales de la vida y le dejaba tiempo para viajar, contemplar lo que le rodeaba, conocer chicas, hacer amigos.

Y sin embargo, en lugar de ser un esquiador feliz, siempre estaba deprimido. Era una cualidad suya, ser infeliz sin ninguna razón. Tal vez por eso se consideraba escritor. Había un novelista famoso viviendo en Aspen, Leo Norris, que había escrito tres *bestsellers*, libros gordos que a Dick le costó leer, pero que habían hecho al viejo Norris rico y famoso, y Dick siempre prestaba atención cuando Norris estaba cerca. Tenía una gran finca fuera de la ciudad a la que no dejaban de llegar visitantes glamurosos. Cuando iba de fiesta a Aspen, siempre estaba rodeado de gente guapa, aunque era como un gnomo de cejas pelirrojas y una voz que podría cortar beicon. La primera cosa de Leo Norris en la que Dick se fijó fue en lo desgraciado que parecía y lo insatisfecho que estaba con todo aquello que debería haberlo hecho feliz. Dick se lo encontró una vez en la pequeña tienda de comestibles que había junto al Aspen Lodge. Los dos estaban comprando café instantáneo y los dos querían el último bote de Folger's. Dick ya lo tenía en la mano cuando Leo Norris plantó su cara enfadada delante de la suya y casi le gruñó:

—Estaba a punto de cogerlo.

Lo primero que pensó Dick fue «lástima», pero no lo dijo. La grosería del hombre resultaba desconcertante, incluso para un miembro de la patrulla de esquí. Estaba claro que quería que Dick le diera el bote y se llevara uno de una marca de inferior calidad. Probablemente, suponía que Dick sabía quién era y esperaba que su fama y riqueza le dieran derecho al Folger's. Pero era una mañana fría, Dick tenía un poco de resaca y había una chica preciosa esperando en su cama.

—Que tengas más suerte la próxima vez —le dijo a Leo Norris.

Le hizo gracia ver que el famoso escritor se mordía el labio de frustración.

—Oh, a la mierda, llévatelo —dijo Dick entonces, y le pasó el bote. Tomó nota mentalmente de no convertirse en un capullo.

Al final, Dick se cansó de la charla de los locos del esquí. Quemó sus notas para una novela, regresó a Portland, encontró el piso perfecto para un soltero y se puso a aprender a escribir. Era una persona ordenada y sabía que la mejor manera de tener éxito era trabajar con tesón y ser meticuloso. Mantenía un registro de sus gastos, que eran pocos. Ser escritor casi no costaba nada: máquina de escribir, veinticinco dólares, una bonita Smith Corona portátil de segunda mano; papel, un dólar la resma, más papel carbón y papel de prensa para las copias; sobres y sellos; y nada más. El negocio estaba en marcha.

Por supuesto, había distintos géneros. Él quería probarlos todos, pero lo importante era escribir algunos relatos, superar la barrera de la publicación, conseguir que le pagaran por su trabajo. Luego ya diversificaría. Leía todo tipo de revistas, buscando ideas. Leía historias de misterio, de ciencia ficción, románticas, de ficción, todo, desde el *Saturday Evening Post* a *Rogue*. Cuando encontraba una historia que lo atraía, se sentaba y la copiaba obstinadamente, aprendiendo la construcción, aprendiendo los trucos. Y cada mañana se levantaba, tomaba dos tazas de café y leía el *Daily Oregonian*. Luego se sentaba con su máquina de escribir negro brillante, hacía crujir los nudillos y escribía por lo menos mil palabras. Siete días a la semana, sin que importara quién se quedara a pasar la noche, o cómo se sintiera o si era día de fiesta. Si había una chica en el apartamento, explicaba con esmero que tenía esta obligación de escribir. La mayoría se lo tomaba bien y encontraba la puerta sin ayuda. A algunas tenía que mimarlas, incluso llevarlas a casa o tomarse un café con ellas, pero al final se iban y él podía sentarse a la máquina de escribir.

Tap, tap, tap iban saliendo las historias, generalmente de diez a doce páginas. Dick escribía su primer y segundo borradores a un solo espacio, con

márgenes estrechos, por las dos caras del papel. El tercer y último borrador lo escribía de nuevo, a doble espacio, con el formato que había visto en el *Writer's Digest*. Mantenía un registro de todos los textos que enviaba por correo. Cuando regresaban los sobres de 25 × 30 los abría sin albergar ninguna esperanza, sacaba el relato y la nota de rechazo, leía la nota y luego ponía el relato en un sobre nuevo y lo enviaba a la siguiente revista de su lista, que comenzaba en *Playboy* y terminaba en las de literatura más comercial. Había revistas que no te devolvían el material y otras que lo publicaban sin pagarte. Evitaba éstas, y leía con atención los informes del *Writer's Digest*. No enviaba sus relatos al *New Yorker*, *Esquire*, *Atlantic Monthly* o *Harper's*. Todavía no se consideraba lo bastante bueno. Se mantenía fiel a revistas masculinas, de relatos de misterio o de ciencia ficción. Ahora que era un profesional, ya ni siquiera las consideraba revistas.

Podía mantener esta existencia gracias a su pequeña herencia, porque vigilaba con atención sus gastos. A pesar de lo mucho que amaba a las mujeres, había decidido no casarse ni tener ninguna relación seria hasta que tuviera al menos cincuenta mil dólares en el banco. Ésa era una distancia cómoda, y por eso le sorprendió descubrirse enamorado de Linda McNeill.

Después de esa primera noche juntos, Dick no quería dejarla marchar. La quería allí, en su apartamento, donde pudiera mirarla, tocarla, hablar con ella. Fue como descubrir de repente que necesitas heroína, y en grandes dosis. Sabía que sería un error terrible hacerle saber a ella cómo se sentía, pero enseguida se dio cuenta de que no podía ocultarle nada.

—Te quiero —le soltó.

Había estado contemplando su piel, esa piel increíblemente blanca, recorriendo su cuerpo centímetro a centímetro, acariciándolo, rozándolo con sus labios mientras ella se recostaba en la cama, sonriendo.

—¿Ah, sí? —Linda le tocó en el hombro.

—Se lo digo a todas las chicas —dijo él, tratando a la desesperada de recuperarse, pero Linda se echó a reír.

—No te creo.

—¿Qué no crees?

Ella hundió las manos en el pelo de Dick y le giró la cara para que sus ojos se encontraran. Los de ella tenían una expresión calmada, incluso divertida.

—Yo también te quiero —dijo—, pero no nos vamos a casar, ¿eh?

—Uf, espero que no —bromeó Dick.

—Muy bien. —Tiró de él suavemente para besarlo.

Dick estaba tan sensible que notó que los labios de Linda ardían.

Pasaron juntos tres días.

—Bueno —dijo Dick en un momento de esa primera mañana—, ésta es mi rutina. Tengo que escribir un par de horas. Vas a tener que irte, pero podemos vernos esta tarde, a menos que tengas algo que hacer...

Linda todavía estaba en la cama, con las mantas subidas para protegerse del frío de la habitación.

—¿Por qué?

—¿Por qué, qué?

—Puedo quedarme aquí mientras escribes —dijo ella—. He estado con escritores antes, ya lo sabes.

Kerouac. Se había olvidado de sus aventuras con los escritores *beat*. Pero él no sabía si podía escribir con ella ahí. Tenía que salir del apuro. Preparó café y llevó el de ella a la cama, y luego fue hasta su máquina de escribir. Estaba trabajando en un relato, para la revista *Playboy*, esperaba, de modo que le resultó relativamente fácil empezar a trabajar. El hábito hizo el resto. Linda no hizo ningún ruido, y pronto casi se olvidó de ella. Se dio la vuelta en su silla, una silla vieja plegable de madera. Ella estaba acostada en su cama, con el pelo negro sobre la almohada blanca, agarrándose los hombros. Dick nunca había visto nada más hermoso de su vida.

—Eres bueno, ¿no? —dijo ella—. Me doy cuenta por la forma en que escribes a máquina.

De alguna manera, él la creyó.

Su perfecto piso de soltero de repente se volvió demasiado pequeño. Estaba bien que Linda tuviera experiencia con escritores y supiera quedarse callada, pero, aparte de esa primera vez, a Dick le incordiaba tenerla en la habitación mientras él intentaba escribir. Por otra parte, odiaba que se fuera. El dilema sólo podía resolverse mudándose. Dick no había trabajado en un mes, mientras él y Linda vivían una especie de luna de miel, viajaban por el norte del estado y buscaban un sitio donde pudieran vivir juntos. Linda no iba a contarle a Dick dónde había estado ni con quién. «No es correcto», fue su única explicación. Tampoco dejaba que la llevara a casa en coche, y le pedía que la dejara en el cruce de la 21 Noroeste y Johnson, en un barrio industrial y degradado. Dick lo entendió, igual que entendió que Linda nunca le explicaría por qué abandonó la emoción de los neones de San Francisco para venir al húmedo y aburrido Portland. Había llegado al norte con algún tipo, claro. Y estaba viviendo con el infeliz en la 21 Noroeste. E iba a dejarlo plantado por Dick Dubonet.

Dick nunca estaba satisfecho. Los apartamentos que encontraban eran demasiado caros o muy pequeños o estaban muy lejos del centro. No se veía a sí mismo viviendo al este del río Willamette, aunque los precios eran más altos en la orilla oeste. Y un día encontraron un tesoro. Su amigo Karl Metzenberg, propietario del Caffè Espresso, le habló de un grupo de casas en la ladera que estaban condenadas por un enlace viario, un gran pedazo del viejo Portland que iban a borrar del mapa para permitir que el tráfico nortesur cruzara la ciudad sin parones. Pero el proyecto se había retrasado, lo cual dejaba toda una manzana de casas disponibles a precios increíblemente bajos.

Cable Street tenía doce casas en la ladera de la colina, cada una con grandes escaleras de madera que ascendían a través de viejos muros de contención de hormigón manchados de verde y jardines exuberantes. Todas las casas de la parte baja estaban alquiladas a artistas. Las casas de las laderas eran más difíciles de alquilar por las escaleras. Dick y Linda tenían donde elegir por cuarenta y cinco dólares al mes. El casero era un banco y no le importaba. Tarde o temprano, todas las casas serían derribadas. Era perfecto.

Eligieron la casa del número 33 de Cable Street, que contaba con un gran salón, cocina y comedor amplios y dos habitaciones. Dick eligió como estudio la habitación que daba a Cable Street, y que en los días despejados tenía vistas al monte Hood, casi cien kilómetros al este.

Pasaron una semana comprando cosas en St. Vincent y Goodwill. Dick calculó que el traslado y la adición de Linda iban a costarle caro, elevando sus gastos generales a doscientos al mes por lo menos. Suerte que entre las características que compartían estaba el gusto por el ahorro. Ella era tan prudente como él. Encontraron gangas de las que reírse y llevarse a casa, así que, pese a que Dick gastaba dinero como si fuera agua, sólo se preocupaba por eso por la mañana, cuando se despertaba con un sudor frío. Linda era tan hermosa que se ponía paranoico. ¿Qué quería de él? ¿Podía ser amor verdadero? ¿O se estaba haciendo la lista? Linda todavía pensaba en él como el tipo de escritor que podía ganar mucho dinero con las revistas. Desconocía la verdad. ¿La había atraído el dinero? Ella podía simular estar de acuerdo con su tacañería para hacerlo sentir seguro. Luego, cuando ya no pudiera vivir sin ella, Linda se convertiría en una derrochadora. Dick odiaba tener estos pensamientos, pero lo asaltaban a primera hora de la mañana, cuando él estaba despierto del todo y ella todavía dormía. Por enésima vez, concluyó que tenía complejo de inferioridad. Linda se sentía atraída por él porque él tenía éxito, sí, pero también por otras cualidades. Guapo. Tenía que admitirlo. Buen coche. Dinero. Talento. Aunque no estaba del todo seguro de su talento. Esperaba tener talento. Si no lo tenía, tendría que trabajar el doble para compensarlo. Otra buena cualidad. No era de extrañar que Linda se hubiera enamorado de él. Dick sabía por qué se había enamorado de ella. Era demasiado buena para él. Demasiado hermosa, demasiado atractiva para otros hombres. Más complejo de inferioridad. Cuando entraba en un bar o en una fiesta con Linda, brillaba de engreimiento. Como si la necesitara para demostrar lo atractivo que era. La venta a *Playboy* había contribuido mucho a su ego, pero Linda todavía más.

Su escritura se resintió durante un mes, pero tenía catorce relatos en circulación. Por fortuna para su salud mental, Linda encontró un trabajo de secretaria en el centro, y empezó a pasar todo el día fuera. Gracias a Dios. Pero hasta que le entregó su primera paga, ochenta y siete con cincuenta y ocho después de las deducciones, no empezó a creer que Linda lo amaba de verdad. Y necesitaba que lo tranquilizaran en ese sentido, porque a Linda le costaba que le gustara lo que él escribía.

Al principio él se rio.

—No tiene por qué gustarte.

Linda no se había mostrado del todo entusiasta con su nuevo relato, que él todavía no había enviado a nadie.

—Es para hombres —se explicó Dick—. Es una historia masculina.

—Me gusta —dijo ella, dejando claro por su expresión inocente que estaba mintiendo—. ¿Has leído «Octubre en las vías del tren»?

Y ahí estaba, la comparación inevitable, la comparación odiosa.

—Sí —dijo él—. Reconozco que no soy Kerouac —añadió con brusquedad.

—Oh, no estaba...

—Claro que no.

Dick no se sintió herido durante demasiado tiempo. Estaba acostumbrado a que la gente lo felicitara por un relato y luego retirara la felicitación con un comentario hiriente. Muchos deseaban secretamente ser escritores y estaban celosos. Estaba acostumbrado a que la gente dijera: «He leído tu relato» y luego esperara a que él preguntara qué le había parecido, a que cayera en la trampa. Entonces podían decir: «Oh, no estaba mal», o algún otro comentario crítico. Esperaba no reaccionar cada vez que Linda desairara su trabajo, y se dijo a sí mismo que no tenía que importarle que ella no amara apasionadamente cada palabra que él escribía. Pero le importaba. Se dijo a sí mismo que si Linda adorara su trabajo, al cabo de un tiempo se cansaría de ella. De esa manera, había una excitación constante, una necesidad constante de mejorar. Ella sería su acicate, su ideal resplandeciente.

Dieron una fiesta cuando su relato apareció en *Playboy*. Estaba en portada, como le prometieron, y tenía una ilustración fantástica. Había una imagen de Dick en la cubierta de la revista junto con los demás colaboradores, y Dick charló con todos de la sesión fotográfica, que había durado tres horas aunque sólo saliera esa pequeña foto de la cara. Invitaron a todos los vecinos de la manzana y a los amigos de Dick de la Estatal de Portland y de Reed. Pintores, escultores, músicos, muchos músicos con sus guitarras y banjos, unos cuantos aspirantes a escritores, algunos maestros y trabajadores sociales, y cuando la fiesta se puso en marcha todos los que no estaban tocando un instrumento se levantaron y bailaron, el nuevo baile al estilo de Portland, en el que ponías las manos en las caderas y dabas una patada alta en el aire. Fue una gran fiesta, y la gente habló de ella durante meses. Portland por fin tenía un grupo.

Stan Winger empezó a escribir sus diferentes pensamientos e ideas en la cárcel del condado de Multnomah, en Rocky Butte. No había nada que hacer de todos modos, salvo sentarse en los bancos y jugar a cartas, y Stan estaba hecho polvo y contemplando una condena de sesenta días. Al principio, escribir simplemente todo lo que se le ocurría le parecía estúpido, pero Marty Greenberg se había mostrado muy entusiasta con el cerebro de Stan y había hablado de la libertad intelectual y el poder de las ideas. Por supuesto, los dos habían tomado mucho café, sentados casi media noche en Jolly Joan's, en Broadway. Jolly Joan's, que no cerraba en toda la noche, era un gran salón lleno de noctámbulos e insomnes, uno de los locales habituales de Stan cuando andaba por las calles. Los asiduos se conocían casi todos, al menos de vista, y Stan y Marty se habían puesto a hablar una noche hasta las cuatro de la mañana, sentados uno al lado del otro en la larga barra. Sólo había unas pocas personas en el bar en ese momento, y Marty estaba coqueteando con una camarera vestida de uniforme rosa y blanco.

—Deja que te saque de aquí —bromeó.

—Te traeré lo que has pedido y luego podemos pillar un avión a México —dijo la camarera.

Era regordeta y mona. Stan nunca podría haber bromeado con tanta facilidad. Admiraba esa cualidad. Había visto a Marty unas cuantas veces, y lo tomaba por uno de esos intelectuales, lo cual resultó ser cierto.

—Tú pagas los pasajes —dijo Marty, y le guiñó un ojo a Stan.

Stan sonrió y cogió su café para ocultar su timidez. Lamentaba no poseer el don de hablar con la gente. Por fortuna para él, Marty Greenberg tenía ese don, y había abierto a Stan como una lata de guisantes. Al cabo de un mes ya eran amigos, por lo menos amigos nocturnos, y Stan entró esta vez en Jolly Joan's con la esperanza de encontrarse con Marty y tener una de sus conversaciones profundas. Stan nunca se había dado cuenta de lo reprimido que estaba.

—Eres un hombre tímido, no te gusta hablar de las cosas —le dijo Marty —, por eso has de hacerte escritor.

—No puedo escribir —dijo Stan—. Ni siquiera terminé la secundaria.

—Mucho mejor —dijo Marty, y empezó a hablar sobre lo mal que estaba el sistema educativo.

En opinión de Stan, lo que había ocurrido con la educación en Estados Unidos era que los estudiantes habían aprendido a vencer al sistema.

—Antes si la cagabas te castigaban, pero los niños al final descubrieron que los maestros les tenían miedo, y también tenían miedo a castigarlos. Ya sabes: «Me suspendes y te mato».

—Eres un pensador muy lúcido —le dijo Marty en otra ocasión.

¿Era Marty estudiante? Stan no estaba seguro. Él no le dijo a Marty que era ladrón.

Anotar sus pensamientos fue difícil al principio. Aunque su mente era un hervidero de ideas, cuando por fin se sentaba en el estrecho banco de madera de la sala comunal, con los hombres que lo rodeaban jugando a las cartas o al dominó, y abría ese bloc de notas que había conseguido, el solo hecho de ver esa página en blanco con pequeñas líneas azules le vaciaba el cerebro. Se sentaba a dar golpecitos con el bolígrafo hasta que alguien decía: «Oye, imbécil, ¿qué coño estás haciendo?». Avergonzado, se inclinaba hacia delante y empezaba a escribir. No podía pensar en otra cosa, de manera que escribía sobre aquella sala. Era algo que hacer. Le costaba relacionarse con otros hombres, en la cárcel o fuera, y era demasiado tímido para llevarse bien con las mujeres. Lo bueno de ser un ladrón era que eso no ocupaba una gran parte de tu tiempo. Lo malo, que tenías un montón de tiempo libre. Sobre todo si el robo no iba bien, cosa que sucedía a menudo. Stan nunca había conseguido un gran botín. De hecho, no era un gran ladrón. En realidad, no poseía ningún control sobre sí mismo, eso era todo, y cuando empezaba a desquiciarse, robaba. Era como un aura que lo envolvía, una sensación de mareo, una sensación de vacío, pero no desagradable. Su cerebro sencillamente se atontaba, y sentía que nadie podía detenerlo. Nada era real. Iba caminando por una calle, veía una casa y sabía que estaba vacía y que podía entrar. Para entonces ya estaba muy excitado, todavía se sentía invulnerable, y se encontraba a sí mismo en la parte de atrás, como si la casa fuera suya, con total naturalidad, no era más que un chico pequeño de aspecto corriente que caminaba hasta la puerta de la cocina o por la escalera exterior o levantaba una ventana y se colaba dentro. Ese preciso momento en el que penetraba le proporcionaba una sensación indescriptible, se apoderaba del centro de su cuerpo, en ocasiones de manera tan intensa que tenía que detenerse a medio camino y recuperar el control de sí mismo.

Luego, en el interior, en el silencio de la casa, la sensación positiva tomaba el mando. Stan era poderoso y tenía el control. La casa era suya. Una vez que se aseguraba de que estaba solo, simplemente caminaba en medio del silencio, disfrutando de la forma en que cada casa era diferente por dentro. Por lo general, entraba en casas que estaban muy bien cuidadas. Ésas eran las que lo hacían sentirse bien. Había algo increíblemente íntimo en el hecho de estar en la casa de alguien, como si él y la gente de la casa fueran inseparables. Y aun así, hacía esas cosas. Cosas que no tenían nada que ver con ganarse la vida. Cosas en las que no le gustaba pensar. La mayor parte del tiempo, Stan era limpio y cuidadoso, sólo iba a los sitios donde sabía que la gente guardaba sus objetos de valor. Pero entonces, con las joyas o el dinero en efectivo en los bolsillos, lo invadía una sensación aún más extraña. De repente, podía encontrarse meando en la cama o en cajones de la cómoda llena de ropa interior femenina. ¿Qué mierda era todo eso? A menudo se cagaba en la mesa del comedor, o en otro lugar igual de impropio. O se sentaba y sacaba comida de la nevera, atravesado por esa intensa sensación sexual que lo envalentonaba más allá de la cordura cuando, en realidad, era un cobarde consumado.

Leyó lo que había escrito. Se sintió asqueado. Muy mal. Torpe e inútil, basura. Pero cuando los funcionarios de la prisión le quitaron el cuaderno, se dio cuenta del poder de la escritura. No había habido nada en esas pocas páginas que pudiera molestar a nadie, sólo descripciones de cosas y personas, descripciones pésimas, y los guardias tuvieron que romperlas. Para mostrar su poder. Pero lo que le mostraron fue su falta de poder.

Otro chico podría haberle sonreído al guardia y haberle dicho algo como: «Adelante. Está todo aquí», y se habría tocado la cabeza. Pero, por supuesto, Stan Winger no era ese tipo de persona. Se limitó a agacharse, recogió los pedazos de donde el guardia los había tirado y se marchó.

Vivía en la calle 4 Noroeste, en el Mark Hotel, y pagaba siete dólares a la semana por su habitación. Siempre robaba durante el día y sufría de insomnio por la noche, de manera que la escritura le venía bien. Debajo de su cama tenía pilas de libros de bolsillo y literatura barata, que era su única forma de entretenerse en casa. Ahora podía sentarse en la cama con el bloc en su regazo y escribir. Soñaba con desarrollar su talento de escritor hasta el punto en que pudiera ganarse la vida con ello. Escribiría la clase de relatos que le gustaban, *pulp*, sólo que sin toda la mierda que odiaba. No se tomaba a sí mismo muy en serio, pero al cabo de un tiempo se encontró con que estaba escribiendo todas las noches. Ya hacía mucho que había dejado de escribir meras

impresiones y pasado a auténticos relatos cuando le mostró su trabajo a Marty Greenberg.

—¿Tú has escrito esto?

Estaban en Jolly Joan's, eran alrededor de las cuatro de la mañana y nevaba intensamente contra el ventanal. El rostro de Marty se iluminaba mientras leía el cuaderno, deteniéndose de vez en cuando para reír o contemplar a Stan con asombro.

—¡Esto es genial! —dijo al fin, cerrando el cuaderno y devolviéndoselo a Stan.

—Vaya —fue lo único que acertó a decir.

—No —dijo Marty, negando con la mano—. No es genial, pero es genial teniendo en cuenta lo que estás haciendo. Nunca he leído ninguna historia de detectives, pero parece que conoces muy bien el tema.

Para entonces Marty ya sabía que era un ladrón. Como Stan había imaginado, saberlo hizo que Marty se interesara todavía más en él.

—¿Sabes lo que deberías hacer? Escribir sobre el robo. Desde dentro. Eso sí sería una contribución.

Stan no había estado pensando en ninguna contribución. La idea de escribir sobre robar lo aterrorizaba.

—¿Quieres que me encierren en un manicomio? —bromeó.

Marty se rio.

—Quiero que lo intentes al máximo.

Marty llevó a Stan Winger a tomar café al Caffe Espresso de Karl Metzenberg una noche lluviosa, y le explicó que el local era el punto de reunión de una gran cantidad de artistas y escritores de Portland.

—Hay muchas chicas —señaló Marty mientras subían por la colina desde Jolly Joan's.

Stan envidiaba cómo se desenvolvía Marty con las chicas. A sus veinticuatro años, nunca había tenido una cita ni besado a una chica. Robaba casas desde los trece años. No tenía tiempo para las chicas. Era una manera de decirlo. Una de las razones por las que había dejado los estudios era que el único motivo para ir al instituto era conocer chicas, y ninguna de las chicas de Parkrose Junior High o David Douglas High estaba suficientemente interesada como para hablar con él. Y por supuesto, él no era capaz de tomar la iniciativa. No le salían las palabras. Eso fue en parte lo que lo llevó a una vida de crimen. Necesitaba dinero, y como niño en casas de acogida nunca lo tuvo. Con dinero podía comprar amor.

Ahora, al entrar por las puertas dobles del Caffe Espresso, altas y blancas, se sintió al borde de una nueva aventura. Nunca lo habían tomado en serio antes, excepto como ladrón, y sólo la policía. Sin embargo, Marty Greenberg lo tomaba en serio como escritor principiante y aparentemente le caía bien como persona. El local estaba medio lleno, una sala de tamaño medio con dos ventiladores de madera en el techo alto que revolvían perezosamente el humo. Marty le presentó a Stan a Metzenberg, un joven fornido que llevaba camisa de etiqueta, pajarita y un delantal blanco grande. Metzenberg hizo una reverencia como un *maître* en una película, pero con una sonrisa irónica que significaba que lo hacía medio en broma, y los acompañó a una mesa del fondo. Todas las mesas tenían manteles blancos. Marty pidió café *espresso*. Stan nunca había tomado ninguno, pero estaba dispuesto a intentarlo. Algunas de las chicas del local eran estupendas, chicas universitarias o estudiantes de posgrado, según Marty.

—Stan es escritor —dijo Marty a Metzenberg, lo bastante alto para que lo escucharan las dos chicas de la mesa de al lado.

—Dick Dubonet acaba de irse —dijo Metzenberg.

Las chicas de la mesa de al lado ya estaban prestando atención. Stan sabía quién era Dick Dubonet, aunque, hasta que Marty se lo dijo, a él no se le había ocurrido que en una ciudad del tamaño de Portland pudiera haber escritores que publicaban.

El tipo escribía para la revista *Playboy*; una de las revistas favoritas de Stan, aunque sospechaba que retocaban sus desnudos. Pero no le gustaban mucho las historias. Le parecían blandas y hablaban demasiado de idilios, un elemento inexistente en la vida de Stan. Él prefería las historias donde había más en juego, la vida y la muerte. En *Playboy* salían historias de ese estilo a veces, pero no con suficiente frecuencia. Quería saber qué tipo de historias escribía Dick Dubonet, pero no lo preguntó. No sabía cómo plantearlo. No iba a preguntárselo a Marty, y menos en ese baluarte intelectual. Stan nunca se sentía angustiado por robar casas hasta después de haberlo hecho, pero la perspectiva de relacionarse con chicas era como si le pusieran una mano helada sobre el pecho.

Marty ya estaba hablando con las chicas de la mesa. Stan trató de parecer entusiasta en lugar de nervioso. Las dos chicas se habían fijado en él, y, si no se equivocaba, habían mirado hacia otro lado sin interesarse. Si Marty las seducía, tendría que ocuparse de sí mismo. Stan ya había decidido que esa noche no daría ningún paso. Estaba demasiado tenso.

Pero las chicas se levantaron y se fueron. Stan se encontró mejor de inmediato, aunque también se sentía un poco decepcionado. Todavía tenía que llegar el día en que se acostara con una chica sin pagarle. Pensó en conseguir una puta esa noche. En Portland ya no era tan fácil como antes. Cuando Stan comenzó a visitar prostíbulos había varios en el centro, todos protegidos por la policía, en hoteles situados encima de comercios. El precio era de cinco dólares corto y dulce o diez dólares largo y dulce, y, en su opinión, merecía la pena pagarlos. Entonces Portland había elegido una alcaldesa, Dorothy McCullough Lee, y lo primero que hizo en cuanto tomó posesión del cargo fue llamar al jefe de la mafia local, Francis Feeney, y decirle que conocía la dirección de todas las casas de putas de Portland y que quería que cerraran todas esa misma noche. Todas cerraron esa misma noche. Stan se vio obligado a ir hacia el norte, a Vancouver, Washington, justo al otro lado del río Columbia, para echar un polvo. Eso estaba bien, porque Vancouver tenía un par de muy buenos clubes de juego y a Stan le encantaba jugar a cartas. De hecho, a veces le decía a la gente que se ganaba la vida como jugador. Ja, ja. Pero la gente creía que era una manera romántica de

ganarse la vida. Le había explicado eso a Marty, quien le aseguró que no le diría a nadie que era ladrón y que se ceñiría a la historia de que era jugador.

Así pues, ya no había chicas en Portland que le hicieran el amor a Stan. Por supuesto, habría chicas para los ricos en los grandes hoteles, como el Benson o el Multnomah, pero no eran para Stan. De todos modos, le gustaban las putas baratas de Vancouver. Podía hablar con ellas con facilidad. Eran como él, delincuentes natas, sin excusas.

—Qué pena que se vayan —dijo Marty cuando las chicas se hubieron ido—. Esperaba echar un polvo esta noche. O al menos presentarte a Dick Dubonet.

—Creía que tenías novia —dijo Stan.

La gente en otras mesas estaba jugando al ajedrez. Stan había jugado un poco al ajedrez en la cárcel. Se preguntó cómo le iría contra esos intelectuales. Probablemente, no demasiado bien.

—Tienes razón —dijo Marty—. Pero mi chica está en casa. Nosotros estamos aquí.

Explicó que él y su chica, una camarera de Jolly Joan's, vivían juntos sólo por conveniencia. Se habían conocido en el Reed College, y cuando ambos dejaron la universidad antes de los finales terminaron viviendo juntos en un pequeño apartamento en la 2 Suroeste.

—Pero no estamos enamorados —dijo Marty—. Me da vergüenza, pero es lo que hay.

Hablaron de amor un rato, y luego entró Dick Dubonet, empapado, golpeando su gran sombrero de safari en los vaqueros y saludando con una gran sonrisa.

—¡Marty!

Stan se levantó para estrechar la mano del escritor. Era un tipo atractivo, aunque bajito, medía unos tres centímetros menos que Stan, que sólo medía metro setenta. Tenía un buen apretón de manos, fuerte. Stan estaba avergonzado del suyo. Notaba la palma de la mano húmeda la mayor parte del tiempo, por lo que no le gustaba estrechar la mano de un hombre.

—Lo siento, tengo la mano húmeda —dijo, y deseó no haberlo hecho.

—Todo está húmedo en Oregón esta noche —dijo Dick Dubonet en voz bastante alta, como si estuviera hablando con toda la gente de las mesas cercanas.

Se sentó, inclinándose hacia atrás en su silla, como en casa. Obviamente, el capo local.

—Estábamos hablando del amor —dijo Marty, también en voz alta—. Stan también es escritor.

Dick alzó una ceja.

—¿En serio? ¿Me repites tu nombre?

—No he publicado nada. —Stan sonrió al mantel.

—Ah —dijo Dick—. Aspirante a escritor.

—Eso es —dijo Stan, odiando ferozmente a Dubonet.

Marty le puso una mano en la muñeca a Stan y sonrió.

—No lo odies —dijo.

—¿Eh? —¿Acaso lo llevaba escrito en la cara?—. Yo no odio a nadie —dijo Stan.

—¿Con qué frecuencia escribes? —preguntó Dick, de una manera amistosa.

—¿Qué quieres decir?

—¿Cada día? ¿Una vez a la semana? ¿Dos horas al mes?

—No es de tu incumbencia. —Miró a Dick directamente a los ojos.

A Stan le dolía el estómago. No le gustaba pelear, pero tampoco tenía que tragarse esa mierda. Todos se quedaron sentados y escuchando los sonidos de la sala un rato. Algún tipo de música clásica tintineaba de fondo.

—Está bien —dijo Marty—. Es culpa mía. Volvamos a empezar.

Stan miró a Dick, esperando su comentario. Dick parecía disgustado, ya no controlaba la situación. «Tal vez es un cagado por dentro, igual que yo», pensó Stan, y se conmovió. Se obligó a sonreír.

—Lo siento —dijo—. Soy demasiado susceptible. No soy escritor, sólo paso el rato. Me gustan las historias de género, ya sabes, misterios, cosas así.

—He publicado en la revista *Ellery Queen Mystery* —dijo Dick. No sonreía, pero tampoco estaba enfadado.

—Es una gran revista —dijo Stan.

—Lo siento. —Dick le tendió la mano—. Soy un idiota.

—Yo también —dijo Stan. Esta vez el apretón de manos entre ambos fue cálido y firme.

—Entonces estamos de acuerdo —dijo Marty, sosteniendo su pequeña taza de café *espresso* en señal de saludo—. ¡Tres idiotas!

Stan no estaba robando en casas en ese momento en particular, sino que se ganaba la vida robando ropa para un tipo. El tipo tenía una lista regular de clientes empresarios para los que robaba. El cliente le decía al tipo lo que quería, el tipo se lo decía a Stan y Stan entraba en la tienda vestido con ropa vieja del Ejército de Salvación y salía vestido con los artículos solicitados. Era fácil, pero requería temple. No era como meterse en una casa, pero era divertido, emocionante. Había que ir con cuidado para no entusiasmarse y ceder al impulso de llevarte todo lo que veías. «Nunca robes nada al salir» era un viejo y sensato consejo carcelario.

Un día entró en Sichel's, la mejor tienda para caballeros de Portland, para llevarse una chaqueta de pelo de camello talla cuarenta y dos, y se topó con Marty Greenberg. Estaba de pie delante de los espejos triples, contemplándose con un abrigo nuevo. Marty sonrió con malicia y exhibió el abrigo.

—¿Te gusta?

—Eh, está bien —dijo Stan.

No sabía cómo podía permitirse Marty un abrigo de cien dólares, pero no preguntó. Ya no iba a poder robar nada. Sintió que la energía que había reunido se escapaba, dejándolo vacío y deprimido. Observó a Marty mientras se probaba cosas, y se dio cuenta de que el tipo sólo estaba pasando un buen rato. Stan fingió que él también había ido sólo para echar un vistazo.

—La mejor tienda de Portland —dijo Marty.

—Eso he oído.

Estaban a la vuelta de la esquina de Jolly Joan's.

—Vamos a saludar a mi novia —dijo Marty.

Hacía sol en la calle, un día de primavera agradable salvo por el viento frío. Caminaron juntos, con las manos en los bolsillos y la cabeza inclinada hacia el viento. Por alguna razón, el simple hecho de ver a Marty hacía que Stan se sintiera un hombre diferente. Siempre podía volver y llevarse la chaqueta más tarde, aunque no quería intentarlo en Sichel's otra vez tan pronto. Fahey-Brockman, al otro lado de Broadway, tenía buenas chaquetas.

—¿Cómo va la escritura? —le preguntó Marty.

Sostuvo abierta la puerta de cristal de Jolly Joan's y Stan entró en esa nube de calor y ruido.

—Va muy bien —dijo.

Conocer a todas esas personas nuevas había hecho que Stan se cohibiera a la hora de sentarse toda la noche a escribir en sus cuadernos. Antes, sólo estaba pasando el rato. Ahora escribía. Y esos otros tipos tenían sus mujeres, tenían facilidad con las mujeres. De hecho, a menos que hubiera entendido algo mal, tanto Marty Greenberg como el famoso Dick Dubonet tenían mujeres que trabajaban, y Marty ni siquiera podía esgrimir la excusa de que estaba escribiendo. Marty era un filósofo, y cuando se decidiera a escribir sus pensamientos, lo haría en una gran obra a la que todo el mundo tendría que prestar atención. Pero mientras tanto, dejaba que su novia o compañera de piso o lo que fuese hiciera el trabajo y pagara el alquiler. Stan conocía a un par de proxenetas de la cárcel. Eran divertidos, como Marty. Cuando no estaban en la cárcel, se pasaban el día en el Desert Room hablando de sus grandes planes. Igual que Marty, sólo que los grandes planes de Marty eran filosóficos en lugar de empresariales, si ésa era la palabra correcta.

Stan no dejó de escribir. Se aseguró de escribir dos horas por noche, recordando la pregunta desdeñosa de Dick. Pero se cansó de doblar sus dedos cortos y regordetes alrededor de un bolígrafo y escribir con el cuaderno en la rodilla. Si iba en serio con eso, tendría que aprender mecanografía. Pensó en robar una máquina de escribir, pero descartó la idea de inmediato. Robar era una parte de su vida. Quería que la escritura fuera otra diferente. Buena, pura. Que no formara parte de la enfermedad que, tenía que reconocerlo, regía su vida. El enfermizo deseo sexual que se apoderaba de él en los días que robaba. Lo que iba a condenarlo. Extraño, enfermo, incalificable. Marty lo consideraba un héroe por robar casas, pero no conocía ningún detalle, sólo que Stan había «robado un poco de vez en cuando». Dicho con una sonrisa socarrona, como si Stan fuera Jesse James.

Así que se fue a la tienda de máquinas de escribir de enfrente de Gill's, la gran librería, y se compró una Underwood portátil de segunda mano. No se lo contó a Marty. Se pasó por la librería de viejo de Cameron, compró un manual de mecanografía por un cuarto de dólar y se lo llevó a la habitación. Escribir no fue difícil, una vez que le pilló el truco a equilibrar la maquina en las rodillas. Eligió un atril usado para sostener el libro de ejercicios. Después de cansarse de los ejercicios, se centró en la idea de copiar historias

que le gustaban particularmente. Eso le serviría de práctica y aprendería un poco cómo trabajaban otros escritores, escritores de verdad.

La chica de Marty trabajaba en la barra de Jolly Joan's. Era preciosa, tenía unos grandísimos ojos oscuros, la piel aceitunada y los pómulos altos, una auténtica belleza judía, una chica que podría ser una estrella de cine. Sonrió a través de la barra a Marty y limpió el espacio delante de él con un trapo húmedo.

—Hola, Marty —dijo ella, y luego sonrió a Stan.

Stan no recordaba que una mujer tan guapa le hubiera sonreído directamente nunca. Fue como un chute de morfina.

—¿Es tu amigo Stan? —Le dio la mano.

Gracias a Dios, la suya estaba seca.

—He oído hablar mucho de ti —continuó ella.

Tomó la comanda de café y se fue. Muy buen tipo, también, según comprobó Stan. Se volvió hacia Marty, que le sonrió.

—Sí —dijo Marty—. Se llama Alexandra Plotkin.

—Es preciosa —dijo Stan como un bobo.

—Asombrosamente bella. En realidad, es un problema. Ya sabes, esos acosadores que se te acercan y te dicen lo afortunado que eres de tener una chica así. Por supuesto, ella no es mi chica, pero no se lo digo.

Esa noche Stan intentó escribir, pero no logró quitarse de la cabeza el rostro de Alexandra. Sonriéndole. Renunció, puso su máquina de escribir en su caja de cartón debajo de la cama y trató de dormir. El sueño no llegaba, y se quedó tumbado en silencio, viendo la cara de ella acercándosele. Debió de terminar durmiéndose, porque se encontró en una casa grande, oscura y lúgubre, pero bien amueblada, caminando en calcetines cuando vio a Alexandra de pie en el centro de la sala, con los brazos a los costados. Cuando despertó, se sentía bien, complacido recordando el aspecto de ella en el sueño. No era la novia de Marty. Le había sonreído. Tal vez ella podría convertirse en su novia. Oh, joder. Qué estúpido. Tuvo que reírse de sí mismo, tumbado allí como un idiota y soñando despierto. Se agarró la polla como si le fuera la vida, ¿por qué no se había masturbado? Un misterio. Tal vez la respetaba demasiado. Y sin embargo, tal vez algún día podría tener realmente la oportunidad de —se negó incluso a usar palabras malsonantes refiriéndose a ella en su mente— acostarse con ella, de hacer el amor con ella.

Aunque estuviera dispuesto, no sabría cómo hacerlo. Las putas no te enseñan nada sobre el romanticismo. Tuvo una idea para un relato. Acerca de un ladrón que conoce a una chica. Una historia tonta, porque los ladrones no

eran los protagonistas de las historias, pero se estaba escribiendo sola en su cabeza mientras estaba allí tumbado, y dejó que se escribiera. Cuatro días más tarde tenía la historia en papel, mecanografiada y todo. Al leerla, decidió que era tan buena como muchos de los relatos que había leído. Lo único que realmente necesitaba era una persona con estudios que lo ayudara a corregir la gramática y la ortografía. Sabía que su ortografía era terrible. Y tenía que lograr que la mecanografiara un profesional. Su escritura a máquina era demasiado caótica. Se preguntó cuánto podría pagarle *Ellery Queen* o alguna otra revista por el relato. En ese momento, sentado en el borde de la cama con las once páginas en sus manos, reconoció una gran similitud entre robar y escribir. Ambos eran asuntos intensamente privados.

La idea de mostrar su historia a Marty lo asustaba. Y sabía que tenía que pedirle a Dick Dubonet que la leyera. Marty en realidad no sabía nada acerca de ese tipo de escritura. El desdeñoso Dick Dubonet. A Stan se le encogió el estómago ante la imagen de Dubonet levantando la cabeza de sus páginas con esa expresión de desprecio. Stan no creía que fuera capaz de manejar la situación. Perdería esos nuevos amigos, y todo lo que su amistad parecía prometer. Por otro lado, si ni siquiera intentaba conseguir que leyeran su historia, era un pelele.

La chica de Marty era callada, con una larga y recta melena rubia, no muy bien parecida desde el punto de vista de Dick, pero con un buen cuerpo menudo oculto bajo capas de ropa. Se llamaba Mary Bergendaal y tocaba el corno francés en la sinfónica. Se apoyaba contra Marty mientras estaban sentados y hablando. Dick no estaba seguro de si le gustaba que le vendieran la historia de otro.

—La leeré —le había dicho a Marty por teléfono—, si me invitas a una hamburguesa en Jerry's.

Así que allí estaban, con sus hamburguesas y patatas fritas en una cesta, hablando de la literatura estadounidense en su relación con el *pulp*. Mary no había querido comer, e incluso rechazaba las patatas fritas que Marty le ofrecía antes de metérselas en la boca.

—La cuestión es que en realidad no es un escritor —dijo Marty entre bocado y bocado.

—Entonces, ¿por qué debería leer su historia?

—Por bondad humana —dijo Marty—. No, espera. En serio. ¿No quieres ayudar a los demás?

Dick se echó a reír.

—Claro, si lo planteas de esa manera...

Se sentía bien. Las hamburguesas eran excelentes, y decidió que disfrutaba siendo el experto. Sólo lamentaba que Mary Bergendaal no fuera más guapa o más animada. Le gustaba actuar ante las chicas guapas. Tampoco es que fuera fea, simplemente no tenía un rostro muy animado. Tal vez lo volcaba todo en el corno francés.

—Tienes que entenderlo —dijo Marty—. He estado alentando a este tipo. Es prácticamente analfabeto, de clase obrera, y siente el profundo impulso de escribir historias. Esto es lo primero que se ha atrevido a mostrar a nadie.

Marty sacó teatralmente el sobre marrón de debajo del abrigo y se abanicó con él.

—Está muy bien —dijo—. Me gusta.

Se lo entregó a Dick, que lo sopesó y luego lo dejó en el asiento de al lado.

—No puedo prometerte que me ponga de inmediato —dijo. Una estupidez. Pero continuó—: Trataré de darte una respuesta en una semana. — Uf. Puro alarde. Miró a Mary.

Ella miró su cigarrillo.

—La cuestión es animarlo —dijo Marty—. No deprimirlo.

—Oh, no te preocupes, seré amable.

Leyó la historia en cuanto llegó a casa. Linda no había regresado del trabajo, así que tenía toda la casa para él. Había esperado encontrarse una mierda, y le sorprendió agradablemente ver que el tipo sabía cómo construir una oración simple. Se sintió cautivado de inmediato, pero no le gustó mucho lo que leyó. Una idea simpática: un ladrón entra en una casa que él cree que está vacía para encontrarse con una hermosa chica durmiendo en su cama. El ladrón trata de engatusarla para que lo deje marcharse, pero la chica se da cuenta. El giro: a ella le gusta. La ironía viene cuando lo encuentran en la cama con la chica. Simpático. Pero los personajes y diálogos eran rudimentarios y el final no tan sorprendente como el autor esperaba. Tampoco era muy original. De hecho, era una basura. Sin embargo, Dick había prometido ser amable con ese chico, ese amigo insomne de Marty del centro de la ciudad. Marty siempre hablaba sin cesar de los personajes que uno se encontraba «en la calle». Y ahí estaba ese personaje que quería auparse a la clase media con la literatura. Parecía triste, patético. En todo el país, suponía, la clase obrera, que sólo leía mierda, aspiraba a tratar de escribir esa misma mierda. El chico necesitaba un mecanógrafo. Y una carrera universitaria. Dick se preguntó qué hacía Stan para ganarse la vida. Marty decía que era jugador profesional, pero Marty lo exageraba todo románticamente. Dick supuso que el tipo tendría algún trabajo de baja categoría.

¿Poseía la fortaleza de carácter necesaria para mirar a Stan Winger a los ojos y decirle que se olvidara de la escritura? El problema era que la gente pensaba que, sólo porque sabía leer y escribir, podía escribir de verdad. Suspiró. Si le decía al chico que el relato era bueno pero tosco, él podría llevárselo, reescribirlo como un condenado y luego volver a Dick para pedirle otra lectura, un consejo, tal vez incluso el nombre de su agente. Se preguntó qué diría Bob Mills de una historia como ésa. Tal vez ése era el camino más fácil para salir de ese atolladero social. Decirle al tipo que le gustaba la historia y enviarlo a Mills para que lo rechazara. Entonces Dick quedaría

libre. Pero también quedaría como un idiota. Dick lamentó que Marty no se hubiera limitado a ocuparse de sus asuntos.

Linda llegó a casa y Dick se olvidó del manuscrito, que había dejado en la mesita de café mientras él y Linda entraban en el dormitorio. Después de la cena, entró en la sala mientras secaba uno de los platos y se encontró a Linda leyendo la historia de Stan. Por alguna razón se enfadó por eso, pero se lo guardó para sí mismo.

—¿Qué te parece? —preguntó, indiferente, con el estómago duro como una roca.

—Es tu mejor historia —dijo ella, mirándolo con seriedad. Regresó a la lectura como si no pudiera dejarla.

Dick explotó.

—¿Mi mejor historia? ¿No te das cuenta de que ni siquiera la he mecanografiado? Y no es mi estilo, y es una mierda.

Se quedó temblando. Linda continuó leyendo tan tranquila. Ya no reaccionaba a sus rabietas. Dick respiró profundamente para aliviar la tensión, esperando a que ella terminara. Para su disgusto, soltó una exclamación, como si el final la hubiera sorprendido, y luego sonrió a Dick.

—¿Quién lo ha escrito? —preguntó.

—Un idiota —soltó él.

Le quitó de las manos el relato y se metió en su estudio. «Tres idiotas», recordó, y su humor mejoró un poco. Estaba actuando como un idiota celoso. Y delante de Linda. Se frotó la cara con fuerza para borrar esa expresión desagradable, estirando los músculos faciales en una gran sonrisa. Dolía. ¿Qué diablos sabía ella? Volvió a la sala. Linda se quedó sentada mirándolo.

—Sólo estaba bromeando —dijo él—. Creo que es un buen relato corto. Para ser una historia *pulp*.

Linda cogió un ejemplar de *Esquire* y empezó a hojearlo. Dick volvió hacia su estudio. «Tu mejor historia».

Se reunieron para discutir el texto en el Caffè Espresso, el sábado por la tarde.

—En primer lugar —dijo Dick a la cara patéticamente tensa de Stan Winger—, la historia me ha gustado mucho. Hay que trabajarla, no me malinterpretes, pero, demonios, me esperaba mierda, no un relato tan fluido como esto.

La cara de Stan permaneció tensa. Tenía los nudillos, doblados sobre el mantel, blancos de tensión. Dick le entregó el sobre. Se sentía amable, incluso paternal.

—Yo te diría que lo escribieras a máquina otra vez, una vez más, luego será el momento de buscar un mecanógrafo y tal vez de presentarlo.

—Es fantástico —dijo Marty.

Stan no dijo nada.

—De hecho —dijo Dick con su voz más profunda, con calma, amable—, creo que podría enviárselo a mi agente. Así tendrías una opinión profesional.

—Gracias —dijo Stan con firmeza.

No era muy apuesto. En realidad, no suponía una amenaza para Dick. Dick tendría que aprender a controlar sus celos. De hecho, había sido una experiencia muy agradable ser el profesor, el experto.

—¿Ves? —le dijo Marty a Stan—. Te dije que ayudaría.

—Te lo agradezco mucho —le dijo Stan a Dick—. Por tu tiempo y por todo.

—No tiene importancia —dijo Dick, explayándose—. Algún día seremos colegas y me ayudarás tú a mí. —Esperaba no estar pasándose, pero parecía que la gente nunca se cansaba de que la adularan—. Una cosita —añadió Dick—. Yo trabajaría un poco en el personaje del ladrón. Le falta verosimilitud.

Marty resopló y miró a Stan.

—¿Qué es lo gracioso? —preguntó Dick.

—Nada —dijo Marty. Miró a Stan—. ¿Puedo decírselo? Dick es un tío legal.

Stan sonrió tímidamente.

—Antes era ladrón —dijo—. Bueno, de poca monta. Más o menos he basado la historia en eso.

—¿Eres un delincuente? —dijo Dick.

—Un delincuente profesional —dijo Marty como si tal cosa.

—Antes lo era —dijo Stan.

Había una luz en sus ojos que Dick no había visto antes.

—¿Necesitas algo? —le preguntó a Dick, con malicia.

—Te gustó mucho la historia —le dijo Dick a Linda—, ¿por qué no se la escribes a máquina?

Estaban en Buttermilk Corner, la cafetería situada en un primer piso donde a Linda le gustaba ir a comer. Dick pidió hamburguesa con queso y una manzana al horno, mientras Linda se comía dos pasteles de pollo. Linda trabajaba en un bufete de abogados y a veces tenía horas libres. Se había ofrecido para mecanografiarle a Dick copias limpias, pero a él le pareció un arma de doble filo. Se sentía más cómodo escribiendo él mismo, gracias, sobre todo porque eso le brindaba otra oportunidad de hacer correcciones.

—No me importaría —dijo Linda—. Stan es fascinante de todos modos.

—¿Quieres decir porque es ladrón? —Dick había sido incapaz de mantener el secreto.

Linda sonrió. Dick decidió que tenía un rostro ordinario. Al ir envejeciendo sus rasgos se engrosarían, probablemente también engordaría, y se convertiría en una de esas mujeres robustas con abrigo de tela y pañuelo en la cabeza que veía en la revista *Life*.

—¿Por qué no damos una fiesta? —propuso ella—. Podrías traer a tus amigos delincuentes y yo podría decidir si Stan me gusta lo suficiente como para pasarle sus relatos a máquina.

Fue otra fiesta de guitarra y banjo, con mucho baile. Brownie McGee y Sonny Terry habían estado tocando en Portland la semana anterior, en un garaje de la zona este. El sitio se había llenado, había sido una noche memorable, y todo el mundo seguía hablando de ello. Dick invitó a Stan Winger, pero Stan se sentó en un rincón custodiando una cerveza y escuchando. Ni siquiera daba golpecitos con el pie mientras todos los demás estaban bailando y gritando. Fue una gran fiesta, que duró hasta las cinco de la mañana, y Stan fue uno de los últimos en marcharse. Parecía borracho, pero era capaz de tenerse en pie.

Le había gustado la fiesta. Era la primera a la que asistía, o casi, y eso hizo que se le tensara el estómago al principio, pero todos parecían tan hospitalarios y dispuestos a aceptarlo, que se relajó y pasó la noche mirando a

hurtadillas a las chicas guapas. Las chicas hermosas. No podía creer lo bellas que eran las chicas en ese nivel de la sociedad. Y la chica de Marty Greenberg, más hermosa que ninguna, no estaba allí. Marty iba con una pelirroja alta que presentó como Cybella. Fuera quien fuese, era una gran bailarina, con unas largas piernas espléndidas con las que soltaba patadas en el aire sin que le importara qué se viera, bragas y todo. Todas las mujeres eran así, se emborrachaban sin reparos, besaban a chicos y exhibían sus cuerpos. La mitad llevaban blusas o vestidos escotados y había tetas por todas partes.

Cuando Stan estaba saliendo, Dick y Linda, cogidos del brazo, le dieron las gracias por haber venido, y entonces Linda, con un brillo en los ojos, lo llevó a un lado en el porche delantero. Las nubes hacia el este ya empezaban a iluminarse por debajo. Linda puso las manos en sus brazos y lo miró a los ojos con mucha seriedad. Por supuesto, los dos estaban borrachos, y Dick se hallaba a sólo unos metros de distancia, hablando con otros que bajaban las escaleras, tropezando, armando jolgorio, etcétera.

—Me encanta tu historia —dijo Linda—. Aquí tienes tu recompensa. —Y lo besó en la boca con delicadeza.

Después de que el beso terminara, Stan se quedó mirándola, sintiendo los dedos de ella en sus brazos.

—Te la pasaré a máquina si quieres —dijo ella—, para que Dick pueda enviarla a su agente.

—Vaya —dijo Stan como un idiota.

Linda rio y lo atrajo hacia ella.

—Eres un escritor magnífico —le dijo al oído.

Stan caminó hacia su casa impregnado de Linda, y odiándose a sí mismo por ello. No era amor, pero sin duda sí pasión. Linda era la chica de Dick y sólo estaba siendo amable con él, pero no podía dejar de desearla. Así era como pagaba a Dick por desvivirse por ayudarlo. Era malvado por su parte pensar en el beso de Linda y en cómo había sentido sus pechos contra él, y todavía sentía su calor al recordarlo. Pero antes de desaparecer por completo en un ensueño sobre Linda, se dijo con severidad que, aunque surgiera la oportunidad, no intentaría seducir a Linda. Nunca había seducido a nadie, de todos modos. Aunque quizá con Linda sería diferente. Ella lo había besado, ¿no? Y había dicho cosas agradables sobre su historia. Tal vez ella daría todos los pasos. La idea lo reconfortó.

Pero la cuestión de mecanografiar el relato y enviarlo a Robert P. Mills no fue el placer que Stan había esperado. Al final se reunió con Linda un martes por la noche en Jolly Joan's con su última revisión, que ahora tenía catorce

páginas. Se sentaron en un reservado y Stan fue tomando café mientras Linda leía la nueva versión. A Stan le sudaba el culo mientras esperaba el veredicto. No es que fuera a ser un veredicto, pero así era como lo sentía. Por fin, ella levantó la cabeza con una expresión suave en la mirada.

—Eres un buen escritor.

—Siento escribir tan mal a máquina —dijo—. Y la gramática y la ortografía y todas esas cosas.

—Yo te puedo ayudar con eso si quieres. Puedo corregirlo.

Pasaron una hora tomando taza tras taza de café y repasando la historia. Al terminar, Stan se preguntó qué había querido decir con «buen escritor». Linda, dulce y tranquilamente, había desmontado casi cada frase del relato. No le gustaba su elección de palabras y no le gustaba la forma en que utilizaba los signos de exclamación y no le gustaban los personajes, o por lo menos quería transformarlos en personas completamente diferentes. Para entonces, Stan no estaba seguro ni de reconocer la historia. Ya no se sentía escritor. Ella era la escritora. Lo único que había hecho él era poner un poco de material en bruto que Linda convirtió en una historia real. Linda apiló las páginas, las cuadró y las puso en el sobre.

—Qué noche, ¿eh? —dijo ella con una sonrisa.

Stan no tenía fuerzas para hablar, de modo que se quedó sentado con la boca abierta, boqueando como un pez fuera del agua.

—Mejor te llevo a casa —dijo ella—. Dick pensará que nos hemos fugado.

—Puedo ir andando —dijo Stan.

Había estado fantaseando con que, después de pulir la historia, Linda se le insinuaría y él la tomaría en sus brazos sin dificultad. Pero en ese momento se sentía vacío e inapetente.

—Devuélvemelo —dijo—. No está listo para mecanografiarlo. —Extendió la mano para que Linda le entregara el sobre, pero Linda lo puso en su regazo con su bolso.

—No, deja que lo pase a limpio y ya veremos. Si no te gusta, lo cambiaremos. —Sonrió como si no hubiera ningún problema.

Cuando llegaron a la parte de la ciudad donde vivía él, de repente le entró pánico ante la idea de que ella pudiera, sólo pudiera, pedirle subir. No podía permitir que hiciera eso. Vivía en una cueva.

—Déjame en cualquier sitio —dijo.

En la esquina de Jefferson y la Segunda, Linda detuvo el coche. No había tráfico. Eran casi las tres. ¿Se suponía que debía inclinarse y besarla? Se

acordó de la fiesta donde esas personas se besaban a la más mínima. A Linda no le molestaría que él le diera un besito. Stan trató de sonreír, pero le salió una mueca. Estaban uno al lado del otro en el pequeño MG amarillo de Dick, y Stan podía olerla.

—Lo tendré mecanografiado en un día o dos —dijo ella—. Depende del trabajo que tenga.

—Te lo agradezco —dijo él.

Linda se inclinó y lo besó. Cuando se separaron, ella lo miró inquisitivamente. A él no se le ocurrió nada que decir, salvo, por fin:

—Adiós.

Y bajó del coche. Observó cómo se alejaba el MG. Exactamente la clase de coche que querría tener algún día. Pero no pudo concentrarse en el coche. Sabía que había fallado. Ella le había dado luz verde para dar el paso, y a él se le había trabado la lengua.

Mientras se desnudaba en su pequeña habitación chabacana a la que nunca podrían haber venido, se dio cuenta de que ella no lo había invitado a dar ningún paso. La mirada inquisitiva tenía que ver con algo completamente diferente, como tal vez que tenía mal aliento y no lo sabía. Mientras caminaba por el pasillo vacío desnudo y con una toalla blanca en la mano, decidió comprar un frasco de Listerine. Uno nunca sabe.

Después de leer la versión reescrita, corregida y limpiamente mecanografiada de la historia de Stan Winger, Dick tenía que reconocer que era bastante buena. Era posible que su agente no la rechazara. Tal vez Dick había descubierto a un talento nuevo e importante. Tal vez le había echado una mano a alguien que ahora le daría una patada en la cara. ¿Podría darle la espalda a Stan? ¿Simplemente decirle con frialdad que la historia no era lo bastante buena? No. Se la mandó a Bob Mills y se sentó a esperar, deseando escuchar malas noticias. Podría haberse sentido avergonzado de sí mismo, pero no era un ser humano perfecto, ni mucho menos. Se sentía celoso. Ser ladrón le otorgaba a Stan una fascinación profana, especialmente ante Linda, que hablaba de él a todas horas y con entusiasmo. Decía: «Este chico se llevaría de maravilla con Corso», o: «A Jack le encantaría Stan». Nunca se había ofrecido a presentarle a Dick a ninguno de sus amigos *beat*. De hecho, cada vez que él sugería que podían viajar a San Francisco, ella lo postergaba. «No estoy lista para volver», era lo único que le decía.

Linda estaba recibiendo cartas de su amigo *beat* John Montgomery, llenas de chismes acerca de Jack y Gary, Phil y Michael, etcétera. A Dick lo volvía loco. Montgomery era el Henry Morley de *Los vagabundos del Dharma*, y Linda le decía a la gente que había recibido una carta de su vagabundo del Dharma. Luego llamaba a Dick su vagabundo del esquí. «De vagabundos del dharma a vagabundos del esquí —bromeó una vez—. ¡Qué descenso!».

El agente de Dick rara vez le escribía. Mills se contentaba con garabatear una nota a lápiz en la parte inferior de las cartas de rechazo o aceptación, y lo mismo hizo en el asunto de Stan Winger. «El relato de Winger es estilo O. Henry —apuntó en la parte inferior de una nota de rechazo—, pero lo enviaré». La nota en cuestión era de la revista *New Yorker*, un rechazo plano y frío. Mills había estado enviando cosas de Dick a revistas cada vez mejores desde la publicación de *Playboy*, pero sin ningún éxito. Sin embargo, las historias de Dick estaban siendo demasiado buenas para las revistas para hombres normales, y curiosamente *Playboy* era reacio a repetir.

Dick pensó en escribir un cuento sobre Stan Winger. Una buena venganza si el primer relato de Stan era aceptado en alguna parte. Una historia sobre un ladrón que le roba la novia a su mentor. Por supuesto, eso no había ocurrido, pero los elementos estaban ahí. La ficción exageraría la realidad en algo entretenido. Lo que le impedía escribir la historia era que Linda la leería. No pensaba que eso fuera a darle ideas, pero nunca se sabía. Incluso podría cabrearla. «¿No confías en mí?», con esa voz de justa indignación. Así, una buena historia no se escribió, y todo el mundo en la parte oeste de Portland continuó pendiente de si la historia de Stan Winger era aceptada o rechazada.

El propio Stan no estaba en ascuas. Se había quedado anonadado de que el agente hubiera aceptado el relato, aunque Dick señaló que Stan todavía no era un cliente. «Sólo la está enviando», le dijo a Stan. Stan estaba avergonzado, pero no había nada que pudiera hacer al respecto. Linda lo había empujado a eso, enviando un muy mal relato a un agente literario auténtico, arruinando su reputación con antelación. Sabía lo que tenía que hacer si quería impresionar a Linda. Tenía que aprender a escribir. Habló con Dick y sus amigos acerca de tomar clases nocturnas de escritura, pero lo desalentaron. La Estatal de Portland ofrecía clases nocturnas, pero no podía acceder sin un diploma de educación secundaria. En el centro estaba el Multnomah College, una especie de escuela de negocios para gente trabajadora que se anunciaba en el *Oregonian* y las páginas amarillas. Stan acudió a un edificio de oficinas en Alder Suroeste y descubrió que enseñaban composición y tenían una sección de escritura creativa, y sí, admitían a cualquiera que pagara la cuota. Stan se inscribió en composición y escritura creativa, y pagó las cuotas.

Para gran alivio de Dick, el relato fue rechazado por la primera revista a la que Mills la envió. Por desgracia, no fue un rechazo frío, sino entusiasta. «¡Envíanos más!», había escrito algún idiota en la hoja, debajo de lo cual Mills agregó a lápiz «???». Dick decidió que era hora de sacarse de encima a Stan Winger. Lo había ayudado a buscar un agente, un corrector (Linda) y la entrada en la sociedad literaria de Portland, si podía llamarse así. Que recibiera su propio correo. Dick caminó por Broadway hasta Jolly Joan's y le dejó la nota de rechazo a la chica de Marty, Alexandra, que se la pasaría a Marty, que a su vez se la entregaría a Stan. Los delincuentes eran así de tortuosos. Stan, obviamente, ni siquiera quería que su agente supiera dónde vivía.

Stan mostró tímidamente su primera nota de rechazo a su maestro, el señor Monel. El señor Monel le gustó desde el principio. Un hombretón de no más de treinta años, con un rostro grande y alegre y una buena mata de pelo.

Se había plantado ante la clase de escritura creativa, seis chicas y Stan, y había anunciado que él no sabía absolutamente nada acerca de escritura creativa, pero que cuando el jefe se enteró de que estaba escribiendo «esta gran vieja novela» en su tiempo libre, obtuvo el puesto.

—No se puede enseñar escritura creativa —dijo llanamente—, y tampoco aprenderla. Supongo que tienes que nacer con ello. Lo que podemos hacer aquí, en esta clase, es escribir mucho, leer las cosas de los demás y tratar de ayudarnos.

Exactamente lo que Stan quería, y ése era el tipo del que lo quería. Stan no pudo evitar subir a ver al señor Monel después de la clase e invitarlo a tomar una cerveza.

—Claro —dijo Charlie con una gran sonrisa.

Charlie adoraba Oregón. Sólo cruzar la frontera ya había sido fantástico, el cielo azul y el calor seco de California, y, justo al otro lado de la frontera, grandes nubes blancas y negras y una lluvia torrencial sobre montañas boscosas profundamente verdes. Montañas, pero no como las cordilleras de diente de sierra de su Montana natal. Verde, pero no como el verde de cualquier sitio que hubiera visto nunca, sino todos los tonos y sombras de verde imaginables, verdes calientes y verdes fríos y verdes muy oscuros y verdes casi blancos. Charlie nunca había visto tanto verde en su vida. Y la lluvia, como para decirle a Charlie dónde se habían metido él y su familia, cayó sin cesar en grandes goterones que salpicaban en el parabrisas desde que habían cruzado la frontera del estado hasta Portland. Charlie permaneció al volante de su nuevo Volkswagen de 1961, que por una coincidencia asombrosa también era verde, de un verde dorado. Había querido turnarse en la conducción con Jaime, pero llovía de manera tan continuada que Charlie se mantuvo al volante. Además, en la carretera estaban todos esos enormes camiones madereros que ocupaban todo el ancho del carril, cargados de troncos de quince y dieciocho metros de largo, rugiendo por las carreteras de Oregón como si éstas fueran de su propiedad. Charlie más de una vez tuvo que sujetar el volante con firmeza para que la fuerza del viento y el agua propulsada cuando uno de esos camiones madereros les pasaba rozando no los echara de la carretera. Era como entrar en un mundo completamente nuevo, justo lo que deseaban Charlie y Jaime. Apretadas en el pequeño asiento trasero iban Edna y la pequeña Kira. La compañía Lyons se ocupaba de transportar sus libros y propiedades, y Charlie sólo esperaba que el vehículo de la mudanza no se topara con los madereros.

Un par de días después, dejó de llover durante una hora, sólo para que Charlie y Jaime pudieran contemplar las bellezas del campo que rodeaba su nueva ciudad. Estaban en el barrio de Council Crest, en las colinas del suroeste de Portland, y les estaban enseñando una casa que era demasiado cara, ochenta dólares al mes. No llovía, aunque todo estaba mojado, y miraron a través de los grandes ventanales con pesar porque tenían que decir que no.

La vista era del centro de Portland, encantador a través de la niebla. Entonces, las nubes se levantaron y pudieron ver, a lo largo de lo que debían de ser cientos de kilómetros, las ondulantes colinas boscosas que rodeaban la ciudad y, en la distancia, no menos de cuatro montañas volcánicas nevadas que descollaban por encima de todo. El monte Hood, el monte Adams, el monte Jefferson y el monte St. Helens, según supo Charlie después.

—Oh Dios, qué hermoso —murmuró Jaime, y se acercó a Charlie.

Él puso su brazo alrededor de ella.

—Ahora somos de Oregón —dijo lentamente, y le apretó el hombro.

Kira y Edna, que se habían quedado en el Sunrise Motel, también eran oregonianas. «Gracias a Dios por Edna», pensó Charlie por enésima vez. No sólo era su niñera fija, también lo había ayudado a convencer a Jaime de que salir de San Francisco no iba a destruir sus vidas. Jaime se había mantenido firme cuando la única oferta de trabajo de Charlie había sido el Multnomah College.

—Supongo que no soy el primero de la lista —dijo con una sonrisa, pero ella optó por no entenderlo.

—No se trata de ninguna lista —dijo misteriosamente.

—Mejor que Iowa —dijo él.

¿Y qué no lo era? Iowa había aceptado a Charlie, después de que él se tragara el orgullo y volviera para hacer el último final. Sin embargo, Charlie no podía aceptar exiliarse sin su familia. Jaime lo había convencido de que necesitaban el dinero del premio Saxon para el bebé, y de ahí surgió la idea de que ninguno trabajara durante un año o dos para terminar novelas. Charlie no podía entender por qué Jaime no estaba escribiendo. Era buena, mucho mejor que él. Su tarea creativa inmediata, si se quiere, era el bebé, a quien había insistido en llamar como el sonido que hacen las águilas calvas. Según Jaime. *Kiiiiir*, ése era el sonido de las águilas que Charlie recordaba de Montana. Aunque Kira era un buen nombre, y se ajustaba a la niña, que a Charlie ya se le antojaba excepcionalmente femenina y misteriosa. También fue entonces cuando Edna mostró su verdadera cara. En cuanto se enteró de que su hija estaba embarazada hizo una mueca y dijo:

—Supongo que tendré que dejar de beber.

Y lo hizo. Tuvo pesadillas varias noches, pero luego estuvo bien.

El primer efecto evidente para Charlie fue que descubrió en su suegra a una gran conversadora y una amiga. Edna estaba bien. Al principio incluso dudaban de si beber cerveza delante de ella, pero Edna se rio.

—Oh, adelante. Yo ya he tomado mi parte.

Bajó de peso inmediatamente y resultó ser una mujer atractiva, todavía de mejillas redondeadas y caderas curvilíneas, muy parecida a su hija.

A Edna le gustó la idea de mudarse a Oregón, aunque suponía un cambio a un trabajo de escasa remuneración sin ninguna seguridad, sólo una escuela de negocios, no mucho mejor que un chanchullo.

—Todos necesitamos empezar de nuevo —dijo.

Encontraron un alquiler perfecto en Lake Grove, doce kilómetros al sur de la ciudad, a orillas del lago Oswego. La casa había sido construida después de la Segunda Guerra Mundial en media hectárea de bosque, con una pequeña parcela en la parte posterior de la vivienda para el cultivo de hortalizas. Había un apartamentito adjunto construido en el garaje, pequeño, pero perfecto para Edna, un camino circular de grava en la parte delantera, una cerca baja de madera y vegetación por todas partes. En el interior, la casa era oscura y acogedora, con una gran chimenea, una gran cocina y tres dormitorios. Pasaron un par de semanas comprando muebles usados y se sintieron en casa cuando Edna puso su grabado firmado de Picasso sobre la chimenea.

Todo debería haber sido perfecto. Charlie tenía un empleo, dinero en el banco, un estudio donde trabajar. Estaba teniendo problemas con su libro, un problema menor, poca cosa, sólo que la maldita novela no era buena. Había empezado a darse cuenta de que era muy difícil decir nada nuevo sobre la guerra. El terreno se había explorado a fondo, desde Homero a James Jones. Incluso la experiencia de prisionero de guerra de Charlie se había abordado en un librito llamado *La habitación enorme*, de e. e. cummings. Charlie se había deprimido sobremanera al leerlo. Describía las experiencias de cummings en un hospital francés durante la Primera Guerra Mundial, y cuando terminó el libro, mientras las lágrimas corrían por sus mejillas, Charlie supo que cummings lo había contado todo acerca de ser un prisionero. cummings se convirtió de inmediato en uno de sus escritores favoritos. Por supuesto, nadie, ni siquiera e. e. cummings, lo había contado *todo* sobre *todo*. Así que Charlie no se sintió liberado de su obligación de terminar su horriblemente larga, terriblemente aburrida y totalmente innecesaria novela de guerra. Que nunca le enseñaría a nadie otra vez a menos que consiguiera que fuera medianamente decente. Ésa había sido otra de las razones para ir a Portland. Alejarse de la intensa competencia literaria y refugiarse en un lugar donde pudiera escribir en paz y comenzar a aceptar las realidades de la vida conyugal.

Su trabajo de profesor era absurdo pero maravilloso, y decidió que se alegraba de que ninguna escuela respetable fuera a contratarlo. El Multnomah

College era un centro práctico y eficiente para gente que quería salir adelante. La mayoría de los estudiantes eran adultos jóvenes que presumiblemente ya habían conocido la vida real y a los que no les gustaba. Querían aprender de Charlie cómo escribir de manera competente, y él iba a enseñarles a hacerlo condenadamente bien. Al cabo de sólo un par de clases se dio cuenta de que, debido a que la escuela no tenía criterios de admisión, su trabajo era realmente muy importante. Charlie podía enseñarles a sus estudiantes a tener éxito en todas sus otras clases. Se dio cuenta de inmediato de que la mayoría de ellos nunca había tenido ninguna oportunidad. Estaban allí para creársela por sí mismos, y Charlie estaba destinado a ayudarlos.

Así que el trabajo era genial. La casa era grande. Todo iba de maravilla, excepto Jaime.

Lo odiaba todo, desde la lluvia en la frontera hasta su casa estilo rancho enterrada en el bosque. Era la primera casa estilo rancho en la que había estado. Parecía venida a menos y miserable, con sus habitaciones en forma de caja, techo bajo, accesorios de hierro de mal gusto y linóleo en todas partes en lugar de baldosas. Jaime estaba acostumbrada a los baños alicatados de California, y no se conformaba con menos. La única ventaja que podía verle a la casa era que se encontraba a doce kilómetros de Portland, una ciudad casi tan deliberadamente fea como Oakland.

Jaime tenía veinte años y una hija pequeña. Vivía en medio de la nada con su madre loca y un marido que daba clases en una escuela de negocios de tercera categoría. No era de extrañar que estuviera deprimida. Poco antes estaba viviendo en un mundo de sueños de riqueza y posición social, sólo que no se había dado cuenta. La vida en Washington Street había sido increíblemente refinada y estable, y San Francisco increíblemente sofisticada y llena de vida y variedad. Todo había desaparecido de pronto. Jaime vivía entre personas que no parecían saber que estaban en un infierno lluvioso. Se sentía exiliada.

Estaba igualmente anonadada por su madre. Edna había pasado de ser una borracha incomprensible a una persona activa y brillante en menos de un año. A Jaime le gustaba que su madre no estuviera estúpidamente borracha a todas horas, pero no estaba segura de que le gustara tenerla viviendo con ellos. Se suponía que estaba allí para cuidar de Kira, pero en realidad eso lo hacía Jaime mientras Edna sólo se limitaba a criticar. Era bonito para Edna, que vivía en su propio apartamento detrás del garaje, con su pequeña chimenea y su habitación en el piso de arriba, aunque se pasaba todo el día sentada a la mesa de la cocina de Jaime, tomando interminables tazas de té y hablando mientras Jaime se ocupaba de la casa y de la niña. Fuera, lluvia. Charlie compró cuatro metros cúbicos de leña en alguna parte. Se había pasado toda una tarde fuera, con un par de oregonianos con chaquetones a cuadros y gorras, apilando la madera en la zona cubierta entre la casa y el garaje, y ahora Jaime sólo salía de casa para coger madera de la pila. Cada vez que lo

hacía, olía el invierno de Oregón, un olor intenso, húmedo y leñoso que odiaba tanto como odiaba la propia lluvia.

Entonces, Edna la sorprendió diciendo que se sentía inútil y quería un trabajo.

—Buena suerte, mamá —dijo Jaime.

Edna enseguida se compró un Mercury de segunda mano con su reserva secreta de dinero, condujo hasta Portland y se consiguió un trabajo en el *Oregonian*, el periódico más importante del estado. Trabajó corrigiendo anuncios clasificados, igual que había hecho años antes en el *Chronicle*. Esto proporcionó a Jaime cierto alivio, pero no el suficiente. Cuando Charlie estaba en casa, que era rara vez, o bien dormía o trabajaba en su estudio. Jaime no le preguntaba cómo iba la novela, y él tampoco le pedía su opinión. Nunca había leído todo el manuscrito de Charlie. Ocupaba dos cajas de cartón y a esas alturas ya debía de pesar casi veinte kilos. Estaba francamente asustada de la novela en curso de Charlie. No estaba segura de por qué. Era algo destinado a cambiar sus vidas de una manera o de otra. Si era lo que esperaban, Charlie ascendería al mundo de las letras, y eso podría ser destructivo. Pero si el libro era un fracaso, lo mataría, destriparía al Charlie que amaba, lo convertiría en uno de esos viejos maestros amargados con una novela fracasada en el cajón del escritorio.

En cuanto a ella, había renunciado. Kira requería toda su energía. Hasta cuando tenía a Kira dormida, su madre estaba en el trabajo y Charlie no estaba, Jaime seguía sin tener la cabeza para escribir. Le bastaba con sentarse tranquilamente a la mesa de la cocina con una taza de té delante e insípida música pop sonando en la radio. Pensó en las chicas que había conocido con la ambición de ser artistas, las trombonistas, las poetisas, las pintoras y actrices, las que, igual que Jaime, habían soñado con novelas. ¿Qué les había pasado a todas? ¿Lo mismo que a Jaime? ¿Habían quedado enterradas sus ambiciones bajo el matrimonio?

La experiencia de Jaime con la nieve se limitaba a los viajes a las montañas de niña, y nunca había presenciado una tormenta de nieve real. Su primera tormenta fue, en muchos sentidos, la mejor. Todo comenzó una mañana de domingo, con todos ellos en torno a la mesa de la cocina.

—Está nevando —dijo Charlie, mirando por la ventana.

Jaime estaba dándole de comer a Kira y no se volvió a mirar.

—Muy bien —dijo, pero en secreto estaba un poco emocionada.

Cuando tuvo oportunidad, después de que Kira estuviera dormitando en su parque infantil, salió al porche de atrás, donde el voladizo la protegía de la

nieve, que caía en vertical. Ella la observó caer, preguntándose por qué la hacía sentirse tan bien. Los copos eran grandes, casi terrones, y el suelo quedó cubierto muy deprisa. Además, reinaba un silencio increíble, «el silencio de la nieve que cae», probó en su mente. Cuajó en los árboles y arbustos, alterando la apariencia de todo, y por primera vez, Jaime comenzó a pensar que podría disfrutar de Oregón. Entonces salió Charlie y, como un niño pequeño, no pudo evitar hacer bolas de nieve y tirárselas a ella.

—¡Vamos! —gritó—. ¡Es tu primera tormenta de nieve!

Jaime siguió el juego, mojándose y cogiendo frío, corriendo en la nieve. La observaron acumularse durante todo el día, haciendo comentarios como: «Caray, menuda capa». Charlie les explicó a Jaime y a Edna que aquello no era una tormenta de nieve de verdad, que había que ir a Montana para experimentar eso.

—He visto bajar la temperatura de veinte a menos veinte en unos cuarenta minutos —les dijo mientras la nieve se estrellaba silenciosamente contra las ventanas.

—Oh, ponlo en tu libro —dijo Jaime.

Había algo extraño en la reacción de Jaime a la nevada. Deseaba que continuara, que cubriera todo hasta quince metros, y luego ya vería qué sucedería. Era un sentimiento anarquista, un sentimiento de «Me importa un pimiento». Al cuerno el tráfico, que cayera la nieve, que cerraran las tiendas y las escuelas, que todo se detuviera mientras la nieve lo tapaba todo.

—¿Recuerdas «Los muertos»? —dijo Charlie, interrumpiendo sus pensamientos.

—Sí —dijo ella. La historia de Joyce, donde la nieve caía en toda Irlanda. Charlie sonrió.

—¿Quieres que salga y me quede bajo la nieve, para demostrar que te amo?

—No, pero gracias.

Al día siguiente, cuando se levantaron, la nieve seguía allí, y se había formado una corteza helada desagradable. Charlie tuvo que limpiar con la pala su camino circular y esperar a que llegara el quitanieves.

—¿Qué te hace pensar que hay un quitanieves? —le preguntó ella. Estaba de pie en el porche delantero, viéndolo trabajar con la pala.

Charlie, feliz, soplabla formando nubes de vapor.

—Por supuesto que hay un quitanieves.

Una hora más tarde pasó el quitanieves y Charlie y Edna se fueron a trabajar. La forma en que sonaban los coches era siniestra, sólo se oía el

zumbido del motor mientras las ruedas se movían sobre la nieve en silencio. Después de que se fueran, Jaime se sentó a la mesa de la cocina. Kira dormía en un rincón. Empezaron a caer copos de nieve fuera. Jaime pensó en suicidarse.

Consideró guardarse ese temblor existencial aleatorio para ella, pero esa noche, en la cama, se lo contó a Charlie. Él estaba tumbado boca arriba y se tocó la pierna sin mirarla.

—Has de acostumbrarte a estos inviernos.

—¿Crees que se trata de eso?

Charlie se volvió hacia ella y al cabo de un momento sonrió.

—Son sólo los inviernos —dijo—. Afrontémoslo. Un país de nieve es un país de suicidio.

—¿Alguna vez has pensado en ello?

—Claro. En Montana, durante todo el invierno, la gente no piensa en nada más. Si las armas no se congelaran estarían todos muertos. —Rio entre dientes—. Es broma.

Jaime sabía que le había tocado una fibra sensible. Sus experiencias de prisionero de guerra, tal vez. Nunca hablaba de ello. «Es todo para el libro — le había dicho—. Ni siquiera pienso en ello a menos que esté trabajando». ¿Había pensado en el suicidio en el campo de prisioneros? ¿Había sido horrible? Probablemente había pasado mucho frío. Se preguntó si la nieve le recordaba a Charlie su época de prisionero.

—Vamos a hacer el amor —dijo él, y puso una mano cálida sobre el vientre de Jaime.

—No —dijo ella.

Charlie no tardó mucho en enterarse de que Stan era un ladrón. Habían tomado cerveza en una de las tabernas del centro y habían charlado de literatura, pero al cabo de un rato Stan acabó contándole a Charlie sus aventuras en la cárcel del condado.

—Deberías escribir sobre eso —dijo Charlie.

Stan era un escritor de *pulp* entusiasta, pero Charlie pensaba que podía hacerlo mejor. No criticaba el *pulp*, pero seguía instando a Stan a escribir más de cosas internas.

—No hace falta incluir siempre una sorpresa al final —le dijo a Stan una noche mientras estaban sentados tomando cerveza en el Broadway Inn.

—Eso es lo que compran —repuso Stan.

—Deberías leer más novelas clásicas —dijo Charlie.

Mencionó a Maupassant, Chéjov, Hemingway, Steinbeck y John O'Hara. Stan sacó su libretita de taquigrafía, y obedientemente, escribió los nombres. Una semana más tarde, se acercó a Charlie después de clase de composición y le dijo que se había sumergido en Maupassant.

—Macho, este tipo sabe escribir —dijo con una gran sonrisa.

Y Charlie sintió un estallido de placer.

—Joder que sí —dijo en voz baja para que los otros estudiantes no lo oyeran.

Stan le guiñó un ojo, como si estuvieran metidos en una conspiración. Claro está, la escritura de Stan mejoró enseguida. No estaba escribiendo gran cosa, pero sus diálogos se estaban volviendo reales.

Una noche, Stan tenía noticias. El *Raymond Chandler's Mystery Magazine* le había comprado un relato que había escrito, uno que no le había mostrado a Charlie. Por cincuenta dólares.

—Me has superado, hijo —dijo Charlie con pesar—. Yo nunca he vendido nada.

Stan reconoció que había recibido un montón de ayuda en la historia e invitó a Charlie a una fiesta para celebrar la venta.

—Trae a tu mujer —dijo Stan.

—Lo intentaré —dijo Charlie.

El invierno había sido largo, con una tormenta de nieve detrás de otra. La nieve se derretía y se congelaba, llovía durante largas semanas grises sin fin, luego volvía a nevar. A Charlie no le importaba. Su nuevo Volkswagen adoraba la nieve, y él podía conducir mientras gente con grandes coches y dirección asistida caían deslizándose a los bancos de nieve. Charlie le enseñó a Jaime a conducir sobre nieve, pero ella siempre estaba tensa al volante, así que él terminó haciendo la mayor parte de las compras y cualquier otra cosa que requiriera salir de casa. Jaime le preocupaba. Se quedaba todo el día en casa, sin escribir, y aunque por lo general parecía de buen humor, Charlie percibía el tic tac de una bomba de relojería en alguna parte. Sus alumnos e incluso el administrador del centro lo habían invitado a fiestas y noches de beber cerveza, pero Jaime siempre tenía alguna razón para no acompañarlo.

—Vete tú —decía—. Yo estoy bien aquí.

—Odio dejarte sola.

—He estado sola toda mi vida.

Por supuesto, tenía a Kira veinticuatro horas al día, y a su madre por la noche, pero Charlie sabía lo que quería decir. Trataba de volver a casa nada más terminar las clases nocturnas, pero el problema era que después de dos horas de enseñanza siempre estaba agotado. Si volvía a casa, Jaime o estaba dormida o se moría de aburrimiento al escuchar lo que había ocurrido en clase. Si no volvía a casa, iba a tomar cerveza con Stan Winger, y luego volvía a casa borracho.

—Ven esta vez —dijo—. Stan es un tipo interesante. —Hizo una pausa—. Es un ladrón.

Ella no lo entendió enseguida.

—¿Roba historias de otras personas?

—Entra a robar en las casas.

La fiesta era en Cable Suroeste, en las colinas situadas al oeste del centro. Las carreteras estaban despejadas de nieve, pero caía una lluvia muy fría y Jaime no habló en todo el trayecto de doce kilómetros hasta la ciudad. Se había mostrado reacia a pasar una noche con los catetos de Oregón, y menos con un grupo de catetos literarios. Sin embargo, Charlie no estaba preocupado. Jaime era tan bonita que podía actuar como le viniera en gana y a la gente no le importaría. De todos modos, Charlie esperaba que no llamara cateto a nadie. Los californianos no caían bien en Oregón.

—No son catetos —dijo Charlie por encima del sonido del limpiaparabrisas.

Jaime hizo un ruidito.

Al subir por las escaleras resbaladizas de la casa, Jaime tomó la mano de Charlie.

—Estoy embarazada otra vez —dijo.

—Es fantástico —dijo Charlie después de subir demasiados escalones—. Vigila dónde pisas.

Estaban en la puerta de entrada, que se abrió del todo, y Charlie sintió el calor de la casa en su rostro congelado. Había un tipo bajito de ojos brillantes delante de él.

—Soy Dick Dubonet, bienvenidos a mi chalet —dijo el tipo.

Jaime sonrió y le tendió la mano.

—Hola, soy Jaime Monel. —Entró en la fiesta como si fuera la dueña de la casa.

—Ooh, ¡qué esposa más hermosa! —dijo Dick Dubonet.

A Charlie le cayó bien al instante. No porque hubiera dicho que Jaime era hermosa, sino por ser un imbécil tan entusiasta. Charlie se había preparado para que Dick Dubonet le cayera mal desde que había escuchado la descripción de héroe necesitado de veneración que Stan había hecho de él. Y era todo lo que Charlie esperaba, demasiado ruidoso, demasiado literario, demasiado bajo. Lo que Charlie no había esperado era esa franqueza, esa falta de sofisticación, a pesar de que, obviamente, el tipo estaba tratando de parecer sofisticado.

—Y ella es mi esposa, Linda —dijo Dick.

—No soy tu esposa —dijo Linda, sonriendo a Charlie.

—No veo por qué necesitamos que el estado apruebe nuestra relación —dijo Dick.

Había unas veinte personas en la fiesta, y junto al sofá varios músicos con guitarras y banjos. La música sonaba muy alta y enérgica, pero nadie estaba bailando. En la mesa había comida y bebida, sobre todo botellas de litro de cerveza Blitz-Weinhard, y Charlie fue hacia la comida tratando de volver a poner su mente en funcionamiento. Otro hijo, ya mismo. ¿Era eso lo que quería? ¿Era ésa la razón por la que Jaime había estado actuando de manera tan extraña? Puso ensalada de patata y salami y aceitunas en un plato de papel y se sirvió un vaso de cerveza. Detrás de él, la gente comenzaba a bailar. Stan estaba a su lado, llenando un plato.

—Los literatos —dijo Stan.

Con orgullo, pensó Charlie. Bueno, ¿por qué no? Se dio la vuelta, preparado para disfrutar, preparado para otro niño. Para lo que no estaba

preparado era para Linda McNeill, en cuyos ojos se encontró mirando cuando los banjos de cinco cuerdas marcaron el ritmo.

Stan vio la mirada que intercambiaron Charlie Monel y Linda, y eso le arruinó la noche. Sabía lo que significaba y, siendo un observador omnipresente, se dio cuenta de que Dick Dubonet también había visto la mirada, por breve que fuera, y si Stan no se equivocaba, a Dick no le gustó más de lo que le gustó a él. La mirada fue simple. La mujer más guapa de la fiesta señaló al hombre más atractivo: «Soy tuya», y los banjos siguieron tocando.

«¡Despierta, despierta, querida Corey!», entonaba todo el mundo por encima del sonido de los banjos, mientras que Stan, como de costumbre, se sentó en una esquina sin siquiera dar golpecitos con el pie. Había estado construyendo aquella gigantesca fantasía respecto a Linda y él. Todo basado en una mirada que ella le había lanzado hacía poco y en el mucho tiempo que le dedicaba, ayudándolo con su historia. Se había convencido a sí mismo de que conseguir que publicaran el relato le cambiaría la vida, y de pronto vio que a lo que se refería era a estar con Linda. Lo había asumido de forma automática. Se había olvidado de sí mismo. Se había olvidado de la realidad. Mujeres como ésa no eran para hombres como él. Eran para hombres como Charles W. Monel.

La gatita regresó, al día siguiente,
La gatita regresó, no podía estar lejos...

Por supuesto, la esposa de Charlie también era joven y hermosa, con el pelo rojo encendido cortado como un chico y el cuerpo delgado y aniñado. Estaba bailando con Jeffrey Lyman, un joven feliz y despreocupado del que Stan creía que era homosexual, pero buen tipo. Charlie se cobraría su deuda con Linda, de eso Stan estaba seguro. ¿Por qué no iba a hacerlo? Esa gente eran artistas, probablemente se intercambiaban esposas y novias todo el tiempo. La pareja que estaba besándose en el sofá no había llegado junta a la fiesta. Stan pensó en echar un polvo, pero Vancouver estaba muy lejos, la lluvia era fría y no tenía ganas de sentarse en un autobús. Una de las cosas que hacían que se pudriera en los rincones en las fiestas era su propia inadecuación sexual. Tal vez también por eso allanaba casas. Eso explicaba toda su vida. Incluso por

qué, en esa fiesta en su honor, se sentía tan mal. Ser un autor publicado sólo había destacado su inadecuación como ser humano. Por ejemplo, la cuestión de Linda.

Había sido ella la que le había dicho que habían comprado su historia. Lo hizo después de invitarlo a almorzar en Buttermilk Corner. Entonces, cuando Stan tenía la boca llena de carne asada, Linda dijo:

—Llamó Bob Mills. Adivina por qué.

—¿Por qué? —preguntó Stan, después de masticar y tragar la carne.

Tenía el corazón en la boca de todos modos. Había albergado la esperanza de que ella lo hubiera invitado a almorzar porque se estaba enamorando de él. Y en ese momento, con la boca abierta, la escuchó darle la buena noticia. Fue un chasco.

Ella se estiró para tocarle la mano.

—No pareces contento. Anímate, eres un autor publicado.

—No soy un autor —dijo, colorado de vergüenza.

—Sí lo eres. —Linda le regaló esa hermosa sonrisa—. No sólo eso, eres uno de los mejores escritores de Portland. Con sólo un cuento.

Probablemente, ella sabía que tenía complejo de inferioridad.

Ahora, en la fiesta, Linda se acercó y se sentó junto a él en el suelo. Los músicos habían guardado sus instrumentos y sonaba un jazz ruidoso en el tocadiscos. Stan estaba un poco borracho y, cuando ella le pasó un brazo alrededor de los hombros, volvió la cara para evitar que ella le oliera el aliento. Pero no funcionó. Linda lo tomó de la barbilla y le giró la cara hacia la suya. Estaba a un dedo de él.

—Quiero un beso del invitado de honor —dijo, y lo besó.

Por segunda vez. Se quedó con la mente en blanco. Cuando regresó a la realidad, Linda le estaba sonriendo con los ojos llenos de un cariño que él nunca había experimentado en su vida. ¿Por qué no iba a enamorarse?

Pero era un amor que se guardaría para él. Por todas las razones deprimentes imaginables. Linda era la chica de Dick Dubonet. Lo había ayudado por su alma bondadosa. E iba a acostarse con Charles Monel. A quien él había traído a la fiesta. Y lo había hecho con orgullo. Su maestro. Curiosamente, Stan no odiaba a Charlie por esto. No era culpa suya.

Cinco semanas más tarde recibieron la noticia de que el *Raymond Chandler's Mystery Magazine* había cerrado. Así que a Stan ni le pagaron ni lo publicaron. Stan habló por teléfono con su nuevo agente, y Mills le dijo con su voz seca y profunda que el relato era bueno, y que muy probablemente

lo colocaría pronto. Y que siguiera escribiendo. Stan colgó y se encontró a un Dick sonriente y a una Linda de aspecto triste.

—Suerte que no te has gastado el dinero —dijo Dick.

—Sabía que algo ocurriría —dijo Stan. Sin amargura.

—Vamos todos a Jerry's a comer una hamburguesa —propuso Dick—. Yo invito.

—Bueno, en ese caso... —dijo Linda, sonriendo con tristeza a Stan.

Fue todo un viaje, con Linda en su regazo en el pequeño MG. Jerry's sólo estaba lleno a medias. Marty Greenberg estaba allí con su chica del corno francés, y se sentaron juntos. Marty tenía demasiadas mujeres, pensó Stan. Ésta ni siquiera era guapa según los criterios habituales: mentón pequeño, mejillas redondas, mirando al suelo la mayor parte del tiempo. Tenía un cabello hermoso, eso sí. Y una piel hermosa. Antes de que llegara la comida, las dos mujeres se fueron al tocador juntas, y los tres hombres se relajaron.

—Está teniendo algunos problemas —dijo Marty de Mary Bergendaal.

—Apuesto a que sabe soplar bien el corno —dijo Dick Dubonet.

Todos se rieron.

Stan recordaba la conversación sólo porque un par de semanas más tarde entró en Jolly Joan's a eso de las tres de la mañana, después de pasar un par de horas escribiendo, y se encontró a Marty sentado solo en la barra con una taza de café. Stan se sentó a su lado, contento de ver una cara amiga. Pero Marty estaba cabizbajo.

—¿Qué tal está el café esta mañana? —dijo Stan.

—¿Te acuerdas de Mary Bergendaal?

Marty tenía una mirada angustiada, y Stan supo al instante lo que iba a decirle. Dios mío, lo llevaba escrito en el rostro.

—Está muerta, ¿verdad? —Sintió un escalofrío en el estómago.

Marty frunció el ceño.

—Sí. ¿Cómo lo sabes?

Marty no esperó una respuesta, sino que empezó a hablar de Mary Bergendaal. Había sido muy reservada, sólo una chica silenciosa que pasaba la mayor parte del tiempo ensayando o tocando. Marty era su único amigo fuera de la Sinfónica de Portland, y no había sido un gran amigo.

—La dejé hacerlo —dijo, con su expresión divertida habitual sustituida por, bueno, angustia.

Marty tenía veinticuatro años y se había suicidado con una escopeta. Marty había visto el arma debajo de su cama varias veces.

Por alguna razón, la muerte de Mary Bergendaal afectó a Stan más de lo debido. Al fin y al cabo, no la conocía. Se habían sentado uno frente al otro una vez, en Jerry's. ¿Qué podría haberle dicho? «No te suicides». Claro. Tal vez la razón por la que sentía tanta compasión por esa chica era que se veía reflejado en ella. Una solitaria, dedicada a su arte. Al final llega el momento en que te das cuenta. Todo es absolutamente inútil. Sin amor.

La siguiente historia de Stan fue sobre Mary. No tenía tiempo ni inventiva para simular, así que simplemente escribió acerca de una chica solitaria que se cansó de oír chistes sobre cómo soplaba el corno francés. Tituló el cuento «El colmo», y se lo envió a Mills sin enseñárselo a nadie, ni siquiera a Charlie. Mills se lo devolvió. «Bonita historia, pero no es comercial». Stan estuvo de acuerdo. Ni siquiera sabía por qué demonios le había enviado el manuscrito. Simplemente lo escribió porque le apetecía. Al leerlo otra vez, decidió que estaba mal escrito, pero era su mejor cuento. Lo dejó aparte, con su material experimental.

Su primer invierno en Oregón terminó en aborto. El dolor fue horrible. Se sentó en el inodoro sujetándose el vientre durante horas, sin pensar realmente, escuchando la lluvia interminable acibillando el techo. Charlie todavía no había regresado de clase. Su madre estaba en su propio apartamento; Kira, dormida en su habitación. Una de las bondades de Kira era que dormía bien. El dolor iba y venía como un dedo sondando su vientre, luego, en una descarga de dolor negro, perdió a su hija no nacida. Iba a llamarla Isis.

Jaime se culpaba a sí misma. No había querido quedarse embarazada, y cuando se lo dijo a Charlie era obvio que él tampoco deseaba otro hijo tan pronto. Ser esposa y madre de dos hijos a su edad parecía un entierro. Sin embargo, cuando la niña murió en su interior, entró en un abismo que hizo que depresiones anteriores le parecieran leves. Era un abismo tan negro que ni siquiera parecía negro. Era perfectamente racional, simplemente no sentía nada. Estaba por debajo del sentimiento, por debajo del suicidio. Sentada a la mesa de la cocina, sangrando en una compresa y esperando a Charlie, pensó en una muerte ordinaria y simple para ella misma. No había pastillas en la casa, ni ningún arma. Tendría que cortarse las venas. Recordó la historia de Jack London sobre el hombre que no lo había hecho bien. Pensó en su amiga de San Francisco que había mellado sus brazos con una hoja de afeitar, sesenta y cuatro pequeños cortes superficiales, porque sólo había recibido una tarjeta de cumpleaños. Marcas de vacilación, las llamaban. Jaime no quería que Charlie llegara y la encontrara allí sentada con una hoja de afeitar en la mano, sangre por doquier, pequeños cortes en todo el antebrazo.

—No podría hacerlo...

No. El coche de su madre estaba en el garaje. Podía coger la manguera de la aspiradora, conectarla al tubo de escape, introducirla en el coche por la ventana, rellenar el hueco de la ventana con papel de periódico para hacerla estanca, y encender el contacto. Zum, zum, zum, muerte.

Su depresión se situó enseguida por debajo del umbral del suicidio al pensar en los efectos que tendría sobre su hija, su hija viva, Kira. La niña dormía en la habitación contigua. ¿Qué iba a aprender de la muerte de su

madre? A quitarse la vida. Jaime se precipitó, una mota en el cosmos, ja, ja, ja, más abajo, hasta el nivel de la organización atómica, y luego más abajo, más abajo, por debajo de lo atómico, más allá de lo subatómico, en la nada de la realidad. Vacío. Ni siquiera una razón para morir.

Charlie llegó borracho.

—Oh, estás levantada —dijo—. ¿Estás bien?

—Estoy bien.

Charlie le lanzó una mirada vidriosa.

—Entonces vamos a hacerlo —dijo en un ronroneo profundo, y se inclinó para besarla en la nuca.

Jaime olió cerveza y patatas fritas en su aliento.

—No puedo —dijo—. Acabo de tener un aborto.

—¿Eh?

Charlie la soltó y ella no podía verlo. La lluvia golpeaba el techo.

—Estoy bien —dijo.

—Oh, Dios. —Charlie puso las manos en los hombros de Jaime, y ella pudo sentir la energía de él fluyendo en su interior, llenándola de un amor dulce, triste y terrible—. Debes de sentirte fatal —dijo.

—Te quiero —dijo ella secamente.

Cuando se fueron a la cama, Charlie la abrazó hasta que ella por fin se quedó dormida. Había llovido toda la noche, por supuesto, y al día siguiente, pero luego escampó, y el cielo de Oregón se volvió azul brillante. Como diciendo «Un niño perdido, un mundo ganado». «No —pensó Jaime—. No voy a amar la primavera». Pero el aire era seco y dulce, el cielo, azul, todo lo que estaba a la vista, verde y en crecimiento. Se encontró vagando por el bosque en la parte de atrás de su casa, mirando los pequeños trilliums que brotaban y mostraban sus flores blancas de tres pétalos. Los helechos crecían de la tierra casi negra y los pájaros cantaban en los árboles. Jaime no pudo evitar sentirse viva. Entonces oyó llorar a un bebé.

Jaime estaba a cien metros de cualquier casa, en medio de los árboles, y el sonido estaba cerca. ¿Quién podría dejar a un bebé en el bosque, incluso en un día cálido de primavera? No oyó otras voces al avanzar hacia el llanto, con el corazón latiéndole acelerado. No era un bebé, sino una gatita siamesa. En cuanto vio a Jaime, el animal soltó un maullido muy fuerte que sonó como el llanto de un bebé.

Jaime rio y cogió en brazos a la gatita, que tenía los ojos azules brillantes. No podría tener más de seis semanas de vida. ¿Qué estaba haciendo en el

bosque? Jaime nunca lo descubrió. Preguntaron a sus vecinos, pero la respuesta que obtuvieron fue: «A veces la gente abandona a los gatos».

—Te llamaré Isis —le dijo, y sostuvo a la gatita junto a su mejilla.

Sin embargo, la gata no reemplazó a la niña. La depresión no desapareció, a pesar de la primavera. Al contrario, empeoró tanto que Jaime volvió a la escritura. No sabía exactamente a qué. El aborto espontáneo le había recordado que había perdido a su padre inaceptablemente pronto, y nunca se había acostumbrado a la pérdida. Sólo para evocarlo, sólo para tratar de entenderlo, Jaime comenzó a escribir acerca de su padre y de su vida en Washington Street. Después de unos días de escribir mientras el bebé dormía, Jaime ya ansiaba la hora en que, mediante la escritura, saldría de esa cabaña en el bosque para volver a un lugar y un tiempo civilizados. Era una delicia caminar por las calles de San Francisco de nuevo, aunque sólo fuera en su mente.

—¿Qué estás escribiendo? —preguntó Charlie, una vez que se enteró.

—Sólo algunas notas. Sobre mi padre.

—Es fantástico —dijo Charlie con efusividad—. Deberías escribir un libro sobre él.

—Tal vez —dijo Jaime.

Charlie se compadeció de su mejor alumno y lo invitó a Lake Grove, a un pícnic en el patio trasero. Era mayo, todo el valle del Willamette hervía de vida, cielos azul intenso, un aire húmedo y denso que se elevaba desde el río plagado de insectos y aves, y por supuesto parejas de enamorados por todas partes. Stan Winger no parecía tener suerte con las chicas. No era mal parecido, en opinión de Charlie, sólo un poco anodino, demasiado tímido, el tipo de persona cuya apariencia no puedes recordar bien. Un tipo muy olvidable, pensó Charlie con ironía. Criado en hogares de acogida, reformatorios, cárcel, educado con la ética de la calle, lo cual sin duda era mejor que no tener ninguna ética. Charlie se acordó de los cuatro chicos de la calle de Nueva York que estaban en Kim Song. Se mantenían unidos. Ellos y los cristianos. Habían sido un incordio, pero no se habían venido abajo como Charlie y casi todos los demás. Bueno, tendría que conseguirle una chica a Stan.

—¿Cómo es que no tienes coche? —le preguntó Charlie a Stan. Se dirigían hacia el sur de Portland, junto a la orilla del río.

—No sé conducir —dijo Stan.

Llevaba pantalones negros y una vieja camisa de vestir blanca. Su ropa de pícnic, pensó Charlie.

—Yo te enseñaré, si quieres.

Trató de imaginar a un niño estadounidense crecido sin que nadie le enseñara a conducir.

—Sería genial —dijo Stan, sin entusiasmo.

Estaba un poco tenso. No era su primer pícnic, había estado en un par de fiestas al aire libre con chicos de la banda de Broadway, una vez en el parque estatal de Rooster Rock, junto al río Columbia, borrachos, gritando y haciendo payasadas, y otra vez allí mismo, en la ribera del Willamette, con cerveza y chicas y nadando desnudos por la noche; claro que Stan no estuvo con ninguna de las chicas ni nadó desnudo, sólo se emborrachó y al final lo detuvieron junto con todos los demás. Algunos eran chicos de clase media, y los policías los dejaron irse a casa. A Stan y a un par más los enviaron a

Woodburn. Seis meses por esa detención, y ni siquiera había echado un polvo. Tal vez por eso estaba ansioso, o tal vez era sólo un idiota redomado y nunca se divertiría, pasara lo que pasara. O tal vez Dick y Linda estuvieran allí.

Llegaron hasta el camino de grava circular delante de la casa y aparcaron. No había más coches en el sendero. El pequeño jardín delantero era irregular y estaba cubierto de maleza, y la puerta principal estaba abierta, con un gatito sentado en el umbral acicalándose a la luz del sol. El gato miró a Stan, pero no se movió, así que Stan tuvo que pasar por encima de él para entrar en la casa de su maestro. Era mejor de lo que esperaba, cálida y acogedora. Jaime salió de la cocina sonriente, tendiéndole la mano.

—Stan, me alegro de verte.

Llevaba una camiseta de hombre y Stan pudo ver el contorno de sus pezones, lo que hizo que se acalorara. Era evidente que no llevaba sujetador, y tenía las manos húmedas.

—Me alegro de que llegues temprano —continuó ella, llevándolo de la mano a la cocina—. Necesito que me ayudes a cortar las patatas.

Charlie se marchó a comprar cerveza y Stan se quedó solo con Jaime y la niña, que estaba en su parque, en un rincón de la cocina. El pelo rojo de Jaime estaba creciendo y se le veían las raíces rubias. Después de terminar de cortar patatas, Stan se sentó con una taza de café y escuchó a Jaime hablar de todo lo habido y por haber, una conversación ingeniosa y encantadora en la que él sólo era capaz de gruñir de vez en cuando, como si la estuviera siguiendo. Se dio cuenta al cabo de un rato de que Jaime lo estaba «entreteniendo». No era de extrañar que Charlie la amara. Brillante, divertida, hermosa, agraciada, buena anfitriona, y Charlie decía que era una de las mejores escritoras jóvenes que jamás había leído. Por supuesto, estaba hablando de su propia esposa, pero aun así. Charlie siempre trataba de ser amable, pero no mentía. Y Stan se dio cuenta entonces de que no cometería adulterio, ni con Linda ni con nadie. Era deshonroso.

—¿Quieres coger a Kira? —preguntó Jaime.

Le entregó la niña a Stan. Kira no pareció reparar en él al principio, pero luego lo miró a los ojos y sonrió. No se había sentido tan halagado en toda su vida. No se atrevió a analizar la sensación que descubrió al tener en brazos ese objeto de valor incalculable. Esa niña humana. Esa vulnerabilidad. Luego, sin dejar de mirarlo a los ojos, Kira abrió la boca y comenzó a gritar, no un grito fuerte, sólo un grito de bebé.

—Ya llega la comida —dijo Jaime, y cogió a la niña.

—¿Qué tiempo tiene? —preguntó Stan.

—Dieciséis meses —dijo Jaime.

Puso a Kira en la trona y comenzó a darle de comer. Stan se sentó a tomar su café, sintiéndose más a gusto de lo que nunca se había sentido dentro de una casa. La madre de Jaime entró por la parte de atrás desde algún lugar y se sentó con su taza de café. Jaime los presentó.

—Stan es uno de los mejores estudiantes de Charlie —dijo.

Edna le guiñó un ojo y sonrió.

—No pareces estudiante.

—En realidad soy ladrón —dijo Stan, y le sonrió.

Edna se rio.

—¿Alguna vez vas al canódromo?

Resultó que tenían algo en común. Edna y sus amigas del trabajo apostaban a los perros. De hecho, durante todo el día, mientras estaban corrigiendo anuncios, también discutían sobre a qué perro apostar esa noche. Stan había ido al canódromo un par de veces. Parecía estúpido apostar por esos animales cuando en la primera curva casi siempre terminaban en un montón y no había forma humana de predecir cuál iba a ganar.

Dick y Linda se presentaron en el pequeño MG amarillo, seguidos por otro par de coches más llenos de amigos, entre ellos Marty Greenberg y su chica camarera, Alexandra. La cocina se llenó de gente que hablaba y bebía cerveza, y Stan era uno de ellos, relajado, cómodo. Conocía a casi todo el mundo y, por una vez, no se sentía un bicho raro. Marty se acercó y gorroneó un cigarrillo.

—Salgamos a la selva —dijo.

Y Stan siguió Marty a la luz del sol. Charlie tenía una mesa de pícnic vieja y un par de bancos, y se sentaron. Se escuchaba el murmullo ruidoso de la cocina a través de las ventanas abiertas, y el aire se llenaba de humo. Allí todo olía a madera húmeda.

—Me crié en Brownsville, Brooklyn —dijo Marty—. Esto es el cielo.

—¿Qué te trajo aquí? —preguntó Stan.

—El Reed College.

Charlie salió con una lata de cerveza.

—Vamos, chicos —dijo, y los condujo por un sendero entre los árboles.

Al cabo de un par de minutos ya no se veía la casa, y lo único que Stan podía escuchar eran los pájaros en los árboles y el sonido de sus pies en el suelo empapado.

—Ten cuidado con los animales grandes y peludos —dijo Marty.

Hacía un calor sofocante en el bosque, con la maleza verde alta hasta las rodillas y la tierra blanda bajo sus pies. Charlie los llevó a un claro. Allí había un par de filas de pequeñas plantas escuálidas de color verde amarillento. Charlie las señaló con orgullo.

—Marihuana —dijo—. El cultivo del futuro.

—Dios mío —dijo Marty, sonriendo—. ¿No es ilegal cultivar esto?

—No son mías —dijo Charlie con calma—. Aunque tengo la intención de fumármelas.

—¿De quién son? —preguntó Marty estúpidamente.

—Eh —le dijo Stan—, tranquilo.

—Deberían estar listas para recogerlas dentro de un mes más o menos —dijo Charlie.

—Mantenme informado —dijo Stan con una sonrisa pícara. Había fumado algún canuto. Le encantaba.

—Si te pillan fumando esto —dijo Marty—, te mandan a Lexington, Kentucky, para curarte.

—No tengas miedo —dijo Stan.

Le hizo un guiño a Charlie, que se lo devolvió. «No tengas miedo» era una de sus frases favoritas de *La habitación enorme*, que Charlie le había prestado a Stan hacía un mes. Regresaron a la casa y Stan se envalentonó y le dijo a Marty.

—¿No sabes quedarte callado o qué?

Marty lo miró.

—Me sigo olvidando de que eres un delincuente. —Pero sonrió mientras lo decía.

—No tienes carácter —le dijo Linda a Stan.

Estaban en cuclillas junto a las plantas de marihuana de Charlie. Alargó la mano para tocarle la mejilla.

—No hay líneas de carácter —continuó—. Nadie te dijo nunca cómo tenías que ser. Eres arcilla fresca, Stan. Lo único que necesitas es ser moldeado.

Stan se sonrojó, enfadado al sentirse pillado. Por supuesto que no tenía carácter. Pero ¿por qué sacarlo a relucir en ese momento? ¿Porque le había mostrado la marihuana de Charlie? No había sido su intención.

—¿Adónde habéis ido los chicos? —le había preguntado ella.

Linda lo tomó de la mano y caminaron hacia los árboles. Aparentemente ella llevaba la voz cantante, pero terminaron en el claro.

—Dios, qué maravilla —dijo Linda, poniéndose en cuclillas.

—No era mi intención traerte aquí. —Los dedos de ella le quemaron la mejilla.

—Necesitas un mentor —dijo Linda—. Alguien que te guíe. Y Charlie es el adecuado.

—Es mi maestro —dijo Stan como un estúpido.

—Charlie es un gran hombre —dijo Linda, y retiró la mano para apoyarla en el suelo.

Stan se sentó e inmediatamente notó la humedad filtrándose a través de sus pantalones. Linda era hermosa. Llevaba una camisa de hombre de manga corta de color azul claro atada a la cintura, y unos *shorts* tejanos que dejaban ver mucha piel blanca. Siguió hablando de Charlie, del escritor genial que sería y de lo buen hombre que ya era. Estaba haciendo que Charlie sonara como Jesucristo.

—¿Sabías que fue un héroe de guerra? —le preguntó.

Stan negó con la cabeza. Estaba empezando a preguntarse si Charlie y ella no eran amantes, después de todo. Linda parecía saber mucho sobre él.

—Supongo que desearías que estuviera él aquí en mi lugar —dijo Stan, e inmediatamente se arrepintió.

Se le escaparon las palabras y observó a Linda dispuesto a ver su mueca de desprecio. Sin embargo, ella le sonrió con tristeza, le puso una mano en la nuca y tiró de él para darle un beso, deslizándose la lengua en el interior de su boca y llenándole la mente con su olor hasta que ya no pudo pensar, sólo sentir. Él la agarró de manera precipitada y la empujó al suelo. Se besaron apasionadamente, y entonces Linda quedó tumbada encima de él y él notó sus pechos. Linda gimió, besando su rostro. Stan la tenía dura y se le endurecía cada vez más mientras Linda empujaba su pelvis contra la de él; y, con una sensación de absoluta libertad, se dio cuenta de que iban a hacer el amor, ahí en el bosque, bajo el cielo: Stan y Linda.

Pero no. Ella se echó hacia atrás, jadeando, y se incorporó.

—Oh, Dios —dijo.

Stan se sentó. Tenía los pantalones y la camisa mojados y sucios, y comenzó a sacudirse. Él también jadeaba un poco y no podía creer que ella lo hubiera apartado justo en el momento en que estaba seguro de que no lo haría. Linda tenía palitos y hojas húmedas pegados a la ropa, y también la ayudó a limpiarse.

—Uf.

Linda hizo un gesto y Stan vio que habían rodado sobre algunas de las pequeñas plantas de marihuana. Ella se rio y trató de enderezar las plantas, pero algunas estaban aplastadas.

—Suerte que no hemos follado —dijo Linda—. O habríamos echado a perder toda la cosecha. —Volvió a reír, una risa aguda y brillante, y le tendió la mano.

Él se levantó y tiró de ella hacia arriba.

—Vaya, ha sido uno de esos momentos apasionados —le dijo ella como si no hubiera significado mucho, pero luego le tomó las manos y se las besó.

Todas las emociones encontradas que sentía Stan se calmaron a la vez.

—Gracias por no aprovecharte —dijo Linda, y se encaminó de nuevo hacia la casa.

Charlie sabría que alguien había estado revolcándose sobre su marihuana, pero Stan esperaba que no averiguara quién. En realidad, le importaba un comino. ¿Pillado revolcándose con Linda? Culpable.

La fiesta se prolongó hasta tarde. Stan iba a buscar a alguien que lo llevara de vuelta a la ciudad, pero Charlie le dijo:

—Venga, quédate a pasar la noche. Yo te llevaré mañana.

Y así Stan pasó un domingo tranquilo con la familia. Durmió en el estudio de Charlie, en un saco de dormir tendido sobre un catre, pero cómodo, y en

algún momento de la noche la gatita saltó y se subió encima de él, ronroneando con fuerza al principio y luego quedándose dormida apoyada en sus piernas. Stan tenía miedo de moverse. No quería irritar a la gata. Por la mañana fue el primero en levantarse, pero después de estar sentado a la mesa de la cocina solo durante veinte minutos, con miedo a hacer café por temor a despertar a alguien, Edna apareció en el umbral envuelta en una bata rosa.

—Haré café —dijo, y empezó a prepararlo.

Pronto todos estaban sentados alrededor de la mesa, tomando café y fumando. En la radio sonaba música clásica y Jaime estaba dando de comer a la niña en su trona. Stan y Charlie reconocieron que les dolía la cabeza de beber tanta cerveza. Pero Charlie no tenía que escribir ese día. No escribía los domingos.

—Has de tomarte un día de descanso a la semana —explicó Charlie—. O te vuelves loco.

Charlie escribía cada mañana por lo menos una hora, y Jaime escribía al menos una hora durante el día. «Qué disciplina», pensó Stan. Nada de esa basura de la «inspiración», sólo producir, escribir y escribir, todos los días menos los domingos.

En realidad no hicieron nada. Recogieron la casa y tiraron todas las botellas de cerveza y vino en la basura. Para comer, Jaime cocinó pollo frito, y volvieron a sentarse a la mesa de pícnic y hablaron de las verduras que cultivarían ese verano. Era el momento de arar y sembrar. Stan inmediatamente se ofreció para ayudar en el huerto.

—Si necesitáis a alguien para arrancar las malas hierbas...

Tal vez había ido demasiado lejos, pero no, Charlie sonrió y dijo:

—Puedes venir cuando quieras a arrancar malas hierbas.

Y Jaime añadió:

—Eres bienvenido en cualquier momento, de todos modos.

—Por supuesto —dijo Charlie.

Y todos sonrieron. Stan se sentía como un miembro de la familia. Durmió la siesta por la tarde como todos los demás (imaginó que Charlie y Jaime estaban haciendo el amor, porque Edna tenía al bebé en su apartamento de detrás del garaje). La gatita vino y se durmió otra vez encima de Stan, contribuyendo a afianzar esa sensación de ser un miembro de la familia.

Charlie lo llevó a casa, y a las diez de la noche estaban sentados en el Volkswagen delante del edificio de apartamentos de Stan, una construcción cochambrosa en un barrio marginal después de un día en Lake Grove. Los dos

estaban sentados uno junto al otro, fumando. Charlie había apagado el motor, así que Stan sabía que quería hablar. Stan esperó.

—¿Sigues robando?

Nunca habían hablado de eso antes.

Stan asintió.

—Lo sé, debería dejarlo.

—No voy a darte lecciones de moral —dijo Charlie—, pero no me gustaría verte terminar en la cárcel.

—Bueno —dijo Stan.

No tenía nada que decir. Sabía perfectamente que no debería ser ladrón. Pero lo era.

—Sé que es estúpido que te diga que busques trabajo en alguna parte. Joder, no me gusta trabajar más que a ti. —Charlie habló de todos los empleos de mierda que había tenido a lo largo de los años—. Una puta mierda, pero es mejor que la cárcel, tío.

—No lo sé —dijo Stan—. La cárcel no está tan mal. —Trató de hacer una broma—. La cárcel sólo es la cárcel, tío.

—He estado en la cárcel —dijo Charlie—. Fui prisionero de guerra catorce meses.

—Joder —dijo Stan.

—Sólo quería decirte que, si necesitas ayuda para conseguir un puesto de trabajo legal, dímelo. Eres mi mejor alumno.

—Ahora mismo me dedico sobre todo a apostar —mintió Stan, para que Charlie no se sintiera mal—. Juego en las salas de Vancouver, ¿sabes?

—Debes de ser un gran jugador de póquer —dijo Charlie con voz plana, y dejó el tema.

Caminar a hurtadillas por el bosque era algo que a Dick Dubonet se le daba muy bien. Como un indio, no pisaba ningún palito que pudiera quebrarse ni rozaba ninguna rama. En silencio, siguió a Stan y a Linda a través de los árboles, con el corazón detenido y la mente alerta. Luego los observó en el claro, justo fuera de su alcance auditivo. No quería acercarse más, y varias aves estaban haciendo mucho ruido, por lo que sólo podía mirar. Cuando empezaron a besarse y a rodar por el suelo, Dick estaba tan excitado que casi gritó, y sintió la necesidad urgente de meneársela. Los celos le provocaban una angustia y una excitación tales que quería chillar. Había llegado a Lake Grove sabiendo que se pondría celoso, pero no de Stan Winger. Winger no era guapo, no era musculoso, no poseía nada y no era más que un delincuente de poca monta. ¿De qué iba a estar celoso?

Sin embargo, ahí estaba, observando a Linda y Stan como un *voyeur* a través de una ventana. Para su alivio y decepción, no se desnudaron e hicieron el amor delante de sus ojos. Dick oyó las carcajadas de Linda y, cuando ella y Stan comenzaron a caminar de regreso al pícnic, se quedó muy quieto y dejó que pasaran a tres metros de él. Aguardó hasta que estuvieron donde ya no podían oírlo y se dirigió al calvero. Era lo que había supuesto. Marihuana, y la mitad de las plantas estaban aplastadas contra el suelo. Sin pensarlo, Dick se puso en cuclillas y trató de enderezar las plantas. Probablemente se enderezarían por sí solas. Dick nunca había fumado marihuana, pero estaba dispuesto a probar, y por eso arrancó algunas de las hojas más grandes y se las guardó en el bolsillo. Hacía mucho calor en el calvero, y le sudaba todo el cuerpo. Una vez había fumado opio en Nápoles, cuando estaba en el ejército. El opio le había hecho vomitar, pero luego le había proporcionado los sueños más dulces que podía recordar. Se preguntó cómo sería la marihuana en comparación. Lo único que sabía era que los negros y los músicos la consumían mucho. Así que tenía que ser fantástica.

Nadie había notado su ausencia, desde luego no Linda, que estaba en la casa cuando regresó. Dick se sentó a la mesa de pícnic con Jaime y la niña. Se había preparado para que le cayera mal Jaime, porque era incluso más guapa

que Linda y pertenecía a Charlie. Se la veía rara con el cabello medio pelirrojo y medio rubio, pero eso también resultaba atractivo, y Dick se preguntó si tendría alguna oportunidad. No es que quisiera una oportunidad. Pero tenía tanto miedo de perder a Linda por Charlie que pensó en tratar de seducir deliberadamente a Jaime. Una seducción de venganza. El problema era que le gustaba. Había sido muy divertida en la fiesta en su casa, y ahora en su propia casa era amable, dulce, muy agradable con Dick, diciéndole lo mucho que había disfrutado leyendo su relato de *Playboy*, lo cual, francamente, no muchos de sus amigos le habían dicho. Marty Greenberg casi se había burlado, porque la historia no podía competir con Dostoievski, pero esa encantadora y sutil chica de San Francisco había insistido en mencionar que a ella le gustaba y a Dick no le había parecido que hubiera ningún indicio de condescendencia. Por supuesto, tal vez ella y Charlie se habían sentado a solas y se habían reído y palmeado las rodillas con su estúpida historietilla comercial. Pero no lo creía.

A sus pies había una gran colcha, en el jardín de atrás, con una lona debajo para contener la humedad. Jaime estaba sentada en la colcha, sujetándole las manos a su hija, que trataba de caminar.

—Nunca ha dado un paso —le explicó Jaime a Dick.

Oyeron una grosera carcajada procedente de la casa, donde Charlie era el centro de atención.

—¿Ya tendría que hacerlo? Parece muy pequeña.

—En cualquier momento —dijo Jaime.

Dick se sentó en la colcha con las piernas cruzadas, cerca de Kira. Bebió de su botella de cerveza y luego la sostuvo colgando de los dedos ante la niña. Kira sonrió a la botella y empezó a caminar hacia ella. Jaime le soltó las manos y Kira dio sus primeros pasos hacia Dick y cayó sobre su trasero. Se rio mirando a Dick y a él se le partió el corazón. La levantó y la acunó en sus brazos, y cuando ella chilló de alegría se sintió como el rey de Inglaterra.

—Tienes magia —dijo Jaime. Sus ojos brillaban.

Dick entregó la niña que se retorció a su madre.

—Qué niña más bonita —dijo en voz baja.

Se había sentido tan conmovido que estaba desconcertado. Jaime le sonrió, haciendo rebotar a Kira en su regazo.

—Es increíble, ¿no?

—Sí.

—¿Cuándo vais a tener un bebé Linda y tú?

—Si así es como son, pronto.

—¿La vigilas? Quiero decirle a Charlie que su hija ha dado unos pasos y se lo ha perdido.

—No te preocupes —dijo Dick.

Jaime le entregó a Kira y la niña comenzó a gritar de inmediato, con la cara colorada por el enfado. Sonriendo, Jaime volvió a coger a la niña y entró en la casa, dejando a Dick solo.

Un día muy intenso. No mejoró en el trayecto a casa esa noche. Linda habló todo el camino de la novela de Charlie, a la que le había echado un vistazo.

—¿Te enseñó su manuscrito? —preguntó Dick, bullendo de envidia.

—Oh no, lo miré a escondidas. Lo guarda en cajas, un montón de hojas escritas a mano y mal mecanografiadas, toneladas. Sólo he leído unas pocas páginas mecanografiadas. Pero es bueno.

El diálogo de Charlie. La experiencia de Charlie. La prosa atronadora de Charlie. La caligrafía horrible de Charlie, la ortografía espantosa de Charlie, la torpeza de Charlie.

—Es crudo —dijo Linda, como si la crudeza fuera la cualidad más elevada de la literatura.

Las propias experiencias militares de Dick no eran de las que pones en una novela de guerra. Había sido reportero en el Ejército, trabajando en el *Stars and Stripes* en Nápoles. Mientras Charlie y un montón de muchachos más estaban en Corea, combatiendo, congelándose, siendo capturados y víctimas del lavado de cerebro, él pasaba el fin de semana en Capri y se sentaba a beber con sus colegas del *Stars and Stripes* y a charlar de arte. Ahí no había ninguna puta novela. La experiencia militar de Dick había sido un fracaso, en lo que a la escritura se refería. Y Charlie tenía la Estrella de Bronce. «Dame un respiro, joder». Dick se preguntó cómo había conseguido Charlie la condecoración y lo imaginó corriendo a través del humo con el rifle cruzado y la boca abierta en un grito desafiante. Todo lo que Charlie había dicho al respecto, cuando le insistieron, fue que él era el hombre más guapo de la sección y por eso lo habían condecorado a él. Dick sabía lo suficiente de los militares para sospechar que había bastante más verdad en las palabras de Charlie. Pero ¿modesto, además de valiente? Charlie se estaba convirtiendo en un auténtico incordio.

Aun así, a Dick le caía bien. No creía realmente que Charlie y Linda hicieran nada a sus espaldas. De hecho, confiaba en Charlie más de lo que confiaba en Linda. Y estaba convencido de que Charlie llegaría a ser un escritor famoso. En cambio, su propia obra no iba tan bien. Él y Charlie

incluso habían hablado de ello. Charlie había sido muy respetuoso con la venta a *Playboy*, diciendo: «Ese dinero se lo gasta uno con gusto, ¿eh?».

Pero el único otro dinero que Dick había visto de su colega Hefner fue en Navidad, cuando recibió un cheque de cien dólares, un regalo de la revista. Rechazaron sus historias, y lo mismo hicieron todos los demás. Había vendido sólo dos cuentos breves desde entonces, y nada de lo que había escrito después de *Playboy*. La recompensa fue escasa, ochenta y nueve dólares por un cuento y ciento cincuenta por otro. No había forma de hacerse rico. Todo el mundo lo sabía, tenías que publicar una novela. Entonces los editores recordarían tu nombre. El problema era que Dick tenía miedo de escribir una novela. Se le helaba la sangre al pensar en trabajar en algo durante tanto tiempo y que luego lo rechazaran. Tal vez él no tuviera material para escribir una novela. No había estado en ninguna guerra ni ataque aéreo, nunca había matado a nadie. No tenía nada que escribir. ¿Su vida? Qué risa. Claro, la mayoría de los novelistas simplemente se inventaban sus tramas. Podía hacer eso. Lo hacía con sus relatos. Era poner demasiados huevos en una canasta, y por eso, mientras soñaba despierto con su novela por venir, Dick no hacía nada al respecto y se ceñía a sus historias con un sesgo de *Playboy*. Si pudiera vender un relato más, aunque fuera a mil quinientos en lugar de a tres mil, se sentiría listo para embarcarse en una obra mayor. Lo imaginaba en la cubierta de la revista *Playboy*, debajo de su foto. «Dubonet está trabajando con tesón en su primera novela».

Entretanto, su amistad con Charlie requería atención. Dick trató de pensar en una aventura con la que poder mostrarle a Charlie las bellezas de la vida en Oregón. Y también para exhibirse él mismo, porque estaba listo para mudarse. ¿San Francisco podría ser un destino? A Linda siempre se le llenaba la boca hablando de San Francisco, North Beach y todas las ricas experiencias culturales de vivir en un ambiente verdaderamente creativo. Tal vez Charlie y Jaime no estarían mucho tiempo en Oregón. Charlie ya había hablado de regresar a San Francisco en cuanto terminara su novela.

—Oregón es un gran lugar para escribir—había dicho con una sonrisa radiante—, pero no me gustaría morirme aquí.

Nada es tan puro como pensabas que sería de niño. Por ejemplo, la escritura. O el amor. O la amistad. Todas ellas habían sido cosas puras para Dick Dubonet cuando era joven e inocente. Todavía pensaba en sí mismo como un idealista, pero recientemente sus ideales habían sido objeto de una gran cantidad de ataques, y dudaba. Sólo dudaba, nada más. Cuando él y Linda se enamoraron fueron capaces de hablar entre ellos, y Dick sentía que podía decirle cualquier cosa y que ella no se reiría ni se ofendería. Se quedaban en la cama en la oscuridad, y él le contaba sus sueños de futuro, de ganar mucho dinero como escritor, lo cual a su vez le daría libertad para desarrollarse, viajar, ver el mundo tal como es y escribir sobre lo que viera. Pero primero tendría que labrarse su reputación en las revistas, luego escribir la novela que esperaba que le proporcionara el dinero y la atención necesarios para llevar a cabo sus planes en la vida. Que ahora incluían a Linda; de hecho, carecían de sentido sin Linda.

Y, de repente, sentía que Linda se le escapaba. Quería sacar el tema, pero descubrió que no podía. Y si decía algo así como «¿Pareces muy interesada en Charlie?», ella podría responderle. Dick no sabía si podría soportar ninguna de las posibles respuestas. «Sí, lo estoy». Eso lo mataría. «No, no lo estoy». No la creería. «Ocúpate de tus asuntos». Es decir, si llegaba el final, sería culpa suya por acosarla respecto a Charlie. «Oh, cielo, te quiero demasiado para estar tonteando y me disculpo». Claro.

En realidad, ella no estaba tonteando, sólo estaba haciendo que a todos les pareciera que tonteaba. Dick había entrado en el Caffè Espresso una noche cuando pensaba que Linda estaba en casa y se la había encontrado sentada con Charlie y Stan y una chica alta y fea a la que no conocía. Se unió a ellos para tomarse un café y fingió que no le sorprendía en absoluto ver a Linda. Ella no le dio ninguna explicación. Dick había ido allí con la esperanza de encontrar a Charlie, que tenía la costumbre de pasarse de vez en cuando después de sus clases nocturnas. Esperaba convencerlo para jugar al ajedrez. Confiaba en que Charlie supiera jugar. Dick se consideraba a sí mismo medio bueno, y sentía que eso lo convertía en uno de los mejores jugadores de café

de Portland. Sería divertido darle una paliza a Charlie Monel en algo, aunque fuera al ajedrez. Pero cuando lo mencionó (había una partida de ajedrez en marcha en la mesa contigua, dos tipos del Reed College con gafas inclinados sobre el tablero), Charlie sólo se rio y agitó la mano en señal de rendición.

—Me darías una paliza —dijo, y se negó a dejarse convencer para jugar una partida.

Así que la escritura, la amistad y el amor estaban todos enredados en su corazón. No podía dejar de pensar que Linda había llegado a él debido a su potencial como escritor. No le había molestado antes; de hecho, pensaba que formaba parte de sus activos. Pero entonces Charlie se trasladó a la ciudad y todo el mundo empezó a hablar de él como lo más candente desde Kerouac. Así que Linda se sintió atraída por naturaleza. Quien a hierro mata, a hierro muere. Muy bien, salvo que Dick también le tenía cariño a Charlie y comprendía lo que Linda veía en él. Ahí estaba un escritor de verdad, un gran hombre, un hombre fuerte, un tipo con experiencia en combate, un asesino y, sin embargo, una víctima, prisionero de guerra en el infierno. ¿Cómo podía Dick luchar contra eso? Quería que Charlie fuera su mejor amigo. Quería ayudar a Charlie con su escritura, que Dick había oído que era bastante tosca, y quería que Charlie lo ayudara con la suya, que carecía de pasión o de algo, algo con lo que Charlie podría ayudarlo. Así que Dick enterró sus sentimientos, pero eso estaba bien, porque tal vez los sentimientos enterrados aflorarían en la escritura. ¡Tal vez fuera así como Charlie estaba destinado a ayudarlo!

La primavera había sido lluviosa y cálida, y ahora el verano prometía ser lo que allí llamaban un Especial de Portland: pesadas nubes bajas sobre la ciudad la mayor parte del tiempo, lluvia y temperatura en torno a los treinta grados, de modo que, cuando el sol asomaba entre las nubes, el calor y la humedad te atenazaban la garganta y te querías morir. Dick y Linda iban a menudo a visitar a los Monel, y más allá, a un lugar en el lago Oswego llamado Latourette's donde se podía nadar libremente. Iban todos a pasar largas tardes nadando, tomando cerveza y charlando, y si llovía no les importaba. Latourette's era una gran parcela vacía en la costa sur del lago, a un par de kilómetros de la casa de Charlie, en un terreno que descendía abruptamente, alejándose de la carretera, con un viejo muelle y, por lo demás, sólo vegetación salvaje y unas rocas a lo largo de la orilla. Por lo general, Stan Winger iba con ellos. Había estado pasando muchos fines de semana con los Monel, y al parecer ya era casi de la familia, o al menos actuaba como si lo fuera, bajando por el acantilado y llevando a Kira y su bolso de bebé con la

misma naturalidad que si fuera su propia hija. Dick tenía que reconocer que estaba un poco celoso de la cercanía de Stan con Kira, cuando al fin y al cabo había sido él quien la había visto dar sus primeros pasos. Sentía que eso lo convertía también en parte de la familia.

A Dick no le importaba nada que hubiera otra gente en Latourette's. Por allí se pasaban muchachos del instituto, y a él le proporcionaba un secreto placer observar la forma en que esos chicos miraban a hurtadillas a Linda y Jaime, esas hermosas mujeres en traje de baño, la clase de mujeres con las que la mayoría de los hombres nunca llegan a hablar, y ya no digamos manosear. Dick estaba con ellas, hablando y, como los chicos no tardarían en descubrir, tocándolas íntimamente. Aunque Linda odiaba que él fuera demasiado cariñoso en público. «Deja de besarme», le dijo de mal humor una tarde que estaban sentados en la cocina de Charlie, escuchando la lluvia. Gracias a Dios que Charlie no estaba presente, pero Stan, sentado allí, tuvo dificultades para mantenerse serio.

Entonces sucedió algo extraordinario. Dick se preguntó si la realidad existía verdaderamente, o si estaba viviendo en un sueño. Una noche, mientras estaban cenando en su propia casa en Cable Street, Linda, como si le pidiera que le pasara las patatas, le dijo:

—Mi hijo vendrá a pasar seis semanas conmigo. Si no lo quieres aquí, me buscaré otro sitio.

—¿Qué? —dijo—. ¿Qué?

Su hijo tenía nueve años. Lo cual significaba que lo había tenido a los quince.

—Por supuesto que puede vivir con nosotros —dijo Dick—. ¿Cómo se llama?

Linda sonrió.

—Se llama Louis. Por su padre.

¡Su padre! Que resultó ser exactamente la clase de hombre que Dick no quería que fuera: grande, musculoso y lleno de tatuajes, con una mata de pelo castaño sucio como Charlie y una intensa y profunda mirada de psicópata. Él fue quien trajo al chico un domingo por la tarde. Louis, el padre, conducía un Ford viejo muy ruidoso, retocado para ser más aerodinámico y pintado con imprimación de color rojo y gris; parecía el vehículo soñado de un chico de instituto. Subió los escalones llevando al niño al hombro, con aspecto de Paul Bunyan; de hecho, sólo le faltaba llevar un hacha sobre el otro hombro. Pero Louis no era un leñador. Dick no recibió ninguna explicación satisfactoria de lo que hacía o de lo que había ocurrido entre él y Linda. Lo único que ella

dijo después de que su exmarido se marchara era que lo había conocido navegando y que se habían divorciado en México.

El pequeño Louis era otra historia. Un niño de nueve años, de aspecto corriente a excepción de unos ojos duros. Dick vio al instante que era un chico que no confiaba en nadie. Un niño que ya cargaba con un montón de malas experiencias. Igual que Stan, se había criado en hogares de acogida. Stan tenía esa misma mirada dura en ocasiones. No iba a ser muy divertido tener a ese chico herido durante seis semanas. Pero, por otro lado, ¿qué mejor manera de atar a Linda que hacerse amigo de su hijo?

Los tres se sentaron a cenar esa noche con mucha formalidad. El chico apenas probó la comida y Linda estaba visiblemente nerviosa. Dick se compadeció de ella. Probablemente, tenía más miedo que él de tener un niño en casa.

—Escucha —dijo Dick con el mayor entusiasmo que pudo—. Tengo una gran idea. ¿Y si compramos un gato?

—Oh, eso suena genial —dijo Linda, mirando a su hijo.

La mirada de Louis no se suavizó.

A Linda su trabajo le importaba demasiado como para dejarlo por las buenas, de manera que la tarea de cuidar a Louis recayó en Dick. No fue fácil. En su primera mañana a solas, Dick le explicó que tenía que sentarse en silencio y escribir toda la mañana, y que él tendría que entretenerse por sí solo.

—¿Estarás bien? —le preguntó por fin. No sabía qué más decir.

Louis asintió sin mirarlo a los ojos, y Dick se fue al estudio y cerró la puerta. Se sentó ante su máquina de escribir, hizo crujir los nudillos, levantó el pequeño pisapapeles de cristal del manuscrito e introdujo una hoja en la máquina. Suspiró. Estaba en medio de una historia de dos hombres que luchan por una mujer, y en ese momento, mirando la página, se preguntó por qué se molestaba. Le preocupaba el chico de la habitación de al lado, que no hacía ningún ruido en absoluto. Tenía nueve años. Debería ser un Cub Scout como había sido Dick, con un montón de amigos de su edad con los que jugar. Dick había tenido todas las comodidades de un barrio de clase media, Cub Scouts, Boy Scouts, amigos del barrio, una madre que no trabajaba. En cambio, el pobre niño de la habitación de al lado no tenía nada. Se preguntó cómo sería la vida con su padre. Linda no parecía saber qué hacía el hombre ni dónde vivía ni nada de él. «¿Cómo es que él consiguió la custodia?», fue una de las primeras preguntas de Dick, pero Linda sólo dijo: «Él la quiso». Lo cual, por supuesto, significaba que ella no. ¿Qué clase de mujer era?

Pobre Linda, su incapacidad había quedado al descubierto. Una mujer perfecta excepto por este trágico defecto. No amaba a su hijo. Dick pensó que tal vez ella estaba confundiendo al niño con su padre. Suponía que era un bruto que maltrataba a las mujeres y probablemente también al niño, aunque no vio que Louis tuviera ningún moretón. O tal vez Dick simplemente estaba celoso, porque el gran Louis era muy grande, y tenía toda la energía romántica de un motero forajido, aunque Linda insistió en que no lo era. Ella lo había conocido navegando.

—No se parece a ninguno de los dueños de yate que he conocido —dijo Dick irónicamente.

Linda le lanzó una mirada.

—Formaba parte de la tripulación —dijo ella—. Nunca ha sido dueño de nada.

Ella también formaba parte de la tripulación. De hecho, Linda había pasado mucho tiempo en barcos, había vivido en Newport, en la costa de Oregón, durante un par de años.

—Mamadas a cambio de paseos en barco —le dijo ella una vez, cuando estaban borrachos y hablando del pasado.

Dick se quedó estupefacto, pero se rio para disimular.

—Me encanta navegar —dijo Linda con nostalgia—. Compremos un barco cuando seamos ricos.

¡Había tantas cosas que comprarían cuando fueran ricos! Una casa en las montañas, donde él la enseñaría a esquiar. Viajes a lugares exóticos. Fines de semana en la India. La vida en la cima. Dick miró la hoja en su máquina de escribir. Ninguna palabra se había escrito sola. Se preguntó qué estaría haciendo Louis. Tenía que confiar en él. No podía estar todo el rato controlándolo, o el niño se sentiría oprimido. Se acercó a la puerta y la abrió. Louis estaba sentado en medio de la habitación, con las piernas cruzadas y la mirada perdida.

—¿Estás bien? —preguntó Dick. Sintió dolor sólo de mirar al pobre niño.

—Estoy bien —dijo Louis. Sus ojos decían: «Vete a la mierda».

Dick miró por la ventana. Las nubes estaban bajas, aunque no llovía. El aire era húmedo e iba a ser un día agobiante.

—¿Sabes qué? —dijo Dick—. No tengo ganas de trabajar. Vamos a salir a dar una vuelta.

Una vez en el coche y en marcha, Dick pensó desesperadamente adónde ir. Se encontró de camino al sur, hacia Lake Grove. No sabía si sería bienvenido en casa de Charlie y Jaime a las nueve de la mañana de un día laborable. Los dos estarían escribiendo, si es que no estaban ocupados con otra cosa. Sin embargo, Dick no tenía ningún otro sitio al que ir, y el chico estaba volviéndolo loco con su silencio.

—¿A que es un gran coche? —comentó Dick, y Louis asintió, mirando por la ventana a los árboles—. Si hace buen tiempo podemos bajar la capota —terminó Dick sin convicción.

Aparcaron en el sendero circular. No había coches en el garaje. Quizá no había nadie en casa.

—Puede que hayamos hecho un largo viaje para nada —dijo Dick.

Jaime abrió la puerta y los miró sin comprender, pero luego sonrió.

—Adelante —dijo.

Dick se sentía aún más ansioso. Jaime se daría cuenta de que él estaba desbordado con el niño.

—Estaba dando una vuelta con mi amigo —dijo Dick alegremente. Entraron en la casa—. Éste es el hijo de Linda, Louis, que ha venido para quedarse una temporada con nosotros.

—Hola, Louis.

Sin esperar una respuesta, Jaime tomó a Louis de la mano y lo llevó a la mesa de la cocina. Al cabo de unos minutos estaban todos comiendo tostadas, y Dick y Jaime tomaban café. La niña, Kira, dormía. Jaime había estado escribiendo, pero se alegró por la interrupción, o al menos eso dijo.

—Charlie está fuera hoy, en la base aérea, dando clases para adultos —dijo.

Louis estaba mirando el pelo de Jaime, más o menos mitad rubio y mitad pelirrojo ya. Ella sonrió.

—Cometí un error de estilo grave, pero estoy dejando que crezca.

Cuando el niño no respondió, Jaime miró inquisitivamente a Dick.

—No habla mucho —explicó Dick.

Quería contarle a Jaime lo que estaba pasando, pero no delante de Louis. En ese momento entró la gata Isis y todo cambió por completo. La gata maulló y saltó sobre la mesa, y los ojos de Louis se iluminaron. La gata se acercó hasta él, olió su tostada, y le maulló, como diciendo:

—¿Tostada? ¿Sólo una tostada?

Louis sonrió por primera vez, al menos delante de Dick.

—Los gatos son diplomáticos —dijo Jaime.

—¿Puedo cogerlo en brazos? —preguntó Louis.

Jaime sonrió y asintió con la cabeza y Louis cogió la gata por debajo de las patas delanteras y la sostuvo frente a su rostro. La gata maulló, pero no se retorció ni trató de escapar. La expresión de dureza desapareció de los ojos de Louis, y Dick sintió la necesidad urgente de evitar que regresara. A pesar de que sabía que lo haría. Pronto el niño y la gata desaparecieron de la mesa y se pusieron a jugar en la alfombra del salón, perdiéndose de vista.

—¿Qué pasa? —preguntó Jaime.

Y Dick se lo contó.

—¿Sabes dónde puedo conseguir un buen gato barato? —preguntó.

El muchacho caminaba por la casa con la gata en el hombro. Fuera, arreció la lluvia. Jaime sonrió.

—Preguntaré a los vecinos —dijo.

—Un perro sería demasiado problema.

Jaime se rio e hizo algunos comentarios ofensivos y muy divertidos acerca de los perros, sobre su forma de comer, babeando encima de todo, la forma en que quieren dormir siempre en medio, la forma en que necesitan que los mimes constantemente. Dick se partió de risa y pasó un buen rato en ese día que había empezado tan mal. Estaba empezando a gustarle mucho esa mujer. Entonces, la niña se despertó y Jaime la trajo. Tenía aspecto soñoliento y malhumorado. Jaime dejó que Dick la tuviera en brazos mientras preparaba un poco de comida de bebé.

—Vas a tener que comprar un montón de juegos y rompecabezas y esas cosas —dijo Jaime—. ¿Sabes cómo es que Linda perdió la custodia?

—Creo que simplemente renunció —dijo en voz baja.

En la habitación de al lado, Louis hablaba con la gata. La niña en brazos de Dick estaba empezando a lloriquear, y a él le pareció oler algo.

—Será mejor que la cojas —dijo.

Y Jaime lo rescató.

Pronto llegó el momento de marcharse, no había manera de evitarlo, y Dick tenía que separar a Louis de la gata.

—Vas a tener uno tuyo pronto —dijo, pero los ojos de Louis se endurecieron de nuevo.

—Sí —dijo, y se metió en el coche.

Jaime cogió a Isis. Dick tenía ganas de llorar.

—Espera —dijo Jaime.

Dick se quedó aguantando la puerta del coche.

—Podéis quedaros a Isis.

—No lo dices en serio.

—Claro que sí. —Jaime le entregó la gata al niño.

La gata empezó a ronronear de inmediato, y Louis la acarició y su expresión se endulzó enseguida.

—Tú la necesitas más que yo. —Jaime tocó suavemente a Dick en el brazo.

—Dadas las condiciones, lo acepto. —Deseaba besarla.

Jaime se inclinó para hablar con Louis.

—Si te da algún problema, simplemente dale una patada en el trasero.

El chico sonrió feliz.

—Gracias —dijo.

—¿Ves que educado es el chico? —comentó Dick con orgullo.

Los tres pasaron mucho tiempo juntos: Dick, Louis y la gata Isis. Dick trabajaba dos horas cada mañana, y fue un gran alivio saber que Louis no sólo podía cuidar de sí mismo, sino que era un niño tan tranquilo que podía dejar la puerta de su estudio abierta, manteniendo un oído atento a cualquier sonido de alarma. A veces la pequeña Isis entraba y saltaba sobre su regazo, ronroneando ruidosamente, y luego se quedaba dormida con las garras enganchadas en los pantalones vaqueros de Dick. Louis, después de arreglar el sofá donde dormía y de doblar las sábanas y mantas en una caja de cartón, pasaba la mañana leyendo los cómics de la colección de Dick, o dibujando en un gran bloc de papel que le había comprado su madre.

Dibujaba bien. No hacía dibujos infantiles, sino dibujos de aves, generalmente halcones, y generalmente comiendo un ratón, o sujetando un ratón en sus garras. Dick observaba desde la puerta cómo Louis afilaba sus lápices de colores con cuidado, usando un sacapuntas pequeño de plástico rojo que él le había prestado. Afilaba los lápices despacio, observando cómo el material ceroso se rizaba y se rompía, recogéndolo de la alfombra y poniéndoselo en la boca. Luego se tumbaba boca abajo y comenzaba a dibujar, pasando mucho tiempo con las plumas, pintándolas con cuidado y deteniéndose para afilar al máximo los lápices de colores.

—¿Dónde aprendiste a hacer esto? —preguntó Dick un día, contemplando un águila pescadora con una trucha moribunda en sus garras.

—En un libro.

La *Guía de campo de las aves occidentales* de Roger Tory Peterson. Dick sacó su propio ejemplar y se lo entregó a Louis, que lo agarró y exclamó:

—¡Vaya!

Pero cuando Dick mostró con orgullo los mejores dibujos de Louis a Linda, ella dijo:

—¿Por qué no puede dibujar algo más bonito?

Linda sólo veía el aspecto depredador.

—¿Por qué no puede dibujar casas o vacas, como todo el mundo? —agregó.

Amiga de Kerouac.

Por las tardes, Dick se aseguraba de que salieran. Por lo general, pasaba las tardes reescribiendo, leyendo o durmiendo la siesta, pero el cambio fue positivo, lo sacó de sí mismo, de la casa, al mundo. Él y Louis recorrían en coche todo Portland, iban a las colinas del oeste para visitar el zoo, a Marine Drive al noreste, a lo largo del río Columbia, remontando el Columbia hasta Rooster Rock y Multnomah Falls, en una ocasión hasta la piscifactoría, donde se quedaron mirando los estanques llenos de millones de crías de salmón y las largas piscinas donde tenían los viejos esturiones, de metro ochenta y más, peces que parecían antiguos como los dinosaurios. Y a menudo iban a Lake Grove para visitar a los Monel.

Dick siempre pensó que sería un mal padre. Ahora estaba asombrado de sí mismo, y de cómo se sentía. De cómo Louis automáticamente le tendía la mano cuando estaban a punto de ir a alguna parte. De cómo notaba la mano del niño en la suya. De cómo él y Louis compartían chistes. Y, sobre todo, de cómo el hombrecito parecía darse cuenta de lo en serio que se tomaba Dick su escritura, del respeto, casi religioso, con el que Louis se mantenía en silencio cuando él escribía. Esto conmovió tanto a Dick que las lágrimas asomaban a sus ojos cuando pensaba en ello. Una noche, en la cama con Linda, después de hacer el amor en lo que pareció una manera inusualmente tierna, dijo:

—Tengamos hijos.

—No —dijo Linda adormilada. Se apartó de él, indicando con su quietud que no quería hablar, pero él continuó:

—¿No hay alguna manera de que Louis pudiera quedarse con nosotros? Bueno, si no quieres quedarte embarazada otra vez.

Ella se volvió hacia él. Dick no supo interpretar su expresión.

—Deja las cosas como están, ¿de acuerdo?

—No me gusta la idea de enviarlo otra vez con su padre —dijo Dick. Ya estaba. Lo había soltado—. De hecho, no confío en el padre en absoluto.

—Yo tampoco. Pero no podemos quedarnos a Louis.

—¿Por qué no? —insistió Dick.

Linda se incorporó y lo miró directamente a los ojos.

—No lo quiero.

Su tono no dejaba espacio para ninguna respuesta. A Dick le partió el corazón saber que la mujer que amaba era tan fría. Por otro lado, si no lo hubiera sido, probablemente nunca la habría conocido. Eso no le proporcionó ningún consuelo. Tendría que romper con ella. En cuanto fuera capaz de armarse de valor.

La mirada dura había desaparecido de los ojos de Louis. Dick temía su regreso. Imaginaba que aparecería de nuevo cuando el padre volviera a llevarse a Louis. Louis llorando y agarrándose a sus piernas, la gatita llorando, Linda con los ojos extrañamente secos. Temía el día. Sin embargo, cuando llegó el día, las expectativas de Dick no se cumplieron en absoluto. Louis ya había guardado sus cosas y estaba listo para salir a las seis en punto, aunque su padre no tenía que llegar hasta las diez. En un momento de amor, Dick le había regalado a Louis su colección de cómics de la editorial dc de los años cuarenta y cincuenta, y ver salir los cómics de casa iba a ser como arrancarse una parte del corazón. Por no hablar de Louis. Dick temía llorar o montar una escena delante del padre forajido, pero no lo hizo, y de hecho tuvo que reevaluar su opinión de Papá Louis, al que le caían lágrimas por las mejillas al entrar en la casa. Louis Hijo se agarró a las piernas de su padre, no a las de Dick, y gritó con alegría al verlo.

—Papá, ¿puedo llevarme a mi gata?

Papá Louis sonrió inquisitivamente a Dick.

—¿Una gata?

Dick quería decirle al hombre que se secara las lágrimas, pero no lo hizo.

—Hay una gata, sí.

—¡Por favor, papá! Yo la cuidaré. Se llama Isis.

En ese momento, Isis entró en la habitación y soltó un ruidoso maullido.

—Puedes llevártela por lo que a mí respecta —dijo Linda. No miró a Papá Louis.

—Bueno, claro —dijo Papá Louis.

Los tres se marcharon con la caja que contenía las escasas pertenencias de Louis.

—Estaba equivocado respecto a él —dijo Dick a Linda después de que se hubieron ido.

—No, no lo estabas.

Dick se quedó con la inquietante sensación de que los McNeill, padre e hijo, lo habían estafado. La sensación se acrecentó cuando, a eso de las dos de la mañana, Isis entró en la casa y en su dormitorio y los despertó saltando sobre las piernas de Dick, dejando escapar un solo grito y acomodándose para dormir.

—¿Qué pasa? —preguntó Linda adormilada.

—La gatita ha vuelto —dijo Dick. Acarició las orejas de Isis y ella empezó a ronronear.

La gatita regresó, al día siguiente.

La gatita regresó, no podía estar lejos...

—Esto me preocupa —le dijo Dick a nadie.

—La gata probablemente saltó del coche —dijo Linda, y se volvió a dormir.

Jaime terminó su novela en la semana más calurosa de agosto, después de tres días de cielo azul despejado y temperaturas en aumento. Desnuda a excepción de unas bragas de algodón blanco, estaba sentada ante su escritorio, con Kira durmiendo a ratos a su lado en la cuna. Escribió las palabras finales, dudó un momento, miró su reloj, luego escribió «fin». 21 de agosto de 1962, 4:23 h. Puso las páginas nuevas con las más viejas y sopesó todo el manuscrito. No podía estar terminado. Pero lo estaba. El sudor le corría por los costados. Se planteó despertar a Charlie, pero decidió no hacerlo. Jaime no tenía sueño. La humedad era lo que la había hecho trabajar por las noches, y ahora la humedad parecía haber terminado su libro por ella. Todo lo que quedaba era ponerle un título, añadir una dedicatoria y enviarlo.

Fue a la cocina. Al menos podía celebrarlo con una taza de té matutina. Isis estaba tumbada durmiendo en la mesa de la cocina; una gata tan pequeña, incluso estirada. Jaime acarició el vientre de la gata y ésta se despertó, bostezó y se estiró todavía más. Dick Dubonet se la había devuelto porque decía que la gata le recordaba a Louis. Pobre Dick Dubonet. Y pobre Charlie. Pobres todos: ella había sido la que había escrito un libro que ahora descansaba en la habitación de al lado inocentemente, como una bomba de relojería. El título, el título provisional, era *Memorias de mi padre*. Por Jaime Froward. Pero no trataba sólo de su padre, hacía mucho tiempo que no. Trataba de toda su familia y de su vida en Washington Street. Era un libro de memorias, un poema de amor, un reconocimiento. Trató de pensar en un título mejor. *Canción de mi padre*. No. Sonaba manido. *Un recuerdo de familia*. Sí, pero. La tetera silbó y Jaime vertió agua caliente en su taza. Charlie entró en la cocina, con ojos de sueño, desnudo.

—¿Tienes bastante agua? —preguntó.

—Es muy temprano —dijo ella.

—Yo tampoco puedo dormir. —Echó una bolsita de té en su gran taza verde y se acercó a la cocina.

Jaime lo observó por detrás. Charlie tenía un hermoso trasero, decidió por enésima vez. Para ser un hombre. Unas bonitas nalgas cuadradas y grandes,

no demasiado grandes, ni demasiado cuadradas, sólo un buen culo.

—He terminado mi novela —le dijo a su culo.

Charlie se volvió con soltura, sosteniendo su taza, de la que sobresalía la etiqueta de Lipton y el vapor se elevaba desde la superficie.

—Estupendo —dijo, con soltura—. ¿Cómo se titula?

Se sentó frente a ella. La gata se levantó y arqueó la espalda en un bostezo; luego bajó de la mesa y salió por la puerta de atrás, que estaba abierta, con la cola levantada.

—Todavía no lo sé.

Tenían la norma de no hablar del trabajo del otro. Esta conversación no tenía precedente. Por supuesto, ahora no había problema porque ella había terminado.

—¿De qué trata? —Se frotó la cara y le sonrió—. Me lo estoy tomando muy bien, ¿no? En serio. ¿De qué trata?

Jaime se lo contó. Sólo escenas de su vida en Washington Street. Un retrato de familia afectuoso, nada más. Nada literario, nada para la posteridad, sólo un pequeño libro sobre algunas personas corrientes cuya vida ya había terminado.

—¿Por qué no lo llamas *Washington Street*?

—Perfecto —dijo Jaime, y eso fue todo.

Fue al estudio y escribió las palabras en una hoja en blanco. Se veía muy bien.

Charlie entró y cogió el manuscrito, 309 páginas, y lo sopesó en su mano.

—Sí, es una novela —dijo, todavía con un curioso desapego—. ¿Cuándo puedo leerla?

—Déjame que la mande a mecanografiar antes.

Jaime escribía bastante bien, pero no perfectamente, y quería que el manuscrito fuera perfecto cuando lo enviara a Nueva York.

De regreso en la cocina, se sentaron a la mesa y tomaron su té mientras el sol se levantaba con la promesa de otro día de calor sofocante. ¿Qué haría ella aquel día? ¿O por la noche, cuando no pudiera dormir? Su novela había sido su ancla, y ahora había desaparecido. Todo el placer de terminar, de saber que era capaz de escribir un libro entero, quedó enterrado bajo aquella sensación de pérdida. Y había estado trabajando en la novela, vamos a ver, sólo tres meses y algunos días. Charlie llevaba años trabajando en la suya, Jaime no sabía exactamente cuántos, pero años y años. Parecía injusto. Charlie se sentó allí, fingiendo escuchar la música de la radio, asintiendo con la cabeza,

jugando con su bolsita de té, probablemente sintiendo una puñalada en el corazón.

Deberían celebrarlo haciendo el amor, Jaime lo sabía. Pero hacía mucho calor, y Charlie probablemente no estaba de humor.

—Me voy a duchar —dijo ella, y se levantó.

Charlie sólo le guiñó un ojo y dijo:

—Adelante y usa toda el agua caliente.

Un chiste malo, pero él no la siguió hasta el dormitorio o la ducha. Refrescarse con el agua fue un alivio para Jaime. ¿Qué haría con el manuscrito? ¿Enviarlo sin previo aviso? ¿Enviarlo sin más a los agentes? ¿Llamar a Walter Van Tilburg Clark y pedirle ayuda? Decidió no hacerlo. Era hora de dar el gran salto. No quería ayuda, haría todo eso por su cuenta. En ese momento, Charlie entró en el cuarto de baño y abrió la puerta de cristal. Tenía una gran sonrisa lasciva en el rostro cuando entró y se unió a ella bajo el agua helada.

Después de desayunar esa mañana, ambos trabajaron en el jardín mientras Kira jugaba en el parque, protegida del sol en el porche trasero. Tenían hileras de guisantes, zanahorias, remolacha, calabacín, una zona con melones y dos hileras de plantas de maíz de cinco metros de altura que seguían creciendo. La cosecha de la marihuana no había prosperado. Lo que no había sido aplastado se lo habían comido los animales del bosque. No los ciervos. Jaime tuvo que preguntar a uno de los vecinos por qué no había ciervos en la zona. Parecía un entorno perfecto para los ciervos. El vecino se rio.

—Aquí comemos ciervo —dijo.

Así que tal vez los conejos se estaban comiendo la marihuana. Desde luego, actuaban de manera extraña. Casi todos los días, al anochecer, si no llovía demasiado, los conejitos salían del bosque para jugar en el otro extremo del claro, detrás de su casa. Un conejo se quedaba acurrucado allí, mordisqueando un poco de trébol, y entonces, de repente y sin razón alguna, daba un salto mortal en el aire y aterrizaba de pie, todavía masticando como si nada hubiera sucedido. Kira gritaba de placer, pero eso no parecía asustar a los conejos.

Jaime tenía que admitir, incluso mientras el sudor le adhería la camiseta al cuerpo, que se estaba enamorando de Oregon. Y también su madre, que había encontrado un novio en el *Oregonian*, un periodista deportivo. Si se casaba con ese tipo, Charlie y Jaime podrían alquilar el apartamento pequeño de detrás del garaje a Stan Winger, y sacarlo de ese edificio de apartamentos. Charlie se preocupaba por Stan, que sólo parecía feliz cuando estaba allí,

formando parte de la familia. La expresión de su mirada cuando tenía que irse a su casa le rompía el corazón a Jaime. Pobre chico, escribiendo sus historias *pulp*. Tratando de progresar después de una vida nada fácil. Mejor tenerlo allí. Tal vez pudiera conseguir un trabajo. Jaime sabía que se ganaba la vida de alguna forma de la que nadie iba a hablar. Temía que algún día lo detuvieran y desapareciera en la cárcel. Horrible. Extraño y silencioso como era, a Jaime le caía muy bien Stan. Y era obvio que a ella la adoraba, aunque obviamente estaba aún más enamorado de Linda McNeill. Pero era el amor de un poeta, un amor no correspondido. No estaba segura de que Stan fuera a contentarse siempre con el amor en secreto, pero la relación de Dick y Linda parecía tensa desde que el hijo de Linda se había marchado. Dick se estaba volviendo autocrático, y le daba órdenes a Linda en un tono que a nadie le gustaba. Linda, en lugar de mostrarse desafiante o reírse al respecto, sólo obedecía, con aspecto hosco. Estaban condenados, concluyó Jaime. Puede que el pequeño Stan tuviese una oportunidad.

Se quitó los guantes de algodón y se limpió la cara. Ella y Charlie habían estado de rodillas arrancando malas hierbas. Echó un vistazo al porche para ver si Kira estaba bien y vio a Dick Dubonet en la sombra en camiseta blanca y pantalones vaqueros. La saludó con la mano y ella le devolvió el saludo, a pesar de que en realidad no quería compañía. Todavía estaba esperando que Charlie explotara.

—¿Quieres arrancar malas hierbas? —le gritó a Dick.

—No, gracias —respondió él con su voz profundamente sexy. Asomó la nariz y dijo—: He venido a por mi gata.

Jaime se acercó al porche. Charlie siguió arrancando malas hierbas.

—Me equivoqué al devolvarte a Isis. La echo de menos. Linda la echa de menos. ¿Podemos recuperarla?

Isis estaba en el bosque, en alguna parte. Dick caminó con gravedad a través de los árboles, gritando: «Isis... Isis...». Jaime lo observó desde el porche. No quería que se quedara la gata. La gata se la había dado al niño. Pero no podía negársela. Era demasiado patético. Había perdido a su niño, entregado su gata y ahora estaba a punto de perder a su mujer. Por lo que Jaime sabía, no había publicado nada en mucho tiempo, y según Marty Greenberg estaba desesperado:

—No deja de escribir esas historias de mierda tipo *Playboy*. No es extraño que nadie lo publique. Las historias llevan *Playboy* escrito en ellas. Algo que, por supuesto, *Playboy* odia. Así que el hombre está hundido.

Jaime preparó el almuerzo y puso un plato para Dick, pero él no apareció. Hasta las tres de la tarde no salió del bosque, derrotado.

—Algo le ha pasado —dijo, y se sentó a la mesa.

Charlie había ido a la tienda y se había llevado a Kira, y Jaime no tenía nada que hacer. Normalmente habría pasado ese tiempo precioso escribiendo. Dick se sentó frente a ella, con el sudor y la suciedad en la cara. Tenía mal aspecto. Un hombre sensible, a pesar de su pose de macho.

—No le ocurrirá nada —dijo Jaime. Sacó dos cervezas de la nevera—. Se pasa la mitad del tiempo en esa jungla de allá atrás. Y cada vez que dejamos a Kira suelta se va al bosque.

—¿Cómo va tu libro?

—Lo he terminado —dijo Jaime. Y ante la mirada inexpresiva de Dick, agregó—: Todavía tengo que repasarlo y enviarlo para que lo mecanografíen.

—¿Cómo es de largo?

—Ah, es corto —dijo, para apaciguarlo—. Tiene sólo unas trescientas páginas.

—Bueno, creo que eso es una gran noticia —dijo Dick, aunque su voz se quebró un poco en la palabra «gran».

Jaime rio. No se había sentido tan bien en semanas.

—Probablemente es una basura —dijo.

—Oh, no —dijo Dick—. Estoy seguro de que es un librito maravilloso.

La única forma que tenía Dick de recuperarse del golpe que le había asestado Jaime era ser generoso.

—No sé qué plan tienes —dijo con su voz más profunda—, pero si necesitas el nombre de un buen agente...

Jaime parecía sorprendida. Bien. Dick continuó alabando a Robert P. Mills como un hombre amable y generoso que, como era uno de los peces pequeños, ofrecía a sus clientes una gran cantidad de atención personal.

—Se le dan mejor la novela negra y la ciencia-ficción, pero también sabe cómo mover la novela en general.

—Me halaga que me lo ofrezcas —dijo Jaime.

Dick se echó a reír.

—Bueno, lo único que puedo hacer es recomendarte. Después dependerá de ti.

Ambos rieron.

Dick se sintió aún más generoso cuando Charlie entró con una bolsa de comida y Kira durmiendo en sus brazos, y Jaime le habló de la oferta de Dick.

—¡Es genial! —dijo Charlie.

—Si quieres una buena mecanógrafa —dijo Dick—, Linda tiene un montón de tiempo en el trabajo.

—Oh yo, yo nunca le pediría —dijo Jaime—. Estoy dispuesta a pagar.

—Ella aceptará el dinero —dijo Dick, y sonrió a los dos, que le devolvieron la sonrisa.

Linda mecanografió el manuscrito por treinta dólares: un original y dos copias. Dick no lo había leído y no había estado en la reunión entre Jaime y Linda cuando el manuscrito cambió de manos.

—¿Qué tal es? —le preguntó a Linda una noche.

—Es bueno. —Linda estaba sentada en el sofá de la sala de estar, leyendo una revista.

—¿Cómo de bueno? —bromeó Dick.

Linda lo miró por encima del hombro.

—Es muy femenino. La gente no lo va a comprar.

—Eso no puedes saberlo —dijo Dick alegremente.

Más tarde, cuando Linda trajo el trabajo completo a casa en una caja de cartón, Dick echó un vistazo, fingiendo que estaba examinando la mecanografía.

—Es hermoso —le dijo a Linda.

—Te refieres al mecanografiado.

Pero Dick ya estaba leyendo. Todo muy simple. Sentimental. Sensiblero, tendría que decir. Pasó a otra página. Lo mismo. Reminiscencia ligera y sentimental. No era competencia. Dick se sintió feliz, pero enseguida se avergonzó de sí mismo. El tiempo, el esfuerzo. Él mismo nunca lo había conseguido, y Jaime merecía toda alabanza posible sólo por el hecho de haberlo escrito. Aunque sólo fuera por las trescientas y pico páginas que se había liquidado en menos de un año. Mucho menos, si recordaba bien cuándo había empezado Jaime. Tuvo que decirse a sí mismo que había salvado todos los escollos. Bien por Jaime.

—Muy bien mecanografiado —le dijo a Linda después—, pero yo no contaría con una venta rápida. Si yo fuera Jaime.

—No lo eres.

La novela de Jaime no era su mayor problema. Podrían pasar meses antes de que la cuestión se resolviera. Por el momento, Dick tenía que preocuparse por su propio trabajo. ¿Era hora de empezar su novela? ¿Se había establecido una meta artificial esperando otra gran venta? Puede que la incertidumbre lo estuviera matando y fuera hora de olvidarse de *Playboy*. Tal vez si empezara una novela terminaría con su racha de mala suerte. Había estado pensando que tardaría un año o dos, tal vez incluso más, en escribir una novela, si es que Charlie servía como ejemplo. Y se había acobardado ante la idea. Pero Jaime lo había hecho en cuestión de meses. Él haría lo mismo. Con sus experiencias vitales, escribiría un libro mucho más interesante.

Podía oír el desprecio de Linda si llegaba a enterarse. «Culo veo, culo quiero». Ajá. Si empezaba una novela tendría que mantenerlo en secreto ante Linda y todos los demás. Eso significaría comerse el resto de su cuenta bancaria sin enviar ningún relato al mercado. Tenía diecinueve historias en circulación, diez con Mills, y nueve que él mismo estaba enviando a pequeñas revistas. ¿Qué rendimiento podía esperar de esos diecinueve relatos? Sacó las copias y las miró de una en una. Estaba lloviendo copiosamente y tenía las puertas abiertas para dejar que el aire fresco entrara. Por lo general, una tarde examinando su obra podía ser maravillosamente agradable, pero no ese día. Se dio cuenta, con el corazón encogido, de que la mayoría de su producción,

tal vez toda ella, era, bueno, no tan buena como la recordaba. Ni demasiado buena ni muy comercial. Mientras seguía lloviendo, el ánimo de Dick fue cayendo por los suelos. Cuando Linda llegó a casa, ya se sentía agotado y miserable.

—¿Dónde está la cena? —preguntó Linda.

Dick se había olvidado por completo de preparar algo. Ni siquiera había descongelado las chuletas de cordero.

—Lo siento.

No se explicó, sólo se sentó muy rígido en el sofá, con los pies en la mesita y las manos metidas en los bolsillos.

—Tengo hambre, maldita sea. —Linda entró en el dormitorio.

Dick la oyó desnudarse. Se preguntó si era lo suficientemente hombre para entrar allí, agarrarla, tirarla al suelo y hacerle el amor. Eso lo ayudaría. Pero también lo mataría. ¿Y si ella lo apartaba? «¡Oh, para ya!». Se sentiría como un idiota. Además, notaba la entrepierna fría, no caliente.

—Estaba trabajando —dijo.

Linda salió a la puerta de la habitación, desnuda de cintura para arriba.

—Salgamos.

—¿Con esta lluvia?

—Mira, vete a la mierda —dijo Linda, y volvió a entrar en el dormitorio.

Era demasiado tarde para replicar «¡Vete a la mierda tú!». De todos modos, tenía miedo. Cuando Linda volvió a salir de la habitación iba vestida para salir, con unos *shorts* tejanos, una camisa de hombre azul, el sombrero de fieltro marrón de Dick y su impermeable de color verde oscuro. Estaba espléndida.

—¿Adónde vas?

—Voy a salir a cenar.

—No podemos cenar fuera todas las noches.

—Qué pena —dijo Linda, y se fue.

Fuera caían chuzos de punta. Linda había desaparecido bajo la lluvia. Puede que no volviera a verla nunca. Pero se sentía incapaz de hacer nada al respecto en su actual estado de ánimo. Al cabo de un rato se fue a la cocina, sacó el paquete de chuletas de cordero y lo abrió. No tenía ningún sentido pasar hambre.

Linda llegó a casa a las nueve, empapada y sin dirigirle la palabra. Él justo estaba friendo las chuletas.

—¿Te queda sitio para una chuleta de cordero? —dijo en voz alta.

No hubo respuesta. Tal vez le hubiera bajado la regla.

Al principio había sido demasiado rígido y se había limitado a sentarse en su estudio inspeccionando la novela en lugar de limitarse a leerla como haría con cualquier otro maldito libro. Oía a Jaime y Kira en la cocina. Jaime sabía que él estaba leyendo, pero continuó con sus tareas domésticas fingiendo que no le importaba, y parte del problema de Charlie con la lectura era que al mismo tiempo estaba tratando de pensar en qué decirle cuando la terminara. Si es que podía. ¿Qué excusa podía poner, sin embargo, para no leerse el libro de un tirón? «Hasta ahora, muy bien»; «Vaya, es fantástico. ¿Qué hay para cenar?».

Se olvidó de sí mismo y se limitó a leer. Comenzó a reírse, luego empezó a carcajearse sin control mientras leía el libro de su esposa. Sabía que Jaime podía oírlo, así que no trató de contenerse. El contenido era muy divertido. Y emotivo, aunque tan alejado de la infancia de Charlie que parecía de otro planeta. En lugar de tener que inventar excusas, terminó de leerlo con facilidad a las cinco de la tarde. Se sentó ante su escritorio, curiosamente vacío. No tenía nada que decirle a Jaime. Había estado sentado allí partiéndose de risa durante tres o cuatro horas. A esas alturas, Jaime ya se habría dado cuenta de que el libro era divertido. Algo que el suyo no era. Y estaba terminado. Y, en opinión de Charlie, era literatura. Algo que su libro, decididamente, no era.

La única duda que se le planteaba a Charlie era cómo conseguir que Jaime supiera lo mucho que le había gustado el libro sin entrar a comentar el suyo. Se levantó, se dirigió a la puerta y puso la mano en el pomo frío. Era una porquería de hierro viejo, oxidado y ruidoso como todos los elementos de la casa. Giró el pomo, exhibió una gran sonrisa y abrió la puerta.

Jaime estaba sentada dándole de comer a Kira. La cocina olía a salsa para espaguetis, que se cocinaba a fuego lento. Charlie miró a su alrededor, consciente de que la mirada de Jaime estaba clavada en él. Le gustaba esa cocina. Había sido feliz allí, todos lo habían sido. Ésa había sido una parte maravillosa de sus vidas.

—Tu libro es todo lo que esperabas —dijo.

—¿Qué quieres decir?

Charlie percibió la ansiedad en la voz de su mujer, y eso lo hizo sentirse bien. ¿Por qué? Era algo que tendría que superar.

—Siempre he dicho que eres mucho mejor escritor de lo que yo seré nunca —se oyó decir Charlie.

Maldición, justo lo que no quería decir, pero ahí estaba Jaime acudiendo a sus brazos.

—¿Es bueno? —preguntó en un ruego.

—Es más que bueno —improvisó Charlie. ¿Así iba a ser su vida?—. Necesito una cerveza y algo de cenar —agregó sin convicción.

¿Qué se suponía que tenía que hacer, ponerse a bailar en la cocina?

Pero la cena puso las cosas en perspectiva. Puesto que era un buen libro, por lo menos tenía la oportunidad de ser publicado, incluso podría dar dinero. Si conseguía superar la barrera del agente, la barrera del editor, la barrera de la editorial, la barrera de la crítica y, por fin, la barrera de los lectores, claro. ¿No se trataba de eso? ¿De ganarse la vida como escritores? Y ahora su esposa había demostrado, al menos ante él, que iba a hacer exactamente eso. Sus sentimientos acerca de su propio libro no importaban. Trabajo en curso. Charlie apuntaba muy alto. Quería conseguirlo todo. Etcétera. No podía evitar tener la absurda sensación de que si a Jaime la hubieran enviado a Corea, la hubieran capturado y la hubieran dejado pudrirse en un campo de prisioneros y luego hubiera permanecido en un pabellón de tuberculosos del ejército durante más de un año, habría vuelto con una gran novela.

—Bueno, ¿vas a enviárselo a Mills? —le preguntó a la mañana siguiente.

—¿Por qué no vamos a Nueva York? Podríamos ir en avión, coger una habitación en el Algonquin y dar unas vueltas para presentarnos a los agentes.

—Tengo que dar clase —se oyó decir Charlie—. Pero tú puedes ir.

Se lo pasaría bien en Nueva York. Se acordó de Frankie Pippello de Kim Song. Se preguntó qué estaría haciendo Frankie. Podría buscarlo.

—No podré divertirme sin ti —dijo Jaime, simulando hacer pucheros.

—Es muy poco práctico.

—Es caro y estúpido. Me muero de ganas de hacerlo.

Charlie tuvo que recordar que Jaime era una preciosidad de veintiún años, lo cual no haría ningún daño. No es que ella lo necesitara, aunque tal vez sí, tal vez todos lo necesitaban. El simple hecho de preguntarle a los conocidos ya era difícil. Preguntarle a Dick Dubonet, que libraba su solitaria guerra contra *Playboy*. Charlie se dio cuenta de que había cosas positivas en el hecho de no ser publicado.

—Hagámoslo —dijo—. Que les den.

Jaime se echó a reír.

—Vamos a pensarlo.

Justo antes de que Charlie se fuera a trabajar, sonó el teléfono.

—Es para ti —le dijo Jaime.

Le pasó el aparato y salió al porche trasero, donde Kira jugaba en su parque.

—¿Hola?

—Charlie —dijo Linda—. Siento interrumpir tu escritura...

—Iba a salir para la base aérea —dijo—. Hoy doy clases de mecanografía.

—Oh, esperaba que fueras al centro...

—¿Qué pasa?

—Tenía ganas de hablar contigo, nada más. Nada importante.

—Puedo llegar tarde —dijo Charlie—. Llamaré a la base.

Se vistió para el trabajo. En la base aérea eran informales, así que se puso ropa cómoda, vaqueros, botas, una camisa de vestir vieja. Hacía buen día por una vez, el tiempo era soleado y fresco. Salió al porche trasero para darle un beso a Jaime y a la niña, pero no estaban allí. Vio a Jaime, con Kira en brazos, entre los árboles.

—¡Adiós! —gritó, y Jaime lo saludó con la mano.

Entró de nuevo en la casa y en su estudio. Ese día no necesitaba maletín. Miró a su alrededor: su manuscrito estaba perfectamente ordenado en cajas de cartón. Lo cogió. Pesaba. Se lo llevó hasta el camino de grava. Puso las dos cajas junto a los cubos de basura que había junto al buzón, volvió, se metió en su coche, lo arrancó, y se marchó.

Se encontró con Linda en la esquina de la 5 Suroeste y Alder. Ella iba vestida para ir a trabajar, traje negro y una blusa roja desabrochada en el escote. Le sonrió.

—¿Café?

—Claro.

Linda lo condujo a una pequeña cafetería y se sentaron en la barra. Eran las únicas personas del local aparte del viejo del delantal sucio del otro lado de la barra. Pidieron café y se sentaron a esperar en silencio hasta que el viejo se lo trajo y volvió a su esquina. Entonces, sin levantar la vista, Linda dijo:

—Voy a dejar a Dick.

—¿Qué?

—Me iré a navegar. —Se volvió hacia él—. Estoy cansada de Portland.

—¿Cuándo te vas?

—Dentro de unos días. El barco está en Astoria.

—¿Adónde vas?

Linda sonrió.

—A la Polinesia. Por todo el mundo. No sé. Primero a Hawái.

—Estupendo —dijo Charlie.

—Sólo quería que lo supieras. No sé, siempre he pensado que había algo entre nosotros.

—Sí —reconoció Charlie—. ¿Dick sabe que te vas?

—Debería saberlo, pero no lo sabe. Es sólo que estoy hasta aquí. —Se llevó una mano al cuello—. De hecho, podría irme hoy. —Tomó un sorbo de café—. Tú eres lo único que lamento.

—¿Dónde está Astoria? —preguntó Charlie.

Ella se lo explicó.

—Vamos —dijo él.

Linda lo miró.

—Anularé la clase —dijo Charlie.

Se metieron en su Volkswagen verde.

—¿Estás seguro? —le preguntó ella.

Charlie la miró, inexpresivo. No sintió nada. No había sentido nada en todo el día. Lo que lo había llenado todos esos años se había disuelto, al menos por el momento, y se sintió agradablemente vacío.

—Siempre he querido follarte —le dijo a Linda. Arrancó el coche.

—Ésta es tu oportunidad.

Se dirigieron al oeste para salir de Portland.

Cuando Jaime sacó la basura encontró el libro de Charlie y lo supo de inmediato. Cogió las dos cajas de cartón y volvió a meterlas en la casa, tratando de no pensar. Kira estaba dormida en su parque infantil, tumbada boca abajo con su osito de peluche en los brazos. Había perdido su viejo osito de peluche y Stan Winger le había regalado uno nuevo, un oso color canela con un chaleco blanco. «Todos los niños deberían tener un osito de primera», había dicho Stan cuando se lo entregó a Kira. Jaime pensó en llamar a Stan. Pero él no tenía teléfono. Podía llamar a la base aérea, pero sabía que Charlie no había ido allí. Un hombre no abandona diez años de trabajo y, probablemente, a su esposa y su hija y luego se va a enseñar a escribir a máquina. Jaime sabía lo que esa llamada telefónica había significado. Charlie y Linda estaban juntos. Se sentó a la mesa de la cocina con el estómago duro como una roca. Sabía que Charlie estaba con Linda, porque eso es lo que habría hecho ella en las mismas circunstancias, irse con algún hombre. No quería pensar que Charlie podría haberse marchado para siempre. Imaginó una fuga romántica salvaje y alocada seguida por un regreso con el rabo entre las piernas. La cuestión era ¿cómo iba a hacérselo pagar? Si es que iba a hacerlo.

Charlie ni siquiera había desaparecido todavía. Había ido a dar clases de mecanografía. Eso lo dejaba libre a las cuatro de la tarde. Su siguiente clase era composición a las seis cuarenta y cinco, y por lo general iba al centro, a la biblioteca de Portland o a su despacho en Multnomah para corregir trabajos. A veces iba al cine, o a pasar el rato en un salón de billar. A veces iba a Jerry's o al Caffè Espresso. No tenía por qué volver a casa hasta después de la clase nocturna, y aun así, en ocasiones, iba a tomar una cerveza. Charlie no estaría oficialmente desaparecido hasta bien pasada la una de la madrugada. Jaime no se preocuparía hasta entonces.

Poco después de la cena, mientras Kira hacía ruido en la otra habitación y su madre estaba sentada a la mesa de la cocina mirándola, Dick Dubonet llamó y le dijo que Linda no había ido a trabajar y que había desaparecido.

—Tenía la esperanza de que estuviera ahí —dijo Dick—. ¿Puedo hablar con Charlie?

—Está en el trabajo.

Justo en ese momento, Kira soltó un grito. Después de algunas palabras sin sentido, Jaime colgó. Su madre la miró.

—¿Dónde está Charlie? —preguntó Edna.

—No lo sé.

—Oh Dios.

Jaime cogió a Kira en brazos, acariciándole la espalda como si fuera un bebé.

—Dime, mamá —dijo Jaime, con voz firme—. ¿Cómo te enfrentaste a eso?

—¿A qué, cariño?

—¿Se supone que he de dejar que vuelva? Obviamente está follando con Linda.

Edna no se mostró sorprendida.

—¿Estás segura, cielo?

Edna estaba bien, Edna iba a casarse de nuevo con un hombre que había dedicado toda su vida a las estadísticas deportivas. Edna no había leído el manuscrito, no sabía de qué trataba. Jaime se preguntó si alguna vez tendría el coraje de decírselo. «Se trata de cómo te tragaste el adulterio de mi padre, de nuestra vida de farsa y engaño en Washington Street y de lo maravilloso que era todo». Sí. En el libro ella había perdonado a su padre. ¿Fue eso lo que hizo salir a Charlie corriendo detrás de Linda?

Pero tumbada en la cama esa noche, con un nudo en el estómago, Jaime consideró el efecto devastador que su novela debía de haber tenido en él. Un hombre tan bueno probablemente no podría enfrentarse a semejante acumulación de celos, envidia y rabia por haber hecho lo que él no podía hacer. No era capaz de afrontar esa masa informe y desagradable que surgía de su interior. Y, reconociendo su maldad inherente, huye con una mujer. No con cualquier mujer, sino con la misma con la que Jaime podría haberse fugado si hubiera sido lesbiana. Una belleza clásica. Todo lo contrario de la jeta moderna de Jaime. Lo mismo ocurría con sus cuerpos. El de Jaime era delgado, pequeño, perfectamente proporcionado, a menos que Charlie fuera un mentiroso además de un adúltero, mientras que el de Linda era espectacular, con pechos un poco demasiado grandes, cintura un poco demasiado estrecha, un trasero más pequeño de lo que cabría esperar y aún así

voluptuoso. No era de extrañar que Charlie tratara de sepultar su sufrimiento en aquella voluptuosidad, si existía tal palabra.

Jaime se despertó a las tres, creyendo que había oído algo. Al entrar en la cocina sólo vio a Isis.

—¿Dónde está Charlie? —le preguntó a la gata.

Fue a buscar un vaso de agua y luego a ver a Kira. Al mirar a su hija supo que lo perdonaría. Era eso o tirarlo todo por la borda. Jaime no haría eso.

Charlie rara vez hablaba de su época en el campo de prisioneros, pero una vez Marty Greenberg le había preguntado cuántos de los prisioneros de guerra habían cooperado con los chinos.

—Hemos oído hablar mucho del lavado de cerebro —dijo Marty. Sonrió—. ¿De verdad funciona?

Charlie se rio. Estaban sentados en un reservado en Jerry's, comiendo hamburguesas.

—¿Lavado de cerebro? Qué coño, respondíamos todo lo que nos preguntaban. No hubo ninguna puta resistencia. Dos chicos escaparon y volvieron a nuestras líneas y sólo consiguieron que les hicieran un consejo de guerra por las molestias. Todavía están cumpliendo veinte años en Leavenworth. —Charlie había estado bebiendo. Señaló con el dedo a Marty—. El lavado de cerebro es algo que el Gobierno se inventó para tapan la realidad de que todo el mundo cooperó. Los buenos muchachos estadounidenses nunca le dirían una mierda a los chinos, ¿verdad? Así que mejor que exista un extraño método oriental que nos haga hablar. Lavado de cerebro, las pelotas.

Tumbada en la cama, esperando el ruido que significaría que él había llegado a casa, Jaime se preguntó si a Charlie le habían lavado el cerebro. Tal vez por eso no podía terminar su libro. Tan simple como eso. O el libro de Charlie podría ser tan grande, tan importante, que simplemente tardaría años y años en escribirlo, y ella tendría que ayudarlo a mantenerse en el buen camino. Desde luego, perdonar un pequeño adulterio formaba parte del trato. Incluso la forma en que la hacía sentirse. Traicionada. Abandonada. Por debajo del dolor, la rabia, el odio, la venganza. Cuando volviera se lo haría pagar. No, eso era terrible. O lo dejaba o le permitía volver. Y si le dejaba volver, perdónalo.

La despertó el llanto de Kira. Jaime miró el reloj. Eran más de las seis de la mañana y Charlie no estaba a su lado. Se levantó y atendió a su hija y luego se preparó una taza de té. Su madre entró vestida para irse a trabajar y se sentó. Los ojos de Edna eran compasivos.

—¿Quieres un poco de té? —le preguntó a su madre. ¿Por qué se sentía tan humillada?

—Me compraré algo en el *drugstore* —dijo Edna—. ¿Has decidido qué vas a hacer?

—No —reconoció Jaime.

Sonó el teléfono. Dick Dubonet. Estaba histérico, y Jaime tuvo que imponerse y tranquilizarlo diciéndole que no sacara conclusiones. Charlie y Linda probablemente estaban en algún sitio tomando café y hablando.

—Son amigos, ya lo sabes —le espetó a Dick, y colgó el teléfono.

—¿Lo ves posible? —preguntó su madre.

—No.

Jaime comenzó a llorar por primera vez. Se sentó a la mesa y lloró mientras su madre permanecía detrás de ella sosteniéndole los hombros y murmurándole al oído. Jaime se sentía como si tuviera catorce años. Catorce años y despechada.

—Puedo quedarme si quieres —dijo Edna.

—No.

Luego, la casa se quedó en silencio; su madre había ido a trabajar, Kira dormía y la gata estaba entre los árboles.

Después de tres días sin que Charlie volviera a casa cabizbajo y avergonzado, Jaime perdió los estribos. La había dejado sin coche. No es que fuera a irse a ninguna parte, pero la desconsideración la enfureció. ¿Y si Kira se ponía enferma en plena noche y su madre no estaba allí? Edna se ofreció a dejar su coche en casa para que Jaime pudiera usarlo e ir al trabajo en autobús, pero Jaime no lo aceptó. Antes se marcharía de Oregón. Llamó a Southern Pacific y averiguó a qué hora salía el tren *Shasta Daylight* a California. Llamó a la casera, la señora Baker, para preguntar si podían rescindir el contrato de alquiler y descubrió que Charlie no había firmado ningún contrato. Jaime dio treinta días de preaviso y le preguntó a la señora Baker si conocía a alguien que quisiera una pequeña gata siamesa de morro castaño y la punta de la cola doblada. La señora Baker no conocía a nadie, por lo que Jaime llamó a Dick Dubonet, aunque odiaba la idea de hablar con él. ¿Y si se echaba a llorar?

Dick estaba bien.

—Iré ahora mismo —dijo de buen humor.

Jaime oyó el pequeño MG de Dick en el sendero al cabo de menos de una hora. Se sentaron en sillas de la cocina a la sombra del porche mientras Kira correteaba como una experta. El huerto había desaparecido, a excepción de algunos tallos de maíz secos, y la mayor parte de la vegetación bajo los árboles había muerto hacía tiempo. Dick habló con indulgencia de Linda, y era evidente que esperaba que regresara cualquier día. Habían huido para tener una aventura, nada más. En otra época eso habría significado el final de todo, pero ya no.

—¿Adónde quieres llegar? —Jaime estaba sentada, inclinada hacia atrás en su silla, con una botella fría de Miller entre las piernas.

—Sólo me refiero a que tal vez no deberías ser tan drástica —dijo—. ¿Por qué mudarte? ¿De verdad vas a dejar a Charlie por esto?

—Lo dices como si fuera una menudencia. No es cualquier cosa.

Dick sonrió con aprecio. Tenía unos dientes bonitos. De hecho, era un hombre muy atractivo. Era un hermoso día de otoño otra vez. Oregón en su máximo esplendor, y Dick en el patio trasero en camiseta y pantalones

vaqueros. Les estaría bien empleado, ¿no? Volver y encontrarse a Dick y a Jaime felizmente enrollados. Pero Dick no dio el paso. De hecho, él era todo lo que se podía pedir de un amigo.

—Nunca lo has engañado, ¿verdad? —dijo.

—Nunca me he acostado con nadie más que con Charlie —se oyó admitir Jaime.

Dick alzó las cejas, pero se controló tomando un gran trago de cerveza.

—Eso hace que sea diferente.

—Sí —dijo ella—. ¿Por qué eso lo hace diferente?

—Bueno... —comenzó Dick, pero se detuvo.

—Quiero mudarme porque es hora de mudarse. En realidad no tiene nada que ver con Charlie.

—Has terminado tu libro, ahora es el momento de irte. Me encantaría leerlo en algún momento. Pero no me lo enseñes. Envíame un ejemplar, un ejemplar gratuito. Autografiado.

—¿Está todo el mundo enfadado conmigo porque he terminado mi libro? —le preguntó.

Dick se echó a reír en lugar de contestar, y ella dijo:

—De todos modos, puedes quedarte a Isis. No puedo llevarla en el tren, y no voy a ponerla en una caja en un vagón de equipaje.

Isis corrió desde los árboles y Kira corrió hacia ella.

—¡Ki! ¡Ki! —gritó.

Kira cogió la gata y caminó por el patio con el animal en los brazos. La gata estaba relajada, obviamente disfrutando.

—Kira va a echarla de menos —dijo Dick—. Cuando os hayáis instalado podríais venir a visitarnos.

—Eso estaría bien.

De repente, Jaime supo que realmente iba a marcharse de Oregón.

Con Charlie o sin Charlie.

Él llegó a casa al día siguiente. Jaime estaba sentada en el inodoro cuando oyó el ruido familiar del Volkswagen. Fue alrededor de las tres de la tarde y Kira estaba durmiendo en su parque en el porche. Otro día perfecto. Hermoso Oregón, pensó con impotencia mientras Charlie entraba en la casa y gritaba su nombre. ¿Estaba Linda con él? Por supuesto que no.

Jaime salió del cuarto de baño paralizada y asustada. Charlie estaba en medio de la cocina, mirándola fijamente. Jaime reparó en que tenía el pelo bastante largo y en que tenía una ligera quemadura solar. ¿Follando al sol?

—Llamaron de la escuela —le dijo Jaime fríamente.

—Lo siento. —Por una vez, Charlie no estaba sonriendo—. Me volví loco.

—Muy bien —dijo ella—. ¿Por qué has vuelto?

Charlie sacó una cerveza de la nevera.

—¿Quieres una?

Jaime asintió con la cabeza y se sentaron a la mesa a beber cerveza como un par de amigos de la universidad.

—¿Quieres saber lo que pasó? —preguntó Charlie.

—Claro.

Él no estaba actuando con culpabilidad. Aun así, ella no podía permitirse sentir nada.

—Linda se ha ido —dijo—. No va a volver. Va a navegar con unos amigos por la costa de México, luego se irá a Hawái.

—¿Por qué no te fuiste con ellos?

—Estuve a punto —dijo Charlie—. Te lo he dicho, me volví loco. Linda me dijo que iba a dejar a Dick y me ofrecí a llevarla a Astoria. Eso está en la costa, es una ciudad pequeña y hermosa. Pero nos quedamos en Seaside. Es un pueblo turístico, abandonado ahora que los niños están en la escuela. Un lugar increíble. La mayoría de las tiendas están cerradas, hay una gran playa amplia y desierta. Los dos queríamos escapar, ¿lo ves? Así que la llevé a la costa. Pero yo no estaba listo para volver a casa. Hablamos día y noche, me refiero a que hablamos de verdad. Linda es fenomenal.

—¿Folla bien?

Charlie la miró a los ojos y dijo:

—No follamos. Dormimos en la misma habitación, pero en camas separadas.

—¿Me estás pidiendo que me crea eso?

—Te estoy diciendo lo que pasó. Te amo. No estoy tan loco. No nos acostamos juntos. Hablamos de ello, pero no lo hicimos. Creo que los dos estábamos como paralizados. Caminamos por el paseo marítimo, jugamos un poco al *pinball* y nos sentamos y nos emborrachamos en ese pequeño club donde sólo ponen jazz, y nos quedamos sentados toda la noche, hablando. Hablé de ti, ella habló de su vida, de Dick, de su hijo, de todo lo habido y por haber. ¿Quieres saber una cosa? Es una buena persona. Le deseo todo lo mejor.

Dijo esto último con tanta franqueza, con tanta convicción, que Jaime comenzó a creerlo. El nudo que tenía en el estómago empezó a deshacerse. Bebieron más cerveza y fumaron más cigarrillos. Charlie siguió hablando,

ahora sobre cómo la novela de su mujer lo había trastornado temporalmente porque obviamente era excelente.

—En Kim Song tenías que ser un psicópata para sobrevivir —dijo.

Estaba oscureciendo, y Jaime le dio de comer a Kira. Ella se había alegrado mucho de ver a su padre, y ahora estaba sentada en su regazo mientras Jaime le daba la comida con una cuchara.

—Después de leer tu libro creo que volví a caer en eso, eh, en el viejo hábito de «cuida de ti mismo». No es una gran excusa para huir de ti, pero así fue.

Jaime le dio a Kira su plátano. No se habían acostado juntos. Ella lo creyó. Tenía que hacerlo. Se concentró sólo en lo que sucedería a continuación. Irían a la cama, después de ocuparse de Kira, y, si hacían el amor, terminaría el episodio. Todo terminado, todo olvidado. Tendría que llamar a Carol Baker y decirle que después de todo iban a quedarse. Tendría que recuperar la gata. Pero no. Linda no iba a volver. Dick necesitaría la gata. Charlie la miró fijamente.

—¿Qué?

—Tienes una expresión extraña —dijo—. Lo único que puedo hacer es pedir disculpas. ¿Vivo aquí o no?

Charlie deseaba ser franco, pero no pudo. Lo único cierto era que quería mantener su matrimonio a pesar de que no se lo merecía. Se había tomado el matrimonio bastante a la ligera hasta entonces. Había sido fácil casarse y seguir las reglas del juego, porque no tenía ninguna razón para no hacerlo. Estaba enamorado de Jaime y no deseaba ni necesitaba a otras mujeres. Todo en un plano moral muy elevado del amor. Incluso se había preguntado por qué otros hombres eran infieles. Nunca se había sentido tentado. Ni siquiera se había sentido tentado por Linda.

Cuando leyó el manuscrito de Jaime supo por fin por qué no podía terminar su propio libro. No era un escritor. Jaime sí. No se trataba de las palabras, sino de la organización. Ella sabía de manera instintiva cómo poner las cosas para que fluyeran de una escena a la siguiente. El trabajo de Charlie era desordenado, grandes secciones de diálogo seguidas de largas secciones de descripción o acción, pero nada fluía. Era enloquecedor. Diez malditos años para enterarse. Como todo lo demás que había probado. Mecánica de automóvil. Había sido muy torpe al principio, pero luego lo consiguió. Igual con el fútbol americano, igual con la enseñanza, igual con el tiro, la caza, la pesca. Incluso con cuestiones académicas. Charlie podía organizarse, investigar, hacer un esquema y escribir un trabajo final como los mejores. Pero al estar solo, al tratar de escribir sobre sus experiencias con sinceridad, no podía. Una barrera intrínseca. Una barrera que había deseado y esperado que acabara por caer si lo hacía todo bien, siguiendo las reglas. Pero no. Mientras leía la obra de Jaime vio con mucha claridad que ella tenía un don natural del cual él carecía. Llámalo talento.

Charlie no tenía talento. Poseía las herramientas. Conocía las reglas. Pero no podía jugar. Sentado en su estudio, sudando sobre el libro de Jaime, recordó a los chicos más pequeños a los que nunca elegían hasta el final al formar equipos de fútbol americano. A Charlie siempre lo elegían el primero. O elegía él. Había sido muy insensible con eso, escogiendo sólo a los chicos con talento. Dejando que los pequeños, los chicos sin talento, esperaran muertos de asco. De repente, Charlie se vio formando parte de ese grupo. Un

capullo sin talento al que nadie escoge. Vergonzosamente ansioso, humillantemente fanático y, sin embargo, inevitable y eternamente carente de talento. Le habían dado un premio Eugene F. Saxon, no porque tuviera talento, que no lo tenía, sino por alguna otra razón en la que ni siquiera quería pensar.

Pero tuvo que pensar en ello con la novela de Jaime delante. La misma maldita razón por la que lo habían condecorado con la Estrella de Bronce. No es que no la mereciera, cualquier idiota que hubiera desembarcado en Corea merecía al menos una Estrella de Bronce y, si hubiera dependido de Charlie, la Medalla de Honor del Congreso. Pero a Charlie le habían concedido la medalla porque no querían que el pueblo de Estados Unidos pensara que todos sus prisioneros de guerra habían sido unos cobardes. Por supuesto que no lo habían sido, sólo se veía de esa manera. Y para los militares, las apariencias lo eran todo. Así que los chicos más apuestos salidos de la operación de intercambio de prisioneros recibieron medallas. Había habido tipos valientes, por supuesto. Pero los chinos los mataron de inmediato. Charlie oyó que obligaron a los chicos condenados a cavar sus propias tumbas. Él no lo creía, porque el suelo era demasiado duro para que nadie pudiera cavar en él, y mucho menos hombres condenados por su rebeldía.

Charlie no fue rebelde. Lo único que hizo fue tumbarse allí y toser escupiendo sangre. Cuando el chico que tenía al lado se cagó junto a su cara pasaron tres días antes de que uno de los buenos samaritanos lo limpiara. Había mucho espíritu escolar en Kim Song. Todo el mundo pensaba que Charlie moriría cualquier día, y por eso lo dejaban solo. Él vio las cosas desde donde estaba. Vio a un hombre siendo violado mientras otros cuatro tipos jugaban a cartas a unos metros de distancia. Vio a chicos comiendo mierda. Locos, por supuesto. Charlie nunca comió mierda. Pero se tragó su propia sangre pulmonar, para mantenerse vivo. Por el valor nutricional, ¿te das cuenta? El Vampiro de Kim Song.

Se había adormecido para salvar el cuello. Funcionó. Salió en la operación de intercambio de prisioneros Little Switch porque tenía tuberculosis. Nadie se despidió de él salvo Pippello, el hijo de puta alto y flaco con ojos demacrados y hambrientos, que le sonrió y lo saludó. Pippello le había dado un poco de marihuana gratis una vez. Por lo general la vendían, pero Pippello se compadeció de él por algún motivo, se acercó a Charlie, se puso en cuclillas y le ofreció la hierba.

—A la mierda —fue lo único que dijo cuando Charlie le dio las gracias.
La marihuana había sido buena. Dos horas buenas en catorce meses.

Fue mientras estaba tumbado allí en Kim Song, y después en el pabellón de tuberculosos del Hospital del Ejército en Tokio, cuando Charlie había decidido convertirse en escritor. Parecía que tenía mucho que decir. Ahora sabía que no diría nada. Ya se había contado casi todo. El resto no necesitaba ser contado... Si renunciaba, el mundo no perdería nada. Jaime no perdería nada. Él había sido valioso como novelista potencial, pero ahora no tenía ningún valor, ni siquiera el valor del premio Saxon. Tendría que ahorrar y devolverlo, porque, por supuesto, no era un premio en absoluto, sino un anticipo de derechos disfrazado de premio. Un anticipo retornable, como descubrió al leer la letra pequeña. No había significado nada en ese momento, porque iba a terminar su novela y MacMillan recuperaría el dinero multiplicado por mil. Por eso se fugó con Linda, y por eso no podía contar lo del sexo. Así que no lo mencionó. De todos modos, confesarlo sólo habría hecho daño a Jaime y él quería a su familia. Era lo único que le quedaba.

Ser rechazado ya no molestaba a Stan Winger. Tenía cuatro relatos con Mills en circulación por las revistas y, aunque ninguno de ellos había sido aceptado, seguía recibiendo toda clase de mensajes de ánimo. Eso hacía que se sintiera bien, pero no cambiaba nada. Todavía tenía que robar para vivir. Ya no se llevaba ropa, porque el tipo para el que trabajaba se había marchado de la ciudad. Así que había vuelto a entrar en las casas, aunque la emoción había desaparecido. Cada vez que entraba en una casa, el miedo empezaba a aumentar en cuanto daba la vuelta a la esquina, y a veces no cesaba hasta al cabo de un par de días. Ya no había placer sexual. Sabía que eso era lo que había sido. Colarse por una ventana le provocaba una erección. Pero todo había terminado. Ya sólo había miedo. El único factor de redención que veía era que no sentía el impulso de hacer cosas terribles, como cagarse en la mesa del comedor o mearse en la cama. Había pasado de gamberro sexual aficionado a ladrón profesional. De hecho, era ladrón de joyas, aunque cogía dinero en efectivo si lo encontraba. A sus peristas les gustaban el oro y las piedras, e incluso llevaron a Stan a un par de joyerías para explicarle las diferencias entre la bisutería y la joyería de verdad. Stan aprendió a calcular la cantidad de quilates del oro sopesándolo. Aprendió a distinguir las piedras reales de las falsificaciones examinando los bordes de las facetas en busca de signos de desgaste.

Pero estaba pagando un precio muy alto. Sólo ganaba un promedio de unos pocos cientos al mes, la mayoría de los cuales se gastaba en Vancouver. Un montón de casas no valían la pena y a veces arriesgaba su libertad por ocho dólares de mierda. Después de cada trabajo llegaba a casa con un sudor frío que le adhería la ropa al cuerpo y tenía que acostarse durante una hora antes de poder ducharse siquiera. Su escritura se estaba resintiendo. No podía dedicarle suficiente tiempo. Fuera cual fuese el progreso que había estado haciendo, había desaparecido. Tardaba una hora en escribir una página y la sacaba de la máquina para lanzarla contra la puerta en señal de frustración. Si no vendía algo pronto, lo dejaría o terminaría en la cárcel.

Los Monel lo habían incluido generosamente en sus vidas, tratándolo como a un miembro de la familia. Eso era algo que nadie había hecho nunca, ni siquiera las personas a las que pagaban por ello. Lo único que Stan lamentaba era la necesidad de mantener sus dos vidas separadas. Charlie y Jaime sabían que era ladrón, pero Stan no quería que ellos descubrieran que además era un miserable que malgastaba la mayor parte de su tiempo y dinero en póquer, *pinball* o mujeres. Profesionales, por supuesto. Era mucho más fácil tratar con ellas. Siempre te ofrecían una sonrisa, siempre se alegraban de verte y nunca había consecuencias desagradables. A menos que pillaras gonorrea o algo así, y gracias a Dios a Stan nunca le había pasado.

Pero Charlie resultó no ser el gran tipo estable que Stan había imaginado. La noche que Charlie no se presentó a la clase de composición, Stan fue a Jolly Joan's a tomar café y se encontró a Marty Greenberg, más demacrado y con más aspecto de judío de lo habitual.

—¿Qué te pasa? —le preguntó subiéndose al taburete de al lado.

Marty lo miró con rostro inexpresivo. Estaba perdiendo el pelo rápidamente, a pesar de que todavía no había cumplido los treinta. Se pasó una mano por el cuero cabelludo y sonrió; una sonrisa amarga.

—Me ha dejado —dijo—. Alexandra. Se mudó a San Francisco ayer.

Stan pensó un momento.

—Ayúdame a hacer memoria. ¿Cuál era Alexandra?

—Trabajaba aquí de día. ¿Recuerdas? Vivía con ella.

Stan lo recordó. La más hermosa de las mujeres de Marty. La que le dejaba que viviera con ella sin aportar nada más que su cara bonita.

—Conque te ha dejado —Stan habló con poca compasión.

Marty se rio.

—Tu reacción es similar a la de todos —dijo—. Todo el mundo se alegra de que me haya dejado y de que ahora tenga que encontrar trabajo. Bueno, a la mierda todos, ya he encontrado un trabajo.

Marty se había enrolado en un barco, un gigantesco dragador del Gobierno de Estados Unidos, y se marcharía al cabo de unos días para ir a los bancos de arena de Astoria a extraer arena y moverla a otra parte. Su amigo Lev Lieberman había conseguido el trabajo un año antes, cuando lo suspendieron en Reed, y ahora le había pasado el trabajo a Marty. Lev se iba a Israel para trabajar en un kibutz. Lev era filósofo, como Marty.

—Cualquier trabajo que te conecta con la humanidad es un buen trabajo —le insistió Marty a Stan—. No veo esto como un trabajo de mierda. Es una oportunidad para trabajar entre hombres que trabajan.

—Sí —dijo Stan, sin estar convencido.

Todo encajó cuando Marty le explicó que el barco, el USS Breckenridge, tenía su puerto de origen en Sausalito. Lo cual, por la más extraña de las coincidencias, estaba sólo unos kilómetros al norte del lugar al que se había mudado Alexandra Plotkin. Después de dragar el banco de arena durante un tiempo, el Breckenridge pondría rumbo al sur, hacia San Francisco, y pasaría unos meses junto al Golden Gate.

—Charlie no se ha presentado a la clase de esta noche —dijo Stan al fin, para cambiar de tema.

—¿No te has enterado? —Esta vez la sonrisa de Marty no era de dolor—. Charlie y Linda.

Al parecer, Dick Dubonet había estado recorriendo toda la ciudad en busca de Linda y había descubierto que Charlie también había desaparecido.

—Donde quiera que estén, los envidio a los dos.

—Sí —dijo Stan, pero se desanimó.

Por supuesto que estaban juntos, ¿acaso no lo había visto Stan de inmediato? Ése era el mundo real, no un mundo de fantasía. ¿No se alegraba? No, no se alegraba. Y no era por él. Estaba pensando en Jaime, que tan amable había sido con él. Charlie le había hecho eso y ella se sentiría muy herida. Stan se descubrió terriblemente enfadado con Charlie, pero luego tuvo que contenerse. Estaba moralizando. Qué estúpido. Estaba enfadado con Charlie porque Charlie estaba haciendo algo que Stan no había tenido el valor de hacer. De eso se trataba. Cualquier compasión que sintiera por Jaime, o incluso por el puto Dick Dubonet, estaba relacionada con su propia cobardía. La verdad era que se sentía traicionado. ¿Por qué le habían hecho eso? No pudo evitar reírse. Charlie y Linda no estaban pensando en él, sino en ellos mismos. Y también era así como Stan había aprendido a pasar por la vida. Sin embargo, fue decepcionante descubrir que sus amigos idealistas no eran tan ideales después de todo.

—No me gusta tener que irme de Portland —dijo Marty. Se echó a reír—. Nunca pensé que diría esto.

Esa noche Stan llegó a casa pensando en Linda. Acostado en la cama después de una hora de esfuerzo sin recompensa ante la máquina de escribir, sintió un remordimiento horrible. Por no haber sido capaz de decirle lo que sentía. Si al menos hubiera sido capaz de decírselo...

Tres días después iba caminando por Alder Street, tratando de decidir si ir hasta el Blue Mouse a ver viejas películas en blanco y negro o pasarse por el Roundup y ver viejos *westerns*, cuando un par de hombres grandes que

obviamente eran policías se acercaron a él. Stan supo lo que estaba ocurriendo antes de que abrieran la boca.

—¿Stanley Winger? —preguntó uno de los policías.

—Soy yo —dijo Stan.

Uno de los policías sonrió.

—Te detenemos por un montón de robos con allanamiento.

—Vamos a resolver una ola de delitos —dijo el otro.

—Me temo que eres tú, Stanley —dijo el primer policía.

—No tema —dijo Stan.

Extendió las manos para que lo esposaran, pero el policía debió de pensar que se resistía, y lo derribó.

Una semana después de que Linda se fugara, Dick Dubonet recibió una postal suya en la que le pedía que empaquetara sus cosas y las enviara a su nombre a Whitney White, apartado postal 139, Sausalito, California. Campanas de alarma paranoica doblaron ante la mención de Sausalito, que también era el destino final de Marty Greenberg. No obstante, Dick tuvo que convencerse de que se trataba de una simple coincidencia. Todo el mundo iba a California, nada más. La postal acababa así: «Te deseo lo mejor. Con amor, Linda». Así de definitivo. Él ni siquiera se había enterado de que hubiera algún problema. De repente odiaba su propia casa, porque le recordaba a ella. Todo le recordaba a ella. No sería capaz de ir al Caffè Espresso ni a Jerry's, ni siquiera al Buttermilk Corner, sin pensar en ella y perder el control.

Sabía por qué se había fugado con Charlie. Muy simple. Como insulto terrible y definitivo a Dick. Como una comadreja que se caga en todo lo que no puede comer. Nunca había conocido tanto amor ni tanto odio en su vida. Ella podría haberse sentado con él a tomar una taza de café y haberle dicho con calma que estaba cansada de su relación, como una mujer civilizada. No, si hubiera hecho eso habría tenido que escucharlo rogándole y suplicándole que se quedara, diciéndole que en su corazón estaban casados y que siempre había pensado que en el corazón de ella también lo estaban. Podía verla allí sentada tamborileando con los dedos, siempre impaciente ante sus cuidadosas explicaciones. No era de extrañar que tuviera que darle órdenes e imponerle exigencias. Ella había creado el ambiente que odiaba, y luego se había largado.

Dick salió al porche para contemplar su pequeño MG. Tenía el coche desde hacía mucho tiempo. Esperaba que no le recordara a Linda. Sería una ironía que ni siquiera pudiera conducir su puto coche sin que se le partiera el corazón. Pero al mirarlo lo supo. El coche olería ligeramente a ella. Habría pequeñas cosas suyas escondidas aquí y allá, pañuelos de papel hechos una bola, un paquete de Camel viejo y arrugado, un sinfín de horquillas. Mientras Dick estaba allí, Isis salió y se subió a la barandilla de madera, con la cola levantada. Se frotó contra el brazo de Dick y ronroneó. Curiosamente, la gata

no le hacía sufrir. La acarició detrás de las orejas. Era media mañana. Dick debería estar sentado ante su máquina de escribir, pero había cometido el error clásico de bajar a recoger el correo en cuanto llegó, un viejo hábito de escritor. ¿Y qué le había traído? Una patada en las pelotas de buena mañana. El aire era claro y nítido y el monte Hood brillaba blanco en la distancia. Pensó simplemente en recoger sus cosas e ir a Aspen, unirse otra vez a la patrulla de esquí, pasar el invierno entre gente felizmente carente de ambiciones, salvo, por supuesto, las ambiciones sexuales y deportivas. Podría alquilar la casa amueblada y marcharse sin más.

No. La idea de pasar otro invierno en las pistas lo ofendió. Ya no era ningún chaval. La mayoría de los esquiadores que conocía eran también surfistas, pasaban de un deporte a otro sin tener que experimentar nunca la realidad. Chicos y chicas de anodinos rostros bronceados y mentes vacías. No. Dick ya era un adulto; era hora de hacer frente a las responsabilidades. Iría a recoger todas las pertenencias de Linda, las embalaría y las mandaría como un buen chico, y luego se pondría a trabajar en su novela. Ni siquiera tendría que ocultar el hecho de que estaba empezando una novela. No había nadie a quien ocultárselo. Marty estaba en la barra de arena, trabajando de marinero, una transición sorprendente para todos menos para el propio Marty. Dick no conocía tan bien a Stan Winger, de hecho había sido más amigo de Linda y, por supuesto, Dick no iba a hablar con Charlie o Jaime. Por vergüenza más que otra cosa. Podía entender que Linda hubiera huido, pero la repentina transformación de Charlie en un cabrón lo desconcertaba. Había tratado a su esposa muy mal. Él había tenido que enterarse del regreso de Charlie por Marty, que parecía saber hasta el último puto detalle de todo lo que estaba ocurriendo en Portland. ¿Cómo iba a informarse Dick ahora que Marty se había embarcado? No lo sabía. Sólo sabía que todo había sido fantástico, y que de pronto todo era una mierda.

Levantó a Isis y la acarició, mientras contemplaba Portland. Amaba la ciudad. Asomaron lágrimas en sus ojos ante la belleza de Oregón, de la ciudad a sus pies, de los bosques y montañas que se sucedían sin fin. La gran caza y pesca. Él y Charlie habían hablado de hacer un viaje de cacería, de conseguir suficiente carne para todos, grandes festines de venado. Las lágrimas resbalaban por su rostro mientras pensaba en la vez en que todos fueron a coger cangrejos al río Tualatin y en la gran fiesta de cangrejos y alcohol que celebraron después. Allí plantado, Dick estaba tan emocionado por las bellezas del pasado que deseaba levantar los puños al aire y gritar, un interminable grito agudo de amor y desesperación. Pero no lo hizo. Al cabo

de un rato, entró en la casa, se lavó la cara, se sonó la nariz y se sentó a trabajar.

TERCERA PARTE
EL GOLDEN GATE

Charlie estaba sentado en el primer taburete de la esquina, mirando a la gente que caminaba por Bridgeway a través del gran ventanal abierto del bar sin nombre. Era un día cálido, había mucha gente en la calle. Sausalito se estaba volviendo popular. Charlie lo prefería a Mill Valley, donde vivía. El centro de Mill Valley era aburrido, sólo había tiendas. En cambio, Sausalito tenía la costa, varaderos, puertos deportivos, bares, restaurantes, vistas increíbles de la bahía y San Francisco, todo lo que uno podría pedir teniendo las tardes libres. Había sido un pueblo portugués de pescadores antes de que construyeran el Golden Gate y todavía había algunos barcos de salmón anclados justo al norte de la ciudad. A Charlie le gustaba comprar el salmón directamente al barco, elegir un pescado entero por unos pocos dólares, destriparlo, abrirlo por la espina y asarlo en la barbacoa del patio trasero. Le entraba hambre sólo de pensarlo. A Charlie le gustaba comer.

Su estado de ánimo era extraño. Había recibido otra llamada telefónica maníaca de Bill Ratto en la que le pedía material nuevo. A Charlie le asustaba la idea de volver a Kim Song sólo para que se le ocurriera más «material de transición» para su editor. Era más fácil sentarse allí, en el hermoso Sausalito, y beber cerveza, soñando con caminar hasta el muelle de pescadores y elegir un salmón pequeño. Kim Song estaba lejos en distancia y en tiempo. Casi quince años.

Charlie vio a dos hombres que conocía caminando juntos por Bridgeway. No había visto a ninguno de los dos en años, y nunca los había visto juntos. Kenny Goss era un escritor joven e intenso al que había conocido en North Beach años atrás, cuando ambos se pasaban las mañanas en el Caffè Trieste tomando café *espresso* con los barrenderos de Sicilia. Y caminando junto a él, con una camisa de manga corta azul y botas de trabajo negras descoloridas, iba Marty Greenberg, el intelectual judío de Portland, más calvo, bronceado y con aspecto competente.

—Caballeros —dijo cuando pasaron junto al ventanal.

Se detuvieron y se miraron. Charlie sonrió y se pasó los dedos por la barba.

—Soy yo, Charlie Monel. Me he dejado barba.

—Sabía que eras tú —dijo Marty con una sonrisa—. Sólo estaba tratando de recordar si te debía dinero.

Los dos entraron en el bar y Charlie se unió a ellos en la mesa de la ventana.

—No sabía que os conocíais —dijo Charlie.

Kazuko la camarera se acercó y tomó una comanda de tres cervezas.

—Una chica guapa —dijo Marty.

—No pierdas el tiempo —dijo Charlie—. Su novio es un yonqui. Ella está dedicada a él. Todo su tiempo y su dinero van directamente a su torrente sanguíneo.

—Es evidente que eres un habitual aquí —dijo Marty.

Explicó que él y Kenny eran compañeros de tripulación, marineros en el Breck, con puerto a un par de kilómetros carretera arriba. Acababan de llegar del banco de arena, con la paga en los bolsillos.

—Como Dobbs y Curtin en *Sierra Madre* —bromeó Charlie.

Estaba encantado de encontrarse con ellos. La parte más difícil de ser un escritor de éxito era llenar el tiempo. Éxito en el sentido de que estaba trabajando en un libro.

—Charlie ha estado trabajando en esa gran novela durante años —le explicó Marty a Kenny, que no había dicho gran cosa todavía.

—Lo sé —dijo Kenny.

—Kenny y yo nos conocemos de hace mucho —dijo Charlie—. Somos *beatniks* de los cincuenta, ¿no?

Levantó la botella hacia Kenny, quien esbozó una fugaz sonrisa. Siempre había sido un hombre muy serio.

—¿Cómo va la escritura? —le preguntó Charlie, sólo por ser educado.

—Bien. —Kenny estaba obviamente avergonzado por la pregunta.

—¿Sigues casado? —le preguntó Marty.

—Por supuesto —dijo Charlie.

Había dado por sentado que lo sabían todo acerca de Jaime, pero al cabo de unos minutos se dio cuenta de que no era así. Así era la fama. Por supuesto, esos tipos pasaban la mayor parte de su tiempo dragando arena.

—El libro de Jaime estuvo dos semanas en la lista de más vendidos del *New York Times* —explicó Charlie con orgullo.

—¿Sólo dos semanas? —dijo Marty.

Charlie les contó la feliz noticia de cabo a rabo. El libro de Jaime había sido contratado por el segundo editor que lo vio, Harcourt Brace & World,

por mil dólares, y luego, en un abrir y cerrar de ojos, vendió partes a varias revistas, logró una venta de bolsillo gigantesca, y luego otra gran venta, a Paramount.

—Está claro que nadas en dinero. —Marty parecía impresionado.

—Eso, Jaime.

—¿Qué hay de tu libro? —preguntó Marty—. Sé que es una pregunta cruel.

—No es cruel en absoluto.

Charlie les contó que el editor de Jaime había preguntado por su libro y había leído un par de cientos de páginas. No se había entusiasmado mucho, pero se lo había pasado a un editor más joven, Bill Ratto. Ratto se había vuelto loco con aquellas páginas y había viajado al oeste para leer «absolutamente todo» lo que Charlie había escrito. Pasó tres días frenéticos en San Francisco sin salir para nada de su habitación de hotel, donde lo visitaron decenas de escritores, con cajas y montones de manuscritos por toda la habitación. Ratto había visto un gran potencial en los textos de Charlie.

—Puede ser el nuevo *Trampa 22* o *La delgada línea roja* —dijo, sentado en su cama con las páginas de Charlie a su alrededor.

Ratto era un neoyorquino de tez blanca cuyo acento de Harvard se fundía con el acento de judío de Nueva York. Sin embargo, Ratto no era un hombre de Harvard ni un judío neoyorquino. Había nacido en Denver, pero era un editor comprometido.

—¡Vamos a hacer saltar la banca de la literatura estadounidense! —le dijo a Charlie.

Por supuesto, estaban fumando marihuana en ese momento.

Así que Harcourt compró la novela de Charlie con un anticipo de cinco mil dólares, y Bill Ratto lo tranquilizó por teléfono.

—Sólo tienes que enviarme todo el manuscrito. Deja que lo edite. Tú quédate en California y escribe tu próximo libro.

Visiones de Maxwell Perkins trabajando sin parar con manuscritos. El famoso editor que salvó a Thomas Wolfe, a Hemingway, a Fitzgerald y, más recientemente, a James Jones. Charlie no estaba tan seguro de que todos esos grandes escritores realmente necesitaran salvación.

—Cortó *De aquí a la eternidad* por la mitad —dijo Ratto con gran entusiasmo en una de las conversaciones telefónicas de una hora.

—Me gustaría ver la mitad que cortó.

—No te preocupes, nosotros te convertiremos en una estrella —dijo Ratto.

Llevaba un año y medio dándole vueltas al manuscrito de Charlie y no estaban ni siquiera cerca de convertirlo en un libro. Bill seguía pidiendo más material. Cuando Charlie se obligaba a escribirlo y lo enviaba, Bill no estaba contento con él.

—No lo sé —decía, sin ser nunca preciso en cuanto a lo que no le gustaba—. No soy escritor —argumentaba si Charlie insistía en pedirle información específica.

—Así que sólo estás sentado, esperando —dijo Marty.

Charlie tuvo que reírse.

—Me gusta estar sentado.

—Has engordado. —Marty clavó suavemente un dedo en el estómago de Charlie, que sobresalía por encima de sus vaqueros.

Marty estaba bien. No había vuelto con Alexandra Plotkin, pero era relativamente feliz.

—Alexandra está trabajando en David's Delicatessen, en San Francisco —explicó Marty—. Ni siquiera me da comida gratis.

—Tengo que irme —dijo Kenny Goss.

Eso fue prácticamente lo único que dijo. Iban de camino a la ciudad, donde Kenny tenía una habitación. Se cambiaría de ropa y saldrían otra vez.

—¿Quieres venir con nosotros? —preguntó Marty—. North Beach, alcohol, mujeres, magia...

Jaime estaba en North Beach. Llevaba cuatro días allí, en su apartamento de Genoa Place. Escribía ocho horas al día y no tenía tiempo para Charlie o Kira, que se quedaba en Mill Valley con su *au pair*. ¿Quería ir a North Beach y arriesgarse a toparse con Jaime?

—Sí —dijo, rascándose la barba—. Me encantaría.

—¿Por qué no nos reunimos en la City Lights alrededor de las nueve? —dijo Marty—. Trae a Jaime.

Su casa en Mill Valley se hallaba en una calle sin salida cerca de Panoramic, en el monte Tamalpais, rodeada en tres lados por secuoyas y eucaliptos. En el lado restante, un seto bajo brindaba una vista de la bahía casi tan buena como la del paseo marítimo de Sausalito. La casa les había costado treinta mil dólares, aunque era sólo una pequeña casa estilo rancho con tres dormitorios, un baño y un aseo. Randy Wilde se la vendió. Randy era un camarero del restaurante Trident de Sausalito que hacía incursiones en el sector inmobiliario del condado de Marin. Randy, un inglés grande y atractivo, también era actor y escritor, y había jugado al críquet ante la reina. Como todos los ingleses que Charlie había conocido en Estados Unidos, era un excéntrico. Los agentes inmobiliarios de Marin llevaban chaqueta y corbata, pero Randy iba en *shorts* vaqueros y camisas hawaianas, mostrando sus bíceps y unas piernas musculosas.

Jaime había querido pagar la casa en efectivo, porque ese dinero de la literatura le estaba haciendo un agujero en el bolsillo, pero Randy se rio.

—Eso sería un error —dijo.

—¿No quieres efectivo? —preguntó Jaime.

Estaban sentados en la terraza del Trident, observando los barcos en la bahía.

—Cuestiones fiscales —dijo Charlie, y Randy asintió.

Jaime era inútil con el dinero, ahora que lo tenía a montones. Incluso había querido que le enviaran el pago del anticipo todo de una vez, hasta que Charlie le explicó el funcionamiento de los impuestos. Así pues, limitó la cantidad que podía obtener por la venta de *Washington Street* a quince mil dólares al año. Pero también tenía los treinta mil de Paramount, y al menos veinticinco mil de las ventas al extranjero. El dinero no impresionó a Charlie. Al principio era embriagador saber que uno no tendría preocupaciones económicas durante mucho tiempo, a diferencia de la mayor parte de la raza humana, y Charlie no tenía ningún problema con la culpa. Ese dinero no era la sangre de los pobres, lo mirara como lo mirara. Pero tuvo la prudencia de mantener cuentas bancarias separadas.

Conduciendo hacia casa, Charlie volvió a pensar en parar en el muelle y comprar un salmón, pero decidió no hacerlo. Cien contra uno a que Jaime no estaría en casa para la cena. Llevaba días sin aparecer. No quería cocinar el salmón sólo para él, la *au pair* y Kira, aunque a Kira le encantaba el salmón. Todavía conducía su Volkswagen verde dorado, pero Jaime se había comprado un Porsche de 1961 en perfecto estado por dos mil trescientos dólares. Charlie se entretuvo subiendo por la cresta de la montaña hasta Echo, su pequeño callejón. Aparcó en el camino de grava y entró en la casa, conteniendo su decepción al no ver el Porsche. Kira empezaría la escuela al cabo de pocos días. Charlie quería que Jaime estuviera en casa para eso. Era más importante que escribir.

A Charlie lo habían criado su padre y su abuelo, y ninguno de ellos lo había hecho muy bien. Había crecido pensando que su madre estaba muerta. Eso era lo que le había contado su padre mentiroso e idealista. Murió en el parto, una mujer maravillosa, habría sido una gran madre, etcétera. Charlie al final se enteró de que su madre lo había abandonado y se había largado. Puede que todavía estuviera viva en alguna parte. Se había formado una imagen de ella, una rubia alta y gorda con una sonrisa feliz y algún diente de menos. Sentía compasión por ella. Él tampoco se habría quedado con su padre de haber podido elegir. No es que su padre fuera un mal hombre, simplemente era un incompetente. Trabajaba de comercial en un almacén de madera y nunca sería otra cosa. Toda su vida la consagró a su creencia de que en Estados Unidos todavía era posible tener tu propio pedazo de tierra, vivir en él, cultivar todo lo que necesitaras y aislarte del mundo. Ésa era la versión de su padre de la verdadera libertad.

Charlie no estaba tan seguro. Había visto a su padre pasándose la vida sentado a la mesa de la cocina con un bloc de notas amarillo, tratando de encontrar su camino hacia la libertad. Todo el dinero que había ahorrado a la larga acabó gastándose en tonterías, cuando el anciano se dio cuenta de que con cinco dólares por semana tardaría una eternidad en comprar el tipo de propiedad que necesitaba. El descubrimiento lo amargó y se dio a la bebida. Nunca pegó a Charlie, salvo algún cachete de vez en cuando, pero era terrible consigo mismo, y una vez, en un ataque de furia ebria, se hizo un corte grave con el cuchillo del pan mientras mostraba teatralmente la forma en que se rebanaría la garganta.

—Maldita sea, si las cosas se ponen peor... —Y movió el cuchillo y se hizo un corte en el lateral del cuello que hizo saltar un gran chorro de sangre

hasta el centro de la pequeña cocina—. ¡Dejadme morir! —gritaba el viejo mientras lo bajaban por la escalera a la ambulancia.

Kira y Cynthia estaban sentadas en la sala, mirando la televisión. La *au pair* no era la típica chica europea. Cynthia era de Grosse Pointe, Michigan, una joven alta y delgada de melena rubia, una nariz larga y recta, ojos azules fríos y una manera de hablar murmurando que irritaba a Charlie. Jaime encontró a Cynthia y Jaime le pagaba.

—¿Cómo está mi niña hoy? —dijo Charlie a Kira, que se acercó y se abrazó a sus piernas, para después volver a sentarse frente a la televisión.

Vieron dibujos animados de Popeye. Su hija era tan hermosa que Charlie quería morirse. Así era como ella lo hacía sentir a veces: que vivir sería contemplar cómo su belleza disminuiría por las circunstancias de la vida. Otras veces, en momentos más realistas, veía que era un hueso duro de roer, como su madre.

—¿Vas a salir esta noche? —le preguntó Cynthia.

—Sí. ¿Tú?

—Tengo que salir un rato, pero vendrá Debbie.

Cynthia se cepilló el cabello hacia atrás y sonrió a Charlie. Debbie era la niñera, a diferencia de la *au pair*. Charlie sabía que las dos eran prostitutas. Nunca hablaban de ello, pero Jaime las había conseguido por su amiga Tanya Devereaux, una conocida madama de San Francisco. Charlie la había conocido en North Beach años antes, cuando ella trabajaba en Upper Grant. Ahora estaba en Twin Peaks, dirigiendo un prostíbulo. A Jaime se la habían presentado en una fiesta y se habían hecho amigas enseguida. El misterio cada vez más profundo de las mujeres. Charlie no se entrometió ni montó ningún escándalo. Cynthia era una *au pair* muy buena, Kira la adoraba. Era ordenada, limpia y tranquila, y era una chica con talento que quería ser actriz publicitaria. Ella y Kira pasaban horas dibujando juntas, tiradas en la alfombra de la sala, una alfombra bonita y gruesa de color melocotón por la que a Charlie le encantaba caminar. De hecho, le gustaba mucho tener dinero. Sólo lamentaba que no hubiera llegado a la manera tradicional, a través del marido. Pero los tiempos estaban cambiando. No le importaba. Los tiempos habían sido tiempos de mierda.

Por primera vez desde que había salido del Ejército, Charlie tenía un armario lleno de ropa para elegir. Escogió unos pantalones vaqueros, camiseta blanca, jersey de cachemir verde, regalo de su rica esposa, y su casaca, también un regalo de su mujer rica y famosa. Sus nuevas botas marrones eran Justins, buenas botas de treinta dólares, un regalo que se había hecho a sí

mismo. Lavado, vestido y mirándose al espejo, Charlie tuvo un momento de auténtico placer. No ante su reflejo, que mostraba a un hombre de treinta y cinco años con demasiada barriga, sino ante la visión de un hombre rico. Sólo esperaba que eso no lo matara.

North Beach había cambiado. Podías conducir por Lower Telegraph y Columbus durante horas sin encontrar un sitio para aparcar. Jaime alquilaba un garaje en Union, pero sólo había espacio para un vehículo. Charlie estacionó cerca de Chestnut y caminó hacia la librería City Lights. Como llegaba con veinte minutos de antelación, paró en Gino and Carlo's a tomar una cerveza. El bar estaba vacío, con la excepción de tres estibadores que jugaban al billar. Charlie se sentó en el extremo de la barra, junto a la mesa de billar y observó. Aldino lo invitó a una botella de Miller. Se sirvió la cerveza en el vaso Pilsner muy despacio, preguntándose cuántas botellas de cerveza se había bebido en su vida. Un montón. Se preguntó por qué una gran cerveza como Blitz-Weinhard no se vendía fuera de Oregón. No había probado ninguna Blitz cremosa en años. Tal vez se metiera en el negocio de la cerveza: importaría Blitz-Weinhard a California y haría fortuna. Charlie Monel, el Rey de la Cerveza. Charlie el Gordo, el Chico de la Cerveza.

Un par de pintores de casas, Stuart y Bob, entraron en el bar con sus monos blancos manchados de pintura y gorras blancas, saludaron a Charlie y se sentaron a la mesa junto a las máquinas de *pinball*. Era un bar agradable, pero extraño. Abría a las seis para los estibadores que iban de camino al trabajo. Después, a media mañana, el bar estaba en manos de hombres italianos, por lo general vestidos con trajes azules y sombreros grises, tipos que fumaban pequeños cigarros italianos, venenosos y retorcidos. A las tres y media, los estibadores empezaban a presentarse de nuevo, y hacia las seis el bar se llenaba de italianos, estibadores y una o dos mujeres del lugar. Luego venía un período de calma, como en ese momento, cuando los italianos y los trabajadores se iban a casa a cenar. Charlie sabía que luego empezarían a llegar los poetas.

Los poetas iban a beber al Vesuvio y, al otro lado de Columbus Avenue, a Twelve Adler Place y Tosca, pero el único bar de poetas verdadero era Gino and Carlo's. Charlie y Jaime rara vez llegaban antes de la medianoche, cuando empezaba a animarse. Habían visto a Ginsberg, Orlovsky, Whalen, Snyder, Welch y Brautigan, todos bebiendo y riendo y animando a Spicer,

que trataba de ganarle a la máquina de *pinball* sin descanso. Los poetas tenían grandes mentes y mucho valor, y bebían como animales.

Charlie se terminó su cerveza. ¿Quería otra? Había esperado encontrarse a Jaime allí. A veces iba a esa hora para cenar algo en el USA Café o el Caffè Sport, y paraba en Gino and Carlo's a tomar un par de tragos. Jaime siempre se levantaba por la mañana y escribía, por mucha resaca que tuviera. Charlie pensó en subir por la colina hasta el apartamento. Puede que estuviera dormida. No trabajaba hasta tan tarde por la noche. Mucho más probable era que estuviera fuera en alguna parte, en un cóctel, una fiesta literaria, una cena, o simplemente comiendo y bebiendo con los amigos. Jaime tenía un montón de amigos que no eran amigos de Charlie. Él había decidido hacía mucho tiempo no agarrarse a los faldones de su esposa, y rara vez iba a los eventos literarios que a ella tanto parecían gustarle. ¿Cómo no iban a gustarle? Todo el mundo la adulaba, le besaba el culo. Y a ella le parecía justo. Y lo era.

Shig Murao trabajaba en el pequeño mostrador de la librería y saludó a Charlie cuando entró.

—Tus amigos están abajo —dijo.

—Gracias.

Charlie bajó por la escalera estrecha que llevaba al sótano. Marty y Kenny estaban sentados a una mesa cerca del revistero de poesía de vanguardia. Había unas cuantas personas más en el sótano, un sitio cómodo para pasar el rato si no tenías dinero. Te dejaban sentarte a leer todo el día. Ni siquiera había ningún empleado allí abajo. Podías meterte todas las revistas y libros de bolsillo que quisieras dentro de los pantalones y pasar al lado de Shig sin que nadie se enterara. Al parecer, nadie hacía eso, o no lo suficiente como para que Ferlinghetti cambiara de política.

Fueron al Vesuvio, que estaba al lado, ya lleno y ruidoso. Jaime no estaba allí. En una mesa del centro de la sala empezaron a beber en serio.

—Tomaré un Lemon-naranja —decidió Charlie. Ron Lemon Hart 151 con zumo de naranja.

No había ninguna razón para no terminar completamente borracho. En el peor de los casos, iría al apartamento de Telegraph Hill a dormir, si es que no se encontraba en condiciones de conducir. Era una de las razones por las que alquilaron el apartamento.

—¿Dónde está Jaime? —preguntó Marty al fin, cuando ya estaban bebiendo.

—No tengo ni idea. —Sonrió para mostrar que no le importaba—. Está terminando su segundo libro. Está muy ocupada.

—¿De quién estáis hablando? —preguntó Kenny. Estaba tomando una cerveza.

—De Jaime Froward —dijo Marty—. ¿*Washington Street*?

—¿Jaime Froward es tu mujer? —preguntó Kenny.

—Sí, soy el señor de Jaime Froward —dijo Charlie recatadamente.

Kenny sonrió por primera vez en la noche.

—Es buena —dijo.

—Gracias —dijo Charlie.

—Kenny es un buscador de libros raros —dijo Marty—. Cuando no está dragando arena.

—¿Qué es lo que hacéis a bordo cuando no estáis trabajando?

—Leemos —dijo Marty—. La biblioteca del barco es enorme. Creo que hay seis novelas de Max Brand, libros de bolsillo, por supuesto, y dos de misterio de Rex Stout.

—Sacamos los libros —explicó Kenny, como si Charlie pudiera malinterpretarlo. Una persona seria, literal, recordó Charlie.

—¿Te dedicas a buscar libros?

Kenny explicó la diferencia entre los libros buenos y los libros valiosos.

—El valor sólo tiene una leve relación con la calidad —dijo, con una sonrisa rápida—. Ya sabes a qué me refiero.

—Sí —dijo Charlie. Y a Marty le dijo—: ¿Has sabido algo de la vieja banda de Portland?

Marty negó con la cabeza.

—¿Y de Linda? —preguntó a Charlie.

Charlie negó con la cabeza.

—Es probable que esté en los mares del Sur. ¿Qué pasa con Stan Winger? ¿Alguien ha tenido noticias de Stan? Un día sencillamente desapareció. Jaime cree que está en alguna cárcel.

—Probablemente —dijo Marty.

Le explicó a Kenny quién era Stan Winger, el joven delincuente que quería escribir historias *pulp*. Charlie se imaginó a Stan sentado solo en una celda. No había razón para no creer que fuera verdad. Pensó en intentar escribirle, animarlo. No era de su incumbencia.

Tomaron una ronda más en el Vesuvio, luego cruzaron al Twelve Adler Place, un pequeño bar que había sido lugar de encuentro de lesbianas durante años, pero que ya no era más que un bar. Charlie había entrado por primera vez a mediados de los años cincuenta. Estaba bebiendo con alguien y hablando de mujeres cuando el hombre dijo:

—¿Quieres ver un bar donde sólo hay mujeres, de una punta a la otra? ¡Está a la vuelta de la esquina!

Y lo llevó allí. Te dabas cuenta de inmediato de que esas mujeres no estaban esperando que dos hombres entraran por la puerta.

Esa noche, el bar estaba vacío. Jaime tampoco estaba allí y Charlie quería darse la vuelta y marcharse, pero se sentaron y pidieron bebidas, otro Lemon Hart para Charlie, y hablaron de James Joyce. Kenny estaba leyendo *Ulises* por tercera vez y pensaba que era la mejor novela que se había escrito en inglés. Marty sólo había leído partes y sentía que era extraña, un irlandés tratando de escribir sobre un judío desde dentro.

—Es sencillamente imposible —sostuvo.

Charlie había leído el libro y disfrutado de lo que podía entender. Pensó en la increíble vida de James Joyce. La ceguera. El dolor. El exilio. El sufrimiento.

—James Joyce está muerto —dijo finalmente, y lágrimas calientes corrieron por sus mejillas.

A través del humo vio a un tipo en la barra, una cara no familiar que sonreía ante las lágrimas de Charlie. Sin limpiarse la cara, Charlie se levantó y se acercó.

—Lo siento. No quería echarme a llorar.

El hombre tenía una cara ancha, fea y colorada. Charlie esperaba que el tipo se pusiera de pie para discutir con él, pero lo único que hizo fue tenderle la mano.

—Lo siento —dijo.

Se estrecharon las manos. El tipo tenía un buen apretón de manos. Charlie regresó y se sentó, frustrado, pero satisfecho con la humanidad.

—No es un mal tipo —le dijo a Marty y Kenny.

Habían comenzado a discutir sobre Hobbes, de quien Charlie sólo había oído hablar. Aparentemente, Hobbes consideraba que la humanidad era sólo un montón de animales, y Marty no estaba de acuerdo.

—¿Crees en lo sobrenatural? —preguntó Kenny.

Charlie se preguntó cómo serían las noches en el castillo de proa del Breckenridge.

—¿Quieres decir en algo por encima de lo natural? ¿Más que natural? Por supuesto que sí. —Marty señaló a la gente que los rodeaba—. No es posible creer que esto sea todo lo que hay. Me suicidaría si lo creyera.

—Yo creía en Dios —dijo Kenny.

—Yo no creo en Dios exactamente —dijo Marty—, pero desde luego creo que hay un propósito en la creación. Y algún tipo de poder más allá del poder humano.

—Eso es porque eres judío —dijo Kenny.

—No —dijo Marty—. Ser judío no significa que tengas que creer en Dios. Sólo tienes que intentarlo. —Rio—. Y yo lo intento. Pero es más fácil creer en el hombre. —Posó sus grandes ojos serios en Charlie—. Está todo entre nosotros, como seres humanos.

—¿Qué hay entre nosotros? —La conversación se estaba tornando demasiado etílica para Charlie.

—Divinidad —dijo Marty.

—Enseguida vuelvo. —Charlie vació su copa y se levantó.

Cielo santo. Tres Lemon Hart equivalían al menos a seis vasitos de whisky. Caminó con precaución por la barra hacia la entrada. El hombre que se había reído de él estaba encorvado sobre su bebida y Charlie no lo molestó. Obviamente, era un buen hombre, un ser humano real, el tipo de buena persona corriente en el que Charlie había tratado de evitar convertirse durante toda su vida. Trabajador esforzado. Proveedor. Charlie había leído que antes de la batalla del Somme, en julio de 1916, aldeas enteras de jóvenes se habían alistado para ir a la guerra, y allí estuvieron como un solo hombre, saliendo de las trincheras unos junto a otros, todos los chicos del pueblo, y en cinco segundos todos ellos estaban muertos, ametrallados. Cinco segundos en combate. El periódico local imprimiría una lista de las bajas, y los habitantes del pueblo se darían cuenta de que todos y cada uno de sus hijos habían fallecido.

En comparación con eso, lo que le había ocurrido a Charlie había sido un paseo por Park Avenue. El aire era frío fuera del bar y en Columbus soplaba viento. Eso lo despejó. Quería encontrar a Jaime. Estaba cansado de la filosofía. Tosca estaba allí mismo y probablemente Jaime estaría dentro, sentada en un reservado de la esquina, rodeada de admiradores. Iban allí a menudo. Pero aún era temprano. Charlie se levantó, dejando que el aire frío lo despejara aún más. ¿A Tosca o a su apartamento? ¿O las dos cosas? ¿Qué le impedía simplemente abrir la puerta de Tosca y entrar? ¿El temor de que Jaime estuviera allí? ¿O de que no estuviera? Miedo, en cualquier caso. El miedo era un viejo amigo. «Bueno, viejo amigo, vamos a Tosca».

Había mucho ruido en el bar, música de ópera sonando en la máquina de discos, el silbido del vapor de dos máquinas de café *espresso*, el murmullo de la conversación, el olor a humo de cigarrillo y puro, un lugar maravilloso. Antes de ir a la parte posterior, a mirar entre los reservados y mesas donde era más probable que estuviera Jaime, Charlie se acercó a la barra y le pidió un *cappuccino* a Mario. Sentía la necesidad de un poco de chocolate caliente y café, para contener todo el licor. El *cappuccino* estaba riquísimo. La mujer sentada delante de Charlie le sonrió. Era guapa, de unos treinta años, bien vestida, obviamente acompañada por el chico de americana de mezclilla sentado junto a ella.

—Hola, Charlie —dijo la mujer.

Él sonrió cortésmente. ¿O era una sonrisa obscena? No estaba seguro. La mujer hablaba como si se conocieran. Probablemente se conocían de una

noche de borrachera u otra. La mujer y su acompañante acababan de llegar de un concierto de la sinfónica, por eso iban tan elegantes. Había sido una experiencia maravillosa, con un montón de buena música de Stravinski.

—Ahora nos estamos emborrachando —señaló la mujer.

—Yo también.

—¿Dónde está Jaime Froward esta noche? —preguntó la mujer.

—Vuelvo en un segundo.

Charlie se abrió paso entre la gente hasta el fondo del local para mirar en las mesas y los reservados. No vio a su esposa y se sintió intensamente decepcionado. Quería encontrarla. No la había visto desde hacía días. Quería tomarla de la mano. Adoraba sus manos pequeñas y delicadas. El par de manos más dulce del mundo. Pero Jaime no estaba ahí, y no estaría en Enrico's, ni en el Jazz Workshop ni en El Matador ni en Frank's, ni siquiera en el Coffee Gallery, todos los lugares donde había tratado de buscarla, todos los bares que les gustaban. Se preguntó quién estaría tocando en el Workshop. La última vez estaban los Jazz Crusaders, *hard bop* de primera a un metro y medio de distancia. Fantástico. Charlie no tenía gustos musicales muy definidos, pero a Jaime le encantaba la música, sobre todo el jazz, y tenía una gran colección de discos. Si Charlie no era capaz de encontrarla, y sabía que no lo sería, simplemente iría al Workshop y se tomaría una copa en la barra.

Charlie apuró su *cappuccino* y salió de Tosca para ir al Twelve Adler. Kenny y Marty estaban sentados con dos chicas. Marty lo vio entrar y lo saludó para que se acercara, pero Charlie simplemente retrocedió y dejó a los marineros con sus conquistas. Se había equivocado desde el principio, Jaime no había salido. Estaba en su apartamento, ya fuera escribiendo o durmiendo. No estaba en la ciudad para pasar el rato, se recordó mientras caminaba por Broadway, sino para terminar su libro. Su segundo libro. Charlie sólo sabía que trataba de una mujer joven.

Jaime escribía lo que escribía y se lo guardaba para ella, lo mismo que Charlie. De esa manera no se volvían locos el uno al otro. Él le había enseñado su manuscrito años atrás, y las sugerencias de Jaime habían sido muy buenas, pero discutieron acaloradamente sobre cada frase, y al final tuvo que quitarle el manuscrito. Charlie caminó por Broadway hasta Enrico's, más allá de la librería para adultos abierta toda la noche y del puesto de tabaco. Pensó en detenerse y comprar una novela de misterio para llevarse a casa y leer hasta quedarse dormido, como hacía tantas noches. Un buen Perry Mason o algo así. Pero no lo hizo, y tampoco se detuvo en Enrico's, sólo miró las mesas del exterior al pasar, sin ver a Jaime, por supuesto, porque estaba

seguro de que ella estaba en su apartamento. Subió por las escaleras de Kearny. La primera noche que habían salido juntos, ella había subido esas escaleras con la agilidad de un mono, y él la había seguido con sus pulmones inútiles y, como esta vez, había terminado boqueando como un pez. El sudor apareció en su frente. Más valía que Jaime estuviera en casa.

Estaba sentada ante su escritorio, con un lápiz rojo en la mano, la lámpara de flexo encendida y el manuscrito delante. Jaime lo miró y su rostro esbozó una sonrisa hermosa. Era muy hermosa. Y se alegraba de verlo.

Charlie se acercó a Jaime y la ayudó a ponerse de pie, besándola con todo el sentimiento del que era capaz. Sintió los dedos de Jaime en sus brazos, la lengua de ella en su boca. Su amor por ella era como una gran luz blanca. El largo beso terminó.

—He acabado el libro —dijo Jaime.

No había querido decirlo, pero las palabras le habían salido solas. La reacción de Charlie la última vez que ella había terminado un libro fue tomárselo bien en un primer momento. En el resto prefería no pensar. Esperaba que a esas alturas Charlie ya hubiera terminado su novela. Jaime había soñado que los dos ocuparían los primeros puestos de la lista de los más vendidos del *New York Times*, ganarían dinero a espaldas y que, a diario, fotos y artículos de la fabulosa pareja literaria aparecerían en todos los periódicos y revistas. Los invitarían a Hollywood, qué diablos, los invitarían a conocer a la reina de Inglaterra, que también era, y Jaime lo sabía porque se lo había oído a su madre, la reina de la alta sociedad estadounidense. Aunque era demasiado tarde para que los invitaran a la Casa Blanca. Al único presidente al que Jaime había querido conocer lo habían asesinado en Dallas. Pero Charlie no podía terminar su novela.

Hicieron el amor en el pequeño apartamento de Telegraph Hill y Charlie aparentemente estaba bien; fue apasionado como siempre, tierno y amable. Ella en cambio estaba demasiado cansada para disfrutar mucho, y tuvo que fingir un poco para que Charlie no se sintiera decepcionado. Cuando terminaron se quedaron tumbados uno al lado del otro en silencio durante un buen rato. Jaime sabía que él no se había dormido, porque en cuanto lo hacía se le abría la boca y comenzaba a producir un ligero sonido sibilante que duraba toda la noche, a menos que tuviera sus pesadillas. En ese caso, comenzaría a gemir y a veces incluso a llorar. Sin embargo, cuando se despertaba, le decía que no lo recordaba.

—Que yo sepa —le dijo una vez con su gran sonrisa amable—, duermo como un tronco.

Ahora Charlie estaría haciendo lo mismo que ella, quedarse acostado pensando en su nuevo libro. ¿Cómo reaccionaría? Su primer libro había sido fácil de escribir. No sabía lo que estaba haciendo, por supuesto, y eso en cierto modo lo hizo todo más fácil; y además había escrito sobre gente que había conocido toda su vida. Lo único realmente creativo que había hecho había sido inventar otros nombres. La novela le había salido sola. Lo único

que tuvo que hacer fue pulirla. Este nuevo libro era diferente. Tal vez había apuntado demasiado alto. Esta vez se lo había inventado todo, en lugar de escribir lo que todo el mundo le pedía que escribiera, es decir, el primer libro otra vez, sólo que con personajes nuevos. Había escrito una historia muy desde dentro sobre una adolescente criada en la pobreza en los años treinta. Jaime no sabía nada acerca de la pobreza, salvo por las conversaciones de sus padres en torno a la mesa de la cena. Y tampoco sabía nada de la Gran Depresión. Estaba medio convencida de que, cuando le enviara el manuscrito a Bob Mills, él la telefonaría y le diría: «Jaime, esto no va a funcionar». En el fondo de su corazón sabía que el libro era bueno, por todo el esfuerzo que había tenido que realizar para escribirlo, las terribles horas de duda, los pasajes que había tenido que reescribir decenas de veces mientras el sudor frío le recorría la espalda diciéndole que era una impostora, que la novela era penosa, que debería dejarlo, renunciar, volver atrás y escribir otra pequeña historia dulce de personajes sin problemas. Así era como un crítico estúpido había calificado su primer libro, aunque a la mayoría les había gustado.

Sintió ganas de soltar una ventosidad, y estaba a punto de hacerlo cuando recordó la discusión hilarante de Charlie sobre las flatulencias en el bar sin nombre una noche. Dijo que las mujeres ocultaban sus ventosidades no por ser educadas, como todo el mundo suponía, sino para pillar a la gente por sorpresa. «Un hombre se tira un pedo, paf, y sabes que te has de tapar la nariz o encender una cerilla. Una advertencia honesta, como el sonajero de una serpiente de cascabel». Charlie se mantuvo serio mientras todo el mundo en varias mesas alrededor se moría de risa en sus sillas. Por supuesto, todo el mundo estaba borracho.

—Estoy a punto de tirarme un pedo —advirtió Jaime a Charlie.

Él dio un gritito, se levantó y corrió al cuarto de baño. Jaime se rio y se tiró un pedo al mismo tiempo.

—¿Ya está? —dijo Charlie en voz alta a través de la puerta—. ¿Es seguro salir? —le preguntó, mirando asustado, como un niño pequeño.

—Tengo miedo de encender una cerilla —dijo Jaime entre risitas.

—La explosión que destruyó Telegraph Hill —dijo Charlie con voz seria, y se sentó en la cama junto a ella.

Habían tenido la suerte de conseguir el antiguo apartamento de Charlie, pero Jaime lo había amueblado ella misma. No más pureza literaria zen, ahora el apartamento tenía una cama de verdad, un sillón de verdad, una alfombra y, en las paredes, un par de las xilografías que Charlie había traído de Japón.

Sobre la mesa, al lado de la máquina de escribir de Jaime, había una sola rosa de color amarillo pálido en un florero de cristal azul.

—¿Qué hora es? —preguntó Charlie.

Jaime fue a la cocina a mirar y se sirvió un poco de agua en un vaso. Era casi la una.

—Es pronto —dijo.

Volvió a la habitación principal. Su marido estaba de pie mirando el manuscrito completado. Charlie parecía más grande desnudo que vestido.

—Bajemos a Gino and Carlo's —dijo—. Tengo la garganta seca.

—Voy a vestirme —dijo ella—. Tú estás bien así.

—¿Cuándo podré leer esto?

Las palabras de Charlie le hicieron sentir pánico. No estaba segura de reunir el valor para enviarlo si Charlie no respondía a la perfección. Él podría decir todo lo que debía decir, pero con un ápice de condescendencia o de diversión o incluso de nerviosismo, y Jaime sabría que el libro era basura. El arduo trabajo de dos años quedaría destruido por una ceja levantada. Bueno, no dos años de arduo trabajo, sino más bien seis meses de arduo trabajo en un período de dos años. Aun así. Jaime podía decirle: «No cariño, no quiero que lo leas hasta que esté publicado. Entonces podrás leerlo, pero sólo si controlas la expresión y limitas tus comentarios a la alabanza extrema».

—¿Vamos a casa mejor? —dijo Jaime—. Podemos parar en el sin nombre a tomar una copita. La verdad es que no me siento con ganas de enfrentarme a todos esos borrachos de Gino and Carlo's.

—¿Y dejar el libro aquí? —preguntó Charlie—. Vamos a llevármolo. Quiero leerlo.

—Está bien.

Pasaron tres días antes de que Charlie terminara el libro. Jaime sólo se sorprendió ligeramente al notar que acumulaba resentimiento. ¿Por qué Charlie no se había sentado sin más y lo había leído de un tirón? Sólo tenía 226 páginas; podía leerlas en un par de horas. No lo había hecho. Le dijo que estaba «saboreando» el libro. Jaime sabía que eso significaba que le estaba costando. Al tercer día, Charlie salió de su estudio con el manuscrito en la mano y el rostro sereno. Realmente tenía un aspecto muy divertido, con todo el pelo levantado y despeinado. Obviamente, había estado pasándose los dedos por el pelo mientras leía. Parecía un alborotador, pero dulce.

—Es mucho mejor que el primero —dijo con pedantería—. Tiene pasajes de emoción verdadera. Es un trabajo excelente.

—¿De verdad te gusta? —Se le llenaron los ojos de lágrimas.

Charlie tuvo que ver el efecto que estaban teniendo sus payasadas, porque dejó el manuscrito sobre la mesa del comedor y se acercó a ella para abrazarla y consolarla por haber escrito un libro que era una pérdida de tiempo.

—Me ha encantado —dijo con la boca metida en el cabello de su mujer.

Pero tuvieron que pasar unos diez minutos en los que le describió en detalle lo que le había gustado, y cuánto, y lo bueno que era no sólo en comparación con su primer libro, sino respecto a todos los libros, antes de que ella lo creyera.

—¿Debería enviarlo? —preguntó Jaime.

Charlie se echó a reír.

Antes de enviar por correo a Mills una copia del manuscrito mecanografiada profesionalmente, Jaime quiso conocer la opinión de una mujer. Llevó la copia a su amiga Tanya Devereaux. Tanya dirigía su servicio de prostitutas desde un piso de Alpine Terrace, un par de manzanas por encima de Castro. La casa era propiedad de una pareja de gays, que vivían en la planta de arriba. Tanya lo leía todo, y tenía opiniones fuertes. Jaime aparcó su Porsche delante del edificio de aspecto respetable y pulsó el timbre de Tanya. Tanya salió a abrir desnuda.

—Oh, pensaba que eras otra persona.

Jaime la siguió por el pasillo alfombrado hasta la sala de estar. Tanya tenía un rostro alargado y estrecho de campesina india. Si es que había campesinos indios. Jaime sabía que Tanya era medio india, pero no sabía de qué tribu ni nada. Se había enfrentado a todo el cuerpo de policía y los había vencido en su propio juego. No es que ellos no la detuvieran de vez en cuando, pero nunca con una acusación que pudiera sostenerse, y siempre salía del Tribunal de Justicia burlándose de ellos. «Lo único que se necesita es un cociente intelectual por encima de setenta —había dicho ella—. No me malinterpretes. La mayoría de los polis son buenos tipos. Pero algunos son unos cabrones sádicos, y no se puede ceder ni un palmo».

—¿Molesto? —le preguntó Jaime.

—No. Tengo a un cliente de cincuenta dólares que vendrá dentro de unos minutos, pero puedes esperar aquí en la sala de estar. —Arqueó la ceja, divertida ante Jaime—. Me los follo abajo. Esta sala es sólo para gente especial.

—¿Qué es lo que tienes que hacer por cincuenta dólares?

Una sonrisa.

—Lo mismo que haría por veinticinco. Sólo que el cliente ofreció cincuenta la primera vez, así que paga siempre cincuenta.

—He oído hablar de chicas de doscientos dólares, en sitios como Las Vegas, Hollywood y tal.

—Una puta de doscientos dólares es una puta de veinticinco dólares con un putero de doscientos dólares —dijo Tanya, mostrando las encías rosadas.

—Ah.

Sonó el timbre.

—Relájate —dijo Tanya, y fue a abrir la puerta.

Regresó con un hombre vestido con un traje azul oscuro. Tenía la cara redonda y una calva incipiente. Iba muy bien arreglado, con zapatos perfectamente lustrados, traje obviamente hecho a medida, dedos regordetes muy bien cuidados, joyas de oro. Pareció sorprenderse de ver a Jaime.

—No te pedí un trío.

—Es una amiga.

Tanya tomó al hombre de la mano para bajar la escalera. Veinte minutos después regresaron. Esta vez Tanya llevaba un viejo kimono abierto por la parte delantera. Acompañó al cliente a la puerta. Jaime los oyó susurrar.

—No se le levantaba —dijo Tanya cuando regresó. Fue a la cocina a buscar una Coca-Cola y al salir añadió—: Te quería a ti. Me ha preguntado cuánto.

—¿Qué le has dicho?

—Le he dicho que te lo preguntaría. ¿Has pensado en hacer un trabajito? Yo podría conseguirte clientes. Lástima que escribas. —A Tanya le encantaba *Washington Street*.

—Tal vez acabe haciendo trabajitos, quién sabe. —Jaime lo dijo con ligereza, pero luego se preocupó por si había insultado Tanya—. He terminado mi libro —soltó—. Tengo una copia del manuscrito fuera, en el coche.

El rostro de Tanya se iluminó.

—Oh Dios, ¡estoy tan emocionada! —exclamó—. ¿Puedo leerlo? ¿Por favor?

Ésa parecía una reacción más apropiada.

¿Por qué se hacía esas cosas a sí misma? Cuando Jaime le había entregado la caja de papel de mecanografía con la copia en el interior, Tanya simplemente la había dejado a un lado en la encimera de la cocina y le había dicho:

—Lo leeré enseguida.

Jaime, de un modo u otro, había esperado marcharse de Alpine Terrace con la opinión de Tanya. En cambio, se fue deprimida. Había olvidado lo deprimente que era todo. Había estado viviendo en su propio mundo secreto con la gente que ella misma había inventado, que hacía cosas que ella misma decidía y que resultaban como ella pretendía. De pronto, había vuelto al mundo real, donde todo estaba fuera de control. La reacción de Charlie había sido horrible. Detestaba el libro, pero no quería renunciar a su cómoda vida de marido. Desde luego, era posible. Era posible que nunca la hubiera amado y que siempre la hubiera visto como un medio de vida. Además, era muy listo al respecto, y por eso siempre tenía cuidado de no utilizar el dinero de ella.

Conduciendo por Divisadero, Jaime negó con la cabeza. Los pensamientos paranoicos no dejaban de acosarla. Que Charlie no era el que obviamente era. Que ella no era digna de su éxito. De todos modos, no era éxito, sino un golpe de suerte, y más le valía que se preparara para que su segunda novela fuera tratada como se trataban las primeras novelas de la mayoría: sin reseñas, sin dinero, sin una gran edición en bolsillo o ventas al cine, etcétera. Se había preparado para que ese libro cayera en el olvido. Los críticos la tomaban contigo cuando a su juicio tu primer libro había recibido demasiada atención.

Se dirigió al norte cruzando el Golden Gate. Su contrato cinematográfico le había parecido fabuloso un par de años antes. Joseph E. Levine, el gran productor de cine, famoso por importar de Europa las películas más penosas que podía encontrar, había comprado su novela a ciegas, sobre la base de algo que había oído en una fiesta. Paramount Pictures. ¡Qué halagador! Levine había comprado el libro en el acto mediante un contrato modelo de dieciocho páginas de texto denso que Mills le explicó en tono anodino: «Es esclavitud pura. Es dueño de tu libro para siempre, en todos los medios y de todas las

versiones. Es dueño de los personajes y, si escribes una segunda parte, él tendrá la primera opción de compra, y no podrás vendérselo a nadie más con los mismos nombres de los personajes. Esclavitud, como digo». Mills estaba por no firmar. Jaime quería esos treinta mil dólares. Se podía vivir tres años a lo grande con esa cantidad de dinero. Sin embargo, los treinta se convirtieron en veinte con diez por llegar, cuando la película se estrenara. Lo cual aparentemente nunca iba a ocurrir. Joseph E. Levine al final leyó el libro y explotó: «¡Esta gente es comunista!», comentaban que soltó, y enterró el proyecto. No sirvió de nada explicarle que en realidad no eran comunistas, sino más bien idealistas. Trata de explicar esa sutileza al hombre que se hizo rico importando *Hércules*, protagonizada por Steve Reeves.

Mientras tanto, Jaime se había quedado fascinada. En el cine era donde estaba el dinero de verdad, y Jaime quería mucho dinero. También era allí donde estaba el gran público. Fantaseaba con mudarse a Hollywood e irrumpir como guionista para luego pasar a directora. Charlie fue bastante frío al respecto.

—No hay mujeres directoras, que yo sepa —dijo.

—Ida Lupino —dijo ella.

Pero Charlie continuó con lo terrible que era Hollywood para los escritores.

—Mira lo que hicieron con *Los desnudos y los muertos* —dijo.

—No la he visto.

—¿Viste *De aquí a la eternidad*?

—Pensaba que te había gustado *De aquí a la eternidad*.

—Me encantó —dijo él—. Pero fue una chapuza. No se metieron en las escenas de la prisión militar, e hicieron que el Ejército degradara al capitán Holmes en lugar de ascenderlo a comandante, como en el libro. —Charlie se mostró categórico respecto a Hollywood—. Es una casa de putas —insistió.

Teniendo en cuenta que acababa de salir de una casa de putas auténtica, Jaime no estaba segura de que eso fuera necesariamente algo malo. Al fijarse en que tenía un coche de policía detrás de ella en el puente, miró al salpicadero. Ochenta y cinco en una zona de setenta. Redujo a setenta y cinco. Seguramente, eso apaciguaría al policía de tráfico que tenía detrás de ella, pero no. La hizo parar en el puente, en el lado de Marin, y se acercó al coche; un tipo pequeño, cabello rubio, boca apretada. La miró con gravedad.

—Hola, agente —dijo ella, exhibiendo lo que esperaba que fuera una sonrisa amistosa.

—Dígame una cosa —dijo—. ¿Cómo es que no ha reducido la velocidad a setenta al verme?

Así que iban a ponerle una multa después de todo.

—Las circunstancias no parecían justificar una conformidad absoluta —dijo Jaime.

Sacó el carné de conducir de la cartera y se lo entregó. El policía frunció el ceño. ¿Reconoció el nombre? ¿Había leído el libro?

No. Sólo la miró y le extendió la multa. Jaime tuvo que reírse de su descabellada expectativa. Cuando el policía siguió conduciendo, ella decidió no seguirlo, sino tomar la salida de Sausalito, bajar al bar sin nombre y tomar una copa. Hablar con el policía la había hecho sentirse un poco sucia.

El bar sin nombre estaba casi vacío, sólo unos pocos alcohólicos de tarde ampliamente espaciados en el bar, contemplando sus bebidas. Neil Davis, el propietario, estaba detrás de la barra y habían sintonizado la KJAZ en el equipo de sonido. Jaime se sentó en el asiento favorito de su marido, en el extremo de la barra, desde donde podía mirar a la gente por el ventanal.

—¿Has visto a Charlie? —le preguntó a Neil.

—Hoy no.

Claro que él habría dicho lo mismo aunque Charlie acabara de salir por la puerta. El bueno de Neil. Dirigía el mejor bar en el que Jaime había bebido nunca. Incluso mejor que el Tosca. El Tosca era un bar de gran ciudad, pero el bar sin nombre era un bar mundial. Entraba gente de todas partes, y no sólo gente: gente famosa, gente que estaba haciendo cosas. Gente interesante. Aunque ninguno de ellos estaba allí en ese momento.

—¿Qué te pongo? —preguntó Neil.

—Un Ramos Fizz —decidió Jaime.

Un cóctel empalagoso según su marido, pero allí lo hacían muy bueno. Pese a que el teléfono sonó detrás de la barra, Neil continuó preparando el Ramos Fizz. Sólo cuando la bebida estuvo perfecta y servida delante de Jaime en su servilleta, Neil se volvió hacia el teléfono.

—¿Jaime? —dijo cortésmente, tapando el auricular con la mano—. ¿Estás aquí?

—Ah —dijo Jaime, y bajó del taburete para ir al teléfono que estaba junto a la puerta de entrada.

Era Tanya.

—¿Dónde diablos te has metido? He estado llamando a tu casa, a tu apartamento, Charlie me ha dicho que estabas en mi casa, luego he pensado en el sin nombre. Sólo he leído una tercera parte, pero tenía que llamarte. ¡Me

encanta tu libro! Seguro que me estuviste siguiendo cuando era niña. ¿Dónde aprendiste todo esto?

—¿De verdad te gusta? —dijo Jaime—. ¿No me estás animando?

—¿Estás de broma? ¡Quiero el primer ejemplar!

Jaime finalmente colgó el teléfono y regresó a la barra. Tenía la ropa pegada al cuerpo. Las alabanzas, especialmente los elogios tan descarados, la hacían sudar.

Mills era exasperante.

—He leído el manuscrito —le dijo a Jaime al teléfono.

Eran las tres de la tarde, las seis en Nueva York, y Bob sonaba un poco borracho. Tal vez sonara siempre así. Jaime esperó pacientemente.

—Me ha gustado. Lo enviaré a Harcourt por la mañana. —La línea crepitó durante un rato, y luego Mills agregó—: Enhorabuena.

Su primer comentario sobre *Washington Street* había sido: «No creo que haya leído jamás un manuscrito de primera novela mejor que éste».

Había un mundo entre eso y «Me ha gustado». Tal vez Mills estaba cansado. Tal vez no creía que Jaime continuara necesitando halagos. Tal vez la estaba tratando con corrección, cuando lo que ella quería eran mimos.

—¿Qué te pasa, mamá? —le preguntó Kira.

—Han arrancado de cuajo el ego de mamá —dijo mamá.

Kira estaba en su regazo, vestida con su bañador negro y amarillo, una prenda realmente horrible que le había comprado su abuela, que la adoraba desde la distante Portland. Kira era una preciosidad de todos modos, con los ojos grandes y oscuros de su padre y el mohín en la boca de su madre. Se escurrió del regazo de Jaime y salió corriendo al jardín a través de las puertas cristaleras. Se había comportado de manera muy adulta en su primer día de jardín de infancia en la Old Mill School. Jaime recordaba que de niña ella se había separado entre lágrimas de su madre en la misma ocasión, y estaba lista para llorar y suplicar, pero Kira simplemente la miró como diciendo: «¿Me vas a dejar aquí, en este caos?». Charlie y Jaime fueron a dar un paseo bajo el sol después, y Charlie dijo:

—Opresivo, ¿eh?

—Es que todo es muy pequeño, nada más.

Pero Jaime también lo había sentido. Ahora a Kira le encantaba la escuela, y Cynthia la llevaba por la mañana, mientras Jaime escribía. Aunque, por supuesto, Jaime no tenía nada que escribir. Su manuscrito estaba siendo manoseado por los editores de Harcourt, que la habían atado con un contrato

por dos libros. Ahora tenían que decidir cuánto ofrecerían por el libro. Si es que ofrecían algo. Mills había sido vago.

—Podría estar muy bien —dijo.

—Si es que lo quieren —dijo ella.

Charlie no había explotado ni había salido corriendo, pero, claro, su propio libro podría estar listo para publicarse muy pronto. Recibía largas cartas de Bill Ratto, cuyo entusiasmo resultaba contagioso. A Jaime le gustaba hablar con Bill por teléfono. Su energía parecía desbordar la línea.

—Pásame con mi novelista —diría—. Creo que tenemos un gran avance.

Ratto había reducido el manuscrito a unas setecientas páginas más o menos, y quería presentar una novela de alrededor de quinientas.

—No puedo talar y quemar sin más —explicó—. Tengo que hacer que se integre.

No quería que Charlie escribiera nada más. A partir de ahí se trataba de un asunto de «recorte sensato».

¿Charlie? Estaba cansado de su libro. Si estuvieran los dos en casa se sentarían en su mobiliario de jardín de madera de secuoya y tomarían una copa civilizadamente a la puesta de sol. La vista desde el jardín era maravillosa: la bahía, las colinas de East Bay, la isla del Ángel, Alcatraz, el puente de la bahía. Se sentarían uno al lado del otro y verían cómo se apagaba la luz natural y se encendían las brillantes luces eléctricas. Un día al atardecer, Charlie comentó al contemplar la luz en declive:

—¿Sabes?, debe de haber cientos de tipos por ahí que piensan que, sólo porque estuvieron en combate, tienen material para escribir una gran novela. —Se rio.

A Jaime no le gustó nada el sonido de esa risa.

—Has de seguir luchando —dijo con voz débil.

—¿Acaso no he hecho ya suficiente por mi país? —dijo Charlie en voz baja al cielo pálido. Y luego, por extraño que parezca—: ¿No te gustaría que tuviéramos algunos conejos? Ésta es la hora de la noche en que saldrían.

Charlie estaba desorientado. No lo revelaba, pero Jaime sabía que tenía el corazón roto. Luego se contuvo. Había caído en la misma trampa que él, combatiendo la posibilidad de una buena noticia. El libro de Charlie aún no había fracasado. Tal vez no fracasara. Sin embargo, un sentimiento melancólico y pesimista pendía sobre la totalidad del proyecto. Ratto había sido muy entusiasta, pero Jaime no estaba segura de que fuera un buen editor. Su propio editor, Dan Wickenden, era más como tenía que ser. Él mismo era novelista y poseía una voz de Harvard muy suave y una preocupación real por

la literatura. Un caballero. Ratto era una animadora. Aunque tal vez estaba siendo dura.

Entonces, el Caballero Dan sólo le ofreció un anticipo de diez mil dólares. Llamó para disculparse, señalando que Harcourt estaba pasando por una situación delicada, pero entonces a Jaime esa voz le sonó atroz y decadente en lugar de caballerosa.

—Sacaríais el doble de eso en la edición de bolsillo —le soltó.

Colgó, con la excusa de que Kira la estaba llamando. Tenía el cuerpo cubierto de sudor frío. Aún no eran las ocho de la mañana. Kira y Cynthia estaban viendo una serie infantil y desayunando en la sala de estar. Jaime salió del dormitorio. Kira soltó un chillido de risa. Jaime miró a su alrededor. Todo dependía de que ella ganara dinero, mucho dinero. Todo podría disolverse. La oferta de diez mil dólares significaba que Harcourt no creía que el libro fuera a venderse. No esperaban una venta de bolsillo ni una venta de derechos de cine ni ventas al exterior. Pensaban que el libro era espantoso. ¿Y por qué no? ¿Qué sabía ella de la pobreza o de cualquier otra cosa? Ella era una niña.

Acudió a Charlie en busca de consuelo. Charlie se levantaba cada mañana alrededor de las seis y se metía en su estudio, tanto si tenía algo que escribir como si no. Jaime se preguntaba qué hacía allí. Ella nunca lo interrumpía y nunca entraba. Su propio estudio estaba en el dormitorio. Se habían peleado y Jaime había ganado, quedándose el dormitorio para ella y cediéndole a Charlie el diminuto medio-dormitorio. El altillo, más espacioso, era para Cynthia. Ella no había formado parte del plan cuando compraron la casa, pero al instante se dieron cuenta de que si querían mantener sus horarios necesitarían una empleada que viviera en la casa. Con los ingresos de Jaime podían permitirse eso, y hasta tener a Randy Wilde buscando otra casa con más espacio. De repente, con la terrible noticia de Harcourt, tendrían suerte si podían mantener incluso esa pequeña casa.

Abrió la puerta del estudio. Charlie estaba sentado ante su escritorio en tejanos, sin camisa y descalzo. Sudaba, y tenía un lápiz en la mano, una pila de manuscrito delante. La miró. Ella nunca lo había interrumpido antes. Entonces a Charlie se le iluminaron los ojos.

—Ha pasado algo —dijo.

—Malas noticias. —Se lo contó.

Charlie no parecía disgustado.

—Diez mil es mucho dinero —dijo—. Y es sólo un anticipo. Es tu dinero.

—Deben de odiar el libro.

Charlie sonrió y le tomó la mano. La suya era cálida, caliente casi.

—Si no les gustara —le dijo en voz baja, mirándola a los ojos—, no te habrían ofrecido nada.

No podía consolarla. Se sentía insultada por la oferta. Ella les había hecho ganar dinero y ahora estaban siendo cautelosos. Era exasperante. Llamó a Mills al cabo de unos días y le dijo que rechazara la oferta y le buscara otra editorial.

—¿Estás segura?

—Sí.

Pasó un mes, sin nada más que silencio del Este. El misterioso Este. Jaime ya estaba segura de que había cometido un error al rechazar la oferta de Harcourt. Los de Harcourt eran sus amigos y le habían ofrecido lo máximo que honestamente podían. Recordó el sonido de la voz de Dan Wickenden, su tranquilizador tono de Harvard. Había sido un buen editor, enviando página tras página de notas y atentas sugerencias, siempre respetuosas, tratándola como a una artista. Y ella lo había mandado al cuerno. Nadie ofrecería ni un centavo por su estúpido libro. ¿Por qué iban a hacerlo?

Charlie se rio de ella. Cuando eso no funcionó, se puso compasivo.

—Mira, se necesita tiempo. Unas semanas no es nada. Relájate, tu libro está muy bien.

Jaime recordó la respuesta no del todo perfecta de Charlie. ¿Acaso tenía él la esperanza de que su libro fracasara? ¿O terminaría ella en un manicomio a causa de toda esa paranoia?

Puso algunas cosas en cajas de cartón, las tiró en la parte posterior del Porsche y se fue a vivir a su pequeño apartamento de Telegraph Hill. Resultaba demasiado duro fingir que era un ama de casa de barrio residencial, especialmente con Charlie presente a todas horas. Si se iba a tomar una copa al sin nombre, Charlie estaba allí. Su vida la estaba asfixiando y decidió marcharse un tiempo. Charlie la visitaba en la ciudad cada pocos días, a veces llevando a Kira con él. Pero Jaime no estaba contenta de ver a Kira. Eso le partía el corazón. Sabía que no era una buena madre. No tenía suficiente amor en su interior. Kira había sido un tremendo error, aunque era impensable que no estuviera viva.

Probó a escribir relatos cortos. Algunos cuentos en el *New Yorker* o el *Atlantic Monthly* le vendrían bien a su carrera. Pero odiaba escribir cuentos. Odiaba los personajes que inventaba y odiaba sus intentos de escribir sobre gente real. En realidad no era una buena escritora, ése era el problema. Lo había fingido lo suficientemente bien para un libro. Uno de esos, bueno, libros

de recuerdos, *Doce en casa*, *La vida con papá*, *Washington Street*, eran todos iguales. En realidad *La vida con papá* era un muy buen libro.

Al abandonar los cuentos, Jaime se llenó de una ira que no podía aplacar por más rato que pasara bajo la ducha. Odiaba su vida de ama de casa. Tendría que conseguir un trabajo. Podría convertirse en prostituta, trabajar para Tanya. Traer dinero a casa. ¿Qué problema había con eso? Las prostitutas no eran malas, sólo eran mujeres trabajadoras. Tanya tenía ideas enérgicas al respecto, y Jaime, pensando en ello en todos y cada uno de los bares de North Beach, bebiendo mucho, no podía menos que estar de acuerdo. La gente pensaba en ella como en una novelista de éxito cuya vida no sólo estaba bajo control, sino que era realmente envidiable. Todo el mundo pensaba que estaba escribiendo su nuevo libro. Nadie sabía que era una farsante. Nadie sabía que sólo estaba tumbada leyendo cuando debería estar trabajando. Nadie sabía que estaba esperando a que sonara el teléfono.

Por las tardes, Charlie comenzó a llevar a Kira a dar largos paseos por Bridgeway, en Sausalito, mientras esperaba a que Jaime saliera. Aparcaban en el extremo norte de la ciudad y caminaban por el largo paseo marítimo, pasando junto a todos los veleros y los grandes yates a motor. En ocasiones paseaban hasta el final del muelle Tres, donde Neil Davis tenía su barquito, un Monterey de pesca al cerco reconvertido. Si el barco estaba allí, podían subir a bordo e imaginar que se encontraban en la bahía. O se sentaban al borde del muelle y contemplaban cómo los otros barcos navegaban las aguas calmadas del puerto. Los peces mordisqueaban las algas de los pilotes, y a Kira le encantaba tumbarse en los tablones y quedarse observando el agua. Charlie se sentaba junto a ella, con los pies colgando, soñando despierto a la luz del sol. En Kim Song, y después en el Hospital del Ejército en Tokio, Charlie aprendió el truco de saborear momentos de paz, entrando en esos momentos y haciendo que durasen. Dejaba que su mente se evadiera cuando su cuerpo no podía. No había nada que pudiera hacer respecto al sufrimiento de su esposa. Charlie sabía que sufría. Ella no ponía caras largas, pero él lo sabía. E iba a esperarla.

Mientras tanto, pasaba mucho tiempo con Kira. Una vez incluso había navegado en el barco de Neil, junto con el capitán Neil y dos de sus camareras, Kazuko y la alta y flaca Rachel, a la que llamaban «la Mantis Religiosa» a sus espaldas por la forma en que trataba a sus novios. Las dos camareras tenían malos novios, y Neil iba a llevarlas en un crucero por la bahía como terapia. Charlie y Kira llegaron justo cuando estaban zarpando.

—Me alegro de veros —dijo Neil alegremente—. ¡Subid a bordo!

—¿En serio? —preguntó Charlie—. ¿Adónde?

—Allá. —Neil señaló más o menos hacia Alcatraz. Sonrió a Kira, que iba con unos vaqueros y un polo a rayas—. Tengo algo abrigado para ella por si hace frío.

Neil tendió la mano, y Kira la tomó y, con una mirada a su padre, subió a bordo. Charlie tuvo una visión repentina de Linda McNeill. Mamadas a cambio de paseos en barco. ¿Y si Kira se enamoraba de los barcos?

—¿Y si Kira...? —Charlie completó la idea con un gesto desde las tripas. Neil sonrió.

—Volveremos —dijo.

Pero Kira no se mareó ni nada por el estilo. Le encantaba navegar, y con Charlie sosteniéndola hasta sujetó el timón cuando pasaron junto al Trident, cuya terraza estaba llena de los que cenaban tarde o los que bebían pronto, varios de los cuales saludaron con la mano. Cuando pasaron el cabo y salieron a la bahía propiamente dicha, Charlie vigiló a Kira, pero la niña tenía los ojos brillantes, las mejillas coloradas. Con paso seguro, caminaba con valentía por todo el barco con las manos levantadas para mantener el equilibrio, rara vez agarrándose a la barandilla como tenía que hacer Charlie.

—Tiene un don natural —dijo Neil.

Los hombres sonrieron. La pequeña camarera japonesa llevaba el timón y la Mantis estaba a su lado. El barco se mecía con las olas y San Francisco se recortaba blanco contra el cielo. Mientras avanzaban hacia el Golden Gate, Neil entró en la pequeña timonera y se puso al timón, dirigiéndose a mar abierto.

—¿Adónde vamos? —preguntó Kira. Ella y su padre estaban al descubierto en la popa.

—Pasaremos por debajo del puente —dijo Charlie—. ¿Tienes frío?

—No.

El rostro de Kira era limpio, ansioso. Charlie tuvo ganas de llorar de tanto como la amaba. Juntos observaron el puente sobre sus cabezas al tiempo que las olas se hacían más altas y el viento soplaba más frío. Neil devolvió el timón a Kazuko y sacó un viejo suéter marrón. Charlie envolvió a Kira con el suéter, sosteniéndola en sus brazos para mantenerse en calor él también. Sólo lamentaba que Jaime no estuviera allí con ellos. Empezaba a hacer mucho frío. Llevó a Kira a la timonera, casi cayéndose y agarrándose a Rachel.

—Ups —dijo.

—Dame a la niña —dijo Rachel.

Y Charlie, agradecido, le entregó a Kira.

—Supongo que será mejor que volvamos —dijo Neil.

Kazuko giró bruscamente a babor.

—¡Joder! —exclamó Neil, con el rostro blanco.

El barco quedó de costado a las olas y casi se inundó, pero Kazuko sostuvo con fuerza el timón y la embarcación logró virar pese a los embates de las olas. Al cabo de unos segundos navegaban sin problemas, como si nada hubiera sucedido.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó Charlie a Neil.

Kazuko apenas podía ver por encima del timón, con el rostro tenso en un ademán de determinación. No mostraba ningún indicio de preocupación, de hecho, ninguna de las mujeres estaba inquieta. Sólo Neil y, por contagio, Charlie. ¿Qué riesgo terrible había hecho correr a su hija?

—Nada. —El rostro de Neil recuperó el color—. Normalmente no hay que ponerse de costado al viento, nada más. El barco podría haberse inundado.

—¿Si nos hundimos nos comerán los tiburones? —preguntó Kira.

Las más de las veces, Charlie y Kira paseaban por la ciudad, mirando escaparates y observando a la gente. Había un parquecito, con un par de elefantes de piedra rojiza, palmeras y un trozo de césped soleado, pero habían perdido el privilegio de sentarse en la hierba bajo el sol. Charlie escuchó la historia en el sin nombre. Ginsberg, Orlovsky y Ferlinghetti habían estado en Sausalito por alguna razón, y habían terminado en el parque. Estaban haciendo payasadas, tal vez Peter besó a Allen y había gente mirando, y esa noche, esa misma noche, vino la policía y puso una cerca alrededor del césped. Se acabó jugar en el césped a partir de ese momento. La primera vez en la historia que habían cerrado un parque debido a una infestación de poetas.

Ahora, con el parque cerrado, los *hippies* y otros indeseables se sentaban en los amplios escalones delante del parque o al otro lado de la calle, en los escalones que conducían a Bulkley Avenue.

—Mira a los payasos —dijo Kira en voz alta un día, refiriéndose a algunos *hippies* de colorida vestimenta.

—Sí, cielo —dijo Charlie.

El final oficial de su paseo era siempre el león marino de bronce, posado en una roca al borde de la bahía, en el largo espigón, más allá del Trident. Charlie y Kira se sentaban en el banco, uno al lado del otro, mirando el león marino y los barcos de la bahía. Kira, por lo general, se quedaba dormida en su regazo, y él la llevaba en brazos al regresar por la ciudad hasta el coche. ¿Sería ése uno de los recuerdos de niñez de Kira? Charlie así lo esperaba.

En casa reinaba cierta incomodidad, sin llegar a la tensión. Cynthia se ocupaba de todo. Prostituta o no, Cynthia era una buena *au pair*, y Kira la adoraba. Las dos estaban siempre susurrando, dejando a Charlie al margen. Eso estaba bien. Ése no era el problema. Era sólo que convivir en casa con una joven muy atractiva que además era prostituta inducía a ciertos pensamientos impropios, que Charlie debía eliminar constantemente. Se

preguntaba si Jaime lo dejaba con Cynthia a propósito, para tentarlo. En respuesta a lo ocurrido con Linda años atrás. Tanto si era así como si no, él no iba a cometer errores. Si seducía a Cynthia, ella seguramente se lo diría a Tanya, que se lo diría Jaime, y todo se acabaría. No es que Cynthia coqueteara o caminara por la casa a medio vestir, ni nada por el estilo. A Charlie le daba la impresión de que ella era muy cuidadosa con eso. Lo cual también resultaba tremendamente sexy.

La vida de Charlie era descabellada, pero tranquila. Cuando Jaime por fin decidiera qué hacer con su libro, las aguas volverían a su cauce y recuperarían la normalidad, salvo, claro está, por el hecho de que Charlie no tenía nada que hacer. Su larga obsesión había terminado. No tenía sentido empezar con otro proyecto de escritura. Él no era escritor. La cuestión era encontrar otra obsesión.

Entonces llamó Bill Ratto, diciendo que había terminado de dar forma al manuscrito de Charlie.

—Creo que tenemos una novela. —Parecía lleno de vida y audaz por teléfono, pero así era como sonaba siempre—. Te sacamos barato por cinco mil —dijo con una risa burbujeante.

Iba a viajar a la Costa Oeste para hablar con escritores y quería cenar con Charlie y Jaime. Charlie colgó el teléfono y se dio la vuelta en la cama. Eran las siete de la mañana, las diez en Nueva York. No había sabido nada de Jaime en varios días. Llamó a Bob Mills para compartir la noticia sobre la llamada de Ratto y la inminente visita. Quería preguntarle a Mills si tenía noticias de Jaime o de su libro, pero comprendió que no podía dejar que Bob Mills se enterara de que no sabía dónde estaba su propia esposa.

Escuchando los ruidos de Kira y Cynthia fuera de la casa, Charlie se levantó, se duchó y se vistió. Su pobre y vieja novela de guerra. La maldita pila de páginas, su amigo más antiguo. «¿Por qué, Charlie? ¿No puedes tener amigos humanos?». Tal vez la novela estuviera terminada. Tal vez Ratto había hecho algún tipo de magia.

Cynthia y Kira se sentaron a comer delante de la televisión. Charlie cogió una taza de café y salió al jardín. Un pardillo trinaba su canto increíblemente complejo. Charlie por fin localizó al pajarito en el punto más alto de su antena de televisión. ¿No debería él hacer lo mismo? ¿Gorjear con todas sus fuerzas? Tomó un sorbo del café, esperando que la cafeína atajara su depresión. Se sentó en una de las tumbonas de madera de secuoya, mirando hacia la bahía brumosa, hasta que sintió que la humedad se filtraba a través de sus pantalones vaqueros. Se levantó, sacudiéndose la tela húmeda, y volvió a entrar en la casa.

Al cabo de tres días, Bill Ratto llamó de nuevo, esta vez desde el Mark Hopkins. Estaba instalado y recibiendo visitas. La ira de Charlie hacia Jaime iba en aumento. No por estar lejos, sino porque, con Bill allí, francamente, Charlie necesitaba el apoyo moral. Se había preparado para que le desagradara lo que Ratto había hecho con su trabajo, pero odiaba discutir

sobre la escritura, especialmente la suya, y temía tener que hacerlo sin Jaime a su lado. Ella tenía el don de la diplomacia, a menos que perdiera los estribos. Charlie era categórico. Y además, el hecho de que ella no estuviera localizable había herido su virilidad. Sobre todo porque él se negaba a buscarla. Había empezado incluso a evitar North Beach por la noche, limitándose a ir a beber a Sausalito y al bar sin nombre. Incluso allí, medio esperaba ver a Jaime entrando por la puerta.

Charlie aparcó en el garaje Standard, en la manzana del Mark Hopkins, y se dirigió al hotel con las manos metidas en los bolsillos delanteros. Al menos, el manuscrito estaría sobre la mesa y no fuera de su control, en Nueva York. Lo recogería, se lo llevaría a casa, lo leería con tiempo y luego llamaría a Bill Ratto. Si Jaime aparecía, le pediría que lo leyera ella también. Si no, pues no. Charlie era grandecito. Podía ocuparse de todo por sí mismo.

La habitación de Ratto era un pequeño cubículo al final de un largo pasillo oscuro. Charlie había supuesto que el Mark Hopkins sería un hotel de lujo, pero no lo parecía en el interior.

—¡Adelante! —gritó Bill.

Y Charlie abrió la puerta para encontrarse a Ratto en una de las camas gemelas, vestido con pantalones oscuros y una camisa blanca con el cuello abierto. Era rellenito y de cara redonda, con una nariz pequeña y afilada. Llevaba gafas de montura de plata y lucía un bigotito. Tenía un manuscrito en las manos y había otros por toda la habitación —unos cincuenta, calculó Charlie—, en la otra cama, en los muebles y sobre la alfombra.

—Justo el hombre que quería ver —dijo, como si no tuvieran una cita.

Charlie cerró la puerta, quitó un par de cajas de manuscritos de una de las sillas y se sentó.

—Hola, Bill —dijo, tratando de establecer con calma el tono de la reunión.

—Quiero que me consigas algo de hierba —dijo Bill—. Pensaba que iba a ser fácil, pero el botones de aquí ni siquiera parece saber lo que es y los escritores con los que he estado hablando o no pueden conseguirla o no quieren. ¿Y tú?

—No puedo ayudarte —mintió Charlie—. Pero preguntaré.

—Sólo un par de canutos. Para eliminar el gusto a hotel de mi vida.

—¿Cómo te va? —preguntó Charlie, no con entusiasmo, sino con calma.

Bill se incorporó en la cama y dejó el manuscrito.

—¿Estás listo para leer un gran libro? —preguntó con los labios arrugados en una sonrisa—. ¿Estás preparado para morirme por un libro?

—Sí —dijo Charlie, y sonrió. Empezó a sentirse mejor.

Bill hurgó entre las cajas y se acercó con una enorme pila de páginas irreconocibles, sujeta por gruesas bandas de goma.

—¿Eso es mío? —preguntó.

Bill se lo entregó.

—Me he tomado la libertad de pedir que lo mecanografiaran. Estaba hecho un lío, ya lo sabes.

Charlie lo sopesó. No podría haber más de quinientas páginas. De las al menos mil quinientas que le había enviado en total.

—¿Cuánto tiempo vas a estar en la ciudad? —le preguntó a Bill—. Puedo leerlo y llamarte, o podemos quedar ya.

—¿Estás bromeando? —dijo Bill—. Quiero que lo leas aquí y ahora.

Charlie, aturdido, se sentó y comenzó a quitar las bandas de goma. No quería sentarse allí y leerlo. Leería un poco, diría algo agradable, y luego se llevaría el cabrón a casa.

—Bonito título —bromeó.

El título era suyo, *El fin de la guerra*. El problema no era el título, a todo el mundo le encantaba el título. Empezó a leer el primer párrafo. Sonó el teléfono y Bill contestó, sin bajar la voz en absoluto, y acordó una cita con alguien. Charlie siguió leyendo, con el rostro cada vez más paralizado. Llamaron a la puerta y Bill se levantó de un salto, habló en un murmullo con alguien y volvió a entrar con otro manuscrito de peso considerable, éste empaquetado con papel de envolver y una cuerda. Charlie continuó leyendo y se le fue helando la sangre. Casi no reconocía nada, salvo los nombres de los personajes y algunas palabras malsonantes. El resto estaba tan manipulado que tenía una sensación de aturdimiento, como si estuviera a punto de desmayarse. Siguió leyendo mientras Bill hablaba por teléfono, esperando a ver si toda la reescritura dramática llegaba a su fin, tal vez después del primer capítulo. No, seguía y seguía, página tras página de cosas que simplemente no reconocía y que le desagradaban sobremanera. Poco a poco perdió la paciencia. Su novela se había convertido en un montón de mierda. Dejó de leer, con el manuscrito en sus rodillas. Respiró profundamente, tratando de recuperar el control de sí mismo.

—¿Y bien? —dijo Bill con alegría—. ¿Te gusta?

Charlie se lo pensó bien. No tenía nada en contra de Ratto. Había estado tratando de ayudar. Había trabajado mucho tratando de convertir el manuscrito de Charlie en una novela publicable. Tal vez lo había conseguido. Se leía con facilidad. De hecho, con demasiada facilidad. Tenía un tono

ingenioso agradable. Podría ser una ficción comercial bastante buena, en lugar de un sinfín de palabras sin valor en el papel.

—¿Y bien? —La cara de Bill estaba preparada para recibir elogios.

Charlie suspiró.

—Eh. —Dejó cuidadosamente el manuscrito en el suelo y se levantó—. No puedo hacerlo, Bill. —Sonrió mirando al suelo, avergonzado—. Voy a devolver lo que me han pagado. Del anticipo. Lo siento.

La sorpresa en el rostro de Bill Ratto no podría haber sido mayor.

CUARTA PARTE

BLOQUE C

La celda de Stan Winger tenía dos metros de largo por metro y medio de ancho y dos metros setenta de altura. Estaba en medio de la tercera galería y era bastante tranquila. Stan tenía unos cuantos libros, pero ningún otro objeto personal. Barría la celda y hacía la cama cada mañana. Una vez por semana, lavaba todas las superficies de la celda y las secaba con una camiseta vieja. Le gustaba que estuviera lo más limpia posible, pero no era un fanático de la limpieza. Los hombres del Bloque c no iban a trabajar ni comían en el gran comedor ni tampoco salían de sus celdas por ningún motivo que no fuera la hospitalización. Estaban mejor que los hombres del Centro de Rehabilitación que ocupaban celdas de castigo. En el Bloque c tenías un inodoro, una cama y ropa. Disponías de una escoba para barrer y de todos los objetos personales que pudieras meter. Pero no podías salir, excepto para hacer ejercicio una vez al día durante una hora o para ducharte dos veces por semana.

El Bloque c era para los reclusos que necesitaban, por una razón u otra, permanecer separados del resto. Si un político, un juez o un policía era enviado a la cárcel terminaba allí, entre los soplones, las locas, los que abusaban de niños y otros, como Stan Winger, cuyas vidas podían correr peligro. Stan se encontraba allí porque la administración sospechaba que iba a meterse en problemas con el resto de presos por el programa de artes creativas, que él había iniciado.

En la prisión estatal de Oregón existía un programa de artes, y Stan se había dedicado un poco a la pintura. Le gustaba pintar. Más que escribiendo, con la pintura lograba evadirse. Podías dejarte caer en las pinceladas, desaparecer, o podías excitarte tanto por el acto de pintar que todo tu cuerpo sentía un maravilloso resplandor sexual. La pintura era fantástica, y Stan tenía intención de pintar un poco durante su condena de cinco años. Se quejó, inició una campaña y actuó como un completo estúpido, exigiendo que la administración se implicara en la rehabilitación. Había habido una pequeña tienda de regalos en el centro de visitantes, pero había decaído a causa de las condiciones cambiantes. En su momento, la tienda vendía objetos creados por los reclusos, artesanía en madera y metal, anillos y pendientes hechos de

mangos de cepillos de dientes, etcétera, y Stan decidió que la tienda de regalos tenía que abrir de nuevo, sólo que esta vez también debería exhibir el arte que se realizaba en prisión. Muchos de los hombres tenían talento. Podrían vender sus obras y conseguir rehabilitarse. Así lo argumentó Stan.

El programa había cosechado un gran éxito. Celebraron su primera gran exposición de arte, abierta al público, y un par de periódicos y cadenas de televisión le dieron cobertura. La exposición recaudó varios miles de dólares y, aunque Stan no vendió nada, en general se le atribuyó haber introducido el dinero en la prisión, y corrió la voz de que era un buen tipo. Empezaron a celebrarse exposiciones regulares, se reabrió la tienda de regalos y Stan Winger se ganó la reputación no sólo de ser un buen tipo, sino también de ser un tipo al que había que conocer. Una celebridad menor en el gran patio.

Sus compañeros reclusos reaccionaron tratando de conseguir que utilizara las exposiciones de arte como medio para introducir artículos de contrabando. La administración reaccionó tratando de convertirlo en un soplón. Al final, terminó en el Bloque C por su propio bien. La ironía era que el programa de Bellas Artes continuó sin él, y se estaba extendiendo a otras prisiones. Otra ironía era que él abandonó la pintura y en su lugar se dedicó a tratar de convertirse por fin en un escritor publicado. Era más barato escribir que pintar. A Stan le gustaba pintar al óleo. Le encantaba el olor y le gustaba aplicar la pintura con una espátula larga y delgada, y eso era caro. Pero podía leer y podía escribir. El marica de la biblioteca venía con el carrito de libros tres días a la semana, y Stan comenzó a cortar las páginas en blanco que los libros tenían al principio o al final, como un acolchado para que los libros parecieran más grandes y con ello justificar un precio más alto, suponía. Stan necesitaba el papel para escribir. Ya tenía varios lápices que había robado cuando se presentó la oportunidad.

Stan, considerando la escasez de papel, decidió que compondría las frases en su cabeza y que sólo pasaría las palabras al papel cuando estuviera seguro de ellas. No sólo escribía para pasar el rato. Tenía un plan. Fawcett Gold Medal Original Books. Eran novelas de misterio y de suspense, por lo general duras. Gracias a un artículo en el *Writer's Digest*, Stan se enteró de que Fawcett pagaba dos mil quinientos dólares por un Gold Medal Original. Tenía que contar con una extensión de entre cincuenta y setenta mil palabras. Y Stan supuso que tenía que ser como todos los demás Gold Medal Originals. Él escribiría uno, y así esta vez, cuando saliera de prisión, habría algo de dinero esperándolo. No tendría que dar media vuelta y volver a entrar.

Stan sólo había estado en la calle un total de ocho días entre penas de prisión, y estaba decidido a que eso no volviera a ocurrir. Los ocho días habían sido muy emocionantes, y con abundante diversión, pero, vistos en retrospectiva, fueron una locura. Él y los dos tipos que conoció en el autobús que salió de la prisión estatal de Oregón formaron una banda para robar en Oregón, Nevada y, finalmente, California. Los detuvieron después de una persecución a toda velocidad a través del valle de Sacramento en la que Stan y sus dos amigos escaparon en un coche de la patrulla de autopistas de California, hasta que al final tuvieron un accidente a las afueras de Manteca. La policía golpeó un poco a Stan, pero uno de los chicos, Tommy Sisk, recibió un disparo en la cabeza y murió esa misma noche. De manera que Stan estaba listo, más que listo, para convertirse en un miembro productivo de la sociedad. Y lo conseguiría escribiendo novelas *pulp* a buen ritmo. Una vez que aprendiera el oficio, razonó, podría producirlas casi de manera industrial.

Tardó cuatro meses en escribir el primer libro. Lo escribió a lápiz, en papel de diversos tamaños y condiciones, un grueso alijo de papel sucio que guardaba debajo de su cama. Cuando los guardias registraron la celda lo encontraron, por supuesto, pero tenían buen corazón y lo dejaron continuar trabajando. Técnicamente, tenía el derecho a escribir un libro, pero en la práctica se hallaba a merced de la administración o de cualquier miembro de la misma, desde el alcaide hasta el último de los funcionarios. Pero amablemente lo dejaron escribir su libro, y durante un tiempo estuvo tan enfrascado que se olvidó de dónde estaba y de quién era. Lo recordó todo cuando terminó el libro y tuvo que decidir cómo hacérselo llegar a la Fawcett Publishing Company de Nueva York. Estaba prácticamente desamparado. Para empezar, no tenía manera de conseguir que mecanografiaran su texto. Bueno, se saltaría la mecanografía. Su única oportunidad era sobornar a uno de los guardias y convencerlo de que si sacaba ese montón de papeles y lo enviaba por correo a Fawcett, se ganaría un montón de dinero. Eligió al más tonto de los guardias disponibles y le contó su historia. Le costó una semana, pero el chico cedió finalmente y prometió empaquetar y enviar el manuscrito de Stan a Fawcett a cambio de ochocientos dólares a cobrar en el futuro. Ya sólo le quedaba esperar que la gente de Fawcett tuviera el buen criterio de leerlo.

Después de dos meses de espera, Stan por fin se dio cuenta de que el guardia no había enviado el manuscrito, sino que simplemente lo había tirado. Incluso consiguió que el tipo lo reconociera.

—Eres un iluso —dijo el guardia en defensa de sí mismo.

Stan se quedó tres días tumbado en la cama. Era lo peor que la prisión le había hecho nunca. Había matado su esperanza. Stan juró venganza.

No tenía sentido escribir nada. Ya no confiaba en nadie. Stan poseía una buena imaginación y una buena memoria. Iba a trabajar en ambas, para mejorarlas y escribir su maldito libro en la cabeza. La mejor parte era que creerían que lo habían derrotado. Eso era lo único que querían. Y por primera vez desde su ingreso en prisión, Stan decidió ponerse en forma. No tenía músculos, y la vida en la cárcel lo había dejado blandengue y débil. No podía salir al patio y levantar pesas, de manera que hizo lo que los combativos hacían en el Centro de Adaptación, empleó las técnicas de «tensión dinámica», y enfrentó su cuerpo contra sí mismo.

Al principio, sólo podía hacer unas pocas flexiones. Por supuesto, la comida era muy mala, pero decidió dejar de culpar a la comida, la administración o el mundo en general, y empezar a pensar y trabajar por sí mismo. Flexiones de brazos, sentadillas, intentar separar los barrotes, intentar juntar los barrotes, al menos dos horas al día gruñendo y gimiendo. No trataba de escribir en su cabeza mientras hacía ejercicio. Ésa era otra parte de su día, quedar exhausto por el ejercicio y luego dejar que su mente vagara por el mundo exterior. No sólo por la libertad, sino para percibir los detalles y tratar de convertirlos en palabras. La primera tarea que se impuso Stan para su imaginación literaria fue encontrar palabras que describieran lo que lo asustó más cuando lo llevaron al Bloque c. Mirando hacia arriba a las cinco plantas de celdas, vio a lo largo de las rejas guirnaldas de pelo humano sucio y enmarañado, como si fueran banderitas desquiciantes. Fue ese pelo, no el ruido ni la suciedad ni la oscuridad ni el frío, no, sólo aquellas guirnaldas de pelo. Una vez cada dos semanas, repartían entre los reclusos cubos y fregonas para que fregaran sus celdas hasta la canaleta (o no, si querían vivir en la inmundicia, adelante), y esa agua siempre contenía pelo humano, junto con otros restos. Entonces el recluso encargado recorrería el pasillo moviendo la fregona adelante y atrás, llevándose toda el agua sucia de las celdas y echándola hacia el borde. El agua goteaba hacia abajo, pero los pelos se enganchaban en otros pelos que habían quedado después de años y años de fregar. Eso creaba las guirnaldas. Él no lo habría llamado guirnaldas, si no

hubiera sido por los guardias, y tardó un tiempo en enterarse del origen de ese nombre. Fue a partir de un poema satírico:

La puta vieja de las Azores
tenía el coño con mil tumores.
Por la calle los perros huían
de la roña verde que caía
como guirnaldas de sus calzones.

El exjefe de la policía que ocupaba la celda de la izquierda de la de Stan le recitó el poema, y el marica de su derecha le dijo que las guirnaldas eran decoraciones festivas. «Igual que mis testículos, cariño».

Stan pasó mucho tiempo tratando de buscar una descripción del pelo colgante que no utilizara la palabra guirnaldas, pero finalmente tuvo que renunciar. Hemingway estaba en lo cierto, las palabras deben ser precisas. Charlie Monel le había dado a conocer a Hemingway, pidiéndole que leyera «Los asesinos» y preguntándole si pensaba que era auténtico. A Stan le pareció plagado de clichés, hasta que Charlie explicó que habían plagiado a Hemingway de tal manera que todo lo que él escribió parecía trillado. «Pero él lo hizo primero —le había dicho Charlie—. Él y Dashiell Hammett». Luego Stan y Charlie se habían pasado por Cameron's, en la 3 Suroeste, y Charlie lo había conducido a través de la librería hasta un cuarto trasero con olor a humedad lleno de pilas de revistas *pulp* viejas. Habían pasado una hora asfixiándose con polvo de papel en busca de ejemplares antiguos de *Mercury Mysteries* con relatos de Dashiell Hammett, relatos, señaló Charlie, que se habían publicado antes que el primer libro de Hemingway, algunos de ellos ya en el año 1923. Esos relatos tenían la misma prosa realista concisa que a Charlie le encantaba. Stan, tumbado en su celda, trató de recordar los relatos de Hammett que había leído hacía mucho tiempo en Portland, sentado en la casa de Charlie y Jaime en una tarde lluviosa, donde todo el mundo se dedicaba a lo que le apetecía: Jaime tal vez hacía galletas en la cocina, Kira correteaba y soltaba chillidos, Charlie descansaba estirado delante de la chimenea con la nariz hundida en un libro, Stan hacía lo mismo. Tal vez bebían cerveza y sonaba música clásica o jazz y la lluvia podría estar golpeando el techo con un agradable y constante tamborileo. Trató de recordar el olor de la cerveza fresca en un vaso, justo cuando lo inclinaba debajo de la nariz para beber, las pequeñas burbujas que estallan en tu nariz, el sabor intenso golpeándote la lengua.

Charlie y Jaime habían sido amables sin ningún motivo. En realidad, había gente así en el mundo. Stan tenía que aferrarse a eso; de lo contrario, no tendría ninguna razón para escribir, para salir de allí, para cambiar su vida.

Pero esa gente estaba ahí. Era posible vivir decentemente. La clave de su venganza era convertirse en un ciudadano común, algo que el sistema no esperaba y que, con sinceridad, probablemente no creía que pudiera suceder. Bueno, a la mierda el sistema.

Incluso esa ira honorable se apagó al cabo de un tiempo. No se trataba de una cuestión personal; ellos no querían hacerle daño ni destruir su vida. Sólo hacían aquello que les permitía su limitada imaginación. Stan, que tenía más imaginación, debía elevarse por encima de ellos, no ir a la confrontación. Cumplir su condena. Escribir la novela en su cabeza. Convertirse en el ángel budista del sueño de Kerouac.

La novela, decidió, no tendría la misma historia o personajes que la que había perdido por su estupidez. Escribiría una historia completamente nueva, con un policía como protagonista. Sólo que este policía también sería un ladrón, un asesino y, por último, un hombre muerto. Incluso tenía un buen título sonoro, que, en su opinión, haría vender libros. *Miasma de pasma*. Sonaba como un pez boqueando, y durante mucho tiempo se quedó tumbado en su litera, pronunciando el título una y otra vez en su mente, experimentando las alegrías de la creación, los placeres del poeta.

En otras ocasiones, perdía su sentido de la venganza, su propósito, se sumía en la desesperación. Revisando su vida, como se veía obligado a hacer en ese estado de ánimo, vio claramente que la culpa no era suya. No le habían dado ninguna oportunidad. No le habían dado dos buenos padres que lo educaran en una casa llena de amor, religión, escuela y felicidad. Ni siquiera le habían dado un padre o una madre que lo amara lo suficiente para quedárselo. A cambio, le habían dado padres profesionales que hacían de padres por dinero. No podía culparlos, eran gente estúpida y triste, incapaz de ofrecer amor o ternura. No era culpa de ellos, pero tampoco suya. Lo único que podía esperar era una vida en instituciones. Iría de un centro a otro, con días u horas de libertad en medio, y al final moriría y tendría uno de esos grandes funerales estatales de los que tanto se oye hablar, donde a uno lo tiran en una fosa común. En momentos como ése apenas podía respirar, mucho menos escribir y memorizar lo que había escrito.

Habían ido a pescar cangrejos, Charlie, Dick Dubonet, Marty Greenberg y él mismo, sólo los chicos, claro, una excursión a la naturaleza. Trató de recordar el nombre del río, pero no lo consiguió. Un río pequeño, no como el Willamette o el Columbia, sólo un arroyo, en realidad, de aguas rápidas en la parte central del cauce, con rocas que asomaban y un montón de cosas de color amarillo verdoso creciendo donde el agua era poco profunda. Allí era donde se pescaban los cangrejos. Dick los llamaba crustáceos. Todo el viaje había sido idea suya. Habían estado en una de esas fiestas de guitarra y banjo, y Dick había estado hablando de que el mundo se desmoronaba, de bombas atómicas, gobiernos locos, de que ya era hora de que la gente aprendiera a cazar y a recolectar. Terminaron los cuatro en la orilla, bebiendo cerveza y esperando a que los cangrejos se metieran en sus trampas.

Stan trató de recordar las trampas. Decidió que eran como aros de baloncesto: grandes anillos circulares de metal con una red en el hueco y una cuerda de arrastre. Ése fue el término que usó Dubonet, cuerda de arrastre. Dubonet había preparado las trampas y había llevado a Stan al mercado del centro para pedir cabezas de pescado en una de las pescaderías que había al aire libre. Stan tenía dudas sobre las cabezas de pescado gratis, pero el enorme pescadero de cara colorada se limitó a reírse y les dio un cubo lleno.

—¡Buena pesca! —gritó el tipo.

Atas cabezas de pescado a la red y lanzas el aro sobre algunas de esas cosas de color amarillo verdoso, donde simplemente se posa en el fondo y la lenta corriente arrastra el olor a pescado. Stan se había sorprendido al ver cangrejos desplazándose hacia las cabezas como le habían anunciado. No quedaban atrapados en la red, sólo se aposentaban allí a comer cabezas de pescado. Dick o Charlie tiraban de la cuerda muy despacio, para que el cangrejo no se soltara. Entonces venía la parte complicada: recoger las pequeñas presas sin que te pellizcaran y arrojarlas vivas en el cubo.

Stan trató de recordar todo eso con el máximo detalle posible para una escena de su novela. Su policía sería un mal tipo en todas las facetas de su vida. Mal poli, mal marido, mal padre, mal compañero, etcétera. En la escena

de los cangrejos estaría en una salida de pesca con amigos, otros policías, chicos decentes y honestos que necesitaban ese día festivo. Sólo que el personaje de Stan echaría a perder el día. Se emborracharía demasiado y empezaría a ser grosero, se burlaría de un poli joven por ser un gallina y, en general, se distanciaría de las personas que se supone que estaban de su lado.

¿Qué es lo que le pasa a ese tipo? Cuando Stan comenzó a formar la historia en su mente, el policía era malo sólo porque era malo, pero a medida que iba pensando en cosas que tenía que hacer, emergió un patrón. El tipo es un idealista decepcionado. Comienza con los más nobles ideales hasta que el mundo real lo convierte en un cínico. Stan se dio cuenta de que esta argumentación no explicaba por qué el tipo sentía placer aplastando cabezas, burlándose de tipos inocentes, y se dio cuenta de que no era sólo un idealista decepcionado, sino también un sádico. Se excitaba sexualmente haciendo daño a la gente. No. El policía era como Stan, sólo que con más agallas. En realidad, no le gustaba hacer daño a la gente, era al revés. Estaba devolviendo los golpes, sólo que, por supuesto, estaba golpeando a las personas equivocadas. Se estaba desquitando de su terrible vida con todo el mundo que lo rodeaba, igual que podría haber hecho Stan, si no hubiera sido un imbécil tan débil.

La escena de los cangrejos nunca formó parte de la novela. A Stan se le ocurrió después una escena mejor, de hecho la misma escena, sólo que en una comida campestre de la policía, con mujeres y niños, y su policía se emborracha y trata de propasarse con la esposa de su mejor amigo. Y le parten la cara. Y más tarde envía al otro policía a una trampa mortal. Luego va y le comunica a la mujer que ha enviudado, simulando estar terriblemente afectado. «Qué hijo de puta», pensó Stan con placer. Cuanto más cabrón fuera, más divertido sería matarlo al final del libro. Stan todavía no había decidido cómo.

Sabía que si iba a venderlo a Fawcett tenía que ser como las otras Gold Medal, con un ritmo frenético, un lenguaje claro y directo, sin tonterías. No podía haber un montón de material psicológico profundo, aunque Stan tampoco tenía ni idea de eso. Aun así, sentía que tenía que conocer al tipo desde el interior para escribir sobre él con confianza. Lo importante era la trama. Los libros Gold Medal tenían tramas a prueba de bomba, incluso si la mayoría de ellas se derrumbaba tarde o temprano. Stan necesitaba un argumento fuerte, aunque no tenía que ser perfecto. El suyo sería sólido, una historia real que podría suceder realmente. Para hacerla más fácil de memorizar. Y el diálogo tenía que ser contundente por la misma razón.

La trama se convirtió en algo de lo más simple. Nos encontramos con este policía recibiendo un reconocimiento, siendo ascendido a teniente, gran ceremonia, banderas, banda de música, policías sentados en el exterior en sillas plegables. Su esposa e hijos están ahí en la primera fila. Orgullosísimos. Luego la ceremonia termina, pero en lugar de irse a casa con su familia y amigos, se va a la casa de su novia y, cuando ella se cabrea por haberse perdido la ceremonia, él la tira al suelo. Cada capítulo cubriría aproximadamente una hora, todo el libro transcurriría en un fin de semana, entre la ceremonia y la toma de posesión como teniente de la brigada antirrobo. Stan se impuso el reto de hacer que cada capítulo mostrara al policía bajo una luz cada vez peor, hasta que el lector se sintiera poderosamente aliviado al ver que alguien lo mata, probablemente algún pobre idiota al que pisó o se quitó de en medio. Sería divertido escribir un libro así.

La parte de la memorización resultó más fácil de lo que esperaba. De hecho, fue la parte más sencilla. Cada frase era como un ladrillo que se incorporaba a una pared. Cada frase tenía que soportar su propio peso, y Stan se tumbaba en la cama probando la frase una y otra vez, hasta que su mente la memorizaba, la cambiaba o la eliminaba. Era maravilloso despertar por la mañana, completar la rutina diaria y luego sentarse de nuevo, siempre con un poco de ansiedad nerviosa por ver si aún podía recordar lo que había hecho antes. Hubo errores en el camino, por supuesto, pero pronto aprendió a memorizar capítulos enteros por el título del capítulo. No sabía cómo funcionaba, pero funcionaba.

No era la parte más difícil, no. Ni tampoco lo era la construcción de cada escena. Quería que todo fuera lo más visual posible, porque eso hacía que las cosas fueran más fáciles de recordar, y así construiría cada escena en torno a algo visible, un zapato, un cristal de la ventana, cualquier cosa que mantuviera la escena en foco. Hizo lo mismo con los personajes. Cada personaje poseía alguna característica visible para que Stan pudiera recordar quién era: pelo que se levanta en la coronilla, un fumador de puros, un tipo que se estira la oreja izquierda cuando se pone nervioso. Todo robado de gente real que Stan había conocido. La memorización era una cuestión de artimañas, decidió.

La parte difícil no podía tratarse con artimañas. La parte difícil fue que su simpatía por ese completo hijo de puta fue creciendo cada día. Cuanto peor lo hacía, más excusas encontraba para él. Al principio las excluyó, enfadado consigo mismo por sentir tal compasión por el diablo. Al infierno con el

diablo, él escribiría su libro de venganza sin ningún sentimentalismo empalagoso. Por eso mismo le gustaba el *pulp*, porque en él no había lugar para el sentimentalismo tonto. Sin embargo, no podía evitar la verdad. El pobre cabrón no había tenido más oportunidades que el propio Stan. Todavía era un hijo de puta, y Stan acabaría matándolo, pero con pesar y no con puro placer. Una cosa acerca de este policía, maldita sea, era que tenía pelotas en un mundo en el que tener pelotas sólo sirve para que te peguen un tiro. Tal vez fuera un ladrón, tal vez fuera un hombre horrible en todos los sentidos que a uno pueden ocurrírsele, pero de alguna manera tenía integridad. No dependía de nadie y caería, pero como un gigante. Stan tenía su final. No cómo moriría el tipo, sino el final del libro. «Sólo su hija lloró por él. Tenía ocho años».

Sólo su hija y Stan Winger.

Después de terminar el libro en su mente, hizo lo posible por olvidarlo. Pero, por supuesto, no lo olvidaba. El libro se titulaba ahora *Poli de noche*, y su policía se llamaba Jack Tesser, alias Jack el Cabrón. Para Stan ya se trataba de una persona real, de una persona que Stan deseaba que desapareciera. Toda la energía, todo el sentimiento que había puesto en el libro, se estaba volviendo contra él, haciendo que se volviera loco por salir de la prisión. Se despertaba cada mañana sin nada que hacer. El ejercicio físico no podía cambiar esa sensación, a pesar de que se pasaba hasta seis horas al día resoplando. No importaba hacia dónde volviera la mente, no funcionaba. Desesperado, trató de no pensar en nada, pero no tenía escapatoria.

La prisión con el tiempo lo aplastó. Stan detuvo la locura diaria y se dispuso a esperar su puesta en libertad. Lo que no hacía era soñar despierto con el futuro, con el momento en que saldría a la calle. Conocía demasiadas historias de hombres que se quedaban sentados en la cárcel año tras año, soñando las mismas fantasías carcelarias, hasta que al final los soltaban y salían de la cárcel a 280 kilómetros por hora hasta estrellarse en el muro más cercano. No sería su caso. Al salir, cuidaría de sí mismo. También trataba de no pensar en el pasado, porque, por supuesto, el pasado era pasado. Aquellos que había conocido en la calle no eran diferentes. Lo único que le había llegado al corazón era la forma en que había sido tratado en Portland. Ésos eran buenos recuerdos, siempre que no tuviera esperanzas de recuperar nada de aquello. Apreciaba especialmente la confianza de Jaime Monel. Ella sabía que era un ladrón, y sin embargo confió en él para que cuidara a Kira, para que estuviera a solas con ella. Stan nunca le había dicho a Jaime cuánto significaba para él. Recordaba los grandes ojos oscuros de Kira y la forma en que ella lo miraba fijamente, con la boca abierta. La niña era tan hermosa, su piel tan pura... Stan buscó en sí mismo muchas veces para ver si tenía en él las semillas de un abusador de menores, aunque fuera sólo una pizca de atracción erótica en lo que sentía por Kira, y no las halló. Le encantaba cogerla en brazos —era tan ligera— y caminar con ella. Recordó que la había llevado por la pendiente hasta el muelle de Latourette's en el lago Oswego, lo

seguro y fuerte que se había sentido protegiendo a esa niña. Ya tendría ocho años. No se acordaría de él. Eso no importaba, a Stan todavía le encantaría verla. Se alegró en ese momento de no tener hijos propios. Teniendo en cuenta cómo se sentía con respecto a Kira, imaginó cuáles serían sus sentimientos encerrado en prisión si tuviera un hijo propio corriendo por ahí sin padre que lo protegiera. Le entraban ganas de llorar sólo de pensarlo. No le molestaba llorar de vez en cuando. Se desahogaba.

Al final, lo soltaron. Le preguntaron dónde iba a residir y, como señaló vagamente al sur, le asignaron un agente de libertad condicional en San Francisco. Le dieron un suéter, pantalones, camisa, zapatos y calcetines, todos artículos de la cárcel, y cuarenta dólares. Lo metieron en un autobús a San Rafael con los otros hombres que estaban siendo liberados. Se sentó solo.

El agente de la condicional de Stan le consiguió un trabajo en una empresa de pintores no sindicalizados. Stan sospechaba que la operación no era del todo legal y que Morello estaba cobrando un soborno, pero era un buen empleo. Los días que trabajaba los pasaba pintando con rodillo y tomando vino con los compañeros, y los días que no trabajaba se quedaba en su habitación y trataba de calmarse. Salir de prisión fue muy emotivo para él. Descubrió que había perdido un montón de aptitudes corrientes, tales como ser capaz de entrar en un restaurante o en una tienda sin ponerse tan colorado y congestionado que sentía que iba a explotar. O subirse a un autobús. O hablar con un desconocido. Muy difícil. Sentimientos enloquecedores. Para Stan era otra condena soportarlo.

Al final, se compró una máquina de escribir y se la llevó a su casa de Capp Street. Estaba seguro de que para entonces ya habría olvidado su libro, pero podría haber otras cosas de las que escribir. La idea de escribir un Gold Medal Original seguía siendo buena, y los dos mil quinientos dólares serían muy útiles. La habitación de Stan estaba en el segundo piso. Preparó la máquina de escribir y abrió una resma de papel de carta barato. Recordó cómo había aprendido a escribir por su cuenta en Portland, años atrás. Se preguntó si sería como montar en bicicleta, y así fue. Tap, tap, tap, recordaba la posición de todas las teclas. En cuanto empezó a escribir unas pocas frases, sólo como ejercicio, el tipo del piso de abajo subió como un trueno por la escaleras y golpeó a su puerta.

—¡Eh, no se puede escribir aquí!

Stan echó hacia atrás la silla de madera de la cocina y se dirigió a la puerta. La abrió y vio la cara de enfado de su vecino de abajo. Un hombre alto y delgado, con los puños apretados y la cara colorada.

—Vete a la mierda —dijo Stan en voz baja, y cerró la puerta.

Se sentó y comenzó a escribir de nuevo. No supo nada más de su vecino. Su nueva máquina de escribir de segunda mano, una Royal Standard, era buena. A Stan le gustaba el tacto de las teclas. Entonces, algo se removió en algún lugar por debajo de su estómago. La anticipación de que algo terrible o maravilloso estaba a punto de suceder. Sacó el papel de la máquina y puso otra hoja. Escribió «Poli de noche», centrado en la parte superior. Doble espacio. Capítulo Uno. Buscó en su mente la palabra clave del primer capítulo. Escribió «Ceremonia». Doble espacio, sangría y comenzó a escribir.

Una hora más tarde había escrito el primer capítulo. Se sentía mareado, pero no particularmente cansado, hasta que trató de levantarse y caminar por el pasillo hasta el baño y las piernas se le doblaron ligeramente. Meó con la mente vacía, luego volvió a su cuarto para leer lo que había escrito. Se preguntó cómo demonios sería. Al leerlo se le erizaron los pelos de la nuca. Aterrorizado. El primer capítulo se leía muy bien. Era tal como lo recordaba.

El truco sería conseguir que el resto de los capítulos salieran de la misma manera. Se preguntó qué partes del ritual eran necesarias y cuáles no lo eran. ¿Tendría que hacerlo siempre a esa hora del día? ¿Necesitaría que llegara su vecino a insultarlo? No lo sabía. Pero cada día que no lo llamaban para ir a pintar, escribía, y en pocas semanas el libro estuvo listo, sobre papel, sólo a la espera de armarse de valor para enviarlo. Lo leyó dos veces, haciendo correcciones a mano con la máxima claridad posible. ¿Estaba viviendo en un sueño? No, le parecía una buena historia de acción, con ritmo rápido. El único problema era que no tenía un héroe, sólo un antihéroe. Eso estaba bien, en el *pulp* pasaba eso a veces. Tendría que correr el riesgo.

Esperó tres semanas más antes de enviarlo, el tiempo justo para aprender a odiar de verdad pintar casas. Pensó en enviárselo a Robert P. Mills, el agente que lo había ayudado, pero no. Llamaría a Mills siempre y cuando aceptaran su libro. No tenía muchas posibilidades. Pero lo mandó de todos modos, y recibió noticias a una velocidad sorprendente, tres semanas. Contaba con tener que esperar al menos un mes, tal vez más. Pero ahí tenía una carta de Knox Burger, director de la serie Gold Medal Originals, en la que le decía que habían aceptado su novela, que tenían unos cambios que querían discutir, y que por favor lo llamara. También había un cheque por tres mil doscientos dólares y un contrato de cuatro páginas. Con el vello de la nuca erizado, bajó al bar de la esquina e hizo una llamada de larga distancia a Nueva York.

—¡Es el mejor puto manuscrito que he leído en años! —le gritó Burger por teléfono—. ¿Por qué no vienes a Nueva York? Nos vendría bien un

hombre como tú en el equipo.

—Uh, está bien —dijo Stan.

Por supuesto, no podía ir a Nueva York. Estaba en libertad condicional. Morello le dijo que no podía ni siquiera levantarse para tirarse un pedo sin permiso, y no pensaba darle permiso. De hecho, Morello parecía irritado con el hecho de que Stan hubiera vendido un libro y ganado tanto dinero. Cuando Stan le dijo que iba a dejar de pintar casas para escribir a tiempo completo, Morello espetó:

—Escribir no es un empleo regular. Si dejas el trabajo, estás muy cerca infringir la condicional y volver a San Quintín.

Sin embargo, Stan sospechaba que Morello sólo estaba siendo gruñón. Siguió adelante, dejó de pintar y se mudó a un apartamento más bonito en el mismo edificio, uno con baño propio. Capp Street estaba cerca de Mission, y eso significaba tiendas, bares y, lo mejor de todo, mucha gente caminando con libertad.

Stan no necesitaba conocer gente ni hablar con nadie. Bastaba con que se sentara entre ellos, o que caminara pasando desapercibido, relajado, sin entrometerse, sólo escuchando cómo hablaba la gente normal. Era reconfortante, y lo ayudó a acostumbrarse a ser libre. En casa, en su apartamento, la libertad no la llevaba tan bien. En prisión había tomado algunas decisiones, una de las cuales consistía en no masturbarse. No se trataba de una cuestión moral. Se suponía que eso lo ayudaría a tener algún tipo de relación normal con una mujer. Razonó que hacerse pajas a todas horas o recurrir a prostitutas sólo posponía el momento de entrar en el mundo normal. Ahora le resultaba muy difícil ceñirse a esa resolución. Desde que lo habían encarcelado, el tipo de revistas que vendían en las tiendas había cambiado. Podías ir a un quiosco y comprar pornografía pura y simple, llevártela a casa y masturbarte tanto como quisieras. Y había prostitutas por todas partes. Nunca había visto tantas. La tentación era grande, pero se las arregló para resistirla. Tal vez era demasiado tímido.

Derramó su energía sexual en la escritura, o al menos así era como le gustaba pensar en ello. Adónde iba en realidad la energía sexual era algo que desconocía. Escribía todos los días. Su nuevo libro, otro Gold Medal Original,

esperaba, trataba sobre un par de chicos divertidos y despreocupados que empiezan una huida hacia delante después de salir de un centro de menores. Cometían hurtos, atracaban, se emborrachaban, follaban, cuentan chistes, roban un coche de la policía, etcétera, hasta que al final del libro, los dos amigos terminan de compañeros de celda en la prisión. Otra historia de antihéroes, pero esta vez trató de imaginar el estado de ánimo en el que te encuentras durante una fuga, esa sensación elevada, de luz, brillante, despreocupada, de no sentir en las venas nada más que adrenalina pura. Tituló su libro *La fuga*, y tardó seis semanas en escribirlo. Pensó en enviarlo a Bob Mills para ver si podía conseguir más dinero por él, pero sabía que Gold Medal pagaba una tarifa plana, por lo tanto, ¿qué sentido tenía? Mantenía una buena relación con Knox Burger, quien insistía en que lo llamara a cobro revertido cuando quisiera, y su primer libro iba a publicarse en cualquier momento. Stan envió el segundo libro sin llamar a Knox, y entró en un estado de crisis nerviosa en cuanto el maldito paquete estuvo en el correo. Salió de la oficina de correos Rincon Annex sabiendo que había enviado por correo una birria, lamentando no haber tenido la inteligencia de repasarlo otra vez.

Stan sabía por qué se había metido tan convulsivamente en el nuevo libro. Su vieja vida se desplegaba justo delante de él. No podía caminar por la calle sin que lo asaltaran los pensamientos de un ladrón, sin ver las señales de una casa vacía, sin sentir ese cosquilleo en el estómago, el deseo mareante de cortar el nudo de lo civilizado y penetrar en alguna casa tentadoramente vacía. Eso se había acabado, pero aún podía sentirlo. Algún día podría emborracharse o ver a una mujer hermosa mirándolo, y entonces podría perder el control y terminar otra vez en prisión.

La carta de Knox Burger llegó demasiado pronto para ser una reacción a su nuevo manuscrito. Se desanimó al ir a abrir el sobre. ¿De qué demonios podía tratarse? Pero era una noticia increíblemente buena. Fawcett había vendido los derechos cinematográficos de *Poli de noche* a Universal Pictures por cuarenta y cinco mil dólares. De los cuales el noventa por ciento era para Stan. Knox había escrito a lápiz en la parte inferior de la nota: «¿Crees que podrías permitirte un teléfono?».

Morello parecía enfadado, y luego derrotado. Stan le pidió permiso para mudarse a Los Ángeles y Morello se encogió de hombros y buscó un Formulario 24. Stan no tenía ningún plan. Sólo quería estar cerca de Hollywood, en caso de que alguien quisiera que trabajara en el guion de su libro. Y también deseaba alejarse de Morello, que se tomaba con demasiada susceptibilidad el hecho de ser un agente de libertad condicional. Stan tenía la

ambición de escribir para el cine. Incluso para la televisión. No se había permitido pensar en ello, porque parecía algo muy remoto. De repente, comprendió que tal vez no estuviera fuera de su alcance.

La mejor parte fue comprarse un coche. Charlie Monel le había enseñado a conducir años antes en Portland, pero ahora fue a una autoescuela de Geary para sacarse el carné y dejó que una guapa chica universitaria le enseñara todo de nuevo y lo llevara al Departamento de Vehículos Motorizados para hacer el examen. Luego, con su carné provisional en el bolsillo, se fue a su sucursal del Bank of America y retiró tres mil dólares en efectivo. Ya sabía qué coche quería comprar. Un Cadillac descapotable azul pálido de 1961, con cubierta color crema y parabrisas tintado. Estaba en la primera fila de un aparcamiento de venta de vehículos usados en Mission, y el letrero en la ventana del coche decía: «Una ganga a tres mil quinientos».

Stan caminó las diez manzanas hasta el aparcamiento. Era un bonito día soleado, y llevaba una camiseta blanca y unos Levi's. Parecía un tipo que podría trabajar en una gasolinera o en un servicio de lavado de coches, un joven común de clase baja mirando los coches grandes y caros que obviamente no podía permitirse. Rodeó el coche de su elección, en busca de pequeños defectos. Intentó abrir la puerta. Bloqueada. Había tres vendedores de pie cerca de la caseta blanca de la parte posterior del aparcamiento. Stan los saludó, pero ellos ni le devolvieron el saludo ni se acercaron. «Creen que voy a hacerles perder el tiempo», pensó con placer. Metió la mano en el bolsillo y sacó su enorme fajo de dinero, treinta billetes de cien dólares, los desplegó lo mejor que pudo y los levantó, agitándolos suavemente. Eso llamó su atención. Los vendedores hablaron entre sí y uno de ellos, un tipo grande de aspecto mexicano con un traje a cuadros, se acercó con una sonrisita en el rostro.

—¿Le gusta? —preguntó.

—Me gustaría subir.

El tipo abrió la puerta y Stan se puso al volante.

—Le doy tres mil por él ahora mismo —dijo, después de su examen de conducción.

—Son tres mil quinientos —dijo el vendedor de aspecto mexicano. Sonrió a Stan—. Se lo puede permitir.

Stan sonrió al vendedor, que era como todos los vendedores que había conocido en su vida.

—Tres mil es mi última oferta —dijo, y empezó a bajar del coche.

—¿Tres mil ha dicho? —preguntó el vendedor con una sonrisa.

Stan puso rumbo al sur en otro día soleado, con la capota recogida, gafas de sol para protegerse los ojos del resplandor y todas sus pertenencias en el maletero. Condujo hasta la 101, porque quería ver el campo, y cerca de la salida de Monterrey recogió a una autoestopista. Por entonces había un montón de autoestopistas en la carretera. La chica por la que se paró no podría tener más de diecisiete años, pelo rubio descolorido, un vestido largo hecho de una especie de terciopelo, una vieja chaqueta de combate del ejército, montones de cuentas de madera. La chica estaba colocada.

—¿Adónde? —le preguntó Stan cuando se pusieron en marcha.

—Me da un poco igual —dijo.

—¿Te estás escapando de casa o algo así? —preguntó Stan al cabo de un rato.

La chica se volvió hacia él. Tenía los ojos inyectados en sangre.

—¿Quieres colocarte? —preguntó ella.

Sacó un porro y lo encendió en el mechero del coche, aspiró profundamente y se lo pasó a Stan. Hasta ese momento, Stan no había cometido ningún delito desde que había salido de la cárcel. A menos que contara cruzar la calle de manera imprudente. Cogió el porro y le dio una calada.

—Podríamos parar en un motel —dijo ella al cabo de un rato—. ¿Tienes pasta? Podríamos pedir comida. Tengo mucha hambre.

—Yo también —dijo Stan alegremente.

La chica *hippie* pasó la noche con él. Comió a dos carrillos y luego, cuando llegó el momento de irse a la cama, dijo:

—Creo que tengo alguna venérea, pero te haré una mamada.

—Me parece bien —dijo Stan.

A la mañana siguiente, la invitó a comer de nuevo, esta vez en la cafetería del motel. Mientras comían unos huevos le dijo que iba a Los Ángeles. La chica se llamaba Serene.

—¿Quieres venir conmigo, Serene?

Estaban en Santa Bárbara.

—Tengo amigos en Goleta —dijo ella—. Creo que iré a verlos.

—Te puedo llevar. No tengo prisa.

Ella sonrió. No era guapa, pero tenía una sonrisa bonita.

—Eres un encanto —dijo ella—, pero puedo apañármelas sola, siempre que me prestes cincuenta dólares. Me vendría bien la pasta.

Conduciendo hacia Los Ángeles, Stan pensó que había cometido suficientes delitos en ese pequeño viaje para pasarse ciento cincuenta años en

prisión. Pero así era la vida.

Tres semanas más tarde se había instalado en una casa de alquiler en el valle de San Fernando, a una manzana de Laurel Canyon Boulevard. La casa estaba amueblada y tenía un patio trasero vallado, grande y bonito, con piscina, árboles, un trozo de césped y algunos muebles de jardín de hierro forjado pintado de blanco, una mesa de cristal y una sombrilla de rayas. La casita, fresca y oscura en el interior, era demasiado grande para Stan con sus dos dormitorios y dos baños, pero no pudo resistirse. Su primera casa. Tenía un montón de dinero de Hollywood quemándole en el bolsillo. La señora de la inmobiliaria, cotorreando sobre todas las propiedades de alto precio que quería mostrarle en las colinas, lo hizo sentirse como un tacaño. Esa casa estaba bien, no necesitaba más.

Había estado posponiendo la llamada a Knox Burger hasta que estuviera instalado, pero ya no podía posponerla más. Concluyó que en realidad no tenía fe en sí mismo. Tenía miedo de que su segundo libro no fuera tan bueno como el primero. Se había divertido más al escribirlo, pero eso era en parte lo que lo hacía sospechar. Tal vez nunca se ganaría la vida como escritor. Acababa de tener una primera venta afortunada, eso era todo. Se sentó muy erguido en su pequeño rincón del desayuno, en su cocina soleada, mirando por la ventana el frescor azul de su propia piscina, mientras un pájaro silbaba una canción larga y complicada, y llamó a Burger.

—Stan, ¿dónde diablos estás?

Le dio a Burger su dirección y su número de teléfono, y esperó con nerviosismo a que cayera la guillotina. Sin embargo, lo único que oyó fueron buenas noticias. Le enviarían cinco ejemplares de *Poli de noche* ese mismo día, había quedado bien, quizá un poco estridente. Stan preguntó con nerviosismo cómo iban las ventas, pero Burger le dijo que esas cifras no estarían disponibles. No se pagaban derechos de autor por un Gold Medal Original, por lo que no habría contabilidad. Pero la verdadera buena noticia era que el nuevo libro se había aceptado, y le enviarían de inmediato un cheque por tres mil cuatrocientos dólares.

—Es genial —dijo Stan, sintiéndose un poco desinflado. ¿Las buenas noticias iban a deprimirlo siempre? A saber—. ¿Qué hay de los derechos para el cine? —se oyó decir.

Burger rio.

—Te has hecho a Hollywood muy rápido, ¿no?

—¿Por qué no? —preguntó Stan, avergonzado.

—¡Tú lo has dicho!

Knox era entusiasta, pero no se ocupaba de los derechos para el cine. De hecho, no parecía tener ningún consejo que darle a Stan respecto a cómo conseguir el trabajo de escribir su propio guion.

—Llama al estudio —le propuso—. Diles quién eres. Y a ver qué pasa.

—De acuerdo.

El traslado de Stan a Hollywood parecía estúpido, otra carrera criminal alocada. Claro, iba a dar el salto al cine. Eso es lo que todos pensaban, un pobre diablo que escribe libros.

Aun así, llamó a Universal. La operadora quería ser útil, pero no fue capaz de decirle cuál de las decenas de productores se ocupaba de su proyecto. Stan no se había dado cuenta de que Universal era un conjunto de productores. Había dado por supuesto que sabrían qué libros habían comprado y cuáles no. Colgó, irritado, sintiéndose el mayor inocentón de la historia. Volvió a llamar Knox Burger. Burger no estaba en la oficina. Stan fue educado con la secretaria y colgó el teléfono con suavidad.

—Mierda —le dijo a su casa vacía.

Lo mismo ocurría con su piscina. Había estado deseando darse su primer chapuzón y había incluido la piscina en sus planes de ejercicio. Se levantaría temprano cada mañana, saldría de su dormitorio por las puertas correderas, se lanzaría a la piscina y nadaría unos largos. Luego se secaría con su nueva toalla de playa grande y tomaría el desayuno allí mismo, al sol de la mañana. No podía imaginar un contraste más grande con el Bloque c. El problema fue que, aquella primera mañana en que salió por las puertas correderas —con los brazos cruzados sobre el pecho desnudo, los pies congelados sobre los ladrillos ásperos del patio—, de repente le entró frío y se sintió tímido. Miró a su alrededor. El jardín estaba completamente vallado con una cerca de madera, y crecían arbustos espesos a ambos lados. Nadie quería verlo. Estaba solo bajo el claro cielo azul de la mañana. El agua parecía fría. Siempre había deseado una piscina, pero no se había dado cuenta de que las piscinas requerían mucho mantenimiento. Un climatizador, escondido detrás de unos arbustos, una red al extremo de un mango largo para pescar hojas y, una vez

al mes, un empleado que viniera a hacer el mantenimiento con un coste de quince dólares mensuales. Stan quería saltar, pero su cuerpo no. Se quedó allí, enfriándose. La primera vez que saltó a un río lo hizo en el Columbia, en Rooster Rock, hacía un millón de años. Ese día estaba borracho, así que, cuando un grupo de chicos se tiraron, él los siguió, y maldita sea, la corriente lo arrastró río abajo con una fuerza sorprendente y casi se ahogó. Tuvo que esforzarse para volver a la orilla. Por supuesto, no había dicho nada. La gente se habría reído de él, tan ingenuo con los ríos.

Stan volvió a entrar en la casa con la cara colorada. Preparar el desayuno en su propia cocina lo animó. Siempre se había alimentado con comida preparada por otros y quería comenzar a cocinar para sí mismo, empezar poco a poco con el desayuno y el almuerzo, pero con el tiempo llegar a hacer cenas, en vez de comer solo en cualquier restaurante. La primera mañana se hizo huevos fritos y tostadas. Estropeó las dos cosas. Guardaba la mantequilla en la nevera, y cuando la tostada saltó, trató de untar un trozo de mantequilla y partió la tostada por la mitad.

—Mierda —dijo.

Puso la tostada rota en un plato mientras cocinaba los huevos. Utilizó su sartén Revere Ware con fondo de cobre y tal vez demasiada mantequilla, y los huevos se quemaron en los bordes aunque todavía estaban babosos. No era así como le gustaban. Se comió su tostada fría y rota y sus huevos babosos en su rincón del desayuno, en lugar de hacerlo fuera, donde los pájaros podrían reírse de él.

Por fin localizó a Knox esa tarde. Lo llamó desde un bar llamado Lion's Head, de muy buen humor.

—El tipo con el que tienes que hablar en Universal se llama Fishkin. Bud Fishkin. Trabaja para Andrei Kelos.

—¿Quién es Andrei Kelos?

—Es tu director —dijo Knox—. No estoy seguro del todo, pero tú llama.

Stan esperó hasta las once de la mañana siguiente. Esta vez no estaba tan animado.

—Bud Fishkin, por favor —dijo.

—Bud Fishkin —dijo la operadora, y lo pasó.

—Bud Fishkin —dijo una voz de mujer.

—Me gustaría hablar con, eh, ¿el señor Fishkin?

—¿Puedo preguntar en relación con qué?

—Eh, *Poli de noche*.

Hubo una pausa.

—¿Conoce usted al señor Fishkin?

Stan comenzó a notar que se le calentaban las orejas.

—Yo escribí *Poli de Noche* —dijo.

—Oh, el libro —dijo ella—. Un momento.

Stan esperó casi cinco minutos, y luego escuchó una voz masculina profunda, suave, intensa, una voz muy bonita.

—Estoy encantado de que hayas llamado —dijo Bud Fishkin—. Creo que eres uno de los mejores talentos jóvenes del país, y sería una verdadera lástima que no trabajáramos juntos en este proyecto. ¿Tienes algún plan para la comida?

—Ninguno —dijo Stan.

Se reunieron en un pequeño restaurante de comida sana de Studio City. Como no sabía qué ponerse, Stan se presentó con unos Levi's y una camisa azul de manga corta, más o menos lo que llevaba en prisión. ¿Por qué no ser franco? Se sintió cómodo de inmediato, porque la mujer de los menús iba vestida con unos *shorts* vaqueros y una camisa hawaiana atada que exhibía su abdomen. La mujer le ofreció una sonrisa deslumbrante y un menú.

—Eh, el señor Fishkin me está esperando —dijo Stan, y ella lo acompañó a la mesa del fondo, donde estaba sentado Fishkin.

—Estoy tratando de perder unos kilitos —dijo Bud Fishkin cuando Stan se sentó.

Era un hombre atractivo, con ojos grandes oscuros y cabello también oscuro, con más aspecto de árabe que de judío, en opinión de Stan. Tenía algo de sobrepeso, pero iba muy elegante, con un magnífico traje azul oscuro.

—Permíteme que pida por ti —dijo Fishkin, y pidió *smoothies* para los dos—. No preguntes lo que lleva —dijo—. Es saludable.

—He estado intentando cocinar —dijo Stan. La falta de formalidad parecía extraña, pero eso era Hollywood—. No me ha ido muy bien.

—A mi esposa le encanta cocinar —dijo Fishkin—, pero tenemos una asistente. —Miró a su alrededor—. Son todos de la televisión. ¿Reconoces a alguien?

Stan admitió que no veía la televisión.

—¿Dónde has estado, en la Luna? —Fishkin sonrió—. Yo tampoco la veo mucho. La idea de sudar y dejarse la piel para hacer una película y que luego aparezca en esa pantallita me revuelve las tripas. —Se encogió de hombros—. Ése es el destino de todo ahora. La televisión. Hay que acostumbrarse a ella.

Llegaron los *smoothies* y a Stan le sorprendió ver que eran como batidos.

—Llevan levadura y un montón de cosas sanas —explicó Fishkin al ver su expresión. Tomó un sorbo del suyo y puso mala cara—. Bueno, amigo, quieres saber cómo va tu proyecto. ¿Conoces la obra de Andrei Kelos? ¿No? Es director.

Fishkin nombró tres películas y parecía sorprendido de que Stan no hubiera visto ninguna de ellas.

—¿No vas al cine tampoco?

—He estado una temporada en la cárcel —admitió Stan.

Bud Fishkin se secó la boca con la servilleta blanca, claramente sorprendido.

—¿La cárcel?

—Bueno, en la prisión de San Quintín.

Explicó que había escrito *Poli de noche* entre rejas. Fishkin se recostó en la silla, con una expresión de asombro teatral en el rostro.

—A Andrei le va a encantar. —De inmediato puso una mano en la de Stan—. No me interpretes mal. Escucha, Andrei leyó tu libro en el vuelo a Londres y está entusiasmado con él. Quiere rodar en blanco y negro, deprisa, plas, plas, plas, sin estrellas, casi un documental. Pero le va a encantar que seas expresidiario. Por favor, no me interpretes mal, pero, en esta circunstancia en particular, es algo positivo.

Stan sonrió a Fishkin. Le gustaba ese tipo.

—Para mí —dijo con una sonrisa—, lo positivo es estar fuera.

Ambos se rieron tan fuerte que los ocupantes de las otras mesas los miraron. Bud se llevó un dedo a los labios.

—La gente nos está grabando en este momento —dijo—. Es broma, aunque nunca se sabe. De todos modos, háblame de la prisión. No, quiero decir, si quieres hablar de ello.

—No quiero.

De hecho, a Stan no le importaba, pero no quería parecer jactancioso o arrogante. Mejor hacerse pasar por un tipo fuerte y silencioso.

—Da igual, a Andrei le encantarás. —Fishkin hizo una seña a la camarera—. ¿Quieres venir a la sede? Podríamos hablar en mi oficina, entre llamadas telefónicas. Tengo una gran idea. ¿Quién es tu agente?

—Todavía no tengo ninguno.

—Te buscaremos uno. Luego veremos si podemos conseguir que el estudio te contrate como guionista. —Sonrió obscenamente—. Les diremos que estuviste en la cárcel.

—¿Es buena idea?

Fishkin le dio una palmada en el brazo.

—¿En esta ciudad? ¡Qué te juegas!

Fuera, en el aparcamiento, bajo un sol abrasador, Fishkin le estaba explicando a Stan cómo llegar a Universal cuando Stan eructó.

—No era el *smoothie* —se disculpó—. No he cocinado bien los huevos esta mañana.

—¿Huevos? ¿Qué clase de cocina tienes?

Stan le dijo que una eléctrica y Fishkin levantó un dedo.

—Eso lo explica todo. Lo que necesitas, amigo mío, es una cocina de gas.

Así pues, en lugar de ir a Universal, Stan dejó su coche cocinándose al sol, delante del restaurante de comida saludable, mientras él y Bud Fishkin conducían a través de un laberinto de autopistas hasta un almacén de Glendale. El escaparate tenía un papel marrón en las ventanas y un viejo cartel que decía «Próxima Reapertura». Durante todo el camino, Fishkin había hablado de los Dodgers de Los Ángeles mientras Stan fingía que lo entendía o le importaba.

—Deja que hable yo —dijo Fishkin cuando llegaron a la entrada principal—, ¿de acuerdo?

Y lo llevó a lo que Stan reconoció como un almacén de mercancía robada. Su primer contacto en Hollywood lo había llevado directamente a un perista. Para comprarle una cocina de gas. Stan se apoyó en un escritorio viejo con las manos en los bolsillos mientras Fishkin hablaba con los dos chicos que trabajaban allí. Stan reconoció a ambos como ladrones. No se delataron mutuamente ni nada, pero el reconocimiento estaba allí. Quizá no fuera tan difícil lidiar con Hollywood después de todo.

Stan y Fishkin llevaron la cocina al Mercedes de este último y la metieron en el maletero. No pudieron cerrar el portón del maletero, pero lo ataron con un trozo de cuerda. Stan metió la mano en el bolsillo para pagar, pero Fishkin lo detuvo con un gesto, el traje arrugado y el rostro sudoroso.

—Yo me encargo —dijo—. Algún día conseguiré que el estudio acabe pagándolo de alguna manera.

Y se marcharon, de vuelta al restaurante de comida saludable para recoger el coche de Stan, y luego a la casa de Stan para sacar la vieja cocina, ponerla en el garaje e instalar la nueva. Tuvieron que llamar a la compañía de gas y a las cuatro de la tarde la cocina nueva estaba en funcionamiento. A Fishkin se lo veía feliz en mangas de camisa, con la cara y las manos sucias.

—¡Ha sido divertido!

Dejó solo a Stan, pero con una cita para verse al día siguiente y hablar del guion. Stan agradeció poder desnudarse, ducharse y luego caminar desnudo por la casa y tirarse a la piscina.

A la mañana siguiente, justo cuando terminó su desayuno de huevos bien fritos, tostadas con mantequilla bien untada, zumo de naranja y café, sonó el

teléfono.

—Soy Evarts Ziegler —dijo la voz—. Pero la gente me llama Ziggye.

Ziggye era agente y se mostró más que dispuesto a estar presente esa mañana en su reunión con Bud Fishkin. Eso no comprometería a Stan en nada. Sólo serviría para protegerlo.

—En esta ciudad no se toman prisioneros —dijo Ziggye.

Después de colgar, Stan se preguntó si Bud le habría dicho a Ziggye que había estado en la cárcel. Por supuesto que sí. Ése era el argumento de venta, ¿no? Stan tuvo que reírse. En cualquier sitio que no fuera Hollywood eso era una mancha en su reputación. Desde luego, había venido al lugar correcto.

Stan vio su novela por primera vez en la oficina de Bud Fishkin, en su primera visita a Universal, que resultó estar a sólo unas pocas manzanas de donde él vivía. El guardia que rellenó su pase temporal y lo colocó bajo el parabrisas tendría más o menos su edad y era pelirrojo y pecoso, con el cabello demasiado largo para que el sombrero de estilo policial le quedara bien. En lugar de decir «Córtate el pelo, tío», Stan le preguntó cómo llegar al bungalow de Bud. El tipo, que no era policía y no reconocería a un ladrón si se presentara, se metió la mano en el bolsillo. Stan siguió las indicaciones del vigilante hasta los bungalós, y, como había sugerido Bud, aparcó en un sitio reservado a Andrei Kelos. Kelos todavía estaba en Londres.

El bungalow, blanco con persianas verdes y tejas oscuras, estaba rodeado de árboles, arbustos y pájaros cantores. Dentro había una sala de espera agradable y espaciosa, con una secretaria en su escritorio. Era una mujer robusta de unos cincuenta años, vestida con una blusa de satén blanca y pantalones rojos.

—¿Stan Winger? —preguntó con una sonrisa—. Bud está al teléfono. ¿Puedo traerle una taza de café? ¿Una revista? Sólo tardará un momento.

Stan esperó. La secretaria contestó el teléfono, que sonaba cada pocos minutos. Había un estante de libros, y Stan leyó los títulos desde donde estaba sentado. En su mayoría, eran libros de los que nunca había oído hablar, de aspecto nuevo con sus sobrecubiertas. Algunos eran de bolsillo, y entre ellos vio su propio libro. Se levantó y lo sacó de la estantería. La cubierta era estridente, pero a él le gustaba. Un tipo que miraba directamente al lector, con un traje marrón y la placa prendida en la solapa, una pistola que sobresalía de un bolsillo del abrigo y algo de dinero asomando del otro. En lugar de un rostro, sólo un espacio en blanco. *Poli de Noche*, Stan Winger. Gold Medal Original.

Stan se sentó, sintiéndose muy extraño, y comenzó a leer su propio libro.

—Acabamos de recibirlos —explicó la secretaria, con la mano sobre el micrófono del teléfono.

—Aún no lo había visto —dijo Stan, leyendo.

Encontró un montón de cosas justo en la primera página que él no había escrito. Notó que se le calentaba la cara y empezaban a zumbarle los oídos. No eran cambios importantes, sólo palabras o frases diferentes a las que él había elegido, más y más cambios. Se dijo con furia que no le habría importado tanto si los cambios hubieran mejorado la fluidez del libro o algo así, pero eran simplemente cambios, cambiar por cambiar a su juicio, y en última instancia una puta ridiculez.

—¿Qué ocurre? —preguntó la secretaria.

—Nada. —Stan tuvo que calmarse.

Por supuesto que había sido reescrito, y por supuesto que Knox Burger no se lo había dicho. Eran dueños del libro, lo compraban directamente, podían cambiarlo todo lo que quisieran. Todavía se sentía enfadado, y un poco traicionado.

En ese momento, entró un hombre. Sonrió cansado a la secretaria y le tendió la mano a Stan.

—Soy Ziggy.

Iba vestido con un traje azul impecable, con rayas de tiza. Tenía el cabello fino, rubio grisáceo, ojos azul pálido inyectados en sangre y el rostro colorado. Su mano era caliente y firme. Stan se puso de pie, y Bud salió de su despacho en mangas de camisa, sonriendo.

—Así que ya os habéis presentado —dijo—. Venid a mis dominios.

La oficina parecía grande, pero Stan no tenía con qué compararla. Carteles de cine en las paredes, un montón de sillones de piel cómodos y estantes de libros. Podría haber sido el despacho de un profesor de universidad, salvo por los carteles de películas. Stan no había visto ninguna de las películas, pero claro, había estado fuera de circulación.

En lugar de sentarse detrás de su escritorio, Bud se unió a Stan y Ziggy en torno a una mesita de café, junto a unas ventanas dobles con vistas a unos arbustos y el cielo azul.

—Veo que tienes tu libro en la mano —dijo Bud. Y a Ziggy le dijo—: ¿Lo has leído ya?

Ziggy negó con la cabeza. Stan le entregó el libro. Ziggy frunció el ceño y lo puso sobre la mesita de café.

—Sólo estoy aquí como árbitro —dijo.

—Probablemente te estés preguntando por qué iba a tener un agente presente cuando podría atropellarte sin más —dijo Bud—. La respuesta es que quiero trabajar contigo sobre una base legítima, sin recriminaciones posteriores, y la verdad es que necesitas un agente de tu lado. De todos

modos, es el estudio el que paga, así que no me estoy pegando un tiro en el pie, sólo en el de ellos. —Bud sonrió—. ¿Entiendes lo que digo?

—Claro —dijo Stan. Sonrió para indicar que no se había enterado de nada.

—Si termino representándote —dijo Ziggy con su voz cansada—, yo negociaré con el estudio, no con los asociados de Andrei Kelos. Estamos todos juntos en esto contra un enemigo común.

—Lo entiendo —dijo Stan.

—Ziggy no es mi agente —dijo Bud.

—Yo represento a escritores, y a unos pocos directores.

—Quería que tuvieras al mejor —dijo Bud—, pero no te llevé a mi agencia para que no pensaras que quería sacar provecho.

—No habría pensado eso.

—Tal vez debería dejaros solos unos minutos —dijo Bud, y salió.

Stan se sentía como si estuvieran a punto de invitarlo a una fiesta de graduación. Esperó.

—Necesito un trago —dijo Ziggy—. Pero no puedo. Nunca bebo durante la semana, porque interfiere con mi trabajo. Ya conoces esas comidas que te cuestan tardes enteras. Así que empiezo a beber a eso de las seis el viernes y no paro en todo el fin de semana. Las resacas me duran unos tres días. ¿Quieres ser mi cliente? No vamos a firmar nada. Yo te represento hasta que digas basta.

—Está bien. —Stan le tendió la mano.

Bud regresó a la oficina al cabo de sólo unos segundos.

—¿Tenéis un acuerdo? —preguntó.

—Represento al señor Winger, si es eso lo que quieres decir. —Ziggy le hizo una seña con el dedo a Stan—. Salgamos de aquí. —Entonces se rio y se sentó—. Hablemos del contrato —le dijo a Bud.

Estuvieron veinte minutos. Stan se dio cuenta de que iba a tener que aprender un nuevo idioma, si quería quedarse en Hollywood. Si lo había entendido bien, el gran director Andrei Kelos iba a dirigir *Poli de noche*. Sería su siguiente película y empezarían a rodar al cabo de un año o así. No habían contratado guionista. Kelos generalmente confiaba en uno u otro de un grupo de escritores favoritos, la mayoría de ellos ingleses. Pero ahora que había llegado Stan, Bud Fishkin tenía la idea de que podían probarlo con carácter experimental, para obtener el material extra que no proporcionaría un escritor inglés. El submundo del crimen en Estados Unidos. Bud tenía la convicción moral de que conseguiría el beneplácito para contratar a Stan. Stan trabajaría

todos los días con Bud y, si era necesario, Bud contrataría a otro guionista para que ayudara a Stan a aprender lo básico. Si Stan estaba interesado, llamarían a Andrei, y si Andrei aceptaba, acordarían algunas cifras y acudirían al estudio.

—No lo tendréis por un centavo menos de setenta y cinco mil dólares —dijo Ziggye.

Stan se sorprendió. Bud se limitó a sonreír sin decir nada y los acompañó a la puerta. Cuando Ziggye y Stan estuvieron fuera, Ziggye dijo:

—Te quieren a toda costa. Creo que podemos conseguir los setenta y cinco mil.

—Pensaba que era el estudio el que ofrecía el dinero.

—Bajo presión solamente. Hemos de golpear mientras Andrei esté encantado. Estos grandes directores tienden a correr en todas direcciones. Pero no te preocupes. Para eso me tienes a mí. Vete a casa y escribe otro libro.

Stan encontró un paquete de cinco ejemplares de *Poli de noche* en su buzón. Empezó a leerlo de nuevo, perdiendo los estribos por algunos de los estúpidos cambios. Al final, explotando de ira, llamó a Knox Burger. Burger contestó el teléfono en persona.

—Acabo de recibir mis ejemplares. Estoy un poco cabreado por algunos de los cambios.

—Oh, crece —dijo Burger—. ¿Esperabas llegar a puerto con tu propia prosa?

Ahora le tocaba a Stan sentirse avergonzado.

—Lo hacemos con todos nuestros libros —dijo Burger—. Se lo hicieron a Hammett, se lo hicieron a Chandler, y te lo harán a ti. Ya te lo he dicho, crece. Ahora estás en Hollywood. Lo que hicimos con tu prosa no es nada comparado con lo que le van a hacer. *Capisci?*

Al no tener noticias ni de Evarts Ziegler ni de Bud Fishkin, Stan concluyó que todo se había derrumbado y que era culpa suya. Repasó sus reuniones con los dos hombres para tratar de averiguar lo que había hecho mal, pero al final tuvo que admitir que no lo sabía. Hollywood era misterioso. No los llamó, porque no habría sabido qué decirles. No llamó a Knox para averiguar cómo estaba funcionando el libro en el mercado, si es que Knox lo sabía. No se escribían críticas de los Gold Medal Original. Los publicaban en grandes cantidades, los devoraban lectores ansiosos como Stan y luego desaparecían. Según Burger, había escritores Gold Medal que escribían cinco o seis al año, bajo diversos seudónimos, una buena manera de ganarse la vida. O al menos eso parecía hasta que escuchó a Evarts Ziegler hablar como si nada de setenta y cinco mil dólares por escribir un guion. Stan tenía la esperanza de ganarse la vida, no de hacerse rico. Sin embargo, una vez surgida esa posibilidad, no podía dejar de soñar despierto. Por el momento, sopesó el consejo de Ziggy de escribir otro libro. Pero no se le ocurría nada.

Se adaptó a su vida cotidiana en el valle de San Fernando, esperando recibir noticias de alguien. Como había un televisor en la sala de estar lo encendía de vez en cuando, más como un profesional que observa la competencia que como un espectador, o eso se dijo. Recordó las palabras de Fishkin respecto a que la televisión reducía todo a imágenes minúsculas. Había televisores en el Bloque C, pero Stan no había tenido ninguno. Podía oírlos, eso sí, y odiaba el sonido. Prefería su radio Zenith, un aparato portátil grande que captaba emisoras de todo el mundo. Le gustaba chapotear en la piscina y luego sentarse en un extremo, con el agua hasta el cuello y escuchar la música que sonaba en la radio. Dejaba que su mente se vaciara y su cuerpo se relajara, con el agua de la piscina «caliente como pis». Podía permitírselo.

En su Cadillac descapotable fue conociendo la diversidad del sur de California, y le encantó. Por supuesto. Siendo un chico de Portland, casi esperaba que lloviera todos los días. Al ver que el clima era cálido y agradable, se sentía bien de un modo natural, cargado de optimismo y esperanza. Se dirigió a las poblaciones de playa en dirección sur hasta Long

Beach y al norte hasta mucho más allá de Malibú, sorprendido por lo aburridas que eran aquellas playas en comparación con el drama y la belleza de las de Oregón. Si se hacía rico tal vez se mudara a Malibú, o quizá incluso a la costa de Oregón, a una casa enorme en la playa donde podría invitar a todos sus amigos. ¿Qué había pasado con ellos, con sus amigos de Oregón? Cuando lo detuvieron pensó en llamar a Charlie, pedirle ayuda para la fianza o para un abogado, pero se sentía demasiado avergonzado. Y ya habían pasado demasiados años.

Caminó por Hollywood, Beverly Hills o Westwood, los únicos lugares en los que parecía merecer la pena detenerse a pasear. Descubrió que Hollywood estaba lleno de librerías, y su pequeña casa comenzó a llenarse de libros. Nunca antes había tenido tanto dinero, por lo que compró cosas que tal vez sólo planeaba leer, así como una gran cantidad de libros de segunda mano de Erle Stanley Gardner, John D. MacDonald, Ross Macdonald, Chandler, Hammett, etcétera. Buscó cualquier libro de Charles Monel, pero no encontró ninguno. Y nada de Dick o Richard Dubonet, ni de Jaime Monel, pero un día vio una foto de Jaime en la contracubierta de un libro en una caja de restos de edición, delante de una tienda de Hollywood Boulevard. Había publicado bajo su nombre de soltera, por supuesto. Compró el ejemplar de *Washington Street* y se lo llevó a casa, más emocionado de lo que habría esperado.

Como era un día caluroso, lo primero que hizo fue desnudarse y salir corriendo a tirarse a la piscina. Sus escrúpulos sobre nadar sin ducharse antes habían desaparecido bajo el placer de zambullirse en el agua todo acalorado y sudoroso, sintiendo la explosión de frío. Luego, después de un pequeño baño, salió, se sacudió como un perro, se sentó en su gran toalla blanca sobre su silla de hierro forjado, y leyó el libro de Jaime de cabo a rabo. Al principio le sonó a ciencia ficción, tan alejado de su propia experiencia, pero Jaime tiró de él para arrastrarlo a su vida y la vida de sus padres y vecinos. Ningún ladrón en el grupo, ni asesinatos, ni persecuciones, ni policías, y sin embargo era excitante, incluso emocionante. Joder, Jaime realmente sabía escribir. Jaime en su cocina de Lake Grove, con camiseta blanca y pantalones vaqueros, sonriente ante el fuego y preparando la comida para su hija, que estaba en su trona, y el viejo Charlie allí sentado con una gran sonrisa amable en la cara. Stan se sintió de maravilla. Un estallido de sentimientos como nada que hubiera experimentado jamás. O que fuera capaz de recordar. ¿Era sólo el libro? No, era amor. Amaba a esa gente. Eran las únicas personas a las que amaba. Pensó en escribir a Jaime a la dirección de su editor, explicando por qué había desaparecido tan de repente seis años antes y mencionando la feliz

noticia de su libro y de la posibilidad de que hicieran una película. Todo el mundo pensaba que Charlie llegaría a ser un escritor importante. Nadie pensaba en Jaime, aunque desde luego la habían respetado por haber acabado su librito. Dick Dubonet lo había llamado así, «su librito». ¿Estarían todos todavía en Portland? Sintió la tentación de llamar y averiguarlo, al menos ver si estaban en la guía telefónica, pero no lo hizo. «El pasado es pasado, ¿recuerdas?».

También se dio cuenta de que no era probable que leyeran su libro. No tenían la costumbre de leer *pulp*.

—Bueno, que les den —le dijo Stan a su piscina.

Se sentía bien. Hizo inventario de su jardín bien cuidado: los arbustos y los árboles, el emparrado de color marrón rojizo, el trozo de césped. En el sur crecía todo. Pensó en dedicarse en serio a la jardinería, trabajando bajo el sol. Eso lo ayudaría a sobrellevar la espera. Suspiró. Pensaba que había aprendido todo lo que había que aprender sobre esperar, pero no. Se miró, desnudo bajo el sol. Se había puesto bastante moreno en las pocas semanas que llevaba en California. Estaba en buena forma, pero no vendría mal comprar algunas máquinas de gimnasio. Podía permitírselo. Haría pesas hasta que alguien llamara.

En medio de la noche se despertó sudando y aterrorizado. ¿Qué le había hecho el libro de Jaime? Se sentó a la mesa de la cocina a medianoche, con una taza de café instantáneo y la radio sonando a volumen bajo, y trató de averiguarlo. No tuvo que pensar mucho. Era obvio. El libro de Jaime le había recordado lo vacía que estaba su vida. Porque no había ninguna mujer. Tenía miedo de las mujeres. Miedo de perder el control de sí mismo. Sentimientos sexuales y robos con allanamiento. Tenía que afrontarlo. Estaba tan asustado que temía masturbarse, y mucho más meterse en la cama con una mujer de carne y hueso. Todo lo demás era una broma. ¿Qué importaban el dinero y el éxito y Hollywood sin una mujer? Conocía la respuesta. No significaban nada. En realidad, no estaba esperando la llamada de Hollywood, estaba esperando liberarse de sí mismo.

No pudo evitar reírse, sentado allí en la penumbra, planificando la mayor fuga de la historia. Stan Winger finalmente escapa de sí mismo. De pronto, recordó a Linda McNeill. La había borrado de su mente. Otra cosa que había hecho el libro de Jaime: le había recordado a la única mujer que podría haber amado. En ese momento, en su desolación, el rostro de Linda flotó de nuevo hacia él. Stan quería apoyar la cabeza en la mesa y llorar. Como no había nadie cerca para verlo, eso fue lo que hizo.

Ésta trataría sobre un hombre que secuestra a una mujer. Linda. El hombre no sería Stan, sino un pobre infeliz incitado a ello al pasarse el día viendo mujeres hermosas y no poder tocarlas, ni siquiera hablar con ellas, salvo para dejarlas entrar o salir del estudio. El vigilante de seguridad de Universal. Sólo que no sería Universal, sino algún estudio de mierda perdido en el culo del mundo donde hacen películas cutres de usar y tirar. Red. Red el bobo. Red el hambriento. Red el soñador. Red Reemer. Un día, el pobre Red revienta. Tal vez es uno de esos días de mucho calor en Los Ángeles, *El quinto día de calor consecutivo*, ése sería su título provisional. El pobre Red lleva días sin dormir. Está nervioso y no para de dar vueltas, sin poder quitarse de la cabeza a esa chica, la chica que entra y sale del aparcamiento en el Cadillac de Stan, o uno igual, una rubia, con un montón de pelo maravillosamente rizado ondeando al viento, siempre con una gran sonrisa y un saludo cordial. Mientras Red babea al ver su escote, ella entra y sale. Él no tiene ni idea de lo que hace, supone que es actriz de una de las sórdidas películas que producen por allí; así que un día en el que el calor le está friendo el cerebro y tiene que tragarse la bronca de algún ejecutivo gordo acompañado de una preciosidad, después de haberse pasado horas y horas de pie bajo el calor abrasador, digiriendo los insultos del ejecutivo y recordando la sonrisa desagradable de aquella preciosidad, llega la rubia en el Cadillac, ofreciéndole una gran sonrisa amable, y entonces algo se dispara. Red se mete en el coche a su lado, saca su arma y la apunta.

—Gira a la derecha y sigue recto —dice a la cara de sorpresa.

Stan se dio cuenta de que la chica de su historia no era Linda en absoluto, sino una persona nueva, alguien que no conocía. Una secretaria, no una actriz. Todo lo que Red pensaba de ella era falso. Así que sería un misterio. Iba a ser divertido.

Stan se sentía feliz de volver a escribir. El trabajo centraba su día. Se levantaba temprano, nadaba, se preparaba el desayuno, comía escuchando la radio fuera o en el rincón del desayuno, y luego, en calzoncillos, entraba en el dormitorio que había convertido en su estudio. Escribía un capítulo cada día,

cada uno representaba una hora en la historia, igual que en sus dos primeras novelas. Sólo que ésta no sólo tenía a Red y Sissie —la rubia—, sino también a Frank Greise, alias «Greasy» Frank, detective del Departamento de Policía de Los Ángeles, que es asignado al caso de la secretaria desaparecida porque nadie cree que sea importante. El pobre Frank sólo es policía porque no logró entrar en el departamento de bomberos. Su única ambición es que la jornada pase para poder comenzar a beber. Frank tiene la norma de no beber antes de que se ponga el sol, porque tiende a terminar borracho como una cuba. Así pues, uno de cada dos capítulos lo protagonizaría el desgraciado Greasy Frank, el último hombre en el mundo del que uno esperaría que resolviera un crimen. Y por supuesto no lo hace. Sólo se encuentra con el caso resuelto. Aunque Stan no sabía exactamente cómo iba a llegar hasta ese punto, sabía qué ocurriría al final de la historia. Red se convencería gradualmente a sí mismo de que ella lo amaba. Ella le daría todos los motivos para que él lo pensara, y el lector también debía creerlo. Por fin, casi al final del libro, cuando, pese a su torpeza y estupidez, Red tiene tanto a la chica como el dinero del rescate y parece que van a huir juntos a Brasil, le entrega el arma mientras se baja la cremallera de la bragueta y ella, como ésta es la primera oportunidad que tiene para dispararle, le dispara. Justo en ese momento llega Greasy Frank, borracho como una cuba. Otro triunfo de la justicia.

Al terminar la jornada de trabajo, Stan nadaba otro rato, se preparaba la comida o salía. Le gustaba conducir toda la tarde. En cierto sentido, era repulsivo. Había un montón de autoestopistas, y Stan tenía que reconocerse a sí mismo que recogía a las chicas y las llevaba a distintos lugares con la esperanza de echar un polvo. Todavía era demasiado tímido para insinuarse, pero si una de ellas se le insinuaba, perfecto. Ninguna lo hizo. Algunas trataban de engañarlo poniéndose en plan sexy y fingiendo que estaban interesadas para conseguir que las llevara adonde ellas querían, pero luego se bajaban del coche de un salto. Muchas eran muy jóvenes, y Stan en cierto modo se avergonzaba de sí mismo y se desviaba de su camino por llevar a las más jóvenes para que ningún otro perverso pudiera recogerlas. Era generoso por su parte, pero no le servía para echar un polvo. Muchas lo llamaban Papi o Viejo, y tenía treinta años.

Cada dos semanas iba al centro para visitar a su agente de la libertad condicional. El tipo se llamaba Bob Gomez, y era un hombre de unos cincuenta años que estaba entusiasmado con las posibilidades de Stan en la industria del cine. Parecía impresionado por la venta de libros de Stan y le

dijo que si alguna vez necesitaba un trabajo de verdad, él haría todo lo que estuviera en su mano.

—Mucha gente lo intenta en la industria del cine —dijo. Mostró su diente de oro—. Yo mismo lo probaría si no tuviera ya un buen trabajo.

Las noches eran difíciles. Era el momento de la tentación. Hora de levantar pesas. Stan no tenía específicamente prohibido beber, sólo beber con ladrones. Pero esta cuestión con las mujeres estaba empezando a superarlo, y se imaginaba entonándose, flirteando con quien no debía y terminando de nuevo en la cárcel. Había oído rumores de Hollywood durante toda su vida; entonces, ¿por qué sus amigos de Hollywood no se lo ponían en bandeja? Ni siquiera llamaban. Se preguntó por su amistad fácil, su aparente sinceridad y franqueza. ¿Por qué no le conseguían citas con actrices? Se echó a reír. Se estaba convirtiendo en Red. Bueno, Red no era tan mal tipo. Sólo un fracasado. Red estaría yendo de bar en bar, intentando echar un polvo con ese culo lleno de granos. Stan era más inteligente. Se quedaba en casa leyendo. Cuando salía, iba al cine. En general, le entraba el sueño alrededor de las diez.

Terminó *Ola de calor* en seis semanas, dos borradores completos. La dejó reposar un día, la leyó y le gustó. Llevó el manuscrito a un servicio de mecanografía de Highland, cerca de Franklin, donde lo mecanografiaron y enviaron una copia a Knox Burger. Todavía no había tenido noticias de Bud Fishkin ni de Evarts Ziegler, por lo que llevó una copia a la oficina de Ziegler en Sunset, y se marchó sin pedir hablar con su agente. Nunca había estado allí antes. El lugar parecía la sala de espera de un médico. O de un dentista. Más bien de un dentista, y se alegró de dejar la novela y marcharse sin más.

Ziggie llamó al cabo de dos días.

—Creo que puedo vender esto —dijo.

Stan colgó después de unos minutos de agradable conversación acerca de su libro, y se preguntó qué hacer con el resto de su día. No se le había ocurrido preguntar por Fishkin, y Ziggie no había dicho nada. Tenía un montón de tiempo y dinero. Y libertad. Tuvo que echarse a reír. Si no encontraba a una chica con la que al menos hablar, se volvería loco. Era realmente culpa suya. Hacían falta agallas para seducir a una chica. Su problema era que carecía de agallas. Tenía que ir a un bar, sí, un bar, y sentarse, tomar unas copas, evaluar a las mujeres presentes, había mujeres solteras por todas partes, y luego acercarse a una de ellas y decir algo tentador: «¡Hola!», o bien «¡Oh Dios mío, eres muy atractiva!», o bien «Oye, nena, ¿cómo te va?».

El problema de aprender a relacionarte con novelas baratas era que en realidad no te proporcionaban ninguna buena frase para ligar. Stan estaba seguro de que necesitaba una buena frase para ligar. La verdad en este caso no iba a funcionar. «Ejem, soy un escritor joven bastante acaudalado y estoy aquí en Hollywood para trabajar en el cine». Claro que sí, payaso. Igual que los últimos diez tipos que lo intentaron con esa frase.

Con un suspiro y un golpe en la mesa de la cocina, Stan decidió seguir adelante y probar. Si se le quebraba la voz en medio de la frase, ¿qué? ¿Qué podían hacerle? ¿Meterlo en el hoyo?

Conduciendo por Los Ángeles, Stan había visto un montón de bares, pero no se parecían en nada a las agradables tabernas de Portland. La mayoría en realidad eran restaurantes y el resto estaban llenos de hombres con traje y mujeres vestidas de oficina. El simple hecho de entrar hacía que saliera colorado de vergüenza sin ninguna razón. Probó en algunos de los bares de Sunset Strip, pero había demasiada acción, y los fines de semana ni siquiera se podía conducir, de tantos *hippies* como había caminando. Trató de mezclarse con algunas de estas multitudes de fin de semana en Sunset, pero había notado la presencia de un gran número de policías y criminales entre los *hippies*. Demasiada policía otra vez. Y todo el mundo era muy joven. Los tipos de su edad eran depredadores. Sólo paseó por Sunset un par de noches antes de renunciar.

Ziggie llamó una mañana, cuando Stan se estaba volviendo loco tratando de empezar un nuevo libro, y le dijo que a Fawcett le encantaba *Ola de calor*. Pero con la participación de Ziggie las cosas serían diferentes. En lugar de cobrar una tarifa plana de tres mil cuatrocientos dólares y publicarlo como un Gold Medal Original, Ziggie pidió a Fawcett que pagara a Stan cincuenta mil sólo por los derechos de rústica y vendiera el libro a un editor de tapa dura para la publicación inicial. La mitad del importe de esa venta sería para Stan, que por supuesto también conservaría los derechos de una posible película, los derechos de televisión, los derechos de venta al extranjero, etcétera.

—Es hora de sacarte de esa celda de esclavos —dijo Ziggie en su voz seca.

—¿Crees que van a aceptar? —preguntó Stan.

—Si no lo hacen, es que están locos.

—¿Qué está pasando con Bud Fishkin? —se acordó de preguntar Stan.

Estaba sorprendido por la calma con la que se lo estaba tomando todo.

—Todavía no han tenido noticias de Andrei.

De modo que el largo silencio había tenido su origen en el director. A Stan se le ocurrió que toda su carrera en Hollywood dependía de que a un tipo le gustara uno de sus libros. Si ese individuo cambiaba de opinión, Stan se

quedaría en pelotas. ¿Por qué no le molestaba eso? Tal vez estaba ganando un poco de confianza en sí mismo. Mientras tanto, estaba el problema de iniciar un nuevo libro. Había dado el salto del tipo de relato Gold Medal Original a la novela de tapa dura; la llamada de Ziggy demostraba eso. Pero era como póquer tapado, tenía cuatro cartas para una escalera de color, con una carta por destapar. «No apuestes demasiado hasta que veas la última carta», se dijo a sí mismo. Dejaría que su mente vagara, tratando de encontrar algo que escribir, algo que no tuviera que ser sólo una escena de acción contundente tras otra, algo que no requiriera ese aspecto pesado de suspense.

Lo que hacían los escritores en ese punto, especuló, era escribir acerca de sus vidas. ¿Era el momento para una larga novela autobiográfica? Suspiró. Su vida. Su pobre y estúpida vida. ¿A quién iba a importarle un carajo? Quería escribir otro libro sólo porque estaba aburrido, pero no quería escribir otra pequeña historia de acción acelerada. Tal vez había empezado a tener ego.

Ziggy lo llamó poco después de las seis.

—¿Sabes por qué me encanta este negocio? —Parecía cansado—. Porque tengo la oportunidad de hacer llamadas como ésta.

—¿Buenas noticias? —Stan estaba en su piscina, con el agua hasta el cuello.

—Tenemos un acuerdo —dijo Ziggy.

Un cheque de Fawcett por la mitad del anticipo de cincuenta mil sería entregado a la agencia de Ziggy en Nueva York antes de la hora de cierre de actividades el viernes. Stan colgó sintiéndose un hombre rico en su piscina. Encendió un cigarrillo y sopló un anillo de humo hacia el cielo. Lo celebró yendo a un restaurante italiano que le gustaba en Ventura, tomando un par de cervezas antes de la cena, una buena botella de vino con su lasaña y, luego, dando un paseo en coche hasta Hollywood, donde caminó un rato por Hollywood Boulevard con las manos en los bolsillos. Hollywood Boulevard era una calle dura, con mucha acción. Le gustó. Miró los escaparates durante un rato y luego, en un impulso, entró en el Warner Theater.

La película era *Easy Rider* y el cine estaba lleno. Sólo quedaba una localidad para que Stan se sentara. Había una mujer sentada sola en el asiento del pasillo, con un asiento vacío a su lado. Stan se sentó, consciente de la mujer, pero sin mirarla. La película empezó y Stan, al igual que el resto de los espectadores, se sintió cautivado de inmediato. Se olvidó de la chica que tenía a su lado hasta que vio una escena tan divertida y emocionante que se volvió hacia ella para compartir el momento, y se encontró mirándola a los ojos. Lo atravesó una sensación, como la electricidad a través de un cable. Se volvió

de nuevo hacia la pantalla, donde tres chicos aceleraban por la carretera en dos motocicletas. En el siguiente momento culminante miró otra vez a la chica y la encontró mirándolo. Él se rio y ella se rio, y volvieron a mirar la película. Tenía la certeza de que, cuando terminara la película, hablarían. Sabía que no sería tímido. Cuando las luces se encendieron, ella estaba lloriqueando en su pañuelo.

—Esos hijos de puta —le dijo Stan.

—Sí —dijo ella. Se sonó la nariz. Era más o menos de su edad, bien parecida, de cabello oscuro—. Perdona —le dijo a Stan, y se puso de pie para dejarlo pasar. Los pasillos estaban llenos.

—Esperemos —dijo Stan—. ¿O te gustaría tomar un café?

—Claro —dijo ella, después de echarle una segunda mirada, más intensa.

Salieron del cine a Hollywood Boulevard. Normalmente, Stan se habría dado por satisfecho con la película, pero aquello era más interesante. La mujer era tan alta como él y tenía una bonita figura. Llevaba un vestido de flores, pero no *hippie*.

—Me llamo Stan. —Le tendió la mano.

—Soy Carrie Gruber —dijo ella, y le estrechó la mano.

Stan nunca se había sentido tan audaz.

—Ya nos gustamos —dijo.

—Sí —dijo ella.

—¿Adónde podemos ir? —le preguntó—. Llevo poco tiempo en Los Ángeles.

—Podríamos ir a mi casa —propuso ella. Lo miró abiertamente—. Está en el valle.

Stan la siguió hasta su edificio de apartamentos en Lanker-shim, un gran bloque oscuro. Ella le hizo una señal para que la siguiera al garaje subterráneo y luego señaló con el brazo dónde podía aparcar. Trató de no pensar y no sentirse triunfador. Al fin y al cabo, no sabía lo que podría pasar. Podría tratarse simplemente de una taza de café y una agradable conversación sobre películas. Estaba preparado para eso, pero en el fondo esperaba más.

Carrie tenía un apartamento tranquilo, más grande de lo que necesitaba, muy limpio, sin señales de ningún hombre. Stan se relajó aún más. En lugar de café tomaron cerveza de botella, todo muy apropiado. Hablaron de cine, y cuando Stan le dijo que estaba tratando de escribir para la industria, no le sorprendió que a ella no le sorprendiera.

—Hay mucha gente del cine en Los Ángeles —dijo ella de forma agradable.

Carrie trabajaba para una cadena de lavanderías. Chica de confianza, se ocupaba de todo en la oficina. Su jefe había trabajado en televisión. No era un buen actor, pero había ganado lo suficiente para comprar la cadena de lavanderías Laundromat, y ahora pasaba la mayor parte de su tiempo jugando al póquer en Gardena. Si ella no mantuviera el negocio en marcha, su jefe estaría en quiebra en un mes. De todos modos, Carrie no tenía intención de quedarse en el negocio de las lavanderías para siempre. Estaba ahorrando dinero para abrir un negocio propio, pero todavía no sabía de qué tipo. Había estado casada y se había divorciado, no tenía hijos, y había nacido y se había criado allí, en el valle de San Fernando.

—Algún día espero vivir en los mares del Sur —dijo.

Al entrar, Stan había elegido una incómoda silla para sentarse, en lugar de ir directo al sofá, lo cual podría haber parecido osado. Ella se sentó en el sofá, y cuando Stan terminó su cerveza se preguntó si no debería ir hacia el sofá y pasarle el brazo sobre los hombros. Un mal movimiento. De hecho, cualquier movimiento sería un mal movimiento. Se quedó sentado y dejó que ella hiciera todos los movimientos. Y Carrie los hizo.

—¿Quieres otra cerveza?

—Supongo que será mejor que me vaya —dijo Stan, sin moverse.

—Por favor, quédate —dijo ella.

Lo miró a los ojos. No había urgencia en su voz, ninguna señal de enfermedad mental. Era un ser humano honesto perfectamente decente pidiéndole que se quedara.

—Soy bastante torpe —dijo él.

—Si no quieres... —dijo ella, con aspecto avergonzado.

Stan vio que ella pensaba que la rechazaba, así que se levantó, se acercó y la besó en la parte superior de la cabeza. Carrie lo atrajo hacia abajo para darle un beso de verdad, un beso lleno de deseo por ambas partes.

No podían creer su suerte. Él había entrado en el cine por impulso. Carrie casi había renunciado a encontrar un hueco para aparcar, pero había tenido suerte en el último minuto, y luego había encontrado un asiento cuando una pareja se cambió de sitio, dejando el asiento vacío para Stan. Y los dos admitieron que eran tímidos, pero por algún afortunado accidente no eran tímidos el uno con el otro.

Hicieron el amor esa noche dos veces en el dormitorio perfumado de Carrie. Ella había dudado al principio, con la carne de gallina, pero Stan tuvo que hacer algo bien porque Carrie enseguida se relajó, y en unos minutos estaba jadeando apasionadamente. Stan no podía creer que olera de un modo tan maravilloso, que su piel fuera tan increíblemente suave. Era como caer en un pozo de amor. Aunque no estaban exactamente enamorados. Stan tuvo mucho cuidado en no decirle que la amaba, pero sí le dijo lo mucho que le gustaba, y lo bien que olía, lo bien que sabía y lo bien que se sentía. Stan nunca antes había hablado mucho mientras hacía el amor. Las putas no te animan a hablar. Pero con Carrie habló. Y gimió. Incluso gritó un poco. Lo mismo hizo ella, chillando con sorpresa, le pareció a Stan, cuando tuvieron su primer orgasmo, largo y dulce, juntos. Después, Stan se sentó en la cama de olor dulce de Carrie, en un estado de ánimo autocomplaciente. Quería alardear, pero no lo hizo. Lo que sí dijo, dirigiéndose a ella en la penumbra, fue:

—Me haces sentir maravillosamente.

—Y tú a mí —dijo ella con timidez.

Fumaron los cigarrillos de rigor y, cuando Carrie se levantó para ir al cuarto de baño, Stan se emocionó al verla caminar desnuda por la habitación. Todas las cosas correctas en los lugares correctos. No, más que eso. No era simplemente echar un polvo. Había algo más.

Hablaron un rato, luego hicieron el amor otra vez, pero después Stan no logró conciliar el sueño y Carrie parecía inquieta.

—¿Qué pasa? —le preguntó.

—No lo sé. —Carrie se incorporó—. Creo que tal vez deberías irte a casa ahora. —Le frotó el hombro.

La caricia fue agradable. Pero ella tenía razón.

—Todo el mundo duerme mejor en su propia cama —dijo Stan jovialmente, y apartó las mantas.

A ella le encantó la casa de Stan, sobre todo su piscina. Tenían una piscina donde ella vivía, pero no se podía nadar desnudo y siempre había gente alrededor. A Carrie le costaba relajarse en su propia piscina; en cambio, en la casa de Stan podía sentarse desnuda a excepción de sus gafas de sol de plástico blanco, untar su cuerpo con Bain de Soleil, o leer revistas, y simplemente tomar el sol. Carrie estaba muy morena, como Stan, y los fines de semana pasaban la mayor parte de su tiempo en el patio trasero de Stan o en la cama de Stan. Resultó que los dos eran maníacos sexuales y fanáticos del sol. A ella incluso le gustaba pasar un rato haciendo pesas con las máquinas de Stan, que guardaba en el patio trasero. Él se sentía como si por fin, después de tanto tiempo, se hubiera convertido en una persona normal. Le había costado mucho hacerlo, pero estaba contento de ser libre.

Su vida laboral era otra historia. No se le había ocurrido nada para un nuevo libro. No es que sus tres novelas *pulp* fueran tan originales, pero se le habían ocurrido con facilidad. La nueva no se le ocurría en absoluto. En cuanto a las películas, Stan comenzó a aprender lo básico. Tenía que tragarse la impaciencia. Ziggy estaba actuando con estrategia. No iba a intentar comercializar las novelas de Stan hasta que tuviera noticias de Andrei.

«Tu precio se dispara si él te contrata como guionista», le dijo a Stan, aunque él no veía la relación entre convertirse en guionista y vender *La fuga* u *Ola de calor*. Por supuesto, Stan ya había ganado una cantidad obscena de dinero con *Ola de calor*, cifras tan mareantes y alejadas de la realidad que no tenía ningún problema en creerlas. Simplemente no era algo real. ¿Su colosal cuenta de ahorros en el Bank of America? Eso tampoco era real. Le dijo a Carrie que sentía que cada vez que entraba en el banco iba a robarlo.

También le explicó todo acerca de sí mismo y le dio un ejemplar de su novela. Dejó de lado la parte sexual de ser un ladrón, pero le contó el resto, y ella pareció capaz de asimilarlo sin desmayarse.

—Mi primo estuvo en la cárcel —dijo.

—¿En serio? ¿Por qué?

Carrie sonrió. Estaban junto a la piscina, desnudos y cubiertos de aceite.

—Lo único que quería era ser surfista —dijo ella.

Resultó que su primo robaba licorerías en todo el valle de San Fernando para costearse su afición al surf, y terminó cumpliendo seis años en Soledad.

—Ahora ya ha salido, va a licenciarse.

—¿Quieres decir que está robando bancos? —bromeó Stan.

—Está estudiando criminología.

—Ah —dijo Stan—. Venganza.

Tenía mucho calor y el sudor se le mezclaba con el Bain de Soleil que Carrie le había frotado amorosamente. Era el momento de tirarse en bomba.

Carrie se llevó su novela a casa, pero si la leyó no dijo nada. Stan concluyó que no era una gran lectora. No había libros en su apartamento, sólo revistas. En casa de Stan sólo leía revistas y periódicos. Tal vez eso estuviera bien. De hecho, él estaba seguro de que estaba bien.

Y entonces llegó la llamada que había estado esperando.

—Andrei viene a la ciudad —dijo Ziggy con voz cansada—. Voy a tratar de organizar una reunión.

—¿Tengo que conocerlo? —preguntó Stan con humor.

Ziggy no se rio.

—Ayudaría.

Dos días más tarde, Ziggy llamó a Stan para decirle que lo habían invitado a una fiesta en la casa de Andrei en Bel Air.

—¿Puedo llevar a mi novia? —preguntó Stan.

—Yo no lo haría —dijo Ziggy.

—Pero quiero hacerlo.

—Está bien, no hay problema. Es sólo que vamos a trabajar.

—Nos han invitado a una fiesta de Hollywood —le dijo Stan a Carrie por teléfono.

Le contó los detalles, y luego tuvo que esperar mientras ella respondía una llamada por otra línea.

—La verdad es que no quiero ir —dijo cuando regresó—. ¿Te importa?

—¿Por qué no?

—Me sentiría fuera de lugar. No tengo nada que ponerme.

—Te compraré algo —dijo él.

Se estaba cabreando. Al parecer, nadie quería que su novia fuera a la fiesta excepto él. Carrie no aceptó la oferta de un vestido. Stan colgó, cabreado, pero Carrie volvió a llamar una hora más tarde diciendo que había cambiado de opinión.

—Bueno —dijo ella—. Podemos ir de compras juntos.

La llamada de Carrie le había hecho decidirse. Era el momento de comprarse ropa de verdad, un buen traje o dos, unos zapatos decentes — Florsheim—, camisas bonitas, gemelos, corbatas, alfileres de corbata y toda la historia. Carrie podría ayudarlo a comprar.

Luego, cuando fueron en coche a unos grandes almacenes de Hollywood, decidió en un impulso comprarse también un coche nuevo. Pero cuando extendió un cheque por el monto total, el vendedor comenzó a sospechar.

—Oh, bueno —tuvo que decir Stan, tan alegremente como pudo—, cobre el cheque y volveré el lunes.

Stan tomó el brazo de Carrie y salieron de la agencia de Cadillac dejando allí al vendedor escéptico. El lunes Stan volvió a buscar su flamante Cadillac descapotable, de color verde pálido, con una cubierta de color crema. Esta vez, el vendedor era su mejor amigo. Stan salió de allí pensando que quizá su nueva vida ya había comenzado en serio. Ahora, tal vez, una casa en las colinas. No comprarla, por supuesto, pero sí alquilarla. Soñaba con llevar a Carrie a esa nueva casa en, vamos a ver, ¿Beverly Hills? No. Malibú. Ése era el lugar. Imaginó la sorpresa y la alegría en el rostro de ella. Una persona sencilla, igual que Stan. A ella le encantaría Malibú, la riqueza, una vida de ensueño en la playa. Incluso dejaría de trabajar. Stan ganaba un montón de dinero y ganaría mucho más. Podría colocarla en cualquier negocio que ella quisiera. Stan y Carrie no se amaban, pero ¿y qué?

Lo que atrajo tanto a Carrie fue la sencillez de Stan. La mayoría de los hombres con los que salía eran vendedores o trabajadores de oficina, hombres a los que veía en el trabajo. Por lo general estaban casados o tenían otras complicaciones en su vida, pero Stan no. Después de un par de citas, se dio cuenta de que Stan era justo lo que decía ser: un escritor de libros que trataba de meterse en el mundo del cine. Ella intentó leer el libro que Stan le había dado, pero era un libro para hombres y no consiguió interesarse. No importaba. Y no importaba que Stan no fuera guapo. Tampoco era feo, y su rostro tenía carácter, pero no era el tipo de hombre que uno llamaría guapo. Tenía unos ojos suaves y una boca sensible y firme, y era amable con ella. La mayoría de los hombres con los que había salido Carrie no sabían cómo hacer el amor, o eran demasiado nerviosos. Stan era diferente. Casi como un niño pequeño, decidió, ansioso por todo pero amable, como un niño educado sentado ante una gran copa de helado. Después de un tiempo entendió que era probablemente porque había pasado muchos años en prisión alejado de las mujeres. Quería probarlo todo. No parecía conocer la diferencia entre el sexo ordinario y las locuras. Y luego, por supuesto, sentía que tenía permiso para hacerle a él todo lo que él le hacía a ella. Muy liberador.

Stan no sólo era bueno en la cama, y cada vez mejor, también era un hombre con mucho dinero. Carrie no tenía un ojo puesto en su dinero, pero lo que iba más al caso, él no parecía tener su ojo puesto en el de ella. Muchos hombres sólo buscaban un sitio donde instalarse. O querían asumir el control de sus ahorros. O decirle en qué negocios meterse y cómo dirigirlos. Algunos, después de acostarse con ella, querían decirle cómo llevar el negocio de la lavandería. Stan no sólo no tenía opiniones en cuanto a cómo debía dirigir su vida ella, sino que siempre le estaba preguntando cómo dirigir la de él. Una vez que se dio cuenta de que era completamente sincero, sintió compasión. Lo habían educado sin modales ni habilidades sociales, lo habían arrojado a la cárcel con animales y, sin embargo, no era amargo ni mezquino. Ella planeaba llevarlo algún día al otro lado del valle a conocer a su familia.

Los Gruber no eran una familia pequeña. Carrie tenía cinco hermanos y dos hermanas. Todos vivían en el sur de California, y sus padres aún conservaban la casa familiar en San Fernando. Carrie y sus hermanos habían aprendido a ser independientes, a salir al mundo, a ganar y ahorrar dinero, a conseguir una independencia económica, y ella lo había logrado. A Carrie no le gustaba mucho su familia, pero estaba contenta de que su padre le hubiera proporcionado una educación sólida, justo lo que a Stan se le había negado. Carrie pretendía enseñarle a Stan los valores de los Gruber.

Pero Stan era más que un pedazo de arcilla para que ella lo modelara. Si bien su cara no era nada del otro mundo, tenía un hermoso cuerpo, bronceado y musculoso, y ganaba buen dinero en un negocio con *glamour*. Por supuesto, ella, trabajando para Lyle Freed, veía el mundo del espectáculo desde un ángulo ligeramente distinto a la mayoría. Lyle había comenzado en la escuela secundaria como animador, luego entró en Servicios Especiales en el Ejército, cantando y bailando para los otros hombres que tenían que luchar. Carrie había oído la historia completa un millón de veces. El golpe de suerte de Lyle se presentó cuando un grupo de gente de Hollywood llegó a su campamento del Ejército para un espectáculo. Él era maestro de ceremonias y les gustó su actuación, y un agente le dijo que llamara el día en que se licenciara del ejército. El resto era historia. Consiguió un papel en una serie, la serie se convirtió en un gran éxito. Lyle pasó cinco años llevando la misma ropa y contando las mismas bromas tontas hasta desear suicidarse, pero ahorró lo suficiente para poder comprar las lavanderías cuando se canceló el programa.

Lyle odiaba el mundo del espectáculo y a todos los que formaban parte de él. Stan no era así. Él no tenía nada malo que decir de las personas que lo mantenían pendiente de un hilo. Ni siquiera parecía nervioso. Lyle había dicho muchas veces que nadie en el mundo del espectáculo era de fiar, pero a Stan no le importaba. Tal vez su vida en el mundo del crimen lo había inmunizado contra la deshonestidad, igual que una vacuna contra la gripe. Lo único que Carrie sabía era que Stan era el hombre más decente y franco que había conocido.

«Ha estado en la cárcel, papá, pero va a ser rico». Imaginaba a su padre diciendo: «Bueno, ¿cómo de rico?».

El propio Stan nunca hablaba de matrimonio, ni siquiera de amor. Tenía cuidado de no decir «Te quiero» ni cuando estaban haciendo el amor, y ella era igual de cuidadosa. Pero algo la hacía pensar que él realmente la amaba de la misma manera amistosa en que ella lo amaba a él. Eran amigos, eran amantes y eran compatibles. ¿Qué más podía pedir? Para mostrarle sus

sentimientos, Carrie fue a la peluquería y se tiñó de rubio, como a él le gustaba. En realidad, ella siempre había querido ser rubia. A Stan le encantó.

—Eres mi Marilyn Monroe —le dijo.

No tenían que casarse. ¿Por qué tentar la suerte? Iban a hacer negocios juntos. Stan pondría dinero en cualquier negocio que ella eligiera. Copropietario, socio silencioso, sin asumir el control por el hecho de ser un hombre, tan sólo invirtiendo en ella porque creía en ella. Ingenuamente, le había dicho que no sabía cómo manejar el dinero y que ella podría hacerlo por los dos.

—Puedes ser mi gestora —le había dicho.

Ella le habló de los gestores de capital. Lyle era casi poético en su odio a los gestores. Lo único que hacían era coger el dinero que tanto te había costado ganar y ponerlo en negocios de poco fiar. Cuando las cosas iban mal, se limitaban a levantar las manos en señal de rendición, como Jack Benny.

—¡Vaya, no lo sabíamos!

Ellos nunca iban a la quiebra, sólo sus clientes. Carrie estaba convencida de que Stan pronto ganaría mucho dinero, y tenía ganas de ayudarlo a invertirlo. No en su propio negocio, sino en acciones y bonos.

En aquellos días, Carrie soñaba con una tienda de golosinas. Bien por ella, porque no comía muchos dulces. Los dulces eran como el mundo del espectáculo. En tiempos difíciles, el negocio iría bien. Cuanto peor se ponían las cosas, más necesitaba la gente darse un gusto. Carrie tenía una idea para una tienda de dulces muy especial, una tienda con dulces de todo el mundo, dulces exóticos, los preferidos de la gente en todas partes. Como propietaria, Carrie viajaría por el mundo en busca de dulces buenos e interesantes, conseguiría las recetas y probaría su comercialización en California. Tendría que haber una cadena de tiendas. Empezaría con una para expandirse luego. Lo veía como una posibilidad real. Ella y Stan podrían viajar, pasarlo bien y degustar dulces. Stan podría hacer que la tienda se convirtiera en el sitio predilecto de sus amigos de Hollywood.

Stan no tenía ninguna objeción.

—Abriremos la primera tienda en Malibú —dijo Carrie—. Y viviremos encima.

Él estaba dispuesto a viajar.

—Nunca he estado en ninguna parte —le dijo, y luego se dio unos golpecitos en la cabeza—. Salvo aquí.

Tenían la cubierta del Cadillac plegada y Stan llevaba la camisa hawaiana que ella le había comprado como ella le había enseñado, desabrochada, con

una camiseta blanca debajo y el bañador rojo con una raya blanca en los costados. Ella se había puesto su traje de baño negro y una de las camisas de vestir de Stan abierta por delante. Ambos llevaban sus gafas de sol e iba a ser un día maravilloso. Carrie se había tomado el día libre sólo para que pudieran ir a Malibú cuando la playa no estaría repleta con cientos de miles de personas. Era una soleada mañana de martes y Stan le había dicho que tenía que pasar por el centro un momento para visitar a su agente de la condicional.

Pararon en el aparcamiento junto al edificio estatal. Stan bajó del coche y lo rodeó para darle un beso al tiempo que otro coche entraba en el aparcamiento y un hombretón mexicano gordo se bajó. Llevaba un traje de color marrón claro abierto por delante, y el vientre le colgaba sobre el cinturón. Aparentaba unos cincuenta años, y se quedó mirando a Stan muy cabreado.

—¿Conoces a este hombre? —le preguntó Carrie.

Stan se volvió y sonrió.

—Es mi agente de la condicional —dijo, saludando al hombre, que caminaba hacia ellos con expresión severa.

—La has pringado —le dijo a Stan.

Stan parecía muy sorprendido.

—¿Eh?

El agente de la condicional era más alto que Stan, y lo miró con frialdad.

—Has infringido la condicional.

La cara de Stan se torció en una mueca, luego pareció recuperar el control de sí mismo.

—No.

El agente miró su camisa abierta y su traje de baño, sus gafas de sol, su flamante Cadillac, a su novia con las tetas grandes y el pelo rubio, y dijo:

—Y un cuerno. Contra el coche.

—Stan, ¿qué está pasando? —preguntó Carrie. Estaba asustada, pero Stan la miró como si no la conociera—. ¿Stan?

Él no respondió, mientras el mexicano grande lo esposaba.

—¡Stan! —gritó ella—. ¿Qué pasa con el coche?

Pero ninguno de ellos respondió cuando Stan fue conducido al edificio. Ella supo más tarde que no lo habían enviado otra vez a San Quintín, que el castigo no sería tan duro. Sólo iban a enviarlo al bosque nacional Los Padres, a una brigada de carretera, donde tendría que cortar malas hierbas durante dos años.

QUINTA PARTE
LIBERTAD

Charlie no había pensado en su novela en mucho tiempo. Ni siquiera sabía dónde estaba el maldito manuscrito. Había recibido tres grandes paquetes de hojas de Bill Ratto seis o siete años antes, pero no estaba seguro de lo que había hecho con ellos. Desde luego, no los tenía en el estudio de su casa, porque lo puso patas arriba justo después de que llamara Bill.

—¿Te acuerdas de mí? —había dicho por teléfono una voz con un falso tono de universidad de élite.

—¿Estás llamando desde Nueva York? —preguntó Charlie, sólo para parecer pueblerino.

Pero Bill Ratto había dejado las editoriales y ahora era productor de Hollywood.

—No me extraña entonces que tu voz suene tan clara —bromeó Charlie.

—Estaba aquí sentado pensando en ti. ¿Recuerdas esa novela que escribiste, esa brillante novela sobre la guerra de Corea?

—Oh —dijo Charlie—, la novela sobre la guerra de Corea.

Bill Ratto había estado pensando. A Charlie no le había gustado la versión de su novela que él había propuesto, y Bill no tenía ningún problema con eso, hasta estaba de acuerdo.

—Creo que convertí caviar en huevos fritos —dijo.

Pero el pasado no tenía importancia. A Bill se le estaba ocurriendo una idea.

—¿Por qué no hacemos una película?

Estaba completamente de acuerdo con Charlie en que sería una estupidez por su parte volver a la novela en sí, pero le proponía pensar en algo: ¿Y si usaban la novela como material de partida para una gran película sobre el conflicto de Corea?

—Mira, Corea no se ha tocado. En realidad no, o no de la forma en que podríamos hacerlo.

—Todo el mundo odia la guerra —dijo Charlie secamente.

—¡De eso se trata! —La voz de Bill estaba cargada de entusiasmo—. Todo el mundo odia la guerra. Ha pasado el tiempo. Hoy en día todo el

mundo está de acuerdo contigo. Podría ser una de las grandes películas pacifistas de la historia.

Charlie no sabía cómo tomárselo. Estaba sentado a su escritorio, matando la mañana hasta que tuviera que irse a trabajar. Mirando por la ventana divisó una bruma ligera sobre la bahía. Sería un día de bastante calor. Otro día perfecto en el paraíso.

—¿De qué coño estás hablando? —le preguntó bruscamente—. Dejé de escribir hace años.

—Charlie, eso fue un error. Es posible que no estuvieras preparado para escribir la novela que querías escribir; era un libro muy ambicioso. Pero ahora estamos hablando de una película. Las películas no requieren el mismo nivel de talento. ¿Me estás siguiendo?

«Hasta el matadero», pensó Charlie, y luego se avergonzó. No había nada de malo en las películas. A Charlie le encantaban las películas, sobre todo las películas tontas.

—Entonces ¿qué quieres de mí?

Lo que Bill quería era permiso para pensar en hacer una película a partir del manuscrito de Charlie. Pero él no tenía ninguna copia, ni del original ni de la versión «refrita» que tanto esfuerzo le había costado a Bill. La versión que era más de Bill que de Charlie.

—No sé dónde está ese maldito manuscrito —dijo Charlie—. Puede que lo tirásemos. Fue hace mucho tiempo, tío.

—No importa —dijo Bill—. ¿Puedes esperar un minuto?

Y ya se había alejado del teléfono. Charlie analizó sus sentimientos. No era escritor, pero eso no hacía daño a nadie. En realidad, nunca había sido escritor. Sus ambiciones literarias, como todas sus ambiciones, no eran tan absurdas como obsoletas. ¿Por qué molestarse? Sin embargo, lo que Bill estaba proponiendo le interesó en cierta medida. Hacer una película significaría superar todos esos incordiantes problemas literarios, e ir derecho a la trama y al diálogo. Cuando soñaba como un chaval con su gran novela bélica, siempre había imaginado que la convertirían en una gran película épica, aunque en ese momento era cínico y pensaba que destrozaban el libro si no lo contrataban para escribir el guion, porque los escritorzuelos de Hollywood eran, bueno, escritorzuelos. Con razón estaba siendo sarcástico. No quería alimentar esperanzas vanas. Pobrecito Charlie.

—¿Estás ahí? —preguntó Bill—. Esto es lo que tenía en mente. Encuentra ese libro, léelo otra vez, piensa en ello y dame un toque.

Charlie colgó y miró su reloj. Estaba trabajando en el turno de once a seis en el bar sin nombre. El bar abría a las once y media para dar cabida a los alcohólicos de Sausalito, pero todavía disponía de una hora antes de tener que salir de casa. Podía buscar el manuscrito. Se sentía tranquilo, pero una película de sudor que no había estado allí antes le perlaba la frente. Tal vez la llamada lo había puesto más nervioso de lo que quería reconocer. ¿Seguía siendo ambicioso? Su vieja novela había sido ambiciosa, ¡tan ambiciosa y tan ridícula! También había sido el centro de su vida durante diez años, hasta que conoció a Jaime. Como su primera hija. ¿Él y Bill Ratto, un hombre que no le caía bien, irían a la fosa común, desenterrarían el pequeño cadáver, eliminarían la suciedad, cubrirían con maquillaje las marcas de descomposición y venderían el cadáver a la opinión pública estadounidense? Hmm.

—¿Qué gano yo? —preguntó al aire.

Se echó a reír. La idea de ganar dinero, una gran cantidad de dinero, resultaba atractiva. Por lo menos sería un cambio. Como camarero no estaba ganando demasiado, de hecho, no habría podido permitirse vivir donde vivía con sus ingresos. Gracias a Dios que tenía a Jaime y sus malditos libros. No es que él odiara los libros de su mujer. No lo hacía. Le encantaban. Lo mantenían en Mill Valley. Pero también parecían mantener a Jaime alejada de Mill Valley. Venía a casa una semana, dos semanas, incluso un mes, y luego se marchaba de nuevo, o bien de viaje o bien a escribir en el apartamento de North Beach. Jaime escribía allí, aunque Charlie le había dicho a menudo que podría tener su maldito estudio en casa. Charlie sólo utilizaba el estudio para leer o dormir en su sofá. Pero si Jaime se quedaba en casa dejaba de escribir. Y su ausencia parecía ofrecerle a Charlie una maravillosa libertad, pero ¿libertad para hacer qué?

Encendió un porro, el primero del día. Suerte que Bill no había llamado después de que se lo fumara, porque le habría calentado la oreja y probablemente habría ido a Hollywood esa misma mañana. La hierba hacía que Charlie se sintiera bien de verdad, pero también lo volvía hablador y manipulable. Que era como le gustaba ser.

Después de buscar en vano el manuscrito, salió por las puertas cristaleras al jardín. La niebla se estaba disipando y el cielo sería completamente azul. Charlie dio la tercera calada, apagó el canuto y se lo guardó en el bolsillo pequeño. Fumaría un poco más cuando aparcara, así su paseo por Bridgeway hasta el trabajo estaría iluminado por la droga. En el trabajo, durante toda la tarde, la gente venía con una gran variedad de sustancias para compartir, y

ocupar el centro de atención como camarero significaba recibir un montón de sustancias gratis de admiradores: coca, hachís, hierba, ácido, codeína, oxicodona, benzedrina, metanfetamina, barbitúricos, secobarbital, toda una farmacopea amistosa de pequeñas ayudas que Charlie sabía que debía tomar con moderación o evitar por completo si no quería convertirse en un adicto. Probaba una cosa un día, otra cosa otro día, y lo que le pasaban en general se lo guardaba y luego se lo regalaba a los amigos. Neil Davis no sabía nada de eso, o si lo sabía mantenía la boca cerrada. Para Charlie formaba parte del nuevo espíritu antigubernamental. El único signo de esperanza visible.

Charlie rodeó la casa hasta el garaje, donde lo esperaba su Porsche viejo y maltrecho. Jaime ya no iba a la ciudad en coche. Cogía el autobús o dejaba que Charlie la llevara, pero habían dejado el garaje porque resultaba demasiado caro, y aparcar en la calle era imposible. Charlie vendió su viejo Volkswagen, prácticamente su única propiedad de valor, y se convirtieron en una familia con un solo coche. El Porsche negro y polvoriento tenía un arañazo oxidado en el lado derecho, donde Jaime había rozado algo una noche que iba borracha. La pobre necesitaba un lavado. La carrocería, no Jaime. Quería llamarla al apartamento, pero ésa era la hora de máximo trabajo, y de todos modos Charlie había estado fumando y ella se daría cuenta. Jaime era tajante sobre las drogas cerca de Kira. Si los pillaban con drogas en su casa, ambos podrían ser detenidos y encarcelados, y entonces Kira acabaría en una casa de acogida. ¿Le gustaría eso? No, no le gustaría. Pero eso no ocurriría. No dejaría que Kira lo viera fumando droga, porque él no quería animarla a consumir. Charlie se metió en el coche y al ponerlo en marcha oyó el agradable rugido gutural. Conducir colocado era divertido. Cada descenso de la colina era un viaje en la montaña rusa de la marihuana. A medio camino de la colina se acordó de su llamada de Hollywood, y comenzó a soñar con escribir el guion de una película, una gran película, una gran película de guerra.

Al salir de la escuela, o en verano, Kira a veces cogía el autobús a Sausalito para pasar la tarde en Bridgeway. A Charlie no le importaba, siempre y cuando hiciera los deberes. Aunque nunca estaba muy seguro con Kira, que podía ser una mentirosa extraordinariamente hábil. Bridgeway era un circo, las tiendas y las aceras estaban atestadas de turistas, sobre todo ahora en verano, de manera que no podías atravesar la ciudad en menos de una hora. *Hippies* con atuendos de colores, gente del Medio Oeste con ropa deportiva, japoneses con sus trajes azules y camisas blancas, gente de los muelles, gente de la calle, lo que quisieras. Kira y un montón de chicos pasaban el rato en las escaleras o pedían monedas a los turistas, algo que Charlie intentó prohibirle. Kira lo miraba con sus grandes ojos oscuros y le decía que no lo haría, pero siempre andaba gastando dinero que Charlie no le había dado. Era alta para su edad, y había tenido la primera regla a los diez años, así que Charlie también tenía que preocuparse por la filosofía de la calle de Sausalito, la cual insinuaba que si eras lo bastante mayor para sangrar, eras lo bastante mayor para el sexo. A los doce años, Kira era alta, flaca y preciosa, al menos desde el punto de vista de su padre, y podría pasar por una chica de catorce. Un montón de *hippies* fugitivos de esa edad recorrían Sausalito, y podrían tentar a su hija con una vida de ocio vano.

Exactamente la clase de vida que él mismo llevaba, si se paraba a pensarlo. Trabajar detrás de la barra en el bar sin nombre no era exactamente ocio, a menos que lo comparara con la vida que debería llevar. Trabajando de camarero, Charlie no tenía que esforzarse, no tenía que pensar, no tenía que enfrentarse a ninguna conclusión dura. Se ponía detrás de la barra, sonreía y le daba a la gente lo que le pedía. Arbitraba disputas, daba consejos a los enamorados, orientaba destinos y nunca tenía que asumir la responsabilidad por los resultados. Era camarero, ¿qué esperabas?

A menudo, veía a Kira por las tardes. Tenía la esperanza de verla ese día. Verla significaba experimentar cinco minutos de alivio, saber que estaba bien, al menos por el momento. Luego ella desaparecería. Jaime no se preocupaba por Kira tanto como Charlie, pero cuando Jaime estaba en casa, Kira no iba a

Bridgeway. Se quedaba con su madre. Hablaban en susurros o salían en coche, y cuando Jaime estaba allí había otras niñas en la casa, grupos de chicas chillando, de cuyas actividades Charlie era excluido de forma natural. Su hija estaba teniendo una vida tan normal como ellos podían proporcionarle, dadas las circunstancias. Kira echaba de menos a su madre; los dos echaban de menos a Jaime, aunque Kira tenía ventaja, porque hablaba con ella por teléfono todos los días. Además, a veces Jaime se llevaba a Kira a pasar un fin de semana en la ciudad, y Charlie se quedaba solo. Tampoco le importaba. Trabajar por las tardes lo agotaba y en ocasiones llegaba a casa, engullía la cena y se iba a la cama directamente. Por supuesto, por lo general en ese momento iba cargado de drogas, le zumbaba la cabeza y tenía el cuerpo en un agradable estado de no existencia, o aparente no existencia.

El rostro de Kira apareció en la cristalera del bar. Apoyó los brazos en el alféizar de la ventana y la barbilla en las manos.

—Hola, papá.

—Espera —dijo Charlie.

Como el bar no estaba lleno, se secó las manos y salió al exterior, parpadeando por el brillo del sol. Kira se apoyó en el edificio, con los brazos cruzados. Llevaba unos vaqueros y una blusa roja, y para Charlie tenía aspecto de tener ocho años.

—¿Estás bien? —le preguntó.

—Estoy bien. ¿Me das cinco dólares?

—No.

—Vale —dijo ella.

Eso le preocupó.

—¿Para qué quieres el dinero?

—No importa.

Charlie metió la mano en el bolsillo y le dio dos dólares.

—Que te alcance con esto —dijo.

Kira sonrió, cogió el dinero, se volvió y corrió por Bridgeway, perdiéndose entre la gente. A Charlie casi se le partió el corazón. Tan delicada, tan hermosa, en una vida que era muy peligrosa. Había querido contarle la llamada de Ratto, pero ella no le había dado pie. Tanto su hija como su mujer eran más inteligentes que él, al menos en cuestiones prácticas. Bueno, perfecto, tal vez Kira lo cuidaría en su vejez. «No planees el futuro — le advirtió su corazón—. Los niños mueren». Regresó a la barra.

Cuando volvió a casa esa noche, Kira estaba allí, sentada en la sala, viendo la televisión. La señora Hawkins continuaba en la cocina preparando

la cena, que olía a chuletas de cerdo. La señora Hawkins sólo tenía unos años más que Charlie, unos cuarenta y cinco, y venía todos los días a limpiar y a cocinar. Regresaba a su casa de Marin después de la cena si no la necesitaban o se quedaba cuidando a Kira hasta que Charlie o Jaime llegaban a casa. Era de Lacoumbe, Luisiana. Tenía la piel color caoba y una voz cantarina y alegre. Kira la amaba, y a Charlie le faltaba poco. La señora Hawkins era su sostén. Charlie gritó hola y se metió en el cuarto de baño. Cuando salió, se sentó en el sofá detrás de Kira, que estaba en la alfombra.

—¿Has hablado con tu madre?

Kira se volvió y se quedó tumbada en la alfombra, mirando hacia arriba.

—Sí —dijo ella.

—¿Sigue trabajando?

—No lo creo —dijo Kira—. Estaba muy borracha. —Volvió a rodar por la alfombra para ver las noticias.

Charlie se rio y dijo:

—La llamaré.

Pero no hubo respuesta. Se preguntó si estaría bebiendo en Enrico's. O tal vez en la tienda de la esquina, hablando con Old Rose, la mujer china que la regentaba. O podría estar en el Caffè Sport, pasando el rato con jóvenes mafiosos. O simplemente dormida, incapaz de contestar el teléfono. O en la cama con alguien. Deseaba que Kira no supiera que Jaime estaba borracha gran parte del tiempo, pero era hipócrita ocultarlo. Aunque pudieran mantenerlo oculto.

—Creo que voy a ir a la ciudad —dijo en voz alta.

Kira se volvió y lo miró:

—Quiero ir contigo.

—Lo siento, no volveré a casa hasta tarde.

Kira se levantó y se sentó a su lado. El calor de su hija casi lo hizo llorar. Era muy frágil. Le dirigió su mirada más inocente y dijo:

—¿Vas a rescatar a mamá?

Charlie se rio y puso un brazo alrededor de Kira, tirando del cuerpo caliente de su hija, como si pudiera mantenerla viva con su propia vida. ¿Por qué estaba preocupado por la mortalidad de su hija? Trató de recordar qué drogas había consumido ese día. Ninguna, a menos que contara la marihuana.

—Kira —dijo, tratando de encontrar su voz más profunda y tranquilizadora—, tu madre está bien.

—Entonces, ¿por qué estás tan triste?

No tenía sentido tratar de engañarla. Le dio un gran abrazo y la besó en la parte superior de la cabeza. Los tres cenaron en la mesa del comedor, y la señora Hawkins mantenía la mirada fija en su plato como de costumbre. Después de la cena, Charlie se duchó y se afeitó con mucha parsimonia, se vistió con pantalones vaqueros y una camisa de manga corta azul limpios. Hacía calor en Mill Valley esa noche, pero en San Francisco podría haber niebla. Se puso la vieja chaqueta de cuero negro que Jaime le había regalado. Se miró en su espejo de cuerpo entero. Un hombre grande, alto y grueso, con una barba poblada de color rojo oscuro salpicada de blanco. Miró sus grandes ojos castaños. ¿Había alguien ahí dentro? No lo sabía.

Charlie caminó entre una multitud en Columbus, con las manos en los bolsillos de la chaqueta, preguntándose qué camino tomar. No era probable que Jaime estuviera en City Lights o en Vesuvio, era demasiado pronto para Tosca, y además, ya no le gustaban ninguno de esos lugares tanto como en el pasado. Había más posibilidades en la barra de Enrico's o en Gino and Carlo's. O en cualquiera de un centenar de otros bares. O en una fiesta en Pacific Heights. Una fiesta literaria.

Caminó hasta Enrico's. Las mesas de fuera estaban llenas, pero sólo había un par de personas en la pequeña barra. Charlie se sentó y esperó a que Ward, el camarero, se acercara. Ward era un hombre enorme, probablemente diez kilos más pesado que Charlie, pero todo músculo.

—¿Has visto a Jaime? —preguntó Charlie cuando Ward se acercó, sólo para descartarlo.

—¿Quién quiere saberlo? —gruñó Ward. Luego sonrió—. Está en el baño.

Fue al otro extremo de la barra, cogió un vaso a medio terminar de algo y una servilleta y los trajo.

—Supongo que se sentará contigo —dijo de mala gana.

Como los dos era muy grandes, Charlie y Ward fingían ser antagonistas.

—Sí, bueno, tomaré lo mismo que ella está tomando —dijo Charlie para tapar su sentimiento de alivio.

Cuando Jaime se subió al taburete junto a él, Charlie estaba tomando su copa, gin-tonic, uf.

—Hola, cariño —dijo ella, y apoyó la mejilla contra su brazo.

No parecía demasiado borracha. Charlie puso un brazo alrededor de ella y la besó en el pelo.

—Hola, cielo —dijo.

—Has llegado justo a tiempo —dijo ella. Se enderezó y bebió un poco más de gin-tonic—. Estaba a punto de marcharme. Ahora podemos tomar una copa juntos y podrás llevarme a casa. —Metió las manos en los bolsillos de la chaqueta—. He hablado con Kira —dijo—. Sabía que ibas a venir.

—¿Cómo estás? —preguntó Charlie—. ¿Estás bien para escuchar algo o mejor espero hasta mañana?

Jaime sonrió, mirando su bebida.

—¿Es algo serio? Si es serio, vamos a esperar.

—No es serio.

Le habló de la llamada de Bill Ratto. El rostro de Jaime se endureció. Levantó un dedo a Ward, que se acercó. Pidió dos copas más y luego empezó a revisar los bolsillos otra vez. Llevaba su chaqueta de terciopelo verde con hombreras.

—¿Estás buscando un cigarrillo? —preguntó Charlie—. Lo dejamos, ¿recuerdas?

—Es sólo un hábito —dijo ella.

Ambos habían dejado de fumar un par de años antes, y casi se habían divorciado por eso. Ahora ella sonrió.

—He estado esperando que me llamaran de Hollywood y te han llamado a ti —dijo ella—. ¿De qué va esta mierda?

Jaime había firmado un contrato de opción para una serie de televisión sobre su segundo libro, pero no ocurrió nada, salvo que ganó mucho dinero por los derechos de opción en los últimos años, y finalmente los dejaron caducar. Por supuesto, su primer libro había sido adquirido de inmediato por el difunto Joseph E. Levine y luego lo habían dejado morir. Jaime siempre aseguraba que odiaba Hollywood, pero le gustaba su dinero.

—Creo que es una oportunidad de conseguir pasta —dijo él.

—Bah, no vas a aceptarlo, ¿no? —preguntó Jaime, y se rio.

—¿Qué otra cosa estoy haciendo, joder? Neil puede quitarme del turno unas semanas, viajaré a Hollywood, ganaré unos pesos y cogeré otro avión de vuelta a casa. ¿Quieres venir?

Jaime fingió incredulidad.

—¿Yo?

Entonces su expresión cambió. Estaba más borracha de lo que parecía.

—Lo siento —dijo Jaime—. Hablas en serio. Y te ha llamado de verdad. Por supuesto, iremos allí y nos enfrentaremos con el león en su cubil. Y de paso nos libraremos de la niebla un rato. Pediremos una *suite* en un hotel bonito y jugaremos a ser estrellas de cine.

—Llamaré al cabrón mañana. —Charlie hizo una seña a Ward—. Tráeme un Wild Turkey, Ward, por favor.

Jaime estaba sumida en un relato largo que pensaba que podría convertirse en una novela, o una *novelette* o novela corta o como diablos quisieran

llamarla. Últimamente había estado escribiendo relatos cortos, una serie de cuentos, y había conseguido que le publicaran la mayoría en el *New Yorker*. Jaime habló de su trabajo durante un rato, mientras Charlie se tomaba su Wild Turkey.

Entonces le dijo a la que era su esposa desde hacía doce años:

—Bueno, ¿qué quieres hacer?

Los dos miraron a través del cristal a la gente sentada en torno a las mesas de mármol de fuera. Borrachos de alta graduación, la flor y nata de la sociedad de bar de San Francisco.

—Quiero follarme a esa chica de ahí —dijo Jaime, señalando a una mujer hermosa con un vestido de noche rojo, que estaba sentada en una mesa llena de gente bien vestida.

Los hombres parecían abogados. A Charlie también le hubiera gustado follarse a la mujer del vestido rojo, pero sólo sonrió a Jaime.

—Me refiero a nosotros —dijo—. Vamos a otro bar, o ¿quieres cruzar el río? Podríamos parar en el sin nombre por una noche. O no. O puedo llevarte al apartamento. Lo dejo en tus manos.

—Estoy harta del apartamento —dijo, dándole esperanzas a Charlie. Puso una mano en la mejilla de él, con los ojos casi llenos de lágrimas—. Pero tengo que quedarme. El muy cabrón no me suelta.

Charlie sabía que se refería a lo que estaba escribiendo. Jaime no se iría hasta que lo terminara. Una vez más, Charlie se dio cuenta de por qué ella era escritora y él no. Ella era mística con el trabajo. El trabajo era lo primero. Para Charlie, el trabajo había sido lo primero sólo hasta que la conoció a ella. A ella y después a Kira. De alguna manera, algo había puesto a Jaime fuera del alcance de esos sentimientos. Charlie había leído su primera novela, sobre su vida familiar maravillosa, y no podía ver nada para que fuera de esa manera. La única forma en que Jaime podía amar a su familia era escribir sobre ella.

Charlie le sonrió con tristeza.

—Vamos a tomar una más —dijo—. Y te llevaré a casa.

Ella sonrió con ojos vidriosos.

—Te quiero —dijo, y se rio.

A Charlie lo recibió en el aeropuerto LAX un chófer que llevaba un cartel con su nombre escrito en él. De hecho, la mejor parte del viaje fue entrar en la limusina, una novedad para Charlie. Esperaba que sus compañeros de viaje en clase turista pudieran verlo en ese momento. Él con sus Levi's, botas, camiseta y chaqueta de cuero negro. Ellos con sus trajes de ejecutivos. Sabía que parecía un traficante de drogas o un músico de rock, y se lo habían hecho pasar mal en el SFO, obligándole a poner las manos contra la pared mientras los policías del pequeño aeropuerto registraban su equipaje y lo cacheaban. Se les pasó la bolsita de marihuana que llevaba en el bolsillo de la cadera, debajo de su pañuelo sucio.

—Soy Charles Monel —le dijo al chófer, que era un chico joven, delgado, con gafas muy oscuras y piel pálida.

El chófer abrió la puerta de atrás y Charlie le sonrió.

—Gracias —dijo, y se golpeó la cabeza al subirse.

La secretaria de voz dulce de Bill Ratto había enviado a Charlie billetes de avión y le había preguntado qué hotel prefería. Charlie no sabía nada de los hoteles de Los Ángeles, y la secretaria lo puso en el Beverly Wilshire. Durante todo el camino hasta allí, circulando sobre todo por calles secundarias y evitando autovías, el chófer habló de sus propias ambiciones en Hollywood.

—Yo no soy como la mayoría de los chóferes —dijo—. Son todos escritores o actores. Yo voy a producir. —Explicó que en Hollywood sólo el hombre que controlaba el talonario de cheques tenía poder creativo—. Todo el mundo tiene que lamerle el culo al productor —dijo el chófer. Sus ojos se encontraron con los de Charlie en el espejo—. ¿Puedo darle un consejo? —le preguntó a Charlie.

—Claro.

—No se frote los ojos. Sólo lo empeora.

Charlie se detuvo.

—¿Qué demonios es eso?

—Partículas en suspensión —dijo el chófer.

La habitación de Charlie en el Wilshire era bonita, pero nada especial. De algún modo, había esperado lujo. Había una lucecita roja parpadeante en su teléfono. El mensaje era de Bill, pidiéndole que llamara enseguida.

—¡Charlie! ¿Qué te parece el sur de California?

A Charlie no se le ocurrió ninguna respuesta, y Bill tampoco la esperaba.

—Tengo que hacer un par de cosas por aquí, luego podemos almorzar en la planta baja del hotel.

Charlie encontró el restaurante El Padilla en la parte trasera del hotel. Dio su nombre al camarero de uniforme, que lo llevó a un banco. La sala estaba ocupada en tres cuartas partes de su capacidad, y era un hervidero. Charlie sintió una especie de excitación nerviosa que no tenía nada que ver con su reunión. ¿Y si entraba una estrella? Quien entró fue Bill Ratto, que se sentó a su lado y le dijo al camarero que les trajera menús y un teléfono. Así que había que cumplir con todos los clichés. Bill llevaba traje y corbata y se había guardado en el bolsillo del pecho las gafas de sol, de las que asomaba una varilla insolente. La camisa era blanca; la corbata, de seda, pero aún así tenía aspecto de Hollywood. Por el bronceado, tal vez. Bill tenía la cara más delgada y había perdido pelo. Ya no parecía un búho, más bien un halcón. Un halcón de dibujos animados.

Se volvió hacia Charlie y le tendió la mano.

—Te presentaré a mi socio —dijo—. Pero mientras, cuéntame: ¿cómo estás? Se te ve muy bien, con un poco más de peso, pero bien. ¿Cómo está tu mujer?

—Jaime está bien —dijo Charlie.

No había venido porque su relato se había convertido en algo más largo. «No dejes que te enreden con ninguna actriz», le había dicho y le había dado un buen beso. Kira quería una camiseta de Hollywood.

El camarero enchufó el teléfono y, con una sonrisa de disculpa, Bill cogió el aparato y se puso a hablar en voz baja. Charlie cogió el menú, tratando de no escuchar. Cuando dejó el menú, otro hombre se estaba acercando hacia ellos con una sonrisa radiante. Era muy apuesto según el estilo de Hollywood, de cabello oscuro y vestido con pantalones vaqueros y una camisa azul sin cuello. Estrechó la mano de Charlie.

—Tú debes de ser Charles Monel —dijo—. Soy Bud Fishkin.

El apretón de manos de Fishkin era firme y seco. Fishkin se deslizó en el reservado y pidió un menú y un teléfono. De repente, Charlie estaba rodeado de productores con teléfonos que murmuraban en los aparatos mientras él trataba de no sentirse avergonzado. Pero, por supuesto, nadie los estaba

mirando y nadie se reía. Charlie empezó a escuchar las conversaciones con discreción. Ratto estaba hablando con su secretaria, repasando las llamadas telefónicas que se habían recibido desde que había salido de su oficina. Fishkin estaba hablando con su agente. Charlie tuvo ganas de llamar al camarero y pedirle su propio teléfono, así podría llamar a Jaime y decirle que se estaba perdiendo un almuerzo muy gracioso.

—Bill me dijo que estuviste en Corea —dijo Bud Fishkin con voz cordial después de colgar—. Debo decir que tienes pinta.

—Tenemos una idea para la película —comenzó Ratto—, pero primero me gustaría explicarte algunas cosas. ¿Recuerdas tu libro?

Charlie sonrió.

—Sí.

—Bueno, no exactamente así, pero con ese espíritu. Las novelas son gruesas. Las películas son planas. Queremos aplanar tu novela, pero conservar la misma intensidad, el mismo sabor. Por eso nos gustaría que trabajaras con nosotros en el guion. Si quieres. Si no te molesta demasiado.

—Las novelas son violadas y asesinadas en Hollywood —dijo Fishkin con una sonrisa amable—. Muchas veces el escritor del libro es demasiado protector. Puede que tú no seas así porque el libro nunca se publicó. Así que no tienes nada que olvidar, nada que defender.

—Ya veo —dijo Charlie—. Queréis que os ayude con la violación y el asesinato.

Fishkin rio.

—Puedes ser el primero.

Tanto Charlie como Ratto rieron.

—¿Qué gano yo? —preguntó Charlie, secándose los ojos con una gran servilleta roja.

—Espera un momento, espera un momento, me tomo en serio esa pregunta —dijo Fishkin—. ¿Qué ganas tú? En primer lugar, tu novela ahora verá la luz del día, aunque bajo una forma algo distinta. Esto debería o podría ser una gran satisfacción creativa, y todas esas chorradas. Y luego está el dinero. Puede haber un montón de dinero en una película, un dinero en el que ni siquiera piensas, derechos residuales, ventas al exterior, series de televisión, suma y sigue. Y si te labras un nombre como guionista, puedes hacerte muy rico. Y puedes conseguir un mayor control.

—Eso es importante —dijo Ratto—, porque con este primer guion no tendrás mucho control. Eso hay que ganárselo.

—Tienes que aprender el oficio —dijo Fishkin con una sonrisa.

—¿Cuál es la trama de mi película? —preguntó Charlie.

El camarero se acercó, y Charlie se dio cuenta de que ninguno de los otros hombres pidió nada para beber, excepto café. Charlie hizo lo mismo. No iba a emborracharse y dejar que se aprovecharan.

Después de que el camarero se fuera, Fishkin y Ratto cruzaron una mirada, como diciendo: «¿Tú o yo?».

—Déjame a mí —dijo entonces Ratto—. La película es sobre ti, Charlie. Un héroe de guerra que es capturado por los chinos y luego tiene que sobrevivir en el campo de prisioneros, a pesar de que tiene tuberculosis. Es una cuestión de supervivencia.

—Se trata de vencer al mal —dijo Fishkin.

—No es muy parecido a mi libro —dijo Charlie.

Fishkin levantó una ceja.

—¿En serio? Describe tu novela en una sola frase. La frase que verías más tarde en *TV Guide*.

Charlie pensó un momento y luego dijo reflexivamente:

—Un montón de capullos atrapados en una guerra.

—¡Me encanta! —exclamó Fishkin.

A Jaime le encantaba North Beach por las mañanas. Era como un pueblo mediterráneo en una colina: cielo azul brillante y limpio, calles vacías y callejones estrechos. Le gustaba levantarse con el sol, ducharse, vestirse y bajar caminando por la colina hasta el Caffè Trieste para tomar un *espresso* espolvoreado con chocolate, tal vez un *brioche* si no tenía demasiada resaca. A esa hora el local siempre estaba lleno de gente de pie delante de la pequeña barra discutiendo en siciliano o italiano con los que estaban detrás de la barra, y en la calle los barrenderos tomaban café después de una dura mañana recogiendo la basura de San Francisco. Jaime amaba a esas personas. La conocían, al menos de vista, y casi todas las mañanas los jóvenes de la calle hablaban de ella en italiano y se reían. Había tardado años en que le sirvieran dentro con rapidez. Jaime nunca estaba segura de si era porque no era italiana o porque no era un hombre. Pero ahora se ponían a hacer su café *espresso* de inmediato, diciendo en voz alta «¡Jaime! ¿*Brioche* hoy?», mientras otros esperaban con impaciencia. Luego ella se sentaba de espaldas a la ventana y leía cualquier periódico que hubiera por allí, oliendo el chocolate caliente y el humo de cigarros italianos, oyendo el silbido de las máquinas de café y las conversaciones en voz alta a su alrededor. Era su momento diario de humanidad, antes de regresar al aislamiento y el trabajo.

Con Charlie en Hollywood, Jaime tuvo que interrumpir su rutina y volver a la casa de Mill Valley para estar con su hija. Jaime no podía escribir en casa si Charlie estaba allí, lo cual le partía el corazón. Charlie era sumamente considerado con su intimidad y su necesidad de una rutina tranquila y silenciosa, y siempre le ofrecía su propio estudio, pero todo ese sacrificio de su marido dejaba a Jaime demasiado triste para trabajar. ¿Cómo podía explicarle eso a Charlie sin hacerle daño? «No puedo trabajar aquí porque eres un fracasado». Suponía que Charlie lo entendía, pero era un obstáculo entre ellos, una cosa más sobre la cual no podían ser francos. Esos obstáculos silenciosos se iban acumulando.

Cuando Charlie cogió el avión a Los Ángeles, Jaime tenía dos opciones, irse a casa a trabajar, o traerse a Kira a la ciudad. Temía dejar a Kira

rondando por North Beach mientras ella escribía. Kira no sólo era demasiado alta para su edad, también era demasiado inteligente, demasiado curiosa, demasiado independiente. Por lo tanto, Jaime se fue a casa. Se suponía que tenía que ser por una noche, pero Charlie llamó y dijo que lo habían invitado a pasar el fin de semana en Malibú. «Para hablar de negocios», dijo, sin rastro de humor, de manera que Jaime se quedó atrapada tres días. Se había llevado su manuscrito y su portátil Hermes, pero daba la impresión de que Kira había decidido que no dejaría trabajar a su madre. El viernes fueron en coche a Stinson Beach y caminaron por la arena mojada buscando conchas marinas. Kira parecía conocer los nombres de todos los moluscos, ostras verdes de roca, ostiones morados, galletas de mar, tégulas, etcétera, etcétera, siempre corriendo por delante de su madre y recogiendo todo lo que brillaba, descartando las valvas imperfectas y guardándose las demás en los bolsillos de los pantalones. Había perros en la playa, y Kira corría y jugaba con ellos, aunque decía que no quería tener un perro. Le habían dicho que si tenía un animal de compañía debería hacerse cargo de él, por lo que había dicho, típico de Kira: «Entonces no quiero ninguno». Sin embargo, su cuarto estaba lleno de mariposas y libélulas muertas, setas secas, fotos de lobos y halcones, así como de los animales de peluche habituales y libros infantiles.

A Jaime nunca le había gustado que Charlie abandonara la escritura. Comprendió su terrible dolor cuando tuvo que rechazar la publicación de una versión descuartizada de su novela —el vano intento de Bill Ratto de jugar a ser Maxwell Perkins—, pero había tenido la esperanza de que después de un año de trabajar de camarero recuperaría el sentido común y volvería a su escritorio. Pero no. Después de todos los años transcurridos, parecía satisfecho trabajando en el bar y apoyándola a ella en su escritura, como si él fuera un actor secundario en su matrimonio. Jaime sabía que no era así. Esa cuestión de Hollywood la preocupaba de verdad, Ratto otra vez, sin dejar que Charlie siguiera adelante con su vida. Otro varapalo para Charlie en el horizonte.

Pero cuando fue a buscarlo al aeropuerto, Charlie estaba explosivamente alegre.

—Joder, ¡me alegro de estar de vuelta en San Francisco! —dijo—. No puedes imaginar cómo es esa puta ciudad. Ni siquiera puedes frotarte los ojos.

Pero Jaime estaba segura de que su burbujeante energía tenía un origen diferente. Esa noche, acostados en la oscuridad después de hacer el amor, él habló en voz baja de su visita, de lo que esos productores tenían en mente y de cómo se sentía al respecto.

—Creo que puedo vencer a esos tipos. No son tontos ni nada, pero es muy evidente lo que quieren.

—¿Qué? —preguntó ella.

—Quieren ganar. —Puso su mano en el vientre de Jaime y se lo frotó suavemente—. Me encanta tu estómago —dijo.

—Y a mí me encanta el tuyo —dijo Jaime—. ¿Cómo vas a ganarles si están tan acostumbrados a ganar?

—Ayudándoles a ganar —dijo Charlie. Se rio entre dientes, como si hubiera descubierto un gran secreto.

Él realmente quería probar con Hollywood. A Jaime sus propias malas experiencias la hacían odiar la industria del cine, a pesar de que había ganado dinero con ella. Nunca más volvería a vender todos los derechos de un libro. Su primera obra, y posiblemente la mejor, y sin duda el más leído de sus libros, había quedado enterrada bajo el cadáver de Joseph E. Levine, finado de Embassy Pictures, luego de Avco-Embassy, y ahora Dios sabía de qué monstruosidad corporativa. Y la gente de la televisión que tenía la primera opción de *Judy Bell* la había mareado tanto que a Jaime automáticamente le entraban ganas de vomitar cuando oía las palabras: «¡Tengo una gran noticia!».

Cuando se conocieron, Charlie le había parecido relajado respecto a la política. «Saco mi marxismo de una teta diferente», dijo, riéndose de aquellos que esperaban salvar al mundo. Entonces Vietnam llegó bruscamente a las vidas de todos, y ella y Charlie estuvieron con diez mil personas más en un campo de fútbol de Berkeley escuchando a Dick Gregory y a Norman Mailer exhortando a todos a la rebeldía. Habían vitoreado con el resto ese día, pero después de un tiempo Charlie se desencantó con el movimiento antibelicista.

—Están atacando trenes de tropas —le dijo a Jaime—. Que les den.

—Pero esos soldados... —comenzó ella.

—Esos soldados no tienen otra opción —dijo Charlie.

Estaban en el Coffee Gallery, bebiendo cerveza.

—Podrían elegir la desobediencia civil —insistió Jaime.

Había leído a Thoreau, sabía de lo que estaba hablando.

—La desobediencia civil es algo que haces solo —repuso Charlie misteriosamente.

Estaba en contra de la guerra y en contra de los resistentes a la guerra. Tierra de nadie para Charlie. Él nunca había matado a nadie, pero lo había intentado. Jaime temía lo que podría estar pasando bajo la superficie, a pesar de que Charlie casi siempre estaba tan alegre y amable como de costumbre.

No puedes pasarte diez años de tu vida escribiendo una novela sin dejar un montón de ti mismo en ella. Cada libro es como un niño, no sólo metafóricamente, sino en tu corazón, y un mal destino para tu hijo duele terriblemente. Charlie estaba muy malherido, y Jaime no estaba muy segura de qué efecto podría tener Hollywood en su héroe magullado.

Jaime llamó a su amiga Susan Beskie a la agencia de Zeigler-Ross, que se ocupaba de vender sus derechos para el teatro, y le pidió que echara un vistazo al posible contrato de Charlie con Ratto. Jaime nunca había visto a Susan en persona y la imaginaba alta y delgada, con gafas de montura de acero y el pelo liso y corto. Tenía la voz aguda y fina, que a Jaime le resultaba más tranquilizadora que una voz sensual. Y era una agente entusiasta, con ganas de ayudar a Jaime a hacerse rica de verdad gracias a su escritura.

—Mi marido escribió una novela hace mucho tiempo —comenzó Jaime.

Le habló de *El fin de la guerra* y del interés de Bill Ratto en convertirla en una película.

—¿Conoces a Bill Ratto? —preguntó.

—Sí, sí —dijo Susan.

Dijo que lo averiguaría y volvería a llamar a Jaime, pero fue Evarts Ziegler quien llamó poco después de las seis. Parecía cansado. Preguntó por Charlie, y cuando Jaime le dijo que no estaba en casa, Ziegler dijo:

—Pídele que me llame. Creo que podremos arreglar algo.

Charlie lo llamó a la mañana siguiente, después de esperar impaciente hasta las diez, la hora a la que abrían las agencias. No pudo desayunar, y se fue al patio para caminar arriba y abajo con las manos a la espalda. «Es combativo —pensó Jaime—. De verdad quiere meterse en esto». No estaba segura de que eso la hiciera feliz. Claro, cualquier cosa sería mejor que el trabajo en el bar, pero Hollywood era el centro virtual de los sueños rotos. Tal vez era eso lo que atraía a Charlie.

—Podrías llamarlo *Soldado Lázaro* —dijo Jaime en el almuerzo.

Ella, Charlie y Kira estaban almorzando juntos, una rareza que debía el honor a que Ziegler había aceptado «estudiar» el contrato de Charlie. Estaban en la terraza del Trident, viendo los barcos de vela en la bahía.

—*Sargento Lázaro* —la corrigió Charlie con una sonrisa.

—Me estoy poniendo celosa —dijo ella.

—¿De qué? —preguntó Kira, que se estaba comiendo una hamburguesa gigante.

—Papá va a ir a Hollywood —dijo mamá.

—No me estoy engañando —dijo Charlie a Jaime—. Sé lo que quieren. Una gran película de guerra, bonita y ostentosa, con un mensaje antibelicista.

—¿No es eso lo que quieres tú? —preguntó Jaime.

Un hombre de unos treinta años, de pelo largo oscuro y grasiento y vestido con una camisa estampada con la bandera de Estados Unidos se les acercó sonriendo, especialmente a Kira.

—Charlie —dijo el hombre—, ¿de dónde has sacado a ésta?

Kira miró al hombre brevemente y luego volvió a su hamburguesa. Charlie sonrió, aunque Jaime se dio cuenta de que estaba enfadado.

—Es mi hija —dijo Charlie.

—Ah, muy bien —dijo el chico, todavía con los ojos clavados en Kira. Entonces pareció entender el mensaje y retrocedió—. Oh —dijo.

Charlie lo vio salir de la terraza.

—Probablemente está un poco colocado —dijo, irritado—. Quiero hacer la peli bien —dijo—. Y puede ser una gran película de guerra bonita y ostentosa y aun así ganar una fortuna. Pero sin John Wayne.

Jaime estaba sorprendida.

—¿Quieren a John Wayne?

Charlie se rio.

—Su agente probablemente ni siquiera devolverá la llamada. Mira, a mí no me dijeron ni una palabra acerca de un agente.

—No te pongas paranoico.

Charlie le sonrió, pero había algo fuera de lugar en su rostro.

—¿Conoces la frase budista que dice que el deseo causa sufrimiento?

Jaime asintió con la cabeza.

—Realmente dejé a un lado mi novela —continuó Charlie—. Había terminado con ella. Dejé de desear, de verdad que lo hice. Como la puta tuberculosis. Estás allí escupiendo sangre como un géiser, y te dices a ti mismo que o se termina o mueres. Lo que te jode son las ganas de vivir. Tienes que renunciar a eso, y yo lo hice. La razón por la que me curé fue que ya no me importaba. ¿Entiendes lo que quiero decir?

—Yo sí —dijo Kira.

—Lo siento, cariño —dijo Charlie a su hija—. No quería hablar así delante de ti.

Kira le lanzó a Jaime una mirada que decía: «¡Hombres!».

Así que ellos habían resucitado su deseo, Jaime lo entendió así. Charlie había permanecido en estado de coma, porque se le había negado lo único que

realmente deseaba. Y ahora, desde debajo de las piedras, no sabía qué tipo de escoria de Hollywood se lo estaba ofreciendo de nuevo. Jaime no podía proteger a Charlie. Ni siquiera podía protegerse a sí misma. No de esas cosas.

La llamada llegó a la mañana siguiente a las ocho y veinte, de manera que Evarts Ziegler llegaba a la oficina temprano cuando hacía falta. Charlie cogió el teléfono en su estudio y salió con la frente sudorosa.

—¿Qué pasa? —preguntó Jaime.

Charlie se sentó a la mesa de comedor con ella y dio unos golpecitos con el dedo en el mantel de manera muy irritante. Suspiró y Jaime esperó.

—Bueno —dijo Charlie al fin—, supongo que tendré que irme un tiempo allí.

Jaime estaba sorprendida.

—¿Te refieres a mudarte a Hollywood?

Charlie levantó las cejas, a la defensiva.

—¿Qué tendría que hacer?

Ratto y Fishkin le habían ofrecido a Charlie mil quinientos por semana durante seis semanas, renovables a doce, por viajar al sur y trabajar con ellos en un guion.

—¿Cuánto es eso? —le preguntó ella.

—Son nueve mil o dieciocho mil dólares —dijo—. Y no habrá que devolverlos.

—Nos vendría bien el dinero.

—Y tanto.

—¿Por qué me siento tan estúpido? —le preguntó Charlie.

Kira entró en la habitación en ese momento, vestida con su traje de baño azul y negro, que le quedaba demasiado suelto en las perneras, dándole un aspecto pícaro. Estaba altísima. Oyó el último comentario de Charlie y esperó la respuesta de Jaime. Pero Jaime no respondió.

Acompañaron a Charlie al aeropuerto, con Kira hecha un ovillo en el asiento trasero. Jaime estaba molesta, pero Kira estaba cabreada. En el camino de regreso al condado de Marin, Kira anunció que ella también quería mudarse a Los Ángeles.

—Odio Marin —dijo—. Todo el mundo es demasiado perfecto. Estaba pensando en mudarme a San Francisco contigo e ir a la escuela allí. Pero esto es mejor. Puedo vivir con papá y estudiar en el Hollywood High.

—No creo que te gustara Los Ángeles —dijo Jaime como una verdadera madre.

—No es tanto por Los Ángeles —dijo Kira.

—¿Qué quieres decir?

Kira explicó que prefería su padre a su madre.

—Si alguna vez os separáis —dijo—, quiero irme con él.

Kenny Goss estaba teniendo problemas.

Se había hecho amigo de Charlie y pasaba las horas en el bar sin nombre cuando su buque estaba en puerto. Kenny había trabajado a bordo del Breckenridge durante casi cinco años, escribiendo con regularidad todo el tiempo, pero sin llegar a ninguna parte. Al principio había probado con relatos cortos, pero nadie los había comprado ni los había comentado salvo para enviarle cartas de rechazo impresas. No tenía idea de lo que estaba haciendo mal, si es que estaba haciendo algo mal. Tal vez él lo estaba haciendo bien, y ellos mal. No podía saberlo. Al cabo de un tiempo se armó de valor y le mostró un relato a Charlie, pasándoselo por encima de la barra.

—A ver qué opinas —fue lo único que fue capaz de decir.

Al menos, Charlie mostró un respeto alentador.

—Lo pondré con mi abrigo —dijo, y llevó cuidadosamente el manuscrito a la trastienda.

Le aseguró que leería el relato esa misma noche.

—¿Qué es lo que quieres oír? —preguntó.

Kenny estaba sorprendido.

—Lo que pienses —dijo—. Sin alabanzas —añadió.

Charlie asintió.

—Bueno —dijo.

Kenny fue a su casa, un pequeño apartamento en Jackson y Larkin, al otro lado del puente, encima de la lavandería china. Por lo general, escribía de noche, pero con Charlie leyendo su historia no podía. A las cuatro de la mañana estaba convencido de que Charlie le diría que dejara de escribir. En realidad, no sabía por qué le importaba su opinión. Charlie nunca había publicado nada. Pero tenía una buena cabeza. Kenny nunca había conocido a un camarero con mejor cabeza.

Charlie sonrió y le dijo:

—Veo lo que no funciona enseguida. —Le entregó a Kenny sus páginas, y Kenny automáticamente las enrolló.

—Es malo —dijo Kenny, asintiendo con la cabeza.

—No, capullo. Tu trabajo es hermoso. Pero es demasiado complicado.

—¿Complicado?

Nunca había pensado que su trabajo fuera complicado.

—No quiero decir demasiado complicado —dijo Charlie—. Quiero decir que es demasiado complicado para la gente a la que se lo estás mostrando. *Playboy* no va a comprar una historia acerca de un tipo que está obsesionado con el sonido de su propia sangre. Probablemente ni siquiera saben de qué estás hablando.

Kenny pensó que la escritura era realmente extraña. Podías escribir y escribir y no saber nunca qué diablos estabas haciendo. Él no había escrito una historia sobre un hombre obsesionado con el sonido de su propia sangre. Había escrito sobre lo *fascinante* que era escuchar tu propia sangre.

—¿Por qué no escribes para niños? —preguntó Charlie.

Y así cambió la vida de Kenny.

Era como si toda su vida hubiera estado un poco fuera de registro hasta ese momento en que Charlie lo puso en su lugar. Niños. Por supuesto. Ellos eran los únicos en los que confiaba. Escribiría para ellos. Él y Charlie se miraron por encima de la barra. Kenny buscó en su mente las palabras.

—¿No soy demasiado complicado para los niños? —preguntó.

—Oh, claro que no —dijo Charlie sin dudarlo, y se apartó para prepararle a alguien una bebida.

Más adelante, Charlie le presentó a Kenny a su mujer y, mientras estaban sentados en la barra bebiendo cerveza un domingo por la tarde, descubrieron un hilo común entre ellos. Kenny había ayudado a la madre de Jaime, hacía mucho tiempo, cuando su padre murió y su madre tuvo que vender todas sus pertenencias. La habrían estafado si no hubiera sido por Kenny, y él estaba orgulloso de lo que había hecho.

—Mi madre me dijo que alguien la había ayudado —contó Jaime, y le tocó la muñeca—. Que una persona maravillosa había salido de la nada para salvarla de los buitres. —Le brindó una sonrisa hermosa—. Mi madre estará muy feliz de saber que te he conocido —dijo.

Explicó que su madre se había casado y vivía en una población llamada Troutdale, al este de Portland. Después de eso, cada vez que Kenny veía a Jaime en Sausalito o en North Beach se reunían como viejos amigos. «Karma —pensó Kenny—. Hice una buena obra y ahora estoy recibiendo el pago». Porque amaba a Jaime. Ella *sí* que sabía escribir.

Y ella confirmó la opinión de Charlie sobre su trabajo.

—¡Eres genial! —le dijo.

E inmediatamente le pidió a Kenny que le dejara enviar algo al editor infantil de Harper & Row, sólo para que vieran el tipo de escritor que era. El editor le respondió con entusiasmo, y lanzó a Kenny en su primer libro pensado para el público infantil. Sin embargo, una vez que se hubo dejado claro a sí mismo cuál era su público, la escritura se tornó más difícil. Le gustaban los niños. Ellos no te engañaban. Los más pequeños no. Y por eso sentía esa terrible obligación de no engañarlos él. Para Kenny era un credo: sin engaños.

Su vida experimentó otro cambio cuando decidió que no aguantaría otra semana en el banco de arena. Trabajar a bordo del dragador no era simplemente aburrido, era desesperante y, aunque ofrecían un sueldo y un horario excelentes, mejores que en cualquier otro sitio, Kenny terminó por renunciar. Ahora tenía un futuro. Pero, para vivir sin agotar sus ahorros, buscó y consiguió un trabajo en el negocio de los libros, esta vez trabajando para una librería singular, especializada en *westerns*. En vez de ir en busca de libros a mercadillos de Goodwill y casas particulares, Kenny pasaba sus días buscando en almacenes y liquidaciones de patrimonio, no tanto en pos de hallazgos inesperados sino catalogando, examinando el estado de los libros y sus precios.

Un trabajo tan malo como dragar arena, excepto por una cosa. Su jefe, Calvin Whipple, que había estado haciendo el mismo tipo de trabajo durante toda su vida, primero para su abuelo, después para su padre y en ese momento para sí mismo, tenía una gran copa de coñac en su escritorio llena casi hasta la mitad de pastillas de color blanco. Kenny podía llevarse todas las que quisiera. Las píldoras lo mantenían alerta, y al principio el ingenuo Kenny había pensado que eran NoDoz o alguna otra cosa con cafeína. Lo ayudaban con el trabajo, desde luego, pero después tenía problemas para escribir de noche, a menos que se tomara una pastilla primero, y entonces descubrió que en lugar de dormir cuatro o cinco horas por noche, no dormía ninguna. Trabajaba todo el día, se iba a casa a escribir toda la noche, y luego se duchaba, comía un poco de azúcar blanco o algo similar y se dirigía al trabajo otra vez. En sus días libres le gustaba ir a Sausalito en su vieja camioneta Chevrolet blanca y procuraba relajarse bebiendo cerveza y mirando por la ventanilla a los turistas. Se decía a sí mismo que andaba buscando chicas, pero lo cierto era que desde la llegada de las pastillitas blancas no se había puesto cachondo, y lo único que estaba tratando de hacer en realidad era beber la suficiente cerveza para poder dormir.

De vez en cuando, bebía con Jaime y hablaban de literatura. Quiso hablarle de las anfetaminas, pero no pudo. Jaime podría perderle el respeto si lo supiera. Hasta que una noche se encontró vagando por las calles de North Beach con la abrumadora sensación de que el mundo estaba a punto de desmoronarse. Todas las personas que veía ya estaban muertas, simplemente caminaban, igual que él, muertas, pero incapaces de detenerse. Sentía un amor desbordante por la humanidad en la hora de su muerte, y veía a todo el mundo envuelto en un halo de luz brillante. Y luego se encontró cara a cara con Jaime. Ella lo miraba fijamente. Era de noche, estaban en la calle.

—Ayúdame —se oyó decir Kenny desde muy lejos.

—Claro —dijo ella.

Lo llevó al hospital de la Universidad de California en su Porsche y aguardaron en la gran sala de espera. Había allí una niña, acompañada de su madre, a la que le dolía la cabeza, y Kenny quería morirse por solidaridad con ella. Cuando el médico vio a Kenny, le dijo que no podía ayudarlo. El médico era más joven que Kenny y su rostro tenía una expresión de desagrado. Salieron del hospital y Jaime dijo que lo llevaría a su casa de Mill Valley, pero Kenny se negó. Jaime lo llevó a Jackson y Larkin.

—Las drogas me han dejado jodido —reconoció finalmente.

Aparcaron delante de la lavandería. Eran las seis de la mañana.

—Ven a nuestra casa —dijo Jaime—. Charlie está en Los Ángeles. Puedes dormir en su estudio. Sólo hasta que dejes las drogas.

Kenny tuvo que decirlo:

—No quiero.

Debía de resultar doloroso mirarlo, porque Jaime se volvió. Cuando se giró de nuevo para mirarlo, lo hizo con una hermosa compasión en su rostro.

—Está bien —dijo, y le tocó la mejilla.

Kenny se bajó del coche y observó cómo se alejaba. «Hermoso coche», pensó. Entró en el edificio y subió por la escalera, tranquilizándose todo lo que pudo. Una vez dentro, se tragó un par de pastillas y se acostó. Pero no durmió.

Lo primero que le sorprendió de Hollywood fue lo mucho que le gustaba. La secretaria de Ratto le había conseguido una «suite de habitaciones» en el Tropicana Motel de Santa Mónica, que resultó ser un par de habitaciones malolientes con una nevera pequeña y ruidosa, una encimera de linóleo rojo en la que parecía que alguien había estado cortando cosas encima y una moqueta verde, vieja y raída, que cubría todo el suelo. El olor era complejo. Podía identificar orina, mierda, vómito, vino rancio, perfume y humo de tabaco, pero había otros aromas más escurridizos. La cama era demasiado dura y la camarera mexicana entraba en la habitación cuando le venía en gana. Había un pequeño restaurante en la planta baja que era famoso por sus desayunos, pero que siempre estaba repleto de músicos de rock que aparentemente eran los únicos otros clientes del motel. A Charlie le encantó de inmediato. Se sentía como en casa. Los rockeros eran amables y siempre se reían cuando decía que era escritor.

—¿Escritor, eh?

Había tenido la esperanza de pasar sin un coche, pero era imposible. Alquiló un Volkswagen Escarabajo en Dollar-A-Day que le costaba seis dólares por día, y conducía hasta el estudio cada mañana igual que cualquier empleado de oficina. Fishkin-Ratto se hallaba en 20th Century Fox, a unos tres kilómetros del motel, y Charlie se presentaba en el trabajo alrededor de las diez. Se pasaba el día sentado en el despacho de Ratto o en el de Fishkin. Los chicos, como empezó a llamarlos mentalmente, tenían varios proyectos además del de Charlie, pero mientras él estaba en la ciudad trataron de concentrarse en el suyo. El primer día se sentaron en el despacho de Bill con la puerta cerrada y hablaron de guerra y de películas de guerra en general. Le pidieron a Ethyl, la secretaria, que no les pasara ninguna llamada y se pasaron allí el día entero. A eso de las cinco y media, Bill sacó una botella de Jim Beam del cajón del escritorio y pulsó el timbre para que Ethyl trajera los vasos. Tomaron un par de bebidas, un ritual vespertino, y hablaron del reparto. Charlie estaba asombrado por el rango de actores mencionados para representar al personaje basado en él, pero después de un par de días

comprendió que no tenía que tomarse en serio nada de lo que se hablara durante las copas vespertinas. En ese punto se interrumpía la prohibición de llamadas y siempre había alguien al teléfono. En ocasiones, Charlie tenía que salir y sentarse en la oficina de la secretaria. Aprendió a tener paciencia gracias al ejemplo de Ethyl, una mujer de unos cuarenta años que toda su vida había sido secretaria en Hollywood. Entre llamadas de teléfono y recados, hacía punto.

—Adelanto mucho aquí —le contó a Charlie.

La secretaria de Fishkin compartía la oficina y hacía *crochet*.

Cada día hablaban del argumento. Al cabo de un tiempo, Charlie observó algunas tendencias. Fishkin lo veía como una contundente película antibelicista, sucia, en blanco y negro quizá, sin estrellas, sólo los hechos de la vida real de Charlie.

—Casi casi como un documental —decía Fishkin—. El público está preparado para algo así.

Ratto, por su parte, parecía más ambicioso. Quería que la película la viera mucha gente.

—Hemos de llegar al público con esta historia —insistió—. Lo que tenemos que decir vale la pena, pero hay que atraerlos.

Quería a John Wayne. O algún otro de talla semejante, cuyo nombre llevara al público al cine.

—¿Y por qué no alguien de menos de cincuenta? —propuso Charlie sin rastro de ironía.

—Por supuesto, por supuesto —dijo Ratto.

Charlie consideraba que su máxima tarea consistía en escuchar. Ethyl ya le había dicho que no se preocupara por el formato del guion.

—Yo me ocupo de todo eso —dijo.

—Bien —dijo él—. Porque no tengo ni idea.

Ella le sonrió. Fishkin y Ratto estaban en sus oficinas, recibiendo llamadas.

—Deberías ver parte del material que recibimos —comentó ella—. Me paso horas descifrándolo.

—Me gustaría ver algún material —dijo Charlie, y ella lo envió a casa con una pila de guiones, algunos convertidos en películas y otros no.

Charlie se tumbó en su cama dura, escuchando música alta a través de las paredes y leyendo. Al principio, le asombró lo estúpidos que parecían aquellos guiones, lo planos, lo aburridos y trillados. Lo poco literarios que eran. La gramática era penosa, la elección de palabras uniformemente mala,

etcétera. No era lugar para un profesor de lengua. No obstante, después de leer una docena, Charlie se había hecho una mejor idea del trabajo. Tal vez el proyecto funcionara. No había sitio para todas las chorradas en las que Charlie siempre parecía empantanarse, listas de equipo, descripciones, cosas así. En un guion todo ese material queda de lado. El guionista no se inquieta por el detalle, sólo debe ceñirse a una historia en bruto y al diálogo.

Había algo maravilloso en ello, una vez que superó su asombro. No era de extrañar que todas sus novelas de guerra favoritas se hubieran convertido en películas penosas. Incluso la muy promocionada *De aquí a la eternidad* era en realidad una peli de mierda si la observabas con atención. Todo ese realismo en nombre de una verdad de mierda. Charlie tenía el deseo secreto de que su película no fuera una falacia. Que el realismo fuera en nombre del realismo. No quería engañar y, en cuanto a la verdad, no afirmaba conocerla. Salvo, por supuesto, que la verdad era mentira. Complicado.

Enseguida decidió que Fishkin, no Ratto, estaba más cerca de su punto de vista. De hecho, Bud Fishkin era más amable. Al puro estilo Hollywood, claro, pero eso no parecía significar lo que Charlie había asumido en un principio. Bud Fishkin era culto, civilizado, amante del jazz, marido y padre de dos niñas maravillosas a las que Charlie había supuesto en la playa. Tenía una bonita casa en la playa, nada ornamentada, pero desde luego tampoco chabacana, y su mujer, aunque actriz de profesión, era una gran cocinera y una espléndida conversadora, alguien que a Jaime le caería bien de inmediato. Por otra parte, Bill Ratto vivía solo en un apartamento lujoso, también a pie de playa como Fishkin, y daba la impresión de que apenas había desempaqueado las cosas de Nueva York. ¿Cuánto tiempo llevaba allí? ¿Cinco, seis años? Todavía sin desembalar, con su colección de carteles, pinturas y dibujos apoyados contra la pared del salón junto a una chimenea que quemaba gas. Fishkin en su casa parecía cómodo y humano; Ratto en la suya era un perro en un albergue de animales, amistoso pero nervioso.

De un modo sutil, la relación se convirtió en un dos contra uno, con Ratto reconociendo que sus ideas eran «un poco grandiosas». Pero insistía en que hacer una película deprimente en blanco y negro no iba a inspirar a la gente que tenía el dinero.

—Esto no se vende así como así —dijo una vez, protestando ante la idea de Fishkin de que utilizaran actores noveles.

Fishkin se volvió hacia Charlie.

—¿Quieres ver a esos mismos viejos gordos de siempre en tu campo de inanición haciendo de extras?

Una discusión sencilla, fácil de ganar. Tendrían que usar chicos jóvenes, estudiantes de teatro para conseguir la imagen adecuada. Lo cual dictaba a su vez las edades de las estrellas. Nadie de más de treinta, ésa sería la regla.

—Espero que a los banqueros les guste —dijo Ratto.

Fishkin y Charlie intercambiaron miradas. Ratto estaba actuando como un auténtico chulo del estudio. Luego Charlie volvía al motel, o se sentaba en su nuevo bar favorito en esa misma calle, el Troubadour, y se daba cuenta de que podían estar jugando a poli bueno, poli malo. Sólo que no se le ocurría por qué. Todos querían lo mismo, ¿no? Todos querían ganar. Charlie supo al cabo de sólo un par de semanas que estaba realmente solo. Sin esperar a que se lo pidieran, empezó su guion, sentado en su cuarto apestoso, usando libretas amarillas de formato grande y escribiendo a lápiz, como había hecho al principio, hacía ya tantos años.

Cuando Fishkin y Ratto descubrieron que ya estaba escribiendo no tuvieron inconveniente en dejarlo regresar a Mill Valley.

—Vete a casa, escribe, envíanos mil páginas —dijo Fishkin con su voz profunda y rica en matices.

Ziggie, el agente, explicó que, aunque el contrato todavía no se había firmado, los cheques semanales de Charlie empezarían a llegar y le dijo que no sufriera por los detalles.

—Eres un novato —dijo Ziggie—. No puedo hacer mucho por ti. Pero si entregas el guion adecuado, esta ciudad se abrirá como un culo enfermo.

A Charlie lo sorprendió un poco oír esas palabras saliendo de la boca de un caballero de aspecto tan distinguido. Pero voló a casa con toda la intención de hacer precisamente lo que Ziggie le había pedido.

A Charlie lo desconcertó ver lo que había ocurrido con sus mil quinientos por semana, que, en el momento en que el cheque llegó, ascendían a poco más de la mitad. Aun así, era mejor que el salario de camarero, y Charlie no tenía que vestirse para ir a trabajar. Jaime se llevó su máquina de escribir y su manuscrito del estudio de Charlie, pero no se trasladó a San Francisco. Se instaló en el dormitorio conyugal, en su tocador, desplazando un montón de botellas y frascos, y Charlie no entendía cómo podía sentarse y escribir frente al espejo. Pero lo hacía.

Otra pequeña complicación era que tanto Fishkin como Ratto podían llamarlo casi cada día para preguntarle cómo le iba, y eso lo ponía nervioso. No le gustaba hablar de lo que estaba escribiendo. El teléfono podía sonar a las diez de la mañana o a las diez de la noche y, sin ningún preámbulo, Bud Fishkin diría:

—He estado pensando en las escenas de Montana. Mira, sería fantástico que hubiera una chica diciendo adiós, ¿sabes? Una especie de símbolo de lo que está dejando atrás.

—¿Quieres que convierta al padre en novia?

—No, no, no, no, no —diría Fishkin con amabilidad—. Creo que deberíamos añadir a una chica. Eso hace que la partida sea más conmovedora,

enternecedora, ¿sabes?

—Así que lo echan del instituto, discute con su padre, besa a esta chica y se sube al autobús.

Todo para una escena que habían planeado que se viera debajo de los títulos. Y no había habido ninguna chica, por supuesto. Las chicas de Wain y de los pueblos vecinos no habían atraído al joven Charlie. Ésa era una de las razones por las que se había marchado. Pero había aprendido que era mejor no discutir por teléfono con sus productores. Ellos siempre ganaban, usando su conocimiento cinematográfico para darle en los morros. Sin embargo, la mayoría de sus ideas eran terribles, y Charlie tenía que ser diplomático por teléfono y luego continuar y escribir su guion.

Y era muy divertido, una vez que superabas el susto. Sólo había que construir el escenario, poner a la gente en él y dejarlos ir. Charlie descubrió que, como había pasado gran parte de su vida pensando en su carrera militar, se conocía las escenas de memoria, incluso antes de escribirlas. Ahora utilizaba su máquina de escribir, porque era más fácil ver las escenas mecanografiadas, y descubrió que podía producir diez o doce páginas al día. Resultaba liberador no tener que poner todos esos detalles insignificantes, que en otro tiempo había considerado tan importantes, o los matices de carácter. Nadie es sutil en una película, le dijeron, y a juzgar por los guiones que había leído y las películas que había visto, lo que le habían dicho era correcto. Aprendió a mostrar las cosas en lugar de hacer que los personajes las dijeran. Empezó a aprender un poco de la estructura dramática, lo suficiente para tirar dos veces todas las páginas y empezar otra vez, decidido a entregar un primer borrador que pudieran filmar.

El teléfono no dejaba de sonar. ¿Los productores tenían razón sobre su película? Parecía que no tenían ni idea de lo que estaba tratando de hacer. Seguían viniéndole con personajes estereotipado que pretendían incorporar «para ayudar a contar la historia». La chica de Montana, otra chica en Corea, un chino bueno y un chino malo, un guarda bueno y un guarda malo, una enfermera de la que se enamora, una corresponsal en el extranjero de la que se enamora. Al final, Charlie tuvo que llamar a Ziggy y preguntarle qué podía hacer para que dejaran de llamarlo a todas horas.

Ziggy rio.

—Te están pagando por un borrador y quieren diez borradores por el mismo dinero. No les hagas caso. A menos que digan algo que te sirva.

Al final de sus seis semanas, Charlie iba por la mitad de la historia, y el guion ya tenía cien páginas.

—Sigue escribiendo —le dijo Fishkin.

Y los cheques siguieron llegando. Charlie terminó su primer borrador a las diez semanas, se miró en el espejo de cuerpo entero y descubrió para su sorpresa que la escritura le había costado veinte kilos. Por lo demás, tenía un aspecto saludable, salvo por los ojos inyectados en sangre a causa de la marihuana. Por supuesto, no fumaba mientras trabajaba, sólo después, antes de ducharse. No bebía, eso lo hacía sentirse embotado por la mañana. ¿Cómo podía Jaime seguir saliendo y terminar borracha como una cuba y luego levantarse a las seis a la mañana siguiente y ponerse a escribir? Charlie se estaba haciendo viejo. Tal vez Jaime no.

Envió el guion para que lo mecanografiaran profesionalmente en Barbara's Place, un servicio de mecanografía que ellos le habían recomendado, y cuando recibió las copias encuadernadas le sorprendió ver que la extensión era de doscientas cuarenta y cinco páginas. Barbara's Place había enviado copias a Fishkin-Ratto y Zeigler-Ross, y Charlie se preparó para encajar la mala noticia. Demasiado largo. Demasiados personajes tétricos. Demasiado malhablados. Pocas mujeres. Nada de sexo. Nada de tipos buenos. Disparos sin propósito (Fishkin le había dicho que los disparos tenían que resolver algo; de otro modo, eran superfluos). Ziggy le dijo que se relajara, que por lo general tardaban un par de semanas en responder, pero Charlie no estaba preparado para relajarse. Había lanzado una granada de mano y quería oírla explotar.

Kenny Goss iba a convertirse en un problema. Jaime le contó a Charlie que había ido a cuidar a Kenny y lo había encontrado desquiciado, paseando por North Beach y murmurando algo sobre ángeles. A Kenny el *speed* lo había destruido. Charlie se acordaba de cuando el *speed* había aparecido por primera vez en North Beach a finales de los cincuenta, convirtiendo a *hipsters* en gamberros asesinos. Charlie odiaba el *speed*. Te hacía creer que eras más listo y más rápido, pero cuando te buscabas la polla, no te la encontrabas. Prefería la cocaína; te daba un subidón más limpio y más claro, y además, natural. Charlie había oído que el *speed* lo habían concebido Hermann Göring y sus científicos de la Luftwaffe, porque Göring temía que la guerra reduciría el suministro de cocaína procedente de Sudamérica. A Charlie no le importaba. Esa mierda estaba acabando con Kenny Goss.

Kenny parecía colado por Jaime. Pensaba que ella tenía todas las respuestas. Famosa, exitosa, una escritora realmente buena a la que, sin embargo, nada la había echado a perder. Seguía siendo un buen ser humano. Eran todo palabras de Kenny. Kenny le recordaba, tristemente, al joven

ladrón que escribía historias *pulp* y luego había desaparecido. Charlie no podía creer que ni siquiera lograra recordar su nombre. También el ladrón había rondado a Jaime con el deseo de encontrar amor. Él también era callado y reservado. Pensar en él hizo que Charlie se acordara de Linda McNeill y de su único acto de adulterio. Allí donde estuviera Linda, la imaginó bronceada y hermosa, navegando a vela en alguna parte del profundo Pacífico. Eso esperaba.

Muchas tardes, Charlie salía de su oficina, veía la furgoneta blanca de Kenny en el sendero de grava y encontraba a Kenny en la cocina o en el patio de atrás, hablando con Jaime o Kira, o incluso con la señora Hawkins. Charlie había tenido que explicarle a Kira por qué Kenny en ocasiones actuaba de un modo tan extraño.

—Está tomando una medicina que no le sienta bien —dijo Charlie.

Kira sabía lo que era el *speed* y se lo dijo.

—Bueno, eso es lo que está tomando —reconoció Charlie—. Y eso lo está volviendo loco.

No añadió que prefería que Kira no tomara drogas, pero ella dijo:

—Papá, todos tus amigos se drogan.

Lo cual, en cierto modo, arruinó su posición moral por anticipado. Que él supiera, Kira ni siquiera bebía. Charlie había empezado a beber a los diez u once años. Todos lo sabían.

—¿Cómo va tu libro? —le preguntó a Kenny un día, justo después de entregar su guion.

Ambos estaban en el bar sin nombre de Sausalito, bebiendo cerveza en el patio, a la luz moteada de la vegetación del emparrado. Kenny esbozó una sonrisita mirando a la mesa.

—No puedo seguir con él —dijo.

Charlie lo dejó estar. No había nada que decir. Tenía delante a una buena mente joven destrozada por las anfetaminas. ¿Había algo que pudiera decir para animarlo? Se tomó su cerveza.

—¿Cómo es estar casado? —le preguntó Kenny.

Charlie se sorprendió.

—¿Por qué quieres saberlo?

Kenny le sonrió. Era un hombre atractivo, con ojos azul pálido. No tendría problemas para atraer a las mujeres. Sin embargo, Charlie nunca había visto a Kenny con una mujer, salvo hablando con ellas en bares. Se preguntó si Kenny Goss era homosexual. No, no podía serlo, porque estaba enamorado de Jaime.

—¿Estás buscando esposa? —dijo Charlie—. Puede que sea buena idea. Respondiendo a tu pregunta, estar casado está bien. Para mí es necesario. Sin Jaime, sería hombre muerto. —Al decirlo, se dio cuenta de que era verdad.

—Yo soy hombre muerto —dijo Kenny. Se acabó la cerveza.

—No, no lo eres —mintió Charlie—. Eres un buen hombre y un buen escritor. Pero tienes que dejar esa mierda.

Kenny sonrió con tristeza y se levantó.

—Tengo que hacer algo —dijo.

Charlie observó cómo salía al patio y atravesaba la oscuridad del bar.

Volvió a ver a Kenny justo después de recibir la llamada de Hollywood.

—Vente —dijo Ratto con alegría—. Tenemos que vender esto.

Kenny no estaba tan alegre, pero él también tenía buenas noticias. Apareció en la casa de Charlie y Jaime por la noche, casi a las diez en punto, con una mujer. Era guapa. Delgada y pecosa, de unos veinticinco años. La chica y Kenny no se separaron durante los quince incómodos minutos que duró la visita. Se llamaba Brenda Feeney e iban a casarse. Se habían conocido en un bar de la ciudad y se habían enamorado en tres días. En ese momento se dirigían a Modesto para conocer a los padres de ella y casarse. Brenda era estudiante. Después de marcharse, cargados con los buenos deseos de los Monel, Charlie le preguntó a Jaime:

—¿Qué opinas?

Jaime se encogió de hombros.

—A lo mejor echar unos cuantos polvos le viene bien.

Charlie no pudo evitar reírse. Las mujeres sí que sabían.

La paga semanal de Charlie había llegado de la cuenta bancaria de Fishkin-Ratto. A partir de entonces el trabajo consistiría en coger la gigantesca maraña de Charlie y convertirla en un «algo vendible». Algo que enseñarle a los banqueros. Algo que excitara su codicia.

—Lo que necesitamos es un tratamiento —dijo Bud Fishkin.

Charlie se sentó en una de las sillas de piel roja frente a Fishkin. En la otra había una falsa ametralladora Thompson, atrezo de la última película de Fishkin. Charlie se preguntó por el simbolismo de la ametralladora apoyada con el cañón hacia arriba en la silla de Bill Ratto. Bill estaba en Nueva York.

—No lo necesitamos para esto, ¿verdad? —le preguntó Fishkin a Charlie con malicia.

—¿Qué es un tratamiento? —preguntó Charlie—. Me refiero a técnicamente.

Fishkin se encogió de hombros.

—Lo que queramos que sea —dijo—. La cuestión es que necesitamos algo sobre papel que podamos dejarles para que lo lean en nuestra ausencia. Pero no te equivoques, *nosotros* vendemos la historia.

Charlie comprendió que en última instancia él y Fishkin tendrían que caminar por el pasillo del tercer piso hasta la oficina del director del estudio y vender la película.

—Pero primero hay alguien a quien quiero que conozcas, otro escritor. Si os lleváis bien, tal vez podáis trabajar juntos para darle forma a este guion.

Seguramente, a Charlie le cambió la cara. Fishkin sonrió.

—Sé que prefieres trabajar solo. Eres novelista. Pero en las películas nadie trabaja solo.

—No me importa —dijo Charlie—. Me vendrá bien toda la ayuda posible. Fishkin miró su reloj.

—Debería llegar enseguida. Creo que os llevaréis bien. El tipo es un exrecluso —Fishkin le lanzó una profunda mirada a Charlie—. Pero también es un escritor con tres libros de un *pulp* muy duro.

—¿Cómo se llama?

—Stan Winger —dijo Fishkin—. ¿Has leído algo de lo que ha escrito?

Qué extraño. Hacía muy poco Charlie había estado intentando recordar ese nombre. Sonrió con felicidad.

—Sí.

Aun así, Charlie no lo reconoció cuando entró en la sala. Charlie recordaba a un Stan de veinticuatro años con una cara sin formar y un cuerpo sin definir. El hombre que entró en la sala era ágil y musculoso, con un bronceado intenso y un rostro que era al mismo tiempo duro y gracioso. Llevaba una camisa de manga corta azul descolorida y vaqueros también descoloridos, y de repente Charlie supo de dónde sacaba Fishkin su gusto en la ropa.

Charlie se levantó. Era obvio que Stan no lo había reconocido. Por supuesto, Charlie también era mayor y llevaba barba, e incluso después de adelgazar pesaba más que en Portland. Le tendió la mano y vio la educada expresión en el rostro de Stan, sintió su apretón fuerte.

—Stan Winger —dijo Stan.

—Charlie Monel —dijo Charlie.

—Seré hijo de perra —dijo Stan. Y abrazó a Charlie.

—Qué capullo —dijo Charlie.

Se miraron el uno al otro, todavía sujetándose por los hombros.

—Charlie —dijo Stan, con las pupilas brillantes.

—Exrecluso, ¿eh?

—Lo siento, no escribí.

Fishkin se acercó a ellos, sonriendo.

—¿Os conocéis?

—Este tipo fue mi profesor de escritura creativa en Portland —dijo Stan.

—Y este tipo era mi mejor estudiante.

—Vaya por Dios —dijo Fishkin—. Debo de ser un genio.

En cuanto terminaron con Fishkin, enfilaron el pasillo del tercer piso hacia la escalera; Charlie con un brazo sobre el hombro de Stan, como si no quisiera dejarlo escapar otra vez. La reunión se había cancelado, por supuesto, y acordaron volver al día siguiente. Lo único que Charlie quería hacer era sentarse con Stan y hablar. Una vez fuera, cruzaron el amplio aparcamiento bajo el sol abrasador hasta sus coches.

—¿Cómo está Jaime? —preguntó Stan—. ¿Cómo está Kira?

—Están bien. ¿Y tú? ¿Casado?

Stan sonrió al suelo y dijo:

—Bueno, más o menos.

Y Charlie no preguntó más al respecto. Stan había publicado tres libros y Charlie ni siquiera había oído hablar de ellos, pero Stan lo sabía todo sobre la carrera de Jaime. No había nada que decir de la de Charlie. Junto al Volkswagen de alquiler de Charlie, aparcado a la sombra de uno de los grandes estudios de sonido, Stan dijo:

—Vamos en mi coche.

Charlie se fijó en que era un Cadillac nuevo, un descapotable negro cuya cubierta se plegó automáticamente hacia atrás cuando Stan pulsó un botón del salpicadero. Atravesaron la verja y Stan dijo que conocía un bar.

—Soy nuevo en Los Ángeles —dijo Charlie—. Puedes llevarme adonde quieras.

Se emborracharon como cubas en un pequeño bar de barrio en medio de ninguna parte, no en Hollywood ni en Westwood ni en ninguno de los sitios que Charlie conocía. Después de emborracharse, Stan le susurró que era un bar de ladrones, y que todos los que estaban allí, salvo ellos dos, eran ladrones. Charlie miró a su alrededor. A él le parecían gente corriente.

—A veces necesito estar entre ladrones —dijo Stan.

Al regresar otra vez al aparcamiento para recoger su coche, Charlie se acordó de su proyecto. Su antiguo libro.

—¿Podemos hacerlo? —le preguntó a Stan.

—No me contaron nada, salvo que tenían a un escritor nuevo que necesitaba ayuda —dijo Stan. Le contó a Charlie que Fishkin y Ratto querían producir su nuevo libro, que tenía que publicarse en un año.

—¿De qué trata? —Aparcaron junto al Volkswagen de Charlie.

—De un tipo que está en prisión —dijo Stan, casi con timidez.

Acordaron reunirse al cabo de veinte minutos en el Troubadour. Charlie se sentía maravillosamente, borracho como estaba, y saludó con alegría al vigilante al salir por la verja. El Troubadour todavía no estaba abierto, y Stan estaba discutiendo con algún tipo en la puerta. Charlie aparcó.

—No quiere dejarnos entrar —dijo Stan.

—No abrimos hasta dentro de veinte minutos —dijo el tipo, un *hippie* alto y delgado con sombrero de piel y rizos rubios y grasientos.

—¿No podemos entrar y sentarnos? —preguntó Stan—. No causaremos ningún problema.

—No —dijo Charlie.

—El local está cerrado —dijo el tipo.

—Puto Hollywood —dijo Stan—. Vamos a Dan Tana's. Es más de clase alta.

—¿No estamos demasiado borrachos? —preguntó Charlie—. Podemos ir a mi motel. Está a dos putas manzanas. Cogemos un lote de seis cervezas, bebemos y hablamos de los viejos tiempos.

—Ni hablar —dijo Stan.

Desde luego, el bueno de Stan Winger había cambiado mucho. Entraron en el coche de Stan y se dirigieron a Dan Tana's, que resultó ser un restaurante italiano donde un montón de gente de Hollywood bebía y a veces hasta comía. Sentados a la barra, empezaron a tomar Wild Turkey.

—Vamos a emborracharnos de verdad —dijo Stan—. Ya no estoy en condicional. Puedo hacer lo que me dé la puta gana.

—Vale —dijo Charlie con alegría—. Vamos a llamar a Jaime.

El ruido era infernal, y tuvo que cubrirse la oreja libre para usar el teléfono público. Respondió Kira; Jaime no estaba en casa.

—Adivina a quién me he encontrado en Hollywood.

—No lo sé. —Obviamente a Kira no le importaba.

—A Stan Winger —dijo él de todos modos—. Un viejo amigo, de cuando eras pequeña.

—Ah, lo recuerdo.

—No puedes recordarlo —dijo Charlie. Le dijo a su hija que esperara y le pasó el teléfono a Stan—. Mi hija dice que se acuerda de ti.

Stan cogió el teléfono, mirando a Charlie.

—¿Hola? —dijo.

Escuchó durante un rato, y luego apareció una sonrisa en su rostro.

—Dios mío —dijo con suavidad—. Te acuerdas.

Cuando le pasó otra vez el aparato a Charlie, lágrimas resbalaban por sus mejillas. En la barra pidieron otros chupitos.

—Se acuerda de que la llevaba por la colina en Latourette's. Dios mío. — Se volvió hacia Charlie—. Pensé en vosotros cuando estuve en la trena.

Charlie se tomó su chupito, disfrutando de cómo le quemaba la garganta.

—Me salvasteis la vida —dijo Stan—. Me habría vuelto loco sin alguien real en quien pensar.

—De nada —dijo Charlie—. Cada vez que te dé la puta gana.

Mientras estaban sentados, sin separarse de sus bebidas en Dan Tana's hasta que cerraron, a Charlie se le ocurrió que la historia de Stan sería una gran película. Había madurado hasta convertirse en un tipo listo e interesante, silenciosamente competente. Sin embargo, en cierto modo, seguía siendo el mismo chico agradable que Charlie había conocido en Portland. Sonriendo sin ironía, le habló a Charlie de su vida en Hollywood antes de que le revocaran la condicional. Le explicó que Carrie Gruber, una dulce chica rubia del valle de San Fernando, había observado con horror cómo su agente de la condicional, enloquecido por la envidia, había devuelto a Stan al sistema penitenciario.

—Ella lo hizo todo —dijo—. Se encargó de mi Cadillac, contrató a un abogado, se mudó a mi casa, se hizo cargo de mis asuntos, me escribió cada semana...

—Joder —dijo Charlie.

Stan esbozó una sonrisa irónica y frotó con un dedo una mancha de humedad en la barra de vinilo negro.

—Sí.

—¿Cómo es Carrie?

—La verdad es que es muy lista —dijo Stan.

Carrie lo había intentado todo para sacar a Stan del sistema penitenciario. Cuando nada funcionó, siguió adelante con sus planes de poner en marcha su propio negocio. Le escribió a Stan preguntándole si podía tomar dinero prestado de sus ahorros. Stan le envió un poder notarial, dándole acceso prácticamente ilimitado a su dinero.

—Qué cojones —le dijo a Charlie—. Si Carrie iba a dejarme sin un centavo, ése era el momento de averiguarlo.

No lo hizo. Era una persona metódica, y continuó buscando un buen negocio en el que meterse. Carrie no quería comerse el mundo, sólo quería un pedacito para ella. Pero no un negocio de lavandería. Eso era demasiado aburrido. Quería algo en lo que pudiera poner el corazón. Se decidió por los caramelos.

—¿Caramelos? —preguntó Charlie—. Yo habría pensado en licores.
Stan se rio.

—Para eso se necesita licencia.

Le explicó que Carrie quería viajar por el mundo y probar caramelos exóticos. Había llegado a la conclusión de que la gente rica tiene sus caprichos, y que incluso en las peores circunstancias la gente come golosinas. Era un subidón barato que te hacía sentir rico. Ella quería poner sus tiendas en los barrios ricos porque ¿para qué andarse con tonterías? Los ricos tenían todo el dinero. Así que, siendo la persona práctica que era, buscó un empleo en una fábrica de dulces en Torrance, preparando bombones por tres dólares a la hora. Trabajando entre mujeres mexicanas mejoró su rudimentario español. También aprendió mucho de cómo hacer dulces. Leyó la revista de la industria *Great West Candymaker*, y comió, durmió, soñó y vivió pensando en golosinas durante seis meses. Le envió a Stan cajas de bombones que ella misma preparó, y miró a su alrededor en busca de una localización perfecta para su primera tienda. Entretanto, Stan cortaba maleza y vivía en barracones. Carrie le enviaba cuentas detalladas de cómo gastaba su dinero, pero a él no le importaba. Confiaba en ella.

A Carrie siempre le había encantado Malibú, empezando por el nombre, y, en contra de su sentido común, comenzó a buscar junto a la autopista del Pacífico. El edificio que encontró se encontraba justo al sur del auténtico Malibú, bueno, considerablemente al sur, pero estaba junto a la autopista y contaba con un apartamento en el piso de arriba, donde ella y Stan podrían vivir si así lo decidían. La ubicación era cara, pero el sueño de Malibú resultó ser más fuerte que el sueño de viajar por el mundo, de manera que Carrie decidió que la especialidad de su tienda no serían caramelos de todo el mundo, sino bombones caros, bombones para gente rica. Alquiló el local, compró maquinaria de pastelería por valor de cuatro mil dólares, contrató a una pareja de amigas mexicanas de Torrance y se puso a trabajar.

—Cuando vino a recogerme a Los Padres tenía un negocio en marcha —dijo Stan.

De hecho, Malibu Candy había cosechado un éxito inmediato entre la gente de la playa.

—Estamos pagando el alquiler, pagando toda la maquinaria y sacando beneficio.

—¿Estamos?

Stan sonrió.

—Nos casamos cinco días después de que me pusieran en libertad. Vivimos encima de la tienda. La playa está a una manzana.

—Bueno —dijo Charlie con voz de borracho—. Caíste en una bañera de mierda y saliste oliendo a rosas.

—Bien dicho —dijo Stan—. Así que salgamos de este agujero de Hollywood y vayamos a la playa. Te quedarás en la habitación de invitados. Si hay Dios en el cielo, Carrie y yo te devolveremos parte de la hospitalidad que me ofreciste hace años.

—Desde luego, has aprendido a hablar como un caballero —dijo Charlie cuando se levantaron para irse.

—Joder que sí.

Sin embargo, no se dirigieron a la playa. Estaban demasiado borrachos. Stan se quedó en el sofá de la *suite* de Charlie. Borracho como estaba, Charlie no podía dormir, y se quedó escuchando cómo Stan roncaba en la habitación contigua. Haberse encontrado con Stan costaba mucho de asimilar. El infierno de Charlie había durado sólo tres años, contando el tiempo en el pabellón de tuberculosos. El resto del tiempo, su vida había sido cómoda y fácil. La película de terror de Stan había durado años y años. Ese momento terrible, de camino a la playa con su chica, en el que de repente lo devolvieron de nuevo a la prisión. Stan no había contado gran cosa, pero tenía que haber sido horrible, mucho peor que nada que le hubiera ocurrido a Charlie. Imaginó a Stan bajo el sol abrasador, encorvado cortando maleza con unas tijeras de podar, con la espalda colorada y húmeda de sudor, el rostro pétreo, la mente pétreo, el corazón helado. Stan sentado solo en una celda todos esos años, memorizando su novela. Sin embargo, allí estaba, casado, propietario de una bombonería y convertido en el nuevo joven escritor de moda en Hollywood. O algo parecido. Y un novelista publicado. El antiguo alumno de Charlie lo había superado. La tortuga y la liebre, pero no, eso era mezquino. Él no era una tortuga y Stan no era ninguna liebre. Charlie sólo esperaba no ponerse celoso y poder disfrutar de los libros de Stan.

Stan le propuso a Charlie que se fuera a vivir a la playa e insistió en ello. Si no en esa habitación libre, en un piso de alquiler.

—¿Cuánto pagas en ese hotel? —le preguntó a Charlie.

—Veinticinco por día, pero no lo pago yo, lo paga la dupla Fishkin-Ratto.

Le gustaba la casa de Stan y probablemente habría disfrutado yendo cada mañana al trabajo con él. Pero quería mantener su *suite* de hotel. En primer lugar, le gustaba vivir en un hotel, incluso en uno sin un verdadero servicio de habitaciones y con una piscina sin agua climatizada. La otra razón era Carrie.

Su sonrisa había sido afable, pero sus ojos y su apretón de manos, fríos. Charlie lo comprendió. No te acerques. Propiedad privada. Los intrusos serán perseguidos. No era hermosa, pero sí bonita, con rasgos fuertes y marcados, una bonita figura y con curvas. Era una mujer capaz de follar toda la noche y luego florecer por la mañana para un día de trabajo. Carrie Gruber era eso. Parecía una Gruber. A Charlie le cayó bien.

El apartamento de encima de la bombonería hizo que Charlie reflexionara sobre la vida de Stan en prisión. El lugar era todo ventanas y luz, lleno de plantas en jardineras en las ventanas y colgadas del techo, helechos, begonias y orquídeas, violetas africanas sobre las mesas y exuberantes plantas de aguacate en macetas de terracota. El mobiliario era simple, sobre todo de estilo danés moderno, con un gran aparador mexicano de caoba labrada en el comedor, una mesita de café de cristal en la sala de estar y varios cuadros en las paredes, todo paisajes sin figuras humanas. El dormitorio adicional era también el estudio de Stan en casa, con una pared llena de libros, sobre todo de bolsillo, una máquina de escribir IBM Selectric y una cama individual cubierta de revistas. También había un pequeño retrato de un hombre negro sobre un trozo de tela roja, pegado a la pared al lado de la máquina de escribir de Stan.

—¿Quién es ése? —preguntó Charlie.

—Malcolm x —dijo Stan.

—¿Amigo tuyo? —bromeó Charlie, pero Stan se limitó a reír y no dijo nada más.

De regreso en el salón, se sentaron a tomar café y unos pasteles que Carrie les llevó en una bandeja. En la mesita de café, además de los tres ejemplares del *New Yorker*, había una pistola automática de calibre 45, sin más ni más. Parecía una Colt del Ejército, pero Charlie no estaba seguro. Quería preguntar por el arma, pero no lo hizo, y Stan no dijo nada. Podría haber sido una escultura, un objeto artístico. En todo ese primer fin de semana nadie mencionó la pistola de la mesita de café, pero al cabo de un rato Charlie ya había llegado a la conclusión de que la pistola era un símbolo. Stan no era un tipo de pistolas. El Colt decía: «Soy libre. No estoy en libertad condicional. Que os den». Charlie apostaba a que estaba cargado.

Mientras Carrie se ocupaba de la bombonería abajo, Charlie y Stan podían dar paseos por su cuenta por la amplia playa de arena o por el muelle de Venice. Una pequeña cervecería en el muelle, con un par de mesas de billar y una máquina de discos realmente ruidosa, se convirtió de inmediato en su local preferido. A pesar del serrín del suelo, los jugadores de billar de barba descuidada muchas veces jugaban con patines. En ese antro casi todos llevaban trajes de baño minúsculos y eran mucho más jóvenes que Charlie o Stan, que se sentaban tranquilos en la barra, a beber cerveza y maravillarse de lo que los rodeaba.

—Es como Portland, pero en plan locura —dijo Stan.

—Por Portland. —Charlie levantó su vaso de cerveza—. ¿No te gustaría que esta cerveza fuera Blitz-Weinhard?

El domingo por la noche, Charlie y Carrie habían llegado a un acuerdo pacífico sin necesidad de pronunciar ni una palabra. Charlie dejó claro que él no sería una influencia desestabilizadora, y Carrie que ella protegería a Stan a toda costa. Estaban del mismo lado, pero Charlie se preguntó si a Stan le gustaba ser objeto de una protección tan intensa. Era como tener un pit bull enorme, amenazador pero leal. Al concluir el fin de semana, Charlie estaba contento de poner rumbo al otro lado del valle de San Fernando, a su hogar, lejos del hogar.

En Fox el trabajo se convirtió en una rutina. Fishkin y Ratto estaban inmersos en al menos cinco películas, que Charlie supiera, así que no los veía mucho. La secretaria de Ratto, Ethyl, le llevaba café o té a su pequeño despacho y, por lo demás, lo dejaba solo. Stan estaba trabajando en su propio proyecto al fondo del pasillo, y aunque Ratto había dicho que Stan trabajaría con Charlie, eso nunca llegó a ocurrir.

—Ya veo —dijo Stan—. Cuando descubrieron que nos conocíamos, decidieron que seguramente te ayudaría sin que me pagaran por ello.

—Contando con que eres un buen tipo.

—Exactamente —dijo Stan.

Y la dupla Fishkin-Ratto ganó su apuesta. Stan aparecía cada día a las doce y media y se llevaba a Charlie al comedor de la empresa. Durante el almuerzo hablaban del proyecto de Charlie. Después de comer, Charlie volvía a trabajar y Stan se marchaba.

—¿No tenemos que trabajar todo el día? —preguntó Charlie.

—¿Dónde dice eso?

Como nadie lo controlaba, Charlie también podría haberse marchado, pero no tenía adónde ir. Era más fácil quedarse en la pequeña oficina y tratar de escribir. No resultó tan sencillo como todo el mundo decía. Producir lo que entendía como un borrador novelístico deshilvanado de doscientas cincuenta páginas había sido una cosa, pero estaba teniendo dificultades para concretar sus ideas en la clase de clichés y gestos reconocibles de los que parecían estar hechos los guiones. Aun así, insistía, tenía en cuenta las sugerencias de Stan y entregaba sus páginas al final del día. Lo que sacó de Ratto, cuando finalmente consiguió pasar cierto tiempo con él, fue insatisfactorio. La reunión fue a las cinco y media, y cuando entró en la oficina de Bill, Ethyl se presentó con una botella de whisky, dos vasos y una cubitera de hielo.

—Hora de elegir el reparto —dijo Bill.

Se sentaron a tomar whisky y tratar de decidir qué actor representaría mejor a Charlie.

—Brando, por supuesto —dijo Bill, mirando su vaso—. Pero creo que se ha vuelto loco o algo. ¿Qué opinas de Paul Newman?

Al final, Charlie le preguntó a Bill si le gustaban las páginas que le entregaba.

—Sigue insistiendo —dijo Bill—. Si tienes dudas, pregúntale a Ethyl o a Stan Winger. —Se encogió de hombros e hizo una mueca, con la luz rebotando en su vaso—. ¿Quieres fumar un porro?

Cuando Charlie volvía al hotel por la noche, llamaba a casa. Jaime ahora trabajaba en casa, en el viejo estudio de Charlie, y su libro estaba yendo bien. Kira hablaba de mudarse a Hollywood y de vivir en el hotel con Charlie.

—¿Qué harías? —le preguntó Charlie—. Estoy en el trabajo todo el día, igual que todos los demás.

—¿Qué hago aquí? —preguntó ella.

Charlie pensó que la voz de su hija se estaba haciendo profunda.

—Estoy harta de esto, papá —le dijo una noche—. ¿Cuándo vamos a ser una familia de verdad?

«Nunca», pensó Charlie, y cambió de tema, sabiendo que ningún argumento serviría. Después de una de esas llamadas se tomaba una copa o se fumaba un canuto y luego salía a dar una vuelta por Sunset Strip. Durante la semana, Sunset no estaba tan lleno y era agradable pasear sin pensar en nada más importante que decidir dónde cenar. Había varios restaurantes que habían empezado a gustarle, sobre todo el Imperial Gardens, un ampuloso restaurante japonés de tres plantas donde las camareras eran todas chicas japonesas recién bajadas del barco, la mayoría incapaces de hablar en inglés. A Charlie le gustaba practicar su japonés oxidado con ellas. Si no le apetecía comida japonesa, iba al Schwabb Drugstore, al otro lado de la calle, donde podía comerse una hamburguesa o un filete de salmón. Sus tardes eran por lo demás intensamente solitarias, y las pasaba leyendo en su habitación. Leyó las novelas publicadas de Stan y se quedó pasmado por su calidad, aunque a veces eran poco realistas. La acción era buena, los diálogos geniales, y el sentido de la ironía de Stan, delicioso. Stan era mucho mejor escritor de lo que él lo sería nunca. Sabía hacer lo que Charlie nunca había aprendido, cómo poner las palabras sobre el papel. Charlie sintió una vergonzosa envidia por la capacidad de Stan para capturar el lugar común, mientras que él se quedaba colgado en grandes ideas que nunca lograba plasmar bien. O quizá Stan estaba escribiendo basura popular y Charlie buscaba mucho más. Literatura, arte elevado. Deja pasar, Liev. Hazte a un lado, Herman.

Acabaron las otras seis semanas y Charlie, en palabras de Bill Ratto, no había resuelto el borrador.

—¿Estoy despedido? —preguntó Charlie.

—Oh, joder, no —dijo Bill sin sonreír.

Tendrían una reunión con Bud Fishkin en cuanto éste regresara de París. Entretanto, Charlie volvió a San Francisco imbuido de temor, como si regresara de la escuela con malas notas. No es que Jaime fuera su madre. De todos modos, él nunca había llevado un boletín de notas a su madre, sólo a su padre, que le hablaba durante una hora sobre la responsabilidad y luego se quedaba dormido por la borrachera. Sentado en el avión del puente aéreo PSA 117 a San Francisco, pensando en su viejo padre, se sintió todavía peor. Chuckmo, lo llamaban sus amigos. El viejo Chuckmo del almacén de madera. Cargaré tu camión, pero no le pidas que haga sumas, porque se pasará toda la mañana, arrugando el entrecejo, agarrando el lápiz con dedos sucios y regordetes, y se equivocará. «Pobre papá», pensó. Charlie nunca le escribió, nunca quiso volver a Montana. Su padre siempre había tenido esos grandes planes, era así de optimista y así de estúpido. No había otra palabra para definirlo. Charlie se había desconcertado al descubrir que el problema de su padre era la estupidez. No ignorancia. No simple cabezonería, aunque era cabezota. Estupidez. Un hombre lleno de estúpidos sueños.

Él era exactamente como su padre, le gustara o no. También tenía sueños poco realistas. También era insoportablemente estúpido, aunque tenía un vocabulario de puta madre. El sueño de Charlie, si lo examinaba con atención, era ser el rey del mundo. No bastaba con escribir y que lo publicaran. Si no, ¿por qué andaba jodiendo con Hollywood? Hollywood no tenía nada que ver con escribir bien. Al contrario, estaba aprendiendo a escribir peor. A convencer, a persuadir, a engañar a la gente para que lo creyera. Postergación de incredulidad. Por desgracia, Charlie había postergado su propia incredulidad y, en ese vuelo de regreso a la realidad, vio que no había sacado nada de su viaje, salvo el dinero que había en su cuenta corriente. Bueno, y algo más. Una creciente sensación de vulgaridad.

Ver a Jaime automáticamente relajó su estómago y su disposición. Ella llegó tarde y no lo recibió en el área de llegadas, pero al subir por la rampa al edificio del aeropuerto vio su pequeña figura acercándose. Llevaba el pelo más largo desde la última vez que la había visto: hasta los hombros, rubio,

casi blanco. Y por supuesto había un tipo tras ella; Charlie veía la boca del tipo moviéndose, dándole la lata a Jaime. Un tipo grande, con chaqueta vaquera, pelo largo negro y grasiento. Perfecto.

—¡Jaime! —bramó Charlie, y arrancó hacia ella, con los brazos separados.

Jaime lo vio y levantó los brazos en el aire, con su rostro tornándose más brillante y el tipo de detrás sonriendo estúpidamente mientras Jaime y Charlie se abrazaban.

—Oh, Dios, Charlie —dijo Jaime.

Se besaron con avidez y Charlie se quedó con la mente en blanco. Para cuando pudo pensar otra vez iban caminando cogidos del brazo por la rampa y el extraño había desaparecido. Lástima. Charlie había esperado que el tipo intentara algo; así habría podido ventilar sus frustraciones con un objetivo conveniente.

En el largo viaje por Bayshore Boulevard, Jaime se disculpó por no haber ido a visitarlo a Los Ángeles.

—Lo siento —dijo ella—. Sólo de pensar en Los Ángeles se me helaba la sangre.

—Oh, es una gran ciudad —dijo Charlie—. Te encantará. Mudémonos allí. Podemos comprar una casita en Laurel Canyon. Kira puede ir a Hollywood High, que es lo mejor a lo que se puede aspirar. Pasaremos nuestro tiempo con los Fishkin y los Ratto y los Newman y todos los demás...

—Oh, para ya —dijo ella—. Estoy muy contenta de que estés en casa.

Pararon en North Beach y cenaron en Enrico's, sentados fuera, al aire dulce de San Francisco, escuchando el rugido de los camiones que pasaban por Broadway. Una vieja pareja casada. Sin necesidad de correr a la cama. Con los bolsillos de Charlie llenos del oro de Hollywood, había copas a las que invitar, amigos con los que alardear. No llegaron a su casa de Mill Valley hasta mucho después de las diez e increíblemente borrachos. Tuvieron suerte de que no los parara la policía. Durante todo el camino a casa, Charlie le dijo a Jaime las cosas que iba a hacerle, y ella le contó lo mucho que lo deseaba. Sin embargo, cuando entraron en la casa, Kira estaba levantada y esperando, una figura alta y delgada sentada sola en la mesa del comedor.

—¿Dónde demonios estabais? —preguntó ella, en una siniestra imitación de su madre.

Charlie trató de abrazarla, pero Kira se zafó, maldiciendo y echando chispas con su voz juvenil mientras Charlie reía.

—Estoy en casa, ¡maldita sea! —gritó él.

—¡Estás borracho! —dijo su hija con desdén.

—Oh, calla y tómate una copa —le dijo Jaime a su hija, riéndose.

—No beberé nunca. —Kira dio un portazo y se encerró en su habitación.

Charlie y Jaime se miraron. Por encima del rugido en su cabeza, Charlie se oyó a sí mismo decir:

—¿Qué estamos haciendo?

—Estamos borrachos —dijo Jaime—. Será mejor que nos vayamos a la cama.

—Ésta no era la vuelta a casa que había planeado —dijo Charlie con seriedad.

Pero Jaime lo llevó del brazo y lo condujo a su dormitorio. Se desnudaron el uno al otro.

—Quiero una ducha —dijo Jaime—. Apeestas.

Ella rio y se encaminó desnuda hacia el cuarto de baño. Charlie la siguió, y terminaron haciendo el amor sobre las baldosas del cuarto de baño.

A la mañana siguiente, la casa estaba en silencio. Charlie yacía en su propia cama, con un ligero dolor de cabeza por la resaca del día anterior, algo nada inusual. Fuera, pardillos, una chara californiana, sonidos como silbidos de golondrinas. En el hogar otra vez. Se levantó. La puerta del estudio estaba cerrada; Jaime seguramente estaba dentro, trabajando. Kira se había ido a la escuela, probablemente humillada por sus padres borrachos. Charlie suspiró y entró en la cocina para prepararse una taza de té. Mientras el agua hervía, salió al jardín. El sol suavizaba la neblina sobre East Bay y sus barcas dispersas. Si podía, sería divertido ir a navegar y olvidarse de todo. Volvió a entrar en la casa, pensando que tenía que organizarse.

Todavía estaba sentado allí con sus pantalones cortos cuando Jaime salió del estudio con su taza de café.

—Estás despierto —dijo, y entró en la cocina. Cuando volvió a salir se sentó—. ¿Cómo te sientes en casa?

Charlie le sonrió dolorosamente.

—Con resaca —dijo—. Creo que nos estamos haciendo viejos.

—Creo que deberíamos divorciarnos —dijo Jaime, mirándolo a los ojos. Subía vapor de su taza de café.

Charlie esperó el chiste. Al cabo de unos momentos se dio cuenta de que ella estaba esperando que hablara.

—¿En serio? —dijo.

—La verdad es que ya no nos quieres —dijo ella con calma.

—He llamado cada noche —se oyó decir Charlie—. ¿De qué demonios estás hablando? ¿Divorciarnos? ¿Por qué?

—Ya no nos quieres. No importa cuántas veces llamas. Y no fue cada noche, por cierto. La verdad es que creo que yo tampoco te quiero.

—¿Quién es? —preguntó Charlie con frialdad.

—No es nadie —dijo Jaime con demasiada rapidez.

Cogió la taza de café con ambas manos. Le temblaban las manos. Así que era cierto. Charlie sintió frío, luego calor. Menudo cabrón.

—Lo mataré —le dijo a Jaime, con la máxima calma posible—. ¿Cómo se llama?

Jaime volvió a la cocina. Charlie se sentó preguntándose por qué, cuando su vida se estaba derrumbando, sentía ese minúsculo destello de alegría.

La casa pertenecía a Jaime. Lo único que Charlie tenía que hacer era firmar unos papeles. No se molestaron con un divorcio inmediato, porque ninguno de los dos tenía planes de matrimonio. Tenían tiempo de sobra para divorciarse de mutuo acuerdo por veinticinco dólares, y se ahorrarían un montón de minutas de abogados. Ambos odiaban a los abogados. Jaime vendería la casa y se trasladaría con Kira otra vez a San Francisco, y Charlie podía quedarse el apartamento de Telegraph Hill, que era el lugar al que se había mudado el día que Jaime le dijo que no lo amaba. O, por supuesto, podía irse a la mierda. Mudarse a Los Ángeles. Era un hombre libre. Posiblemente por primera vez en su vida. En Wain había estado terriblemente constreñido por una vida de población pequeña, huyó al Ejército, se sintió terriblemente constreñido por la vida militar, lo enviaron a Corea, donde los chinos lo capturaron y lo metieron en prisión. Luego, la operación de intercambio de prisioneros, Tokio y el pabellón de tuberculosos, donde él mismo se puso la soga al cuello al obsesionarse con la literatura. Después se quedó atrapado en la institución del matrimonio, donde había languidecido durante trece años. Y por fin era libre. Se sentía fatal.

¿Por qué no bajar caminando por Telegraph Hill esa primera noche, emborracharse todo lo posible, encontrar una chica y empezar su vida de nuevo? No había contado con estar deprimido. Al bajar los escalones de Kearny, recordó la noche que él y Jaime habían subido por primera vez. Ella saltando como un gamo; Charlie, resoplando. Sus pulmones, claro. Cuando llegó a Broadway, las lágrimas le resbalaban por el rostro hasta la barba. «Pobre Charlie», pensó. No había ningún bar al que pudiera ir que no tuviera recuerdos de ella. Ni a Tosca's, ni desde luego a Enrico's. Joder. Ni a Vesuvio ni a Twelve Adler ni al Jazz Workshop, donde se habían cogido de la mano y habían marcado el ritmo de Dizzy Gillespie con los pies. Gracias a Dios, Mike's Pool Hall ya no existía, porque tampoco podría haber ido allí, ni al Yank Sing, donde comían *dim sum* juntos. Caminó hasta City Lights y se descubrió mirando a los ojos de Shig Murao, detrás del mostrador; Shig, que siempre flirteaba escandalosamente con Jaime cuando ellos entraban. Charlie

sintió que se le humedecían los ojos y volvió a salir sin decir nada. En Columbus había un bar de *topless* para filipinos, y Charlie también entró. Allí, mientras se tomaba un gin-*tonic* aguado, se dio cuenta de que North Beach pertenecía a Jaime. De hecho, todo San Francisco le pertenecía. Tendría que trasladarse a Los Ángeles, quisiera o no.

Así pues, ¿una carrera en el cine? Bueno, desde luego no se había labrado una escribiendo novelas. Una hermosa joven china bailaba desnuda en la barra y Charlie se sentó mirando su copa. ¿Cómo se había engañado todos esos años? No sólo respecto a la escritura, sino en general. El gran realista no era sólo sinceramente romántico, sino ridículo. La chica china no estaba completamente desnuda. Charlie observó sus zapatos de tacones rojos brillantes, sin querer mirar más arriba. «Todas las putas son iguales», se dijo a sí mismo, pero se avergonzó de inmediato. Jaime no era una puta. Y esa chica china sólo se estaba ganando la vida. Charlie se levantó y al salir notó el agradable aire frío y brumoso en la cara. Volvió a subir lentamente por la colina hasta su apartamento. No podía dormir. Jaime estaba por todo el apartamento, por supuesto. Y su hija. Que había regresado de la escuela para encontrarse su vida destrozada. Kira se había echado a llorar y había corrido hacia su padre. Charlie se esforzó por argumentar que no era culpa de nadie, pero Kira fulminó a Jaime a través de las lágrimas.

—Que Dios te condene, madre —dijo, y corrió a su habitación.

Podía olvidarse de dormir. Se acordó de Kim Song, donde «Que se jodan todos» era la regla del día. «Sálvate, capullo». Charlie se levantó y se vistió. Ni siquiera era medianoche. Examinó el apartamento. No había nada que quisiera conservar. Cuando se había mudado allí en el cincuenta y siete o el cincuenta y ocho sólo tenía su máquina de escribir, su saco de dormir, unos pocos libros, unas pocas mudas de ropa. Ahora estaba lleno de las cosas de Jaime. Unos cuantos libros eran de Charlie. La mayoría, libros de la facultad, nada que quisiera conservar. Sus libros importantes estaban en la casa: Kerouac, Hemingway, Steinbeck, Faulkner, O'Hara, Jones, Melville, Tolstói, Joyce, los pesos pesados, los aspirantes al título. Podría ir a Mill Valley por la mañana a buscar los libros, sólo los suyos, nada que hubieran comprado juntos. Pero no. Qué infantil. Los libros eran para Kira. Considerando eso, sabía que no había nada, absolutamente nada, que le impidiera marcharse, meterse en el pequeño Porsche y poner rumbo al sur. Jaime podía alquilar un coche. Jaime podía cerrar el apartamento, tratar con los agentes inmobiliarios y abogados, y él firmaría lo que le pidieran. Sería un budista impecable al respecto. Posesiones, puaj. Con el corazón roto, recordó sus largas

conversaciones con Jaime sobre el budismo. No quería volver a verla. Cobardía, por supuesto. Si se encontraban para intercambiar cosas y él se echaba a llorar, Jaime se preguntaría qué había visto nunca en él.

Jaime no lo había dejado por otro hombre, sino porque él no había sido fiel a su promesa. Cuando se habían conocido, Charlie era un personaje célebre, premio Saxon, un manuscrito monstruoso del que todo el mundo pensaba que acabaría siendo un gran libro de guerra. El siguiente gran libro de guerra había sido *Trampa-22*, que Charlie leyó con admiración reticente la primera vez, y luego con amor irremediable la segunda vez y la tercera. Y luego el siguiente gran libro de guerra fue *La delgada línea roja*. Jaime se había casado con un farsante. Y su marcha a Hollywood fue la gota que colmó el vaso. Jaime había estado casado con un fracasado, un fracasado honorable, aunque fuera camarero, pero no con una prostituta.

Así pues, Hollywood lo había atraído a su vórtice. Muy bien, culparía a Hollywood. Charlie era sólo un chico de campo, no conocía nada mejor. Había hecho lo posible tratando de escribir una obra de arte, pero no se lo habían permitido. Empaquetó los pocos efectos personales que encontró. Iría a Hollywood y dejaría atrás todo su bagaje literario. Sería un escritor para el cine. Frío. Eficiente. Escribiría mierda a cambio de dinero. Stan podía ayudarlo. Stan conocía el oficio. Sólo Dios sabía cómo lo había aprendido estando todos esos años en prisión, pero lo había hecho, y Charlie pensaba estudiarlo a él. En un rinconcito de su cabeza seguía pensando que si conseguía suficiente oro de Hollywood, la recuperaría.

—Eres patético —se dijo en voz alta.

Dejó en el suelo la caja de cartón para cerrar la puerta por última vez. La primera vez que había abierto esa puerta sabía exactamente quién era y qué iba a ocurrir con su vida. Todo se había ido al cuerno.

Stan se preocupó. Su viejo amigo regresó del norte de California con el mismo aspecto que si alguien hubiera matado a su perro. Sin embargo, Charlie se negó a decir nada y se limitó a asegurar, casi gruñendo, que todo iba bien. Stan no se entrometió. Era fantástico tener a Charlie en casa. La vida hogareña no era tan buena, y Stan necesitaba un compañero de borrachera. En realidad, le estaba costando adaptarse a la vida de casado. No es que a Carrie le faltara nada, todo lo contrario. Carrie dirigía su negocio, se ocupaba de las cuentas, limpiaba el apartamento a conciencia, preparaba la cena, estaba casi siempre dispuesta a hacer el amor y tenía el tacto suficiente para saber cuándo Stan no tenía ganas. ¿Qué tenía de malo? Nada.

Entonces ¿por qué Stan se sentía tan atrapado? Era como si después de la condicional le hubieran concedido una vida. Vida, c/u, con mujer rubia. Discutiendo contra sí mismo, se preguntó si no se había vendido por un par de tetas y una melena brillante y rubia. Eran pensamientos despreciables, pero los tenía. Cuando lo habían puesto en libertad, la amaba. Ella lo había hecho todo por él. Tener a alguien que se preocupara por él era algo nuevo, de manera que se relajó y se dejó llevar, consagrando sus energías al negocio de la escritura. Y eso era lo realmente genial de Hollywood, que escribir era un negocio. Pero su racha de buena suerte lo había dejado con una sensación empalagosa. Claro, había tenido una larguísima racha de mala suerte, con lo cual quizá era sólo una especie de equilibrio. Pero no. Observó que no había equilibrio en ninguna otra faceta de la vida y que no debería haberlo en ésta. Había otro factor, algo que no le gustaba. El factor de la cárcel. ¿Qué parte de su buena suerte se debía a que era un exrecluso? Normalmente, eso iba contra uno, pero Hollywood era distinto a todo, y ahí, para Stan, todo parecía funcionar muy bien. Tanto Fishkin como Ratto estaban encantados de pasar tiempo con un exrecluso. Stan estaba seguro, porque cuando alguien entraba en la oficina o salían a cenar juntos siempre se las arreglaban para sacar el tema. Fishkin y Ratto habían estado alardeando.

Al principio Stan lo disfrutaba, pero después de que lo detuvieran por incumplir la condicional había tenido muchísimo tiempo para pensar, bajo el

sol abrasador, encorvado cortando malas hierbas. Entretanto, el gran contrato del libro quedó en nada y nadie de Nueva York ni de Hollywood fue a verlo, llamó, escribió o reconoció siquiera que existiera. Toda su vida en el exterior se limitaba a una persona: Carrie. Al salir, allí estaba ella, inquebrantable, hermosa, esperando para reemprender su vida en común. Por supuesto, cuando se enteraron de que estaba en la calle, cuando llamó a Ziggy y le dijo «Siento haber tardado tanto en volver a ponerme en contacto contigo», sus amigos de Hollywood volvieron a frecuentarlo como si nada. El contrato por *El quinto día seguido de calor*, como lo llamaban entonces, sólo se había interrumpido hasta que él saliera, y ahora lo retomarían.

—No puedes promocionar tu libro desde la cárcel —explicó Fishkin—. Y el libro, la edición en rústica, las ventas al extranjero y la película son todo cosas que van unidas.

Muy sensato, pero Stan no estaba tan lejos de la infinidad de horas que había pasado tumbado en su catre por la noche, reflexionando sobre el derrumbe de su vida y la pérdida de sus nuevos amigos.

Trató de explicarle todo eso a Charlie, cuando se sentaron en la barra del Troubadour a tomar cerveza.

—Me cae bien Bud Fishkin —dijo—, pero, cuando me detuvieron, simplemente desapareció. La película en la que estábamos trabajando, sobre mi primer libro, se canceló y el director se puso a trabajar en otros proyectos, y supongo que Fishkin se fue con él. Cuando salí y volvió a verme, supongo que fui un poco cínico.

Charlie miró su vaso de cerveza.

—¿Estás bien? —preguntó Stan.

Charlie ni siquiera lo miró.

—Sí —dijo él.

Seguramente se trataba de Jaime. Charlie no iba a reconocer que había problemas en el paraíso. Con el llamado matrimonio perfecto. Charlie estaba avergonzado. Curiosamente, allí sentado mientras sonaba un rock ruidoso al otro lado de la pared, Stan se preguntó si se habían casado con las mujeres equivocadas. Stan siempre había amado a Jaime, casi con veneración. Ahora ella era una novelista de éxito y sería una pareja perfecta para Stan si él triunfaba en Hollywood. Y estaba a punto de hacerlo, se dijo a sí mismo. Habrían formado una gran pareja. Lo cual dejaría a Charlie con Carrie. Se llevaban bien, bromeaban mutuamente, y Carrie era la clase de mujer pionera que Charlie necesitaba para apoyar o bien su deseo de escribir alta literatura o el de holgazanear todo el día. Estaba clarísimo que Charlie no estaría contento

con la película, si es que al final se hacía. Carrie podía apoyarlo. Stan no necesitaba una mujer que lo apoyara. Ya no.

¿Era posible que Stan no supiera amar? Había estado leyendo sobre el tema y estuvo casi dispuesto a aceptar el veredicto: no había recibido amor y no era capaz de darlo. Un sencillo hecho psicológico. Pero en realidad no lo creía. Había amado a Linda McNeill; tal vez fuera un simple encaprichamiento, pero parecía muy real. Había conocido a muchos psicópatas, y no importaba lo que dijeran los libros, él no lo era. No se trataba de que no pudiera amar, sino de que no amaba. Y mientras estuviera casado con Carrie no se hallaba en posición de buscar. Era incapaz de serle infiel.

—Estoy preocupado por Carrie —le dijo a Charlie, que sólo resopló y se bebió la mitad de su cerveza. Stan continuó obstinadamente—. Es genial, pero por la noche nos quedamos sentados sin más. No tenemos mucho que decirnos el uno al otro. Si está trabajando en las cuentas y yo estoy leyendo un libro, estamos cómodos. En la cena no tenemos nada que decirnos. Es un poco feo.

Pese a toda esa preparación, Charlie no se abrió. Quizá sólo estaba pensando en su guion. El primer borrador había sido espantoso. Stan lo había leído porque Fishkin estaba preocupado.

—¿Este tipo sabe escribir? —le había preguntado a Stan.

Mirando el borrador, los gruesos párrafos de exposición y los diálogos de cinco páginas, Stan habría dicho que no. Pero conocía a Charlie, demonios, había estudiado escritura creativa con él. Charlie podía hacerlo mejor.

—¿Y bien? —preguntó Fishkin.

—¿Quieres mi opinión? —Stan sonrió a Fishkin—. Contrátame y la descubrirás. Estaré encantado de ayudar.

Aun así, cedió por el bien de Charlie y participó gratis en algunas de las reuniones, sólo para que Charlie tuviera un abogado. Los cinco, sentados en la oficina de Fishkin, que era apenas más grande que la de Ratto, con Jane, la secretaria de Bud, tomando notas y el resto en medio de la sala lanzando ideas. A Stan le parecía raro que se gastara tanto tiempo y esfuerzo de ese modo, pero no podía quejarse. En cuanto a la peli de Charlie, Stan albergaba pocas esperanzas. Fishkin-Ratto y Charlie iban en ruta de colisión. Charlie obviamente quería hacer una película sobre sus propias experiencias. La dupla Fishkin-Ratto quería algo más universal, con más riesgo.

—Quiero que esta peli sea sobre todas las guerras, sobre todo la de Vietnam —dijo Fishkin, con un destello en las pupilas—. ¡Hemos de hacer una película antibelicista!

—Claro —dijo Charlie. Estaba sentado en el sillón de piel de Fishkin, con sus largas piernas debajo de la mesita de café—. Pero no podemos convertir Corea en Vietnam. Simplemente no son lo mismo.

—Pero el principio... —insistió Fishkin.

—No es lo mismo —dijo Charlie con tozudez.

—Mira —le dijo Stan, cuando estuvieron solos en el cubículo de Charlie—. No debes luchar contra estos tipos. Sólo escucha lo que tienen que decirte y luego vuelve aquí y escribe lo que quieras.

Charlie no podía entender que las reuniones para discutir el guion no tuvieran nada que ver con el guion.

—Sólo están lanzando ideas —dijo Stan—. Coges lo que coges y dejas lo que dejas.

—Bueno, te tienen por las pelotas —dijo Charlie con humildad.

Estaba asustado, Stan lo entendía. Hollywood podía ser aterrador. Al final, una noche que estaban emborrachándose otra vez, Charlie se derrumbó y reconoció que Jaime lo había dejado.

—Joder —soltó Stan.

Mientras se emborrachaban más y más, Charlie se vino abajo, vomitando su testimonio en voz alta de que era un miserable sin talento y sin amor. Stan confesó lo mismo. Una noche horrible. Stan tuvo que llevar a Charlie a su hotel. Se sintió bien llevando al gran tipo a casa, pero estaba tan borracho que él también tuvo que quedarse allí a pasar la noche.

Carrie Winger estaba contenta de que Stan tuviera un amigo de verdad. Su marido era un hombre complejo y le partía el corazón no poder amarlo. Lo intentaba, pero no puedes pedirle peras al olmo. Encandilada por el encanto del hombre, cuando finalmente se casaron esperaba descubrirse profundamente enamorada, pero no. No era el hombre con el que quería tener hijos. Su matrimonio se había asentado en las buenas maneras y el deseo. No había peleas ni discusiones, Stan confiaba en ella por completo y dejaba que se ocupara de la parte económica de las cosas. Aparte del dinero de Hollywood. Había tratado de llevarse bien con Evarts Ziegler y los demás, pero se enfadaba sólo de hablar con ellos. Eran todos judíos, por supuesto, o si no, como si lo fueran. Carrie no tenía nada en contra de los judíos, a pesar de las diatribas de su padre en la mesa respecto a los judíos, los comunistas y las brujas, que simplemente la hacían reír. Pero algo en esa gente de Hollywood la ponía extremadamente nerviosa, y siempre se sentía contenta cuando colgaba el teléfono, sintiendo el sudor en las axilas.

Cada vez más la bombonería ocupaba su mente y su corazón. Ella la había soñado. Suyo había sido todo el trabajo y las noches sin dormir por la preocupación. El negocio era suyo. Stan apenas entraba allí.

—No soy un tipo de dulces —le dijo con una sonrisa—. ¿No estás contenta?

Carrie lo estaba. Casi había esperado que cuando él saliera de la cárcel automáticamente intentaría hacerse cargo de la tienda, siendo un hombre. Su antiguo jefe se había reído de ella como un loco cuando Carrie le dijo que iba a abrir un negocio propio. Pero quien ríe el último ríe mejor, y durante meses, después de que ella se fuera, la estuvo llamando día y noche tratando de evitar que el negocio se fuera a pique.

—No encuentro a nadie bueno —se quejaba él desesperadamente al teléfono.

«Lástima», pensó ella, pero no se lo dijo.

Fue compasiva y lo aconsejó todo lo que pudo, pero al final dejó claro que se había marchado y que él tendría que espabilarse sin ella.

Finalmente, también lo haría Stan. En cuanto ella encontrara la forma de separarse sin hacerle demasiado daño. Stan era muy sensible, aunque trataba de ocultarlo. Albergaba importantes dudas respecto a si era buena persona, buen escritor, buen amante, buen marido. Era todas esas cosas, y ella se lo dijo. Pero aun así no lo amaba.

Charlie fue una gran ayuda. Un hombre maravilloso, grande pero con gracia, apuesto y al mismo tiempo de aspecto común, con una sonrisa grande y amplia y afectuosos ojos castaños. Según Stan, Charlie era sólo un niño grande en lo referente a las cuestiones de Hollywood, y necesitaba toda la ayuda que Stan pudiera brindarle. Los dos pasaban mucho tiempo juntos, y Stan a menudo se quedaba a pasar la noche en la casa de Charlie, un hotel. A Carrie nunca le preocupó que Stan le fuera infiel. Estaba segura de que en ese caso se daría cuenta al momento. Stan era enigmático con otros, pero no con ella.

El dinero los mantenía unidos. Si quería abrir una tienda nueva, necesitaría mucho dinero. La nueva tienda debería estar en Hollywood o Westwood. Todavía no se había decidido, pero sabía que necesitaba encontrar la mejor ubicación. La ubicación lo era todo. Tuvo que reírse de su estúpida suerte al situar Malibu Candy donde lo había hecho, entre los clientes ricos de Venice y Washington Boulevard. No sabía nada de los yonquis cuando se trasladó a la zona, pero eran sus primeros clientes y con el tiempo los mejores. Hacían cola para comprar caja tras caja de bombones exóticos. Carrie había trabajado mucho y había disfrutado de un inesperado golpe de suerte, y esperaba volver a contar con las dos cosas cuando abriera la segunda tienda. Si era un éxito, crearía una franquicia y vendería los derechos de abrir tiendas Malibu Candy en todas partes, usando sus recetas y métodos de trabajo. No podía hacerlo sin Stan, y no podía conservar a Stan sin un poco de hipocresía.

Ese domingo por la mañana en particular, Stan estaba en la ciudad. Ella no sabía qué estaba haciendo. Suponía que estaba con Charlie, pero Charlie llegó subiendo por la escalera exterior y llamó a la puerta de atrás.

—Hola, Charlie —dijo ella, abriendo la puerta.

—¿Está Stan en casa? —Llevaba una camiseta blanca y tejanos, y tenía las manos metidas en los bolsillos de atrás.

—No, pero pasa.

Campanas de alarma sonaron en su cabeza. ¿Había ido Charlie para insinuarse? Le ofreció una taza de café y los dos se sentaron a la mesa del

desayuno con la luz solar derramándose a través de las ventanas. Charlie parecía herido.

—¿Estás bien? —le preguntó ella.

—Oh, claro —dijo, y sonrió dolorosamente—. Pensaba que Stan estaría aquí.

—Creo que está en la ciudad.

—Ah —dijo Charlie.

Carrie quiso hacer sonreír a Charlie.

—A lo mejor tiene una amiguita.

—Oh, no —dijo Charlie. Pareciendo alarmado, se levantó—. No debería estar aquí.

—Venga, siéntate. Sólo estaba bromeando. —Eso le sacó media sonrisa, pero la cara de Charlie volvió a teñirse el dolor—. Deja que te prepare unos huevos con beicon —añadió.

Charlie no dijo nada, sólo se sentó con las manos cruzadas, mirando su café. Ella se levantó a cocinar unas tiras de beicon y unos huevos revueltos. Cuando puso los platos en la mesa, Charlie miró el suyo.

—No puedo comer —dijo.

Carrie echó kétchup en sus huevos.

—Mal de amores —dijo.

Charlie se rio y suspiró, y entonces salió todo. Su mujer lo había abandonado. Su sufrimiento era terrible. No había tenido ni idea de cuánto la amaba hasta ese momento. La había descuidado. Había dado por sentado el amor y lo había dejado morir. Y ahora era él quien estaba muriendo de dolor. Tanto dolor que no podía creerlo.

—Entiendo —dijo Carrie, y le tocó la mano.

Él ya sabía que Stan no estaría allí. Necesitaba la compasión de una mujer. Probablemente ni siquiera se había dado cuenta. Simplemente se había metido en su coche y había conducido a ciegas hasta terminar allí.

—Siéntate un momento —dijo Carrie—. Trata de comerte el desayuno. Volveré enseguida.

Bajó a la bombonería. María estaba detrás del mostrador. Como era domingo, no había nadie en la trastienda preparando chocolate. Vio a un par de clientes comiendo muestras gratuitas y mirando el expositor. Podía confiar en que María mantendría las cosas en orden, el suelo barrido y ningún trozo de chocolate sobre el mostrador. Todo tenía buen aspecto. Fue al piso de arriba. Charlie estaba sentado con el desayuno convertido en una fría ruina delante de él. Necesitaba perder un poco de peso. Se imaginó llevandoselo a

correr por la playa. Le gustaba correr a primera hora. Si Charlie se mudaba a la playa podría correr con ella. Eso aliviaría su dolor.

—Charlie —se escuchó decir.

Él se volvió para mirarla y Carrie sintió que aquellos ojos grandes tiraban de su corazón. Le tendió la mano y él se la cogió.

—Vamos —dijo con voz suave, y lo llevó al dormitorio.

SEXTA PARTE
LA VIDA LITERARIA

Considera el espíritu de Buda no nacido. No nacido, porque cuando tu espíritu de Buda nace, te iluminas. Jaime estaba en ese momento inconfundiblemente preiluminada, una criatura encantadora, perfecta, abierta, sensible a todo e ingenua con todo: el engaño de los sentidos. En ese momento, Jaime era tan sensible que no podía abrir los ojos por miedo a lo que pudiera ver. Resultaba más fácil quedarse allí tumbada con los ojos cerrados, con la desconocida almohada bajo la cabeza, las desconocidas colchas sobre el cuerpo. ¿Una habitación de hotel? Esperaba estar sola. A su espíritu de Buda no nacido siempre le iba mejor a solas. Jaime se había hecho budista como autodefensa. Ninguna otra cosa parecía funcionar, y si el budismo en sí parecía tener partes que no funcionaban, no le importaba. Después de la vida, nada. Bien. Quizá al decirse a sí misma que era budista en realidad estaba diciendo: no soy cristiana, no soy judía, y desde luego no soy musulmana, pero sigo creyendo en algo. ¿El universo? No. Más grande. Más amoroso. Algo. Buda parece un buen tipo. Échale la culpa a él.

Jaime se revolvió. Había demasiada luz en la habitación, donde fuera que estuviera. Apretó los párpados y trató de reconstruir la noche anterior. Despertarse con la memoria en blanco ya no la desconcertaba, pero agitaba viejas sensaciones de temor, la sensación de un lunes por la mañana en la escuela. Veamos. Remóntate hasta la comida de ayer. Comida en Enrico's. ¿Eso fue ayer o el día anterior? Comía en Enrico's cada viernes o casi cada viernes. Por lo tanto, tenía que ser sábado. Kira no estaría en la escuela. Y entonces, recordando, se le heló la piel. Notó un picor de sudor en el cuerpo. Kira había desaparecido. Jaime abrió los ojos. Grandes ventanas detrás de las cortinas verde oscuro de aspecto sedoso. Un dormitorio de hombre y, a juzgar por el aspecto, el hombre tenía dinero. Se volvió y vio a Brighton Forester sonriéndole desde el umbral, con el pelo blanco alborotado, la cara roja inclinada en una expresión de empatía.

—Estás despierta —dijo.

Dios mío, debía de haberse acostado con él. Brighton Forester, alguien a quien había conocido o del que había oído hablar durante años. No era uno de

sus héroes. Miembro del *establishment* de San Francisco, un hombre rico, novelista, con un buen libro publicado. Y, como ella bien sabía, un hombre casado.

—¿Dónde está tu mujer? —preguntó Jaime.

Esperaba haberlo planteado con humor. Ese hijo de perra. Llevaba años yéndole detrás, y allí estaba Jaime en su cama. Probablemente habían follado toda la noche, y ni siquiera podía recordarlo. Parpadeó dolorosamente, apretando el borde de la colcha con los dedos.

—Está en las montañas —dijo Brighton. Llevaba una bata de felpa—. ¿Por qué lo preguntas?

Aparentemente esa gente de la alta sociedad iba follando con quien le venía en gana. Por supuesto, eran hipócritas al respecto. «Que esto quede entre nosotros», y todo eso. A Jaime le dolían los ojos. Se acordó de Kira. Kira había desaparecido.

—¿Qué ocurrió anoche? —preguntó.

Brighton entró en la habitación con expresión afable y simpática, y se sentó al borde de la cama. Jaime se incorporó y se pellizó la nariz para contener el dolor. No lo contuvo.

Él le explicó que se habían encontrado en una fiesta, salieron con un grupito de gente, y que habían terminado en la cama. Sonrió con cariño. Obviamente, al margen de cualquier otra cosa, ella le gustaba. A Jaime también le gustaba él. Un hombre guapo, alto, de buena constitución, civilizado, educado en Princeton, etcétera. Pero necesitaba pensar en Kira. Necesitaba recordar el día anterior con detalle. ¿Cómo sabía Jaime que Kira estaba desaparecida? ¿Habían llamado de la escuela?

—Tengo que levantarme —le dijo a Brighton—. Mi hija ha desaparecido.

Abajo, tomando un café en la sala del desayuno, Brighton le contó a Jaime que ya había resuelto el problema.

—No hablabas de otra cosa anoche —dijo—. Que tu hija había huido a Los Ángeles.

—¿Los Ángeles?

Quiso morderse la lengua. Estaba horriblemente avergonzada de su pérdida de memoria. En cambio, Brighton estaba calmado y se mostró alentador. Kira había tomado un autobús a Los Ángeles, explicó. Para estar con su padre. El autobús probablemente estaría llegando a esa hora.

Jaime dio un sorbo al café, tratando de asimilar la información. En principio tranquilizaba saber que Kira había cumplido sus amenazas. Luego la espantosa sensación volvió a asaltarla.

—¿Cómo lo sabes? —le preguntó a Brighton.

Sonrió.

—Tú me lo contaste. ¿Te acuerdas? Paraste a telefonar en Van Ness.

—¿A quién telefoneé?

—No lo sé.

Joder, menuda ayuda. Jaime salió de allí lo más deprisa que pudo, declinando la oferta de Brighton de llevarla a casa.

—Puedo tomar el autobús —dijo.

Le dio un beso que quería transmitir amistad y, al salir por la gran puerta de la casa, se encontró en Cherry Street, en Pacific Heights. Caminó por California Street. Era una mañana de cielo azul y agradable, pero no podía disfrutarla. Tomó el autobús a la Decimoctava Avenida y se dirigió al norte, hacia Lake Street. Su piso estaba en la Diecisiete y Lake, la penúltima casa antes de que terminara el callejón. Encontró el *Chronicle* en el felpudo marrón rojizo, como si todo fuera normal. Jaime cogió el periódico, abrió la puerta de la calle y subió el pequeño tramo de escaleras hasta su piso.

—Kira —dijo sin esperanza.

Nadie respondió. Tuffy, el gato, estaba acurrucado en la cama de Jaime. Levantó la cabeza para mirarla y se volvió a dormir. Jaime se desnudó y se duchó, todavía con la esperanza de que se le despejara la cabeza. No se le despejó, o no mucho. Comprobó su contestador. Varios mensajes, pero ninguno de Kira ni de Charlie. Se preguntó si estaban juntos y, en ese caso, cómo llevaría Charlie ser responsable de un chica de quince años en Hollywood. Kira en particular, con las ideas muy claras, por decirlo suavemente, ya quince centímetros más alta que su madre y todavía creciendo. Cuerpo de mujer, también por decirlo suavemente, gracias, y una mente en consonancia. Jaime había iniciado una charla sobre sexo en una ocasión, pero lo único que dijo Kira fue «Oh, mierda, mamá», y se marchó. Demasiado grande, demasiado lista, demasiado guapa. Ahora, bueno, Jaime no quería usar la palabra «fugada», pero no se le ocurría otra. Como la mitad de los chicos del país, pensó Jaime, y entonces sintió desprecio por sí misma. Claro, ésa es la excusa. Todo el mundo lo hace. Jaime no quería que su hija fuera la última *hippie* fugada.

Llamó al hotel de Charlie. Charlie no estaba o no contestó.

—¿Ha visto a mi hija? —preguntó Jaime cuando el conserje regresó al aparato—. ¿La hija de Charlie? ¿Está registrada?

—No, no lo está —respondió el conserje con voz distante, aunque educada.

Jaime colgó, ruborizada de culpa.

¿Dónde coño estaba Kira? Pensó en llamar a la escuela, pero era sábado. ¿No? Miró el periódico. Sí, sábado, 12 de abril de 1975. Entonces lo recordó. El viernes, ayer, terminó de escribir, se duchó y se dirigió a Enrico's a comer con amigos, con su grupo habitual del almuerzo. Llamaron de la escuela. Kira se había marchado a mediodía sin permiso. ¿Podía ocuparse de eso? En Drew adoraban a Jaime, y harían cualquier cosa por una de sus licenciadas más famosas. Pero con eso no podían ayudarla. Ahora recordó que había prometido, en un ataque de rabia contra Kira, que se iría a Enrico's sin esperar a que su hija volviera a casa. Después podría reñir a Kira por no ir a la escuela. Pero Jaime nunca había vuelto a casa. Ella, Kenny Goss y Richard Brautigam se habían sentado a emborracharse, y Jaime fue levantándose de un salto cada pocos tragos para llamar a casa. Kira nunca respondió. Jaime debió de decidir, con alguna claridad ética, que Kira había huido a Los Ángeles. Cuando de hecho podía estar en cualquier parte, incluidos algunos sitios horribles. Jaime se prohibió seguir especulando.

Miró en el dormitorio de su hija, medio esperando encontrarla en su propia cama. No. Jaime trató de identificar qué ropa faltaba, pero no reconoció la mitad de las prendas que encontró en el armario, en sillas o en la cama. Las chicas se intercambiaban ropa todo el tiempo. Parte de aquellas prendas eran bastante raras: pantalones ajustados de cuero azul que estaba segura de no haber visto nunca antes, una chaqueta de piel que costaría una fortuna. Jaime se dio cuenta de que no sabía casi nada de Kira. Después de la ruptura que las había llevado a vivir bajo el mismo techo, no había aprendido nada de su hija, la conocía todavía menos. Kira, que culpaba a su madre, se había encerrado en sí misma. Charlie no era mala persona, pero Kira lo había canonizado en su mente. De todos modos, los escritores nunca deberían casarse, se dijo Jaime. Eran demasiado egoístas.

Con esa idea empezó a relajarse. Kira la entendía muy bien. Su hija iba a herirla donde más le doliera, explotando cada debilidad que percibiera en su madre; luego volvería a casa. No había necesidad de llamar a la policía ni de tomar ninguna otra medida dramática, sólo debía esperar a que su hija regresara a casa. Jaime se echó a llorar, pero incluso eso era por la puta resaca. Kira estaba bien. Era Jaime la que estaba sufriendo.

Había parecido una buena idea de lo más sencillo, casi un ejercicio, escribir un relato breve sobre una chica que Jaime había conocido sólo un poco, pero cuya tragedia la había inquietado de un modo terrible. En la vida real, la joven se llamaba Mary Bergendaal. Jaime mantuvo el Mary por el tono virginal, pero le cambió el apellido a Rosendaal. La Mary real había tocado el corno francés en la sinfónica de Portland y se había suicidado a los veinticuatro años. Charlie, al volver a casa una noche, le había contado el suicidio, porque ella y Charlie habían conocido a la chica una tarde en el centro, con Marty Greenberg. Jaime recordaba a una joven rubia, menuda, colgada del brazo de Marty sin decir palabra, con la mirada perdida.

—¿Es la novia de Marty? —le preguntó a Charlie después.

Él simplemente se rio. Un mes más tarde se suicidó, volándose la cabeza con una escopeta. Charlie se había sentido fatal, sobre todo por las risas.

—Oh, Dios, las cosas que dijimos de ella.

Jaime había empezado su historia desde el final, con los protagonistas reaccionando a su suicidio, luego había tirado lo que había escrito y había vuelto a empezar colocando a Mary en el centro. Si podía escribir sobre Mary desde dentro, quizá Jaime conseguiría darle vida a la enorme compasión que sentía por ella y al final de la historia descubrir por qué se había suicidado. Por supuesto, lo obvio era obvio. Se había suicidado porque estaba cabreada. Fue un suicidio por venganza. Ella soplaba el instrumento de maravilla y los hacía *volar*, los hacía perder la *cabeza*; ahora verían lo que eso significaba de verdad.

La historia había surgido cuando Jaime se sumergió en los recuerdos de Portland. De hecho, tenía suficiente material para una buena novela corta. Una historia sobre Portland, centrada en Mary pero no limitada a ella. Al cabo de cincuenta y seis páginas, calculaba que llegaría a casi doscientas. Su instinto para la longitud de las historias no le había fallado hasta el momento. Ese día le dolía la cabeza y tenía el estómago revuelto, pero eso no la detendría. Cuando escribía con resaca, tecleando las palabras dolorosamente letra por letra, haciendo una pausa y mirando las frases sin comprenderlas,

con frecuencia producía su mejor material. No sabía por qué. La misteriosa ausencia de Kira la hizo sudar de ansiedad, pero no había nada que hacer salvo tapanlo todo y escribir. Si cedías, si te quedabas en la cama y dejabas que tu ansiedad se impusiera, terminarías abrazándote las rodillas con un terror irreversible. «No puedo trabajar. ¡Me voy a morir!». Por eso seguía dándole las teclas a ciegas, dejando que las palabras salieran sin pensar.

En un momento dado se sentó jadeando, preguntándose cuál sería la frase siguiente, hasta que se dio cuenta de que por ese día había terminado. Estaba un poco sudada. Cogió lo que había escrito. Cuatro páginas, suficiente. Se levantó, balanceándose ligeramente, y entró en el cuarto de baño. Allí se quitó la camiseta y las bragas y se metió bajo la ducha caliente. Tenía la mente casi vacía. Se estaba enjabonando el pelo cuando pensó en Kira. Oh, mierda. Toda la buena sensación que le había dejado el trabajo acababa de irse por el desagüe. Se quedó impotente bajo el agua, sintiéndose la peor madre del mundo. No era de extrañar que su hija se fugara, no era de extrañar que no pudiera atraer a un hombre decente. Era sólo una vieja zorra descerebrada.

Estaba vestida con su camiseta y sus tejanos favoritos, sentada a su escritorio corrigiendo y editando las páginas de la mañana, cuando Kira entró por la puerta de atrás.

—Hola, mamá —dijo, y abrió la puerta de la nevera.

Jaime se ruborizó. Se sentó con los brazos a los costados, desbordada de alivio y de rabia. Kira obviamente sólo había estado arriba. No había huido. Había estado visitando a los vecinos, una pareja de artesanos, buena gente, amigos. Si Jaime hubiera estado en casa, en lugar de borracha en North Beach, lo habría sabido. Como para recalcar ese punto, su dolor de cabeza regresó con más fuerza que antes.

—Oh —gruñó cuando Kira entró en su estudio vestida con ropa que Jaime no le había visto nunca.

—¿Dónde demonios has estado? —preguntó Jaime, con voz quejumbrosa y lacerante.

—¿Dónde demonios has estado tú? —preguntó Kira en una imitación cruel.

—¿De dónde has sacado esa ropa?

Kira posó, separando los brazos como una modelo.

—¿Te gusta?

Llevaba pantalones de campana de color rosa y una blusa verde esmeralda con mangas largas y abullonadas.

—Me la han prestado —dijo.

—No estabas aquí cuando he llegado a casa —dijo Jaime, e inmediatamente lo lamentó.

Kira le sonrió.

—¿Cuándo has llegado a casa, mamá? —preguntó.

Jaime sonrió, y el episodio terminó. No había logrado regañar a Kira por saltarse la escuela. Kira se cambió de ropa y salió por la puerta de atrás.

—¿Adónde vas? —preguntó Jaime, aunque lo sabía.

—Vuelvo arriba.

—¿No los estarás molestando? —preguntó Jaime como una formalidad.

A la pareja de arriba le gustaba tener a Kira de visita.

—Estoy aprendiendo a esculpir —dijo.

Jaime escuchó mientras Kira subía por la escalera de madera. Qué alivio. Si al menos se le pasara la resaca, su vida volvería a la normalidad. Sonó el teléfono. Charlie.

—¿Qué está pasando? —preguntó con voz cansada.

Charlie estaba haciendo una película, o al menos tenía esa esperanza. Había empezado muchas, pero ninguna se había llegado a hacer.

—¿Dónde está Kira?

Jaime había olvidado llamar al hotel.

—Oh, no es nada —dijo ella.

Hubo una pausa, la línea crepitó, luego Charlie dijo:

—El conserje me contó que habías preguntado si estaba aquí.

—Pensaba que se había fugado. —Le costaba mucho pronunciar las palabras. Hablar con Charlie la ponía a la defensiva. Explicó lo que pudo, pero Charlie no parecía muy satisfecho.

—Tiene que estar pasando algo si pensabas que vendría aquí —dijo.

—¿Por qué no te la llevas? —dijo Jaime con sequedad—. ¿Cómo va la película?

—Bien —dijo Charlie con cierto sarcasmo en su voz—. ¿Cómo va el libro?

—Bien —dijo ella en imitación.

Charlie rio entre dientes.

—Déjame hablar con Kira.

—Está arriba, aprendiendo a ser artesana.

Charlie conocía a los vecinos del segundo y le caían bien.

—¿Cómo estás? —dijo después de cierto silencio.

—Bien. Resaca.

—¿Has escrito esta mañana?

—Sí. ¿Y tú?

—Sí. Bueno, va a venir Stan y vamos a ir juntos a la piscina y a seducir a unas actrices.

—Mándale saludos.

—Dile a Kira que la quiero.

—Lo haré.

—Adiós.

—Adiós, Charlie.

Jaime colgó. Necesitaría otra ducha. Se tocó la frente. La notaba caliente. Debería haberlo sabido, la chaqueta de piel era una prueba clara. Kira no huiría sin llevársela. Jaime decidió que estaba perdiendo la cabeza. No drásticamente, sólo poco a poco.

—Fuga de cerebro —le dijo a nadie.

Kenny Goss también conocía a los vecinos de arriba de Jaime y pasaba mucho tiempo en su trastienda, fumando hierba y escuchando rock and roll. Vendían la mejor marihuana de San Francisco. En ese momento estaban pasando una variedad de Santa Bárbara con menos semillas a veinte dólares la onza, y en opinión de Kenny, valían hasta el último centavo de ese precio. Había tratado de importar marihuana él mismo, pero todo le había ido espantosamente mal, y se había encontrado a las tres de la mañana tumbado boca arriba en la autovía de San Bernardino, mientras el tráfico pasaba silbando a su lado. Su coche estaba cerca, volcado, después de un encontronazo con un camión lleno de gente. Kenny yacía esperando que lo aplastaran. Estaba alerta y sabía que moriría en cualquier momento. Había renunciado a la religión hacía mucho y en cambio la Virgen María parecía suspendida sobre él en el aire, a unos tres metros, si es que podía confiar en sus cálculos. Simplemente estaba allí, suspendida en paralelo al suelo, con una túnica blanca, un chal azul bordado en oro sobre la cabeza y los hombros.

—Levántate. —Los coches pasaban zumbando—. Levántate y camina hasta el arcén —le dijo la Virgen con voz calmada y clara.

—No creo en ti —dijo Kenny.

—Levántate y camina hasta el arcén —dijo ella, y desapareció.

Kenny se levantó y caminó hasta el arcén. Había muchísimo tráfico para ser esa hora de la mañana. Allí estaba su coche, volcado, con vapor saliendo del motor. Y allí se acercaban unas luces rojas intermitentes. Kenny salió de la carretera y se ocultó en los arbustos. No estaba herido, sólo tenía unos moretones y estaba un poco mareado. Cuando los polis empezaron a buscarlo con las linternas se alejó, y al final llegó a una parada de camiones. Tardó casi todo el día en encontrar el garaje de la patrulla de carreteras, adonde habían remolcado su coche. Se identificó al tipo de guardia y le dijo que quería retirar sus pertenencias del coche. Esto requirió cierto temple, y Kenny estaba temblando al llegar a su coche destrozado. Pero debajo de los parachoques había guardado dos calcetines llenos de marihuana, alrededor de una libra. Si los polis habían encontrado la droga se estaría metiendo en una trampa. Pero

tenía hasta el último centavo que poseía invertido en esa maldita hierba, y quería recuperarlo. Por algún milagro, seguía donde él lo había escondido. Sin mirar a su alrededor, sacó los dos gruesos calcetines y los metió en una bolsa de papel con su ropa interior sucia. Con la bolsa en la mano, saludó con la cabeza y le dio las gracias al tipo que sostenía la gran valla de alambre abierta para que saliera. Después de caminar dos manzanas con el corazón en la boca, se relajó. No iban tras él. Fue estando ya sentado en el autobús a San Francisco, con las posesiones en su regazo, cuando se acordó de haber visto a la Virgen María. ¿Una alucinación visual?

—Gracias de todos modos —dijo a nadie en particular, y decidió abandonar el negocio de las drogas.

Salvo, claro está, como consumidor, lo cual conducía al piso de arriba de la calle Diecisiete. Fue una asombrosa coincidencia encontrarse a Jaime y a Kira viviendo abajo, una asombrosa y deliciosa coincidencia. Sus vidas continuaban entrelazándose. Puede que significara algo.

El matrimonio de Kenny tampoco había funcionado. No era culpa de Brenda. Ella aparentemente había estado esperando toda la vida a que llegara un hombre, se casara con ella, la dejara embarazada cada año más o menos y le diera buenas palizas para mantenerla a raya. De lo contrario, nada iba bien. Brenda era tranquila y calmada, el ama de casa perfecta, hasta que se volvía loca. Kenny trabajaba en casa, tanto escribiendo como con su pequeño negocio de libros raros, así que estaba en el apartamento a todas horas, salvo cuando andaba buscando libros. Vivían en Pine Street, entre Leavenworth y Jones. No era un gran barrio, pero era un apartamento agradable, en un tercer piso, y Kenny se sentía cómodo. Tenía cuatro libros infantiles publicados y todos aportaban dinero regularmente, no mucho, pero sí lo suficiente para que Kenny pudiera relajarse y su mujer pudiera quedarse en casa. A Brenda le parecía bien, pero cuando terminaba de hacer la limpieza, lavar y pasar la aspiradora, sentía el peso del tiempo en sus manos, y entonces empezaba a beber cerveza. El noventa por ciento de las veces eso también le parecía bien. Kenny permanecía en su pequeño cubículo escribiendo o haciendo negocio con sus libros, y ella estaba en la cocina, sentada a la mesa con la radio encendida, bebiendo cerveza y leyendo el periódico. Pero en ocasiones Brenda se sentía sola o algo, e iba a hablar con él. No sólo a hablar, sino a hablar y hablar y hablar y hablar, y las palabras se derramaban de su boca como un arroyo de montaña sobre rocas de granito, o eso se decía él irónicamente mientras soportaba el torrente. No sólo palabras, palabras duras. Brenda Feeney Goss era una chica católica, y quería hijos.

—Escucha, si no es culpa mía, es culpa tuya, y si no es culpa tuya, no sé de quién es la culpa, pero tiene que ser culpa de alguien.

Y continuaba y continuaba hasta que él deseaba darle un bofetón y dejarla tonta; no, lo que de verdad quería era darle un puñetazo y aplastarle la cara, partirle los dientes, oír su nariz crujir, ver el chorro de sangre. Oh, tío. Qué alma tan horrible. Si es que existía algo tan horrible. Un alma inmortal. Condenado para siempre a su personalidad. Muchas gracias, Dios.

Kenny había sido un estúpido y le había contado toda su experiencia con la Virgen María. Él estaba hablando del poder de la infancia, de cómo las cosas que creemos de niños nunca desaparecen. Ella se lo tomó como un milagro auténtico, y le recriminó su falta de fe.

—El infierno es eterno, Kenny —le dijo—. Y vas a arrastrarme contigo.

—Qué chorradas. —Pero Kenny tenía la incómoda sensación de que ella tenía razón.

—¿Te has dado cuenta de que la Virgen no dijo nada de la hierba? —dijo ella otra vez, sin que viniera a cuento.

Ambos habían dejado de beber y dependían de la marihuana. Pero colocada Brenda podía ser peor todavía, metiéndose en el estudio de Kenny como una cobra gigantesca, despotricando por cualquier cosa que se le ocurría. Nunca nada importante. Kenny le dijo de todas las maneras que pudo que era un tipo tranquilo, pero que tenía que dejarlo en paz cuando estaba intentando trabajar.

—¿Trabajar? ¿A eso lo llamas trabajar?

En lo que a ella respectaba, todo el trabajo de verdad se hacía con pico y pala.

—Puedes llamarlo trabajo todo lo que quieras, pero no es trabajo. —Soltó una risa de desdén.

—Entonces, ¿cómo es que me pagan por ello?

—¡Porque eres un criminal! —le gritó ella.

Se suponía que la marihuana calmaba, pero aparentemente producía el efecto contrario en Brenda.

Kenny podría haber soportado las interrupciones si la hubiera amado. Pero no la amaba. Una vez que se casaron, ella dejó claro que el sexo le resultaba repugnante salvo con fines reproductivos. Sólo se lo habían pasado bien con el sexo estando borrachos o colocados. Y luego ella se sentía inexorablemente culpable. Brenda tampoco era una buena católica. Nunca iba a misa. Una ironía para Kenny, porque cuando Brenda finalmente lo abandonó, fue para marcharse con un cura.

Durante meses Kenny estuvo deprimido, aunque no tan deprimido como para no poder escribir. Cuando vendió su cuarto libro se trasladó a un piso en Arguello, un piso grande y bonito de dos habitaciones, por si encontraba a una mujer a la que pudiera amar de verdad. Decoró el piso él mismo, estudiando con detenimiento durante semanas las existencias de Clement Street y Busvan en el Embarcadero, eligiendo muebles viejos de madera y algunas alfombras orientales muy bonitas y baratas. Mantenía el piso immaculado, nada que ver con sus pisos de soltero del pasado. Después de la marcha de Brenda sintió que no le pasaría nada por volver a beber cerveza, y lo hizo.

El piso de encima de Jaime era un buen sitio para conocer mujeres, pero no de las que te casas, ni siquiera de las de tener una cita. De las inalcanzables. De las ricas y hermosas. Los Pogozi atraían gente de nivel, músicos de rock jóvenes y ricos, artesanos jóvenes y ricos sin nada más que hacer que probarse joyas y fumar hierba. Karla Pogozi hacía joyas con oro de 24 quilates, collares y pendientes pesados, mientras que su marido Vili tallaba pequeños animales y pipas de hachís en marfil y maderas exóticas. En cualquier momento del día o de la noche había personas allí, sentadas en la trastienda. Era un gran lugar para colocarse, y Kenny lo hacía mucho, hasta cuando tenía hierba en casa. La compañía siempre era agradable, la hierba maravillosa, la música moderna. Y las mujeres que pasaban por allí eran deliciosas, con sus pieles y sedas. Lástima que estuvieran todas comprometidas. Y lástima que Kenny no ganara suficiente dinero para poder permitírselas. Pero tenía que ser optimista. Era un tipo atractivo. Quizá alguna lo adoptara.

El problema de escribir sobre Portland era que entonces Jaime había sido más feliz de lo que recordaba. No importaba que ahora su vida estuviera cuidadosamente organizada como ella deseaba. En Portland habían sido jóvenes y se sentían llenos de energía, con su vieja casa poco convencional en Lake Grove, sus amigos jóvenes y brillantes, los pintores y escritores y soñadores de Portland. Y Kira era un bebé. Todo parecía muy fácil.

Se descubrió perdiendo la pista de por qué había elegido escribir sobre esa época y esa gente. No para mostrar lo maravilloso que había sido todo, sino para mostrar cómo habría visto lo maravilloso alguien que no formase parte de ello. Alguien que no hubiera estado invitado a las celebraciones ni a las fiestas, sino sólo a encuentros para hacer mamadas en coches o en las escaleras traseras del auditorio de Portland. Alguien que aprende que el talento, la perseverancia y el deseo no bastaban. También había que ser hermosa o encantadora, había que caer bien. Jaime siempre había caído bien y para meterse dentro del personaje de Mary tenía que desprenderse de esa piel atractiva, de su belleza y su encanto. Al cabo de un tiempo le resultó fácil, y por supuesto el truco consistía en volver a ser ella misma cuando terminaba la jornada de escritura. Si fracasaba, se encontraba vagando todo el día como una niña insignificante e insegura, cuya mente se veía atravesada por ráfagas de música que bloqueaban su pensamiento racional. La música formaba parte del proceso. A Jaime siempre le había gustado tener música suave de fondo mientras escribía, para bloquear otros sonidos y suavizar su humor. Por lo general, jazz procedente de la emisora KJAZ, pero al escribir la historia de Mary sólo ponía música clásica. Bach, Haydn y Mozart. Mary era un poco esnob, decidió Jaime con cariño. Tenía su integridad. Beethoven le resultaba un poco ordinario y romántico. Haydn era su favorito.

La rutina era sencilla. No importaba a qué hora llegara a casa la noche anterior, Jaime se levantaba a las seis o a las seis y media. Se ponía su chándal gris y zapatillas de deporte, despertaba a Kira y luego iba caminando por Park Presidio Boulevard hasta la entrada oculta al parque de Mountain Lake, lo recorría hasta la salida a la Quinta Avenida, enfilaba la Quinta hasta

Clement, giraba al oeste en Clement hasta la Diecisiete y volvía a su piso. Una caminata de tres kilómetros que empezaba en hosca apatía y terminaba con alegre anticipación de la jornada laboral. Para evitar perder la alegría se llevaba el periódico sin abrir, dejándolo para un momento de placer después del trabajo. Si Kira no estaba despierta todavía, la despertaba y preparaba té. Otras veces, Kira ya tenía el agua hirviendo. Hablaban poco a esa hora, con Kira aturdida de sueño y Jaime transformándose ya en Mary Rosendaal. Kira nunca le preguntaba qué estaba escribiendo. Por lo que Jaime sabía, su hija no había leído nada de su obra. Aunque habría sido muy propio del carácter de Kira leerlo en secreto y no decir nada. Lo normal, pero Jaime deseaba que Kira la admirara. Que le dijera que amaba su escritura, que sabía que su trabajo era importante y que comprendía por qué su madre era tan extraña. En apariencia, no se llevaban tan bien para esta clase de charla, y Jaime no iba a obligarla. Bastante malo había sido ya destrozarse su vida familiar.

Kira, a los quince años, aparentaba más bien dieciocho o diecinueve, era madura y constituía un valioso botín, una de las razones por las que Jaime no traía hombres a casa. Su hija era hermosa, pero no tenía la clase de belleza que se traduce en trabajos de modelo o matrimonios ricos, era más bien la belleza de la juventud. La clase de belleza que al hacerse mayor se convertiría en atractivo y carácter. Eso esperaba Jaime. No quería que su hija fuera modelo o actriz. Más en concreto, no quería que su hija fuera seducida por ninguno de sus amigos literarios. O, Dios no lo quisiera, que se casara con uno de esos cabrones. Por eso no veía a la gente en su casa, sino en Enrico's o en Tosca; pero ¿quién sabía si Kira seguía siendo virgen? O si tenía herpes. O gonorrea.

Estas ideas tuvieron cabida en *La chica del corno francés*. El personaje se convirtió en la segunda hija de Jaime, alguien a quien Jaime había conocido desde el nacimiento, alguien a quien protegería con su vida. Jaime a menudo lloraba mientras escribía, sabiendo que no importaba lo que hiciera, no importaba lo mucho que amara a su dulce y pequeña Mary, también tendría que matarla. En ocasiones se sentaba deseando desesperadamente encontrar una salida para Mary Rosendaal. Pero no había salida posible. Había empezado el libro para mostrar cierta verdad terrible, y ya no podía retroceder sólo porque le partiera el corazón. La pobre Mary Rosendaal, avanzando lentamente hacia la muerte.

A Jaime también le costaba trabajo controlar la diferencia entre el Marty Greenberg real y el personaje que ella necesitaba para la historia. El Marty Greenberg real había reaparecido hacía un tiempo, mientras ella todavía

estaba casada con Charlie. Se lo había encontrado en Tosca's, y se había sentado a tomar *cappuccinos* y a hablar de la filosofía yo-tú de Martín Buber, uno de los héroes de Marty. Se vieron por última vez cuando Marty puso la mano en la rodilla desnuda de Jaime y le dio un apretón significativo.

—Deberíamos hacer el amor —dijo, sonriendo con sinceridad al mirarla a los ojos.

Ella le apartó la mano.

—¿En serio? ¿Por qué?

—Todo el mundo debería hacer el amor con todo el mundo. Ése es el verdadero yo-tú.

Jaime descubrió después que Marty había intentado esa mierda del yo-tú con la mayoría de las mujeres que conocía y con algunos de los hombres. Kenny Goss se había escandalizado. Su antiguo compañero de tripulación en el Breckenridge se le había insinuado.

—Abre tu mente —le había dicho Marty a Kenny—. El amor es el amor.

Marty se mudó luego a Berkeley, y ella no lo había vuelto a ver desde entonces. Jaime luchaba por no hundir el personaje con sus sentimientos personales. El libro requería que mostrara a Marty como un buen tipo, brillante, amistoso, todo lo que debería ser, salvo compasivo. Cada vez más su libro era un libro sobre la frialdad. Y sobre el significado de las palabras. Palabras como «mamada».

Por eso, Marty el filósofo tenía que convertirse en Marty el chulo, y al mismo tiempo no perder nada de su encanto. Un problema literario complejo. Jaime esperaba que su inconsciente lo resolviera.

Puede que no llevara a ninguno a casa, pero Jaime estaba buscando otro hombre. No se había rendido. No buscaba un marido necesariamente, sólo algún tipo con el que salir, hablar, alguien en quien pensar. Tenía treinta y cinco años y se sentía demasiado sola. Había muchos machos alrededor, pero pocos hombres. En los peores días, mientras escribía *La chica del corno francés* y bebía demasiado, se quedaba en casa con la televisión puesta, envuelta en una bata y con una toalla en torno a la cabeza. No tenía sentido vestirse porque no estaba tonteando con nadie, sólo tratando de decidir si suicidarse o no. Entonces fantaseaba con que encontraba a un hombre rico con el que casarse. Algún imbécil que la amara por su trabajo.

Querida señorita Froward:

Le escribo para decirle lo mucho que disfruto con su escritura, sobre todo con *Washington Street*, aunque he leído y disfrutado todos sus libros. ¡Por favor, siga haciendo tan buen trabajo! Trabajo aquí, en Kansas City, para Hallmark, la compañía de tarjetas de felicitación. Escribo algunos de esos pequeños versos que se ven en las tarjetas, así que somos compañeros de profesión, en cierto modo, aunque por supuesto no me considero un autor creativo. Voy a San Francisco de vez en cuando y me gustaría invitarla a comer en un futuro. Si lo considera una molestia, me disculpo, pero si no, por favor hágamelo saber. Gracias.

Atentamente,

Charles Drakeman

Por desgracia, Charles no incluía una fotografía ni una copia de su declaración de ingresos. Jaime escribió una notita educada dándole las gracias, pero sin mencionar la propuesta de comer juntos. En realidad, no había ninguna forma legítima de conocer hombres. Sus padres se habían conocido en una reunión de la Brigada de Trabajo Juvenil en Berkeley, cuando los comunistas estaban tratando de reclutar a chicos de la universidad repartiendo cerveza en abundancia. ¿Un socialista con gafas sucias y jersey de lana? No, no para Jaime. No después de Charlie. Charlie había sido un marido maravilloso en muchos sentidos, pese a ser una promesa incumplida en otros. En realidad, nunca se había presentado como más de lo que era, simplemente ella lo había visto así, como un hermoso gigante juvenil, cargado de promesas. Que se había convertido en un payaso ante sus ojos.

Pensó en casarse con otro escritor o artista, pero eran peores que los socialistas. En las fiestas literarias los solteros mantenían la distancia, mientras que eran los escritores casados los que se insinuaban. O los que respondían si ella se insinuaba. ¿Extraño? Quizá no. Quizá los escritores solteros estaban solteros por alguna razón. O eran gays o no sabían lo que eran. Los heterosexuales sinceros y directos escaseaban.

Era en las fiestas literarias de la librería Minerva's Owl en Union Street donde la sociedad y la literatura se unían. Si eras un autor local y no te pedían que hicieras una fiesta de firma de libros allí, ya podías pegarte un tiro. A Jaime la invitaban fuera cual fuese el autor. Le gustaban las reuniones informales en la librería pequeña y estrecha, y sobre todo le gustaba cuando uno u otro de los anfitriones locales de la alta sociedad circulaban en silencio a través del público anunciando en susurros la celebración de otra fiesta en otra parte, para los elegidos. Estas últimas fiestas, normalmente en la casa de alguien en Pacific Heights, eran divertidas porque te mezclabas con los ricos, que eran, había que reconocerlo, gente encantadora y agradable. Fiestas que conducían a fiestas y, sin darte cuenta, tu nombre aparecía en la columna de Sociedad del *Chronicle*. Sin embargo, nadie se llevaba a engaño. Esa gente sabía quién formaba parte de la alta sociedad y quién no. Se dijo a sí misma que sólo iba para conocer hombres. Quizá algún rico promotor inmobiliario o un heredero de yacimientos de oro la sacaría de esa miseria y la colocaría en una casa en la colina. Jaime no dejaba de esperar que ese tonto rico fuera también fornido y atractivo. Maldito Charlie de todos modos.

Fue al final de una fiesta en Minerva's Owl cuando conoció a Torry. En realidad, Jaime se había perdido la fiesta. Era una de esas noches lluviosas, como de costumbre, le había costado muchísimo encontrar un sitio para aparcar. Dejó el coche tan lejos que tuvo que parar en Perry's, a una manzana, para secarse, ir al lavabo y tomarse tres copas. Cuando entró por la puerta de Minerva's Owl, Torvald Hetter estaba saliendo. Había publicado una novela unos años antes, una novelita brillante sobre tres pescadores perdidos en la sierra. Un libro sin mujeres, y ensalzado como una especie de obra maestra machista. Jaime había odiado el libro de inmediato sin leerlo. Entonces un día, en casa de un amigo, vio un ejemplar en rústica en el suelo y lo recogió. Leyó un par de frases y lo admiró de inmediato. Pidió prestado el libro y se lo llevó a casa, con la esperanza de encontrar sus puntos flacos y ser adecuadamente desdeñosa con ese autor de un solo libro que se había hecho famoso tan deprisa. Pero el libro era un poema. Cada palabra importaba. Jaime siempre corregía los libros mientras los leía, pero no había nada que

corregir ahí, y se sintió profundamente conmovida por el destino de aquellos tres hombres corrientes. Todavía odiaba al autor por ser tan famoso y tan bueno, pero cuando se encontró cara a cara con él, le sonrió como una idiota y le dijo, con voz de borracha:

—Hola, eres Torry Hetter.

—¿Lo soy? —Le sonrió con reconocimiento y lujuria.

No era tan alto como Charlie, pero su estrecho rostro tenía un atractivo clásico: ojos grandes, párpados pesados, una nariz larga y recta y labios ni muy gruesos ni delgados, en su justa medida. Jaime observó que su hermosa boca le decía:

—Salgamos de aquí.

Y se dio la vuelta allí mismo, sintiendo la mano de él en su codo al caminar bajo la lluvia por Union, uno junto al otro, sin hablar.

Jaime no estaba del todo borracha, pero deseaba estarlo. Ya había decidido que se acostaría con Torry si él se le insinuaba. En su casa, si era necesario. El dormitorio de Jaime estaba en la parte delantera del apartamento, y el de Kira al fondo. Susurrarían y Kira no tendría por qué oír nada.

—¿Quieres parar aquí? —preguntó él.

Estaban delante de Perry's. El local estaba lleno de gente y ruido, y la entrada repleta, con personas bebiendo en la acera pese a la lluvia.

—No. —Jaime lo miró inquisitivamente.

Si era un hombre de verdad sabría que ella sería suya sólo con que se lo pidiera, sin copa, sin charla, dispuesta a saltar directamente a la cama. Torry levantó muy ligeramente las cejas, preguntándole con su expresión si era cierto y, sin mover un músculo, la cara de Jaime dijo sí, es cierto, y le tocó la mano. Y sin darse cuenta ya estaban en su coche follando. Su libro no había sido una mentira. Era un hombre de verdad. La acompañó al coche de ella y la dejó bajarse.

—Podría seguirte a tu casa —dijo a través de la ventana, mientras la lluvia le caía en la cara.

Y ella supo que Torry tenía a alguien más.

—Ahora no —dijo Jaime, completamente sobria.

Le dio su número de teléfono y él sonrió como si lo memorizara. Pero no le pasó el suyo.

—Te llamaré —dijo, y se alejó.

El coche de Torry era un viejo cacharro, un Chevrolet o algo así. El interior olía a calcetines sucios y a comida rancia. Le recordó el olor de las

taquillas escolares. Así que no tenía dinero. Y sólo había publicado un libro. Jaime había oído que Torry era incapaz de escribir, pero también que había escrito una enorme segunda novela sobre la vida en algún momento, aunque se la habían rechazado. No le importaba. El sexo había sido intenso. Se dijo que no se había enamorado, gracias a Dios, pero sabía que quería más sexo. También sabía que él la llamaría, pero antes de que lo hiciera quería saber más. ¿Con quién vivía? ¿Temía llevar a Jaime a un cuchitril, o sólo se estaba asegurando de que las cosas iban según sus términos?

En casa, Jaime trató de encontrar el ejemplar de la novela de Torry, pero no pudo. Eran las once y media. Se bebió una copa de vino para calmar los nervios, y estaba a punto de irse a la cama cuando sonó el teléfono. Sabía que era Torry.

—¿Por qué has tardado tanto? —susurró al teléfono.

La risa de Torry era excitante.

—¿Puedo pasarme?

—Espera un momento —dijo Jaime.

Recorrió el pasillo y abrió la puerta de Kira. Estaba sentada en la cama tallando un trozo de madera con un cuchillo. Había virutas de madera esparcidas sobre la colcha. Kira levantó la mirada de su trabajo.

—Hola —dijo.

—Pensaba que estabas durmiendo —dijo Jaime.

—¿Vamos a tener compañía?

—Es tarde, vete a dormir. —Jaime cerró la puerta y volvió al teléfono—. Esta noche no —dijo.

Torry no se cansaba de ella. Pero después de esa primera vez, sólo por la tardes. Jaime sabía que vivía con alguien, eso era obvio, aunque Torry no le dijo nada. No le importaba. Se dijo a sí misma que se había enamorado de él por su hermoso cuerpo y porque a él no le gustaba hablar mucho. Una combinación perfecta. Jaime soñaba con él, con hacerle el amor, con la forma en que la luz incidía en su piel. No podían verse en casa de Jaime por Kira, y no podían quedar en casa de él, así que tenían la costumbre de verse en el motel Pacific Manor de Broadway, a cuatro pasos al oeste de Grant y Columbus, y convenientemente cerca de Yank Sing, donde se veían para tomar té y comer un plato de *dim sum* tras otro.

A Torry le encantaba comer y, sin embargo, tenía un cuerpo delgado y musculoso. A Jaime le encantaba, igual que le encantaba el cuerpo de Charlie antes de que se pusiera fofo y gordo. Bueno, no tan gordo, sólo demasiado gordo para Jaime. Torry podía beber cerveza todo el día, devorar tres o cuatro comidas abundantes y aun así tener el aspecto de un perro de carreras. ¿Experimentaría su metabolismo algún día un cambio y, bum, pesaría ciento veinte kilos? Probablemente no. La madre naturaleza era deliberadamente injusta en ocasiones. Torry era uno de esos hombres que siempre parecen hambrientos y a los que las mujeres siempre quieren darles un bol de sopa o llevárselos a la cama.

Después de unas semanas de tener las orejas bien abiertas, Jaime se enteró de que Torry era un mantenido. La mujer que lo mantenía estaba casada a su vez con un marido gay que tenía jovencitos que entraban y salían correteando de su mansión de Presidio Heights, mientras toda la alta sociedad fingía que no ocurría nada. Jaime calculó que, a pesar de su imagen de macho, Torry temía que esa mujer de la alta sociedad se enterara de lo de Jaime y le cortara las alas, obligándolo a defenderse por sí solo en un mundo cruel. El libro de Torry funcionaba bien, nunca se agotaba, y había sido traducido a una docena de idiomas. En las escuelas japonesas se usaba para enseñar inglés, lo cual hizo que Jaime se retorciera de envidia.

—Cada vez que voy a Japón la gente me pregunta por Torrysan —le contó Brautigam en Enrico's una noche.

Richard también vendía bien en Japón y ya sólo salía con mujeres japonesas.

—Les digo que Torrysan está trabajando bien.

No era así. Este hecho, entre muchos otros sobre Torrysan, debería haber hecho retroceder a Jaime, pero en cambio la atrajo más. El pobre cabrón de Torry. Se levantaba cada mañana en su misterioso apartamento en Mission, se sentaba a su escritorio y volcaba su corazón en la escritura. Eleanor Plinckerd, su mujer de la alta sociedad, era su implacable correctora. Torry escribía página tras página con su caligrafía pequeña y precisa, usando una pluma, y luego Eleanor leía el trabajo en silencio, tocando el papel con la uña, con los labios apretados y el entrecejo arrugado.

—Es la mejor correctora que he conocido —dijo Torry una tarde—. No me pasa ni una.

Eleanor tenía estándares muy altos, al menos en lo que a la literatura se refería. Su padre había heredado el amor por la literatura de su propio padre, junto con un buen montón de dinero, y Eleanor mantenía la tradición. Su padre había conocido a James Joyce y tenía una copia firmada del *Ulises*.

—Oh ¿cómo es su letra? —preguntó Jaime—. ¿Letra de borracho?

—Nunca he visto el libro —dijo Torry con una sonrisa irónica—. Nunca he estado en su casa.

Jaime había estado sexualmente fascinada desde el instante en que resultó obvio que él la necesitaba más que ella a él.

«Qué zorra soy», pensaba Jaime con frecuencia. Ahora lo que marcaba la relación era el ansia de Torry por ella y él ya hablaba con libertad de Eleanor. Que había ido a Radcliffe, que era casi como Harvard, que hablaba francés e italiano y que en su época había sido muy guapa, o eso había oído Jaime. Mirando su foto en el *Chronicle* había calculado que tendría por lo menos cincuenta años, pero esas mujeres muchas veces se hacían *liftings* y retoques, así que uno nunca sabía su verdadera edad. Hasta que un día se convertían silenciosamente en una pila de polvo. Que fuera años mayor que Torry le proporcionaba a Jaime cierta satisfacción, aunque no mucha. Se recordó que Eleanor no era su rival. Jaime simplemente tenía que considerarse la querida de un hombre mantenido por una rica dama cuyo marido era un marica. «Por fin soy parte de la alta sociedad», se dijo a sí misma.

La alta sociedad no iba a llevarla a ningún lado. Jaime no escribía nada que ocupara más de una página y media, luego lo rompía con rabia o lo tiraba

a la papelería con un suspiro. El trabajo de Torry, si podía llamarse así, consistía aquellos días en levantarse por la mañana, tomar una taza de café tras otra y luego caer en la melancolía. Sólo se animaba cuando veía a Jaime, que estaba empezando a sentirse como el Ejército de Salvación. Entonces, un día, no apareció.

Jaime no tenía permiso para llamar por si acaso ya-sabes-quién estaba allí. Siempre tenía que esperar a que él la llamara, se disculpara y suplicara verla. Esta vez no fue así. Jaime al final se enteró por el *Chronicle* de que Torvald Hetter estaba en Cannes con ocasión del festival de cine. En la columna de Sociedad del mismo día leyó que el señor y la señora Plinckerd estaban en Cannes por el festival de cine. Menuda sorpresa. Pero no había esperado sentirse tan mal. Pasó tres días sumida en una profunda depresión hasta que, de pie ante la nevera y mientras abría un tarro de kéfir, su historia sobre Mary Bergendaal la inundó de nuevo y el dolor desapareció poco a poco. Mary era mucho más interesante que Torry, en cualquier caso. Al menos Mary no lloriqueaba.

Jaime medio esperaba ver a Torry en Enrico's ese viernes en concreto. El festival de Cannes había terminado. Torry no frecuentaba Enrico's, pero sabía que para Jaime era un ritual los viernes, y calcularía que era un buen lugar público donde encontrarse con ella. Jaime se temía lo peor, pero no tenía intención de renunciar a comer con sus amigos sólo porque esa escoria, ese pelele cobarde y llorica con cara de desesperación pudiera aparecer para pedir perdón. Tenía razón, la intuición no le había fallado. Torry estaba sentado en la barra, junto a la máquina de tabaco, mirando por el cristal a la gente que estaba sentada fuera. El local estaba repleto, el día era soleado y Jaime casi pasó de largo junto a Charlie, que estaba sentado en una mesa exterior, sonriendo y mirándola desde abajo.

—Hola, nena —le dijo.

—Espera un segundo —dijo Jaime, con la mente vacía de repente—. Voy a buscar una copa a la barra y ahora vuelvo.

Charlie estaba sentado con gente a la que ella ni siquiera miró. Entró en el bar y se enfrentó a Torry. Pensaba decirle hola y sentarse, pero en cambio dijo:

—¿Dónde diablos has estado? —Y sólo le faltó poner los brazos en jarras como un ama de casa enfadada.

Torry parecía levemente sorprendido. Había gente sentada cerca, escuchando, por supuesto. Bob el camarero también se inclinó sobre la barra para escuchar.

—Tomaré un kir —le dijo Jaime a Bob.

—Tuve una emergencia repentina —dijo Torry con su sonrisa torcida.

Iba a intentar librarse usando la ironía. La verdad era que la farsa de Torry de estar enamorado de ella se había derrumbado por un viaje gratis a Cannes.

—Eres una zorrita. —Jaime no pudo evitar decírselo.

Tal vez Charlie le dio el valor, imposible saberlo. El rostro de Torry se descontroló un momento, pero sólo un momento. Luego consiguió esbozar una sonrisa.

—Vale —dijo—. Di lo que quieras.

—Tengo que ir a sentarme con mi marido —dijo Jaime, y salió.

Estaba furiosa de lucidez. No había sillas. La acera estaba llena de gente bien vestida, charlando y comiendo. Jaime le hizo una seña a Kenny el camarero, que corrió a entrar y volvió a salir apresuradamente con una silla para ella. Jaime se sentó al lado de Charlie, de espaldas al bar.

—Gracias, Kenny —dijo.

Sonrió a Charlie y a los tres hombres que estaban sentados con él. Se dio cuenta con asombro de que uno de ellos era Kenny Goss.

—Oh, hola, Kenny —dijo, y rio—. Cuántos Kennys por aquí.

Sonrió a los otros dos hombres, esperando a que Charlie la presentara. Ambos estaban sonriendo, pero uno de ellos estaba sonriendo de manera más educada.

—Oh, Dios mío —dijo.

—Hola, Jaime —dijo Stan Winger con un brillo en la mirada.

Le tendió la mano por encima de la mesa. Se habían saludado un par de veces por teléfono, pero era la primera vez que Jaime lo veía desde Oregón. Parecía muy diferente, bronceado, con el cabello gris en las sienes y un enorme reloj en la muñeca. Su mano estaba caliente y seca. Sus ojos, fuertes. Todo rastro del chico triste y sin forma había desaparecido.

—Parece que la prisión te ha hecho bien —dijo Jaime con una sonrisita.

Stan se rio, y al cabo de unos segundos también lo hicieron los otros.

—Sí, la prisión te hace hombre —dijo Stan—. Si no te hace mujer antes.

Todos rieron, incluida gente de las mesas vecinas. O quizá se estaban riendo de sus propias bromas. Ella miró atrás con naturalidad, todavía riendo, y vio a Torry, que miraba a través del cristal.

—Jaime, él es Bud Fishkin —dijo Charlie.

Jaime se volvió para ver al hombre que estaba sentado a su izquierda. Era atractivo, con grandes ojos oscuros y una sonrisa fácil.

—Me encanta tu obra —dijo él. Tomó su mano y le dio un apretón amable pero firme.

Sabía por su agente que la dupla Fishkin-Ratto había rechazado todo lo que habían recibido de ella. Sonrió a Fishkin sin sinceridad. Pero Stan estaba sonriéndole, y tuvo que devolverle la sonrisa.

—Tienes muy buen aspecto —le dijo.

—Tú también.

—Estamos aquí vendiendo nuestra película —dijo Charlie con orgullo.

Puso su mano grande en el hombro de Jaime con familiaridad, y ella sintió que la recorría la vieja electricidad de Charlie. Todavía sabe tocar, pensó ella, y de repente se sintió muy bien. No sólo era la mejor venganza posible con Torry, sino que ahí estaba Stan Winger, alguien que realmente le gustaba.

Charlaron y abrieron sus menús.

—A cuenta de Fishkin-Ratto, no reparéis en gastos —dijo Fishkin.

Cuando estaban sentados discutiendo qué pedir, Torry llegó y pasó al lado de Jaime, tocándola en el hombro al salir a la acera y perderse de vista.

—¿Quién era ése? —preguntó Charlie.

Jaime tuvo una visión repentina de Charlie dándole una paliza a Torry.

—Torvald Hetter —dijo—. Escribió *Perdido en el cielo*.

—Joder —dijo Stan—. Mi libro favorito. —Miró a Jaime y rio—. De los escritos por un hombre.

—Ese libro ha sido rechazado tres veces —dijo Fishkin—. Cada vez que hay un nuevo director en Universal. Cinco o seis guiones, incluidos dos de Torry. Nadie puede resolverlo.

—Es demasiado simple —dijo Stan.

Jaime sabía que Hollywood había vuelto loco a Torry. Lo habían cortado, lo habían llevado en avión para hablar con directores famosos o estrellas que querían representar a sus machotes, y por supuesto había ganado mucho dinero con los contratos de opción. Pero nunca se había hecho una película, nunca le había tocado el premio gordo.

—¿Cuál es el gran problema? —preguntó Kenny, como de costumbre el más callado de la mesa.

Se había dirigido a Stan, pero fue Bud Fishkin quien respondió.

—No hay mujeres —dijo.

—Y tampoco armas —dijo Stan.

—Y nadie muere —dijo Bud.

—Sin embargo, el libro se sigue vendiendo, en todo el mundo —dijo Fishkin—. Estuve en París el otro día, en una librería, y allí estaba, una gran pila de ejemplares.

—Debe de romperle el corazón a Hollywood no ser capaz de sacar dinero de eso —dijo Charlie seriamente, aunque había un destello en su pupila.

—A mí sí que me rompe el corazón —dijo Fishkin con sinceridad, y Jaime decidió que le gustaba.

Había estado oyendo hablar de ese cabrón elegante durante años, pero ahora lo encontraba encantador. Quizá era así como lo hacía. Ahora que Torry se había ido rabioso, iba a ser un bonito viernes.

La película para la que estaban buscando financiación todavía no se había escrito. Sólo contaban con un tratamiento de veintinueve páginas, escrito por Stan y Charlie en un fin de semana maratoniano. Stan tenía una casa en las colinas de Hollywood, con piscina, y los dos se sentaron en torno a la piscina bebiendo Dos Equis, comiendo hamburguesas con queso dobles de McDonald's y lanzando ideas. Pensaban que tenían una buena historia sobre un par de tipos de Toledo, Ohio, hermanos de clase obrera que se emborrachaban, robaban un banco y corrían hacia Las Vegas, donde ganaban pasta a lo grande sólo para conseguir que las putas los desplumaran en una sola noche. Luego volvían a Toledo y a sus viejas vidas. El título provisional era *La gran tomadura de pelo*, pero a nadie le gustaba. Todas las principales habían pasado, así que estaban hablando con productores advenedizos como Fantasy y Zoetrope. Habían tenido una reunión matinal con Fred Roos de

Zoetrope, iban a tener otra en Fantasy esa tarde y estarían en el avión de regreso a Hollywood esa noche.

—Esperaba que estuvieras aquí —le dijo Charlie a Jaime.

—¿Por qué no me llamaste? —preguntó ella.

Charlie sólo sonrió y se encogió de hombros.

—¿Cuándo vas a venir a Los Ángeles? —le preguntó Stan.

—Harían falta un millón de dólares —dijo ella, y le sonrió a Fishkin.

Éste rio y dijo:

—Si puedo hacer algo al respecto... —Y lo dejó ahí.

La comida terminó a las dos y media. Tenían que estar en Fantasy, en Berkeley, a las cuatro. Al levantarse y despedirse de forma confusa, Charlie la miró y dijo:

—¿Puedo verte esta noche?

La presencia de Charlie la alteró, aunque no debería.

—Pensaba que ibas a coger un avión —dijo.

—Prefiero quedarme. —Le tomó las manos.

Stan y Fishkin estaban cerca. ¿Lo estaba haciendo para llamar la atención?

—No —dijo ella, e inmediatamente se sintió mal.

La cara de Charlie se arrugó y envejeció mientras ella lo miraba. Estaba perdiendo algo de pelo, pero eso lo hacía parecer más atractivo, pensó Jaime. Tenía la barba salpicada de gris y de repente ella se fijó en el brillo de las lentes de contacto en sus ojos. Charlie se estaba haciendo viejo.

—Vale —dijo en voz baja, y le soltó las manos.

Stan fue menos suave. La apretó en un gran abrazo y le dijo al oído.

—Me salvaste la vida en Oregón. Nunca lo olvidaré. —Se retiró y la miró con el rostro inundado de amor—. Gracias —dijo.

—Stan —dijo ella, y las lágrimas afloraron a sus ojos.

—Me alegro mucho de haberte conocido —dijo Bud Fishkin con un cálido apretón de manos—. Voy a mirar unas cosas. ¿Quién es tu agente?

—Ziegler-Ross —dijo ella.

Quiso añadir «No lo olvides», pero no lo hizo. No era un mal tipo. Y luego se fueron. Jaime se acercó a la barra y se sentó junto a la máquina de tabaco. El lugar estaba casi vacío, sólo había un par de borrachos al otro extremo de la barra y algunos borrachos más en las mesas, demasiado borrachos para volver al trabajo, supuso. Le apetecía mucho un Lemon Hart con naranja, pero sin embargo pidió un kir. Un Lemon Hart sería el equivalente de cinco kirs. Así que tenía mucho que beber.

TERMINANDO A CARPENTER: UN POSFACIO

Parte de mi trabajo de empleado en la gran librería de viejo Moe's de Berkeley, a principios de la década de 1990, consistía en examinar la inmensa pared de ficción y encargarme de los libros que no se estaban vendiendo. Entre todo el personal, yo solicité esa tarea porque era la que más me interesaba y porque convenía a mi vanidad poder afirmar que «dirigía la sección literaria». Un código, escrito discretamente a lápiz en el rincón opuesto al precio solicitado, revelaba cuándo un título dado había llegado al estante. Después de seis u ocho meses reducías el precio. Una vez que lo habías reducido un par de veces, quedaban dos opciones: tirar el libro en la pila de descartes de debajo de la escalera o llevártelo a casa y leerlo. *A Couple of Comedians*, con su gran título y la frase publicitaria de Norman Mailer, me impulsó a abrirlo. Cuando allí mismo en las pilas de libros me encontré con la prosa incisiva de Don Carpenter, y con su punto de vista cautivador, irónico y humano, me llevé el libro a casa. Lo leí. Me encantó. Busqué abajo, en nuestras pilas de libros en rústica, y encontré un ejemplar de *Dura la lluvia que cae*, la primera novela de Carpenter, retapado con una ilustración estilo Tom de Finlandia y la correspondiente sobrecubierta que lo vendía como *gay lit*. «La novela implacable de un joven matón de la calle y su inevitable viaje hacia la prisión y el conocimiento de sí mismo...». Leí *Dura la lluvia que cae* y pensé que con eso iban dos obras maestras seguidas. La sugerencia que daban las sobrecubiertas de los dos libros, junto con la transformación desde el *Bildungsroman* del norte de California de *Dura la lluvia que cae* hasta las juergas de la industria del espectáculo de *A Couple of Comedians*, era la de un escritor que, incapaz de sostener una carrera literaria, se había trasladado a Hollywood y, de manera muy típica, nunca se había vuelto a saber nada de él.

Mi siguiente paso —compulsivo para mí, cuando descubría a un escritor descatalogado— era ir al Serendipity Books de Peter Howard, un legendario compendio físico borgiano de aparentemente todos los libros publicados que resultaba estar justo en la calle donde yo vivía. Mi visita podría calificarse del equivalente, hoy en día, de buscar en Google. En Serendipity, claro está, encontré una edición de todos los libros anteriores de Carpenter, incluida una

copia autografiada de *Blade of Light* que compré y todavía poseo. También encontré los tres libros de finales de la década de 1980 publicados por el sello North Point Press de Jack Shoemaker. Carpenter, a juzgar por las pruebas, no sólo había sobrevivido a Hollywood, sino que estaba vivo, seguía escribiendo y vivía cerca. Después de leer unos cuantos libros más, estuve dándole vueltas a la idea de dirigirme a Marin y presentarme a Carpenter como su «mayor fan» («¡y dirijo la sección literaria!»). Daba la impresión de que para encontrarlo podría bastar con entretenerse en la plaza central de Mill Valley durante unas horas y asomar la cabeza en un café o dos. No llegué a hacerlo, no sé si para bien o para mal. En 1995 saltó la noticia de que Carpenter, de sesenta y cuatro años, que había estado sufriendo una serie de enfermedades que limitaban en gran medida su capacidad para trabajar, se había suicidado.

Aunque no era su único admirador, pasó un tiempo hasta que sus entusiastas dispersos nos encontramos unos a otros. Durante años estuvo «a la venta» sólo como el protagonista de unas pocas anécdotas del talismánico manual del escritor de Annie Lamott, *Pájaro a pájaro* (y como el objeto de su dedicatoria). George Pelecanos y yo defendimos *Dura la lluvia que cae* ante Edwin Frank en el *New York Review of Books*, y cuando se publicó en su serie de reimpressiones, con una introducción de Pelecanos, dio ocasión a tributos de fans como Ken Tucker, Charles Taylor y Sarah Weinman, lectores familiarizados con otros libros de Carpenter y con su gran guion, *Día de paga*. Para todos nosotros, Carpenter, aunque difícil de clasificar y nunca famoso en su tiempo, era un escritor que interesaba, un escritor que no sólo no se olvidaría, sino que cobraría importancia en el recuerdo. Esto a su vez animó a aquellos que eran albaceas de un manuscrito sustancial inédito — Shoemaker y la hija de Carpenter, Bonnie— a reexaminar las posibilidades de publicación, después de casi cuarenta años. Ahí es donde empieza esta historia más específica de *Los viernes en Enrico's*.

Cuando Shoemaker me preguntó si estaba dispuesto a evaluar el manuscrito «inacabado» que le habían proporcionado los herederos, me sentí eufórico y asustado. Sentía que hasta un solo párrafo adicional de Carpenter sería un regalo, pero ¿y si el libro no era bueno o no era lo bastante bueno? Muchos escritores resbalan hacia el final, y aunque estaba agradecido por la existencia de los últimos libros de Carpenter, no eran precisamente éstos los que tenía tendencia a releer obsesivamente o recomendar a otros. Y además, ¿quién era yo para recomendar la no publicación? Soy fan de trozos, fragmentos, cartas, cualquier rastro de un escritor que admiro; me gustan *El castillo* y *El crack-up* y *El misterio de Edwin Drood*. Aun así, podría ser

perverso publicar algo marginal tras el redescubrimiento de *Dura la lluvia que cae*. Al menos, mientras las increíbles novelas de Hollywood, y otras que Carpenter había considerado listas, y que habían sido bien recibidas por los lectores, aunque escasos, permanecían agotadas.

Mis preocupaciones estaban fuera de lugar. Dejaré para otros situar *Los viernes en Enrico's* entre lo mejor de Carpenter —estoy demasiado metido en este libro para desempeñar también el papel de evaluador—, pero desde la primera página el manuscrito me colocó en el lugar de un lector apreciativo y no en el de una enfermera de clasificación. La voz estaba en su lugar, la arquitectura era sólida, los propósitos arteros de Carpenter estaban bien representados a lo largo de la novela. Tenía también un buen final. Saber que el libro existía, que Carpenter lo había sacado adelante, estuviera destinado a la publicación o no, hacía el mundo ligera pero crucialmente más grande. Le dije a Shoemaker que pensaba que debería publicarlo, y que yo haría lo que fuera necesario. La oportunidad de verme a mí mismo como Mariano Rivera apareciendo en la novena entrada era irresistible.

Volví a teclear todo el libro, deseando interiorizar la sintaxis de Carpenter para luego tener confianza con cualquier cambio que hiciera. Más que nada, saqué cosas. El borrador no editado de Carpenter repetía ciertos temas, haciendo gestos preliminares en cada capítulo para producir efectos que llevaba a cabo en páginas posteriores, así que borré los gestos preliminares. Usaba la palabra «pero» en exceso, y sus personajes «sonreían» o «estaban sonriendo» con demasiada frecuencia; probablemente todavía sonrían con demasiada frecuencia, pero hice lo que pude. Algunas cosas sólo las quité para volver a incorporarlas: un episodio aparentemente irrelevante con un vigilante de aparcamiento, por ejemplo, resultó ser inspiración de un escritor para una historia que aparece al cabo de unas páginas. Carpenter era sutil. Entre sus sutilezas estaba una restricción del vocabulario del libro, que, a pesar de parecer repetitivo en ocasiones, daba a la novela cierta integridad modesta, llevando la voz al ámbito de los personajes y su mundo. Tratando de imponer variaciones sólo habría conseguido estropearlo. Tuve que dar la vuelta a cuatro o cinco capítulos; empezaban con el pie cambiado, pero el pie bueno estaba esperando, una página o dos más allá, para que yo lo presentara. Frente a lo que eliminé, añadí un par de pasajes, cubriendo algunas transiciones que faltaban, un extraño lapso inexplicable o dos. Puede que haya entre cinco y ocho páginas de mi escritura en este libro, pero me gustaría pensar que nunca adivinarías cuáles son, si es que eso te preocupa. Sobre todo, para ser sincero, fue un trabajo de entrada de datos: el libro demostraba

su integridad por la forma en que se negaba a ser alterado, igual que una casa podría demostrar su solidez cuando se habita un tiempo en ella.

Los viernes en Enrico's es un libro sobre escritores, muchos escritores. Pero nunca se percibe un ambiente cerrado, porque ninguno de los personajes, ni siquiera los que publican, llegan a injertarse en un medio «literario». Siguen siendo *outsiders* esforzados, definidos por sus dificultades hasta para creer que pueden reivindicarse como escritores, y por supuesto para convertir la escritura en una carrera. En su distanciamiento tanto de las vidas de un trabajador común como de cualquier noción exaltada o preciosa de vivir la vida de un «artista» —y en la forma en que combaten este distanciamiento con la bebida—, los personajes de Carpenter recuerdan a los de Richard Yates. Podría tratarse en parte de una cuestión de simple realismo en la descripción de ciertas vidas que se estaban viviendo en las décadas de 1950 y 1960, pero, como declaración final, este libro me recuerda concretamente a uno de Yates, el subestimado *Jóvenes corazones desolados* (un libro desde luego maldito con uno de los peores títulos). Por supuesto, me esperaban pequeños giros irónicos al reescribir un manuscrito que no sólo se refería a escritores que escriben manuscritos, sino también a escritores que son reescritos por editores y se sienten amargamente traicionados por los resultados. La tarea incluso tuvo el poder de hacerme cobrar conciencia de mis hábitos de mecanografía, tal es el entusiasmo de Carpenter al ocuparse de esta característica afición de sus personajes, ahora «retro» (también hay una importante escena de aprender a escribir a máquina en la segunda novela de Carpenter, *A Blade of Light*). No había copiado un manuscrito entero desde que lo había hecho con uno de los míos a principios de los años noventa. Es un buen hábito que podría tener que resucitar.

Por supuesto, estos escritores del libro, como el propio Carpenter, estaban distanciados del *establishment* literario de una forma que Richard Yates nunca podría haber concebido: por cinco mil kilómetros de incompreensión. En una tierna y reveladora evocación de su íntimo amigo Richard Brautigan titulada «My Brautigan: A Portrait from Memory», Carpenter escribió: «A lo largo de los años [nuestros] paseos y charlas se centraron cada vez más en lo que Richard llamaba la Mafia Literaria de la Costa Este. La obra de Richard era conocida y respetada en todo el mundo, en muchos idiomas, pero por alguna razón pocas veces tuvo una buena reseña en Estados Unidos. Él lo convirtió todo en una cuestión Este contra Oeste, y quizá era eso o quizá no». El tono es típico de Carpenter, compasivo y mundano. La Costa Oeste tradicionalmente festejada en las letras americanas es una imagen alegórica,

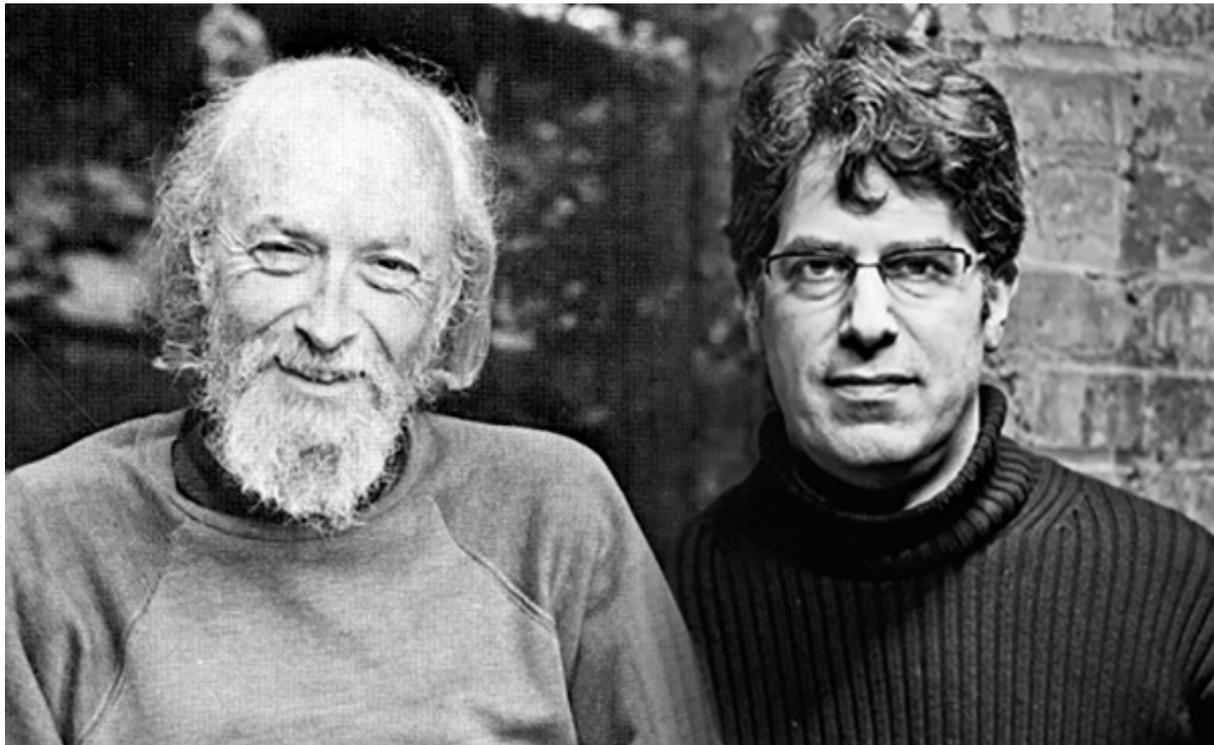
una codificación de la teoría del destino manifiesto, que presenta el Oeste como un campo de pruebas existencial para nociones de utopía y reinención de uno mismo, aunque sólo sea para exponer el fracaso de tales perspectivas. Raymond Chandler, Nathanael West, Ken Kesey, los *beat*, incluso el propio Brautigan pueden entenderse en estos términos (curiosamente, se trata sobre todo de una visión del Oeste desde la Costa Este). La California de los libros de Carpenter, sea el norte o el sur, y los escenarios en Portland, Oregón, revelan algo más simple pero, en cierto modo, más extraño a considerar. Carpenter escribe como alguien que conoce el Oeste como una geografía real, con una cultura propia, un lugar para vivir los dilemas habituales de la existencia, más que una placa de Petri del destino americano. También por ese motivo, su visión del escritor en Hollywood está libre de clichés que plagan el género.

Hablando de Brautigan, se ha adherido a *Los viernes en Enrico's* la insinuación de que el proyecto empezó como un intento por parte de Carpenter de un libro de memorias de su amistad con él, o incluso una biografía. No veo cómo esto explica el libro resultante, salvo por el hecho de que los novelistas frecuentemente empiezan con una cosa y terminan con otra distinta. Carpenter era claramente un auténtico nativo del reino de la novela, de manera que aquí cualquier retrato o autorretrato —y seguramente ambos están presentes— se ha distribuido entre varios personajes y luego se ha incluido en la otra clase de veracidad que una novela, por su forma, exige. Por si sirve de algo, el personaje de Stan Winger —mi favorito en el libro— parece directamente influido por la historia vital de Malcolm Braly, el muy encarcelado autor de *En el patio*, en mi opinión la otra gran novela de prisión de la literatura estadounidense además de *Dura la lluvia que cae*.

Aun así, no tengo pruebas de que Carpenter conociera personalmente a Braly, aunque no he investigado mucho. Apenas conozco algo más sobre la biografía de Carpenter de lo que se puede aprender en las sobrecubiertas de los libros, en los intersticios de la biografía enciclopédica de Brautigan, obra de William Hjortsberg, y en el encantador sitio web voluntario (www.doncarpenterpage.com), mantenido por el estimable y modesto Chris. Fue en esa web donde descubrí, en las páginas escaneadas de una impagable entrevista de 1975, que Don Carpenter sólo pasó una noche entre rejas: «Seaside Oregón. Una noche. Por llevar seis latas de cerveza por la calle. Vagando por la calle con malas intenciones. Ése es el máximo tiempo que he cumplido en prisión». Así pues, ¿cómo logró Carpenter esos retratos extraordinariamente compasivos en *Dura la lluvia que cae*, *Blade of Light* y

ahora en *Enrico's* de la vida del recluso? De la forma habitual: con su oreja, con su curiosidad, con sus vulnerabilidades, con su talento. En la misma entrevista, hablando de *Blade of Light*, Carpenter deja claro que ve la encarcelación como un estado básico, el de yoes metidos en cuerpos y cuerpos metidos en destinos: «Él está ahí dentro, y sabe que está atrapado ahí dentro, igual que tú sabes que estás atrapado aquí, ¿ves? [...] Quiero decir, sabes, todos estamos pillados en esto. Todos nos levantamos a las tres de la mañana diciendo: “¿Cómo voy a salir de aquí? [...] ¿Puedo volver a empezar? ¿Puedo hacer algo para ser otra persona?”». Hay que tener en cuenta que ésas eran las palabras, en 1975, de un hombre que todavía tenía que perder su salud, y gran parte de su visión. En el momento de *Los viernes en Enrico's*, es difícil no ver su retrato de Stan Winger, confinado solo en una celda y trabajando para poner en palabras una descripción vívida de la frescura del primer trago de un vaso de cerveza, como un autorretrato de un escritor en un cuerpo que le falla, reconstituyendo un mundo de placeres sensoriales del cual está cada vez más privado. De manera similar, casi al final de *Enrico's*, la novelista Jaime Froward, reflexiona sobre sus días en los bosques de las afueras de Portland, aprendiendo a escribir mientras se preocupaba de una niña pequeña, días tremendamente solitarios y cargados de problemas en el momento de vivirlos, y sin embargo, en el recuerdo, lo mejor que ha conocido. En la amplitud de la experiencia humana que imparte este libro, se nos ha llevado tan cerca de la memoria como requeriría Don Carpenter, quien dijo: «Si pudiera expresar mis puntos de vista sobre el universo sin escribir ficción, lo haría». Por suerte para nosotros, no podía.

JONATHAN LETHEM



DON CARPENTER (Berkeley, California, 1931 - Mill Valley, California, 1995). Nació en Berkeley, California en 1931 y creció en la costa oeste de los Estados Unidos. Luchó en la fuerza aérea durante la guerra de Corea, asistió la Universidad de Portland y se licenció en el Portland State College para después hacer la maestría en San Francisco State College. Carpenter, su mujer Martha y sus dos hijas se instalaron en Mill Valley, cerca de San Francisco y él entabló buenas amistades con Evan Connell y, especialmente, con Richard Brautigan, ambos escritores locales. Su primer libro, *Dura la lluvia que cae*, se publicó en 1966 y lo siguieron nueve novelas más e incluso varias colecciones de cuentos. También escribió para el cine y la televisión, y dedicó bastante tiempo a Hollywood (un tema de varias de sus novelas). A causa de su mala salud, se suicidó en 1995, a los 64 años de edad.

JONATHAN LETHEM (Nueva York, 1964) es una de las voces más imaginativas de la ficción contemporánea. Por su novela *Huérfanos de Brooklyn* recibió el Premio Nacional de la Crítica de su país en 1999. En España se han publicado *Cuando Alice se subió a la mesa* (2003), *La Fortaleza de la Soledad* (2005), *Todavía no me quieres* (2008), *Chronic City* (2011) y *Los Jardines de la Disidencia* (2014).

Índice de contenido

Primera parte. Jaime y Charlie

- Capítulo 1
- Capítulo 2
- Capítulo 3
- Capítulo 4
- Capítulo 5
- Capítulo 6
- Capítulo 7
- Capítulo 8
- Capítulo 9
- Capítulo 10
- Capítulo 11

Segunda parte. El grupo de Portland

- Capítulo 12
- Capítulo 13
- Capítulo 14
- Capítulo 15
- Capítulo 16
- Capítulo 17
- Capítulo 18
- Capítulo 19
- Capítulo 20
- Capítulo 21
- Capítulo 22
- Capítulo 23
- Capítulo 24
- Capítulo 25
- Capítulo 26
- Capítulo 27
- Capítulo 28
- Capítulo 29
- Capítulo 30
- Capítulo 31
- Capítulo 32
- Capítulo 33
- Capítulo 34

Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40

Tercera parte. El Golden Gate

Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43
Capítulo 44
Capítulo 45
Capítulo 46
Capítulo 47
Capítulo 48
Capítulo 49

Cuarta parte. Bloque C

Capítulo 50
Capítulo 51
Capítulo 52
Capítulo 53
Capítulo 54
Capítulo 55
Capítulo 56
Capítulo 57
Capítulo 58
Capítulo 59
Capítulo 60
Capítulo 61
Capítulo 62

Quinta parte. Libertad

Capítulo 63
Capítulo 64
Capítulo 65
Capítulo 66
Capítulo 67
Capítulo 68
Capítulo 69
Capítulo 70

Capítulo 71
Capítulo 72
Capítulo 73
Capítulo 74
Capítulo 75
Capítulo 76
Capítulo 77
Capítulo 78

Sexta parte. La vida literaria

Capítulo 79
Capítulo 80
Capítulo 81
Capítulo 82
Capítulo 83
Capítulo 84
Capítulo 85

Terminando a Carpenter: Un posfacio

Sobre los autores